ESTUDIOS ESPAÑOLES DEL SIGLO XVIII

LUISA ISABEL DE ORLEANS

Y LUIS I

POR

ALFONSO DANVILA

Académico correspondiente de la Real
de la Historia.

R-2777

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
Carrera de San Jerónimo, 2.
1902

Es propiedad del autor.
Derechos reservados.

R. 109523

MADRID.—Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º

Excmo. Sr. D. Juan Valera.

Mi muy querido amigo y respetado maestro: Desde que empecé á escribir para el público, deseaba dedicar á usted una de mis obras, como testimonio del afecto que le profeso y del agradecimiento que le guardo por todas sus bondades. Desgraciada ó felizmente, ninguno de los librejos que hasta ahora he dado á la estampa me ha parecido bastante digno de tan preciada honra, y así he llegado á éste, que, según mi humilde opinión, no es mejor ni peor que los anteriores, pero que ha servido para convencerme de que si aguardo á escribir una obra maestra, con objeto de dedicársela á usted, es más que probable que nos muramos uno y otro sin que usted aprecie tan insignificante prueba de mi consideración, y sin que yo tenga el gusto de ver impreso su ilustre nombre al frente de mi trabajo.

Además, si no por el valor de la obra, por la intención con que está escrita, juzgo yo que esta biografía de la Reina Luisa Isabel de Orleans y de su joven esposo, ha de resultarle simpática y ha de merecer su benevolencia.

El siglo XVIII, en cuanto á España se refiere, está muy descuidado por nosotros que, desvanecidos con las hazañas del XV, las grandezas del XVI y los hechos aislados del XVII, apenas si nos ocupamos de desentrañar los secretos de la confusa política de los Borbones, y preferimos que los sabios extranjeros se entretengan en rebuscar papelotes y escribir libros que nos den acabado el trabajo, á trabajar nosotros.

No puedo menos de declarar que esto es cómodo y fácil, y aun sería suficiente, si nuestros caballeros, nuestras damas y nuestros literatos, que tan aficionados se muestran desde hace algunos años á rebuscar primores del siglo XVIII y á tratar de resucitarlos en sus casas, en sus personas, en sus libros, en sus comedias, y hasta alguna que otra vez en sus costumbres, leyeran los mencionados libros y hablaran, á la vez que de todos los Luises, más ó menos en moda, y de las Lamballe, Pompadour, Du Barry y demás señoras francesas, de Felipe V, de Isabel de Farnesio, de Fernando VI, de Carlos III y de todas las personas familiares de estos Monarcas, en la seguridad de encontrar mucho agrado, mucho interés y no menos travesura en sus vidas y hechos, que en las vidas y hechos de los Marqueses y las Madamas de la Corte de Versalles.

Muy lejos está de mi ánimo, al hablar así, la creencia de que la Corte de D. Felipe y la de D. Luis I igualara en refinamiento y diversiones á la de Luis XV. Apréciase en la española cierto barroquismo que la hace inferior á la francesa. Se nota en ella la falta de la grandeza, antipática si se quiere, pero grandeza indudable, de la Corte de los Soberanos austriacos, y aún no ha desapareci-

do ó no se ha asimilado bastante en nuestra sangre el elemento francés, para producir la Corte eminentemente española de Carlos III y de María Luisa. Pero en la misma lucha del elemento tradicional con las ideas y las costumbres nuevas, ofrece la primera mitad del siglo XVIII campo de particular estudio y de muy esmerada crítica para el historiador. Además, españoles somos después de todo y de Historia de España se trata. Por eso me duele ver su estudio tan olvidado y, ¿por qué no decirlo? tan despreciado por nosotros.

¿Consistirá la razón de este olvido y de este desprecio en la carencia de libros españoles entretenidos, amenos y editados con esmero, que consigan excitar la curiosidad del gran público, y que le muevan á preferirlos á todos los modernos franceses que invaden nuestro mercado?

Yo no sé verdaderamente qué decir tratándose del gusto de los demás; pero encuentro muy divertidos é interesantes muchos de los libros y artículos publicados recientemente en nuestra patria, y en nada inferiores á sus similares extranjeros.

Sin duda que la gracia, la ligereza y demás cualidades amables parecen vinculadas desde hace tiempo en nuestros vecinos, por lo cual siempre tendrán mayor número de admiradores y, sobre todo, de admiradoras, que nacion alguna; pero hablando con todo género de distingos respecto de autores y lectores, me parece que influye no poco también en esta predilección la fuerza de la costumbre y cierto «snobismo» ya rancio, de que no podemos acabar de desprendernos, no obstante nuestras protestas en contrario.

Yo no sé qué efecto haría ni qué resultados obtendría en España un escritor que se dedicase á «fabricar» libros de historia, como tantos lo hacen hoy día en Francia, zarciendo un volumen con poquísimos elementos y sin erudición ni cultura suficiente; pero creo con toda sinceridad que, si los buenos no se venden, éstos de este escritor se venderían aún menos, y el improvisado erudito tendría que romper ó colgar su péñola, arrepentido de haberse metido en libros de caballerías.

Realmente, combinar la amenidad con la intención, publicar documentos nuevos (cosa indispensable en España, donde no existen las colecciones impresas de otros países), sin que el lector se fatigue ó se distraiga; incluir noticias curiosas de los personajes que van apareciendo en el curso del relato; desvanecer errores ó equivocaciones, sin caer en prolijidad ni pesadez; en una palabra, acertar en la combinación de lo serio y profundo con lo ligero é interesante, de manera que, aun sin quererlo, vaya familiarizándose el lector con cosas y personas de que sólo tenía una idea remota, es tarea muy ardua y en la que nunca es posible cantar victoria por completo, pues siempre habrá eruditos y aficionados que encuentren poca ciencia y mucha literatura en un estudio de tal naturaleza, y personas que juzguen demasiado el aparato de citas y documentos sacados á relucir en las páginas del libro así ordenado.

Yo, sin embargo, que no en balde trato á usted mucho, y que me siento influído por su simpático optimismo, me he animado á coleccionar en un tomo los artículos que sobre Luis I y su esposa he ido publicando en «La Epoca», aumentándolos con otros y corrigiéndolos e

ilustrándolos con numerosas notas biográficas de los personajes que en ellos se citan. Mi idea al hacer esto es la de popularizar nuestro siglo XVIII, tomando como pretexto para ello un episodio poco conocido de él, y tratar de que el público, que tanto gusta de las series napoleónicas, revolucionarias, versallesas, etc., se aficione también á curiosear la historia de las jornadas de Aranjuez, El Pardo ó San Ildefonso, y á conocer y tratar de cerca á los señores y señoras que ilustraron su época.

Si el público respondiera á este deseo mío, cosa que yo celebraría en el alma, no tardaría mucho tiempo en aparecer un segundo estudio, y después otro, ó aun otros, en la seguridad de no agotarse nunca el extenso campo que el siglo XVIII ofrece al curioso. Farinelli, el Duque de Medinaceli, la Princesa de los Ursinos, la Condesa-Duquesa de Benavente, la Duquesa de Alba, la propia Reina María Luisa, y cien más, son personajes de que no existe una biografía española, y que la merecen, contando, por supuesto, con que la tal biografía no ha de circunscribirse á una relación descarnada de su vida y sucesos, sino que ha de ir acompañada de la pintura de un cuadro de la época en que vivieron y en la que desarrollaron sus talentos.

Tal es mi aspiración, que no es modesta, pero que creo digna de alabanza. Y aquí debería terminar esta ya larga carta si no pretendiera ocuparme, aunque no sea más que de paso, de una censura que muy finamente se me ha dirigido al aparecer en «La Epoca» los artículos sobre Luisa Isabel de Orleans, que en el curso de ellos me ha sido repetida diversas veces y que no dejará de formularse al ser publicado este volumen, donde

á los ya conocidos he adicionado algunos documentos, noticias y comentarios que, por el carácter del periódico, no juzgué oportuno enviar á «La Epoca».

Algunas personas se han escandalizado sinceramente de que yo desenterrara historias y acontecimientos inmorales, si conocidos unos, olvidados la mayor parte por todos, y de que los entregase á la circulación en las columnas de un periódico. No creo que dicha censura se refiera á la forma de dar yo á conocer las tales escabrosidades, pues no me remuerde la conciencia de haber empleado frases ni palabras que puedan ofender la susceptibilidad de nadie, por muy extremada que ésta sea, y si alguna crudeza he tenido que conservar, la he conservado en el idioma francés en que estaba escrita, disculpa que, aunque un tanto ridícula, es de suma importancia hoy por hoy entre nosotros. No, no es la forma á lo que la tal crítica se refiere, sino al fondo del asunto, en una palabra, á la moralidad en la Historia.

Materia es ésta que ocuparía muchas páginas si hubiese de ser tratada con la extensión que se merece, y que exigiría, para ser dilucidada, toda la autoridad, toda la gracia y toda la erudición de usted.

En los demás países no tiene importancia, por lo visto, puesto que no ya seglares, sino eclesiásticos respetabilísimos, publican en sus libros todo género de documentos, sin reparar en su mayor ó menor libertad, y hasta los señores cuyos ascendientes no guardaron vida muy ascética que digamos, abren sus archivos á la diligencia del investigador, que halla en ellos confirmados ó desvanecidos los juicios de los escritores que le precedieron.

Pero en España es otra cosa; aquí, que nos sabemos de memoria los lances de la Du Barry y la Pompadour, que sacamos á relucir los libros de los hermanos Goncourt cada día, que adornamos los salones con grabados cuyos asuntos son más que atrevidos, que leemos ó escuchamos complacidísimos toda clase de atrocidades si están escritas en idioma extranjero, nos ruborizamos y avergonzamos como unos colegiales porque haya habido españoles que cometieran pecados y que para mayor claridad los escribiesen á sus respectivas familias, las cuales se encargaron de dejárnoslos bien clasificaditos para que nos enterásemos, pues si otra cosa hubiesen querido, cuidáranse muy mucho de reducirlos á cenizas.

No voy á caer en la vulgaridad de sacar á relucir ejemplos, pues para nada los necesito. A millares los hay, desde libros muy santos hasta publicaciones muy profanas, impresos en todas las lenguas conocidas, que demuestran que en Historia no hay moralidad ni inmoralidad. La moralidad ó inmoralidad está en los personajes de que esa historia se ocupa. Si, verbi gratia, *la opinión pública de su tiempo y muchos de los autores de entonces repiten la murmuración de las relaciones amorosas entre un padre y una hija, por monstruosa que sea esta afirmación, el historiador imparcial, sin admitirla ni negarla, si no tiene motivos para ello, debe dar cuenta de su existencia, citando el autor ó los autores de donde la tomó. Si los individuos de una familia, conservándose siempre en el terreno de los amores lícitos, gustan de escribirse cartas, más que alegres, refiriéndose unos á otros, en tono festivo y regocijado, sus intimidades y secretos de alcoba, el historiador debe publicar las cartas de este género que*

sean publicables, y dar cuenta de las demás. Si el libro resulta inmoral, no es culpa suya.

¿Por qué este afán de publicar todo? Preguntarán muchos. ¿Por qué esta ansia de entrar en el examen de las reconditeces y miserias de la vida? ¿Qué importa eso á la Historia? A la Historia importa todo, aun lo más nimio, y en ello han de fijarse siempre las personas colocadas al frente de los pueblos, para medir bien su conducta, pero sobre todo, esas reconditeces, esos detalles que la mayor parte de las veces sirven para determinar el verdadero motivo de las grandes resoluciones, de las resoluciones que parecen inmotivadas ó faltas de explicación. El temperamento de un Rey ó de una Reina, tiene más importancia para el curso de los sucesos de su monarquía, que todos los pareceres escritos de sus Consejos de Estado. ¡Desgraciado historiador el que en estos tiempos se limite á extractar las correspondencias oficiales, los despachos y las consultas, sin examinar al mismo tiempo la opinion del momento, las sátiras y los papeles secretos de la época! Obrando de esta manera nos dará una historia hueca, enfática, sin relieve, nos escribirá un telegrama cifrado, cuya clave no encontraremos por más esfuerzos que hagamos.

El ideal de la Historia, sus enseñanzas, su utilidad, estriban en el estudio del carácter de los gobernantes, en el examen de las circunstancias que motivaron tal ó cual acuerdo, en la investigación del progreso de la opinión pública. Sólo formando esta especie de génesis de la Historia y uniéndole con el desarrollo de la cultura general de la Nación, es como se harán inteligibles para nosotros los sucesos, las guerras, las paces, las negociaciones de

todo género, que de otra manera consiguen únicamente aturdirnos y marearnos sin ningún provecho.

En cuanto á mí, declaro que apruebo y admiro á Mr. Baudrillart rompiendo el lacre que cerraba el pliego de las consultas espirituales de Felipe V á su confesor, y que no temeré ni tengo escrúpulo ninguno en publicar ó dar cuenta de cuantos documentos de este género caigan en mis manos. Sobre la moralidad del que lee, está la moralidad del que juzga.

Y aquí cesa mis consideraciones, que llevaban traza de prolongarse más de lo debido. Usted perdone, mi querido maestro, los entusiasmos de un escritor juvenil, y dignese aceptar la dedicatoria que le ofrece como débil testimonio de la admiración y el respeto que por usted siente su afectísimo amigo

Q. L. B. L. M.,

ALFONSO DANVILA.

Madrid 1.º de Abril de 1902.

I

Existen en la vida de los hombres, cualquiera que sea el lugar donde éstos hayan nacido, dos clases de naturaleza, cuya lucha y final armonía constituyen la felicidad ó la desgracia del individuo, según los casos.

Es una, la naturaleza que nosotros nos formamos por medio de nuestras ideas y nuestros gustos; algo completamente personal y distintivo en cada hombre, que muere con él. Es otra, la naturaleza que nos dan ya hecha las gentes que nos rodean, las costumbres y el método que encontramos establecidos al nacer, y que de tal manera se infiltran en nuestra sangre, que nunca nos vemos completamente libres de ellos, manifestándose durante la existencia, como fatal herencia de que no podemos prescindir.

Claro es que de las condiciones de este medio y de la dirección impresa al espíritu depende en mucha parte la futura suerte de las personas; por eso si el ejemplo y la educación han sido buenos,

y el resultado malo, la crítica se inclina á condenar al vástago degenerado; mientras que si el ejemplo y la educación han sido detestables, es lícito buscar alguna disculpa á los desaciertos del individuo.

Si tomamos este principio en sentido absoluto, disculparemos de todas sus faltas á la Reina Luisa Isabel de Orleans; en cambio, si consideramos los milagros del libre albedrío, no podremos menos de juzgar con severidad su memoria. Causa compasión, es cierto, el apreciar las buenas cualidades de aquella Princesa, torcidas y maleadas por una educación funesta; pero esta compasión no es bastante á disimular las ligerezas y las imprudencias de aquella nieta de Reyes, que con su extraordinaria conducta hizo famoso un reinado de ocho meses y no acertó á dejar un solo amigo en la Corte de España.

Si la Princesa, para atenuar sus faltas, hubiese recordado el desorden de su familia y el escándalo de la vida de su padre y de sus hermanas, habría encontrado sobrados argumentos para probar su aserto.

Difícilmente puede idearse una Corte más corrompida que la del famoso Regente de Francia y en que el libertinaje se ostentara con mayor descaro. El Duque de Orleans (1), personaje bien

---

(1) Felipe de Orleans, Regente de Francia, nacido en Saint-Cloud el 2 de Agosto de 1674, muerto en Versalles el 2 de Diciembre de 1723.

estudiado por nuestros vecinos, ofrece un conjunto singular de condiciones sobresalientes y de defectos vergonzosos. Desgraciadamente, en el presente estudio sólo de los defectos hemos de hablar, pues las condiciones sobresalientes no se pusieron de manifiesto en la crianza ni en la dirección de sus hijas. Los escritores políticos y los historiadores diplomáticos reconocen que de toda la familia de Luis XIV era el después Regente el que tenía más talento; los escritores morales y los historiadores domésticos encontrarán sólo en él la personificación exacta de las costumbres y del desenfreno de la época, templados por una gran nobleza de ánimo y por otras cualidades brillantes, que no le impidieron cometer las mayores atrocidades.

El Regente no se hacía ilusiones sobre su valer moral. Su cinismo en esta materia era comparable á sus costumbres. La única persona de su familia á quien quería y respetaba, fuera del pequeño Luis XV, era á la Duquesa viuda de Orleans, su madre, Princesa palatina por su nacimiento (1).

Efectivamente: entre toda la numerosa corte de Príncipes y Princesas, destacábase la figura de *Madame* con enérgico relieve. Acúsala Sainte-Beuve, al juzgar su correspondencia, de despojar demasiado de su ideal al gran siglo, de tal manera

(1) Carlota Isabel de Baviera, nacida en Heidelberg en 1652, muerta en Saint-Cloud en 1722. Su correspondencia, que es muy voluminosa, ha sido publicada por varios autores.

que, si no se atendiese más que á ella, se llegaría hasta despreciarlo; pero sus cartas, numerosas y llenas de vida, si no alcanzan á darnos idea de las grandes luchas del pensamiento humano ó del movimiento político preparatorio del cambio de Europa que más tarde había de verificarse, nos ofrecen un testimonio valiosísimo para juzgar personas y cosas. El afán de la Princesa era escribir, comunicar cuanto sabía, sin pretensiones ni cálculos de que sus cartas pudieran sobrevivirla. Por eso conservan casi todas ese perfume de vida, de realidad, perfume un poco áspero y violento como el carácter alemán de la Palatina, pero que sirve para hacer olvidar por un momento la demás correspondencia de la época, empalagosa de puro discreta, é insoportable por la manía de los *bon mots*, ó chistes, que muchas veces carecen por completo de gracia.

Es conocidísimo el hecho de que cuando el futuro Regente comunicó á su madre la noticia de su matrimonio con Mlle. de Blois (1), hija legitimada de Luis XIV y de la Marquesa de Montespan, fué tan grande el enojo de la orgullosa Palatina, que, sin cuidarse de etiquetas ni miramien-

(1) Francisca María de Borbón, nacida en el mes de Mayo de 1677 de las relaciones de Luis XIV con la Marquesa de Montespan; legitimada en 1681. El matrimonio de esta señora con el Duque de Chartres, después Regente de Francia, constituyó uno de los grandes escándalos de la época y fué criticado por Saint-Simon de una manera durísima.

tos, contestó á las palabras de su hijo con un sonoro bofetón, aplicado en las mejillas del mancebo, que se oyó en todo Versalles y que, según pintoresca frase de un escritor de entonces, *fit voir des chandelles* al respetuoso Duque.

El odio de la Palatina contra la Maintenon creció desde entonces, no perdonándole nunca aquella ofensa hecha á su ilustre raza con la intrusión en ella de un bastardo, y los piropos con que obsequiaba en sus pintorescas cartas á la encopetada Marquesa, eran generalmente los de *sorcière, ordure*, ó, por lo menos, el de *vieille ripopée ou ratatinée*, no designándola por otros nombres.

En cuanto á su nuera, desde luego se propuso no tratarse con ella sino lo preciso: —«*Se dire le matin bon jour et le soir bon soir, c'est bientôt fait*»— escribía, y, en efecto, jamás se reconcilió completamente con ella, ni la consideró como su igual, siendo aquel matrimonio una de las grandes penas de su vida.

Poco hizo, en verdad, la nueva Duquesa para captarse el aprecio de su suegra, y aunque, según el chismoso Duclos (1), tenía ingenio, virtud y nobleza de carácter, ni le sirvieron aquellas dotes

---

(1) Carlos Pineau Duclos, nacido en Dinan (Bretaña) el 12 de Febrero de 1704 y muerto en París el 12 de Marzo de 1772. Su vida es muy conocida por haber sido objeto de varios estudios. Gozó de gran fama como literato, y entre sus obras se distinguen *L'histoire de la Baronne de Luz, Les confessions du Comte de* ***, y por último, las *Memoires secretes sur le regne de Louis XIV, la Regence et le regne de Louis XV.*

para conservar el cariño de su marido, ni supo ejercitarlas en beneficio de sus hijas.

El orgullo de Mlle. de Blois era tan grande, por lo menos, como el de *Madame*, pareciéndose en esto á los demas hijos de la Montespan, salvo el Conde de Toulouse (1); de suerte que la unión entre ambas mujeres era imposible, y la suegra se vengaba de la soberbia de la nuera, retratando con ensañamiento sus defectos y su incorregible pereza, y repitiendo con gusto la broma de que la joven Duquesa se parecía á Minerva en que no reconocía madre ninguna y se vanagloriaba tan sólo de ser hija de Júpiter.

En cambio, aquella mujer austera y rígida en sus principios, cuanto podía serlo una señora en la época en que vivía, cerraba los ojos ante las aventuras y los excesos de su hijo, el Regente, consagrándole un afecto único, apasionado, infinito, que no le impedía, sin embargo, reconocer los defectos de su primogénito, y que le hacía exclamar dolorosamente: «—Las hadas concurrieron á mi alumbramiento, concediendo cada una un talento á mi hijo, que los reunió todos. Desgraciadamente, se había quedado olvidada un hada vieja, que, llegando después que las otras, exclamó:—Tendrá

---

(1) Luis Alejandro de Borbón, Conde de Toulouse, nacido el 6 de Junio de 1678. Legitimado al mismo tiempo que Mlle. de Blois, fué el más inteligente de los bastardos de Luis XIV y ocupó siempre uno de los primeros lugares de la corte, conduciéndose en las intrigas de ésta con la mayor habilidad.

todos los talentos, excepto el de hacer buen uso de ellos». Y nunca mejor juicio acertó á definir el carácter del Regente.

Parece un hombre distinto cuando piensa y discute asuntos de Estado, á cuando comienza á rodar por los escalones del vicio y de la sensualidad. Nada hay entonces que le detenga: ni respetos humanos, ni prestigios, ni consideraciones de ningún género. Religión, familia, honor, todo es materia de burla y de impiedad; su degradación llega hasta el extremo de escuchar, durante una de sus famosas cenas, de labios de la condesa de Sabran, la opinión de que: «Dios, después de haber creado al hombre, cogió un residuo de cieno, con el cual formó el alma de los príncipes y de los lacayos»; y, lejos de ofenderse por tan tremendo insulto, elogia y celebra á la Condesa porque la frase le parece ingeniosa.

Solía el Duque destinar la mañana á los negocios ó al Consejo, ocupaciones que sólo interrumpía para tomar chocolate en público. Después iba á ver al Rey, á quien siempre trataba con el mayor respeto, y más tarde á *Madame*, con quien pasaba largo rato charlando. Casi ningún día dejaba de ver también á la Duquesa de Berry, que era su hija preferida. Llegada la hora de comer, se encerraba con sus queridas, algunas ninfas de la Ópera, y diez ó doce hombres, á quienes llamaba sencillamente *mes roués*, y entre los que se encontraban nombres tan sonoros como Broglie, Brancas, Biron y Canilhac, mezclados con otros obscuros de

personas notables por su corrupción ó por su genio fecundo en invenciones; y entonces comenzaban aquellas orgías que se han hecho célebres, y que acostumbraban á terminar por la embriaguez absoluta de los comensales, á quienes tenían que conducir por la mañana á sus casas.

Estas fiestas solían celebrarse en el Palais Royal; pero algunas veces se trasladaban al Luxemburgo, residencia habitual de la Duquesa de Berry, hija mayor del Regente, de la cual es ya tiempo de decir algunas palabras (1).

La Duquesa viuda de Orleans, hablando de sus nietas, por quienes no sentía gran afecto, pues todo su cariño se cifraba en el Duque de Chartres y en el bastardo Caballero d'Orleans (2), escribía:

---

(1) María Luisa Isabel de Orleans, Duquesa de Berry, nacida en 1695, muerta en 1719. Fué la principal figura de mujer, cuando murió la encantadora Duquesa de Borgoña. Su conducta con ésta, á quien debía el favor de haberse casado con el Duque de Berry, sus desórdenes y su orgullo, la hacen antipática á nosotros. Sus encantos, su elegancia y su gracia, la hicieron amable á sus contemporáneos. Se ha escrito mucho acerca de esta Princesa, pudiendo consultarse en otros libros la biografía que de ella hace M. Barthelemy en su obra *Les filles du Regent*, la conocida obra de M. Lemontey, *Histoire de la Regence*, *Las Memoires de Saint Simón*, *Les Aventures de Pomponius*, y á título de curiosidad, las famosas *Philippiques* de La Grange.

(2) Juan Felipe, Caballero de Orleans, hijo del Regente y de la Condesa de Argenton. Las relaciones de esta dama con el Duque de Orleans constituyen uno de los episodios más entretenidos del siglo XVIII. Enamorado el Duque, no sólo consintió en reconocer á su hijo, sino que regaló á su amante, Mlle. de Sery

«Jamás se ocupa (la Duquesa, su nuera) de la educación de sus hijos. Tienen, no obstante, la misma aya que tuvo mi hija; pero ésta, á Dios gracias, ha sido bien educada. Un día pregunté al aya por qué no educaba á mis nietas tan bien como á mi hija, y me respondió:—Con *Mademoiselle* estaba segura de contar con vuestro apoyo; pero con estas niñas, cuando me quejaba, sólo conseguía que se burlaran de mí, ellas y su madre, por lo cual tomé desde luego la determinación de dejar correr las cosas según su gusto.—De aquí proviene su bonita educación; pero como yo no he hecho el matrimonio, no me he ocupado tampoco de los hijos. Su madre los educa de tal manera, que no logrará sino vergüenza y desprecio. Esta mujer es una perezosa; se ha hecho arreglar una cama en que se acuesta para jugar al *lansquenet;* nos burlamos de ella, pero no hace caso. Juega estando acostada, lee acostada; en una palabra, pasa su vida en esa postura. Come tanto, que sin verlo no se puede imaginar. Sus hijas tienen igualmente esta costumbre: comen hasta que de-

las tierras de Argenton para que titulase sobre ellas, y sin estar casada, se hiciera llamar *Madame.* La ruptura con la Condesa fué casi un negocio de Estado. El niño, fruto de aquel afecto, quedó en Palais Royal. Allí se educó, distinguiéndole siempre su abuela, que asistió á su primer sermón, despreciando las murmuraciones de los cortesanos. Obtuvo grandes beneficios. Fué nombrado Gran Prior de Francia, y Felipe V le hizo Grande de España cuando vino á Madrid Mlle. de Beaujolais á casarse con el Infante don Carlos.

vuelven los manjares, y comienzan de nuevo: ¡es desconsolador! La madre no se ocupa sino de sus fantasías. Un día aborrece á su hija sin saber por qué, y al día siguiente aprueba todo sin importarle que sea bueno ó malo. Todo esto me hace temer que las buenas resoluciones no duren.»

En efecto, ninguna de las hijas mayores del Regente puede ponerse como modelo de Princesas; pero á todas ellas vence en audacia y en corrupción la primogénita, de quien, por cierto, se conserva un bonito retrato, original de Nattier, en nuestro Museo del Prado.

Fuera de su belleza, de su elegancia y de su gracia, de la que á veces abusaba demasiado, nada más se puede elogiar en la Duquesa de Berry, que en su parte moral ofrece un conjunto abreviado de los vicios de su época. Peleada con su marido, no pudiendo ver á su madre, evitando siempre las reprensiones de su abuela, que cuando podía la sermoneaba sin tregua, su único amigo era su padre, el Regente, que, por un repugnante fenómeno moral, se constituyó desde luego en su preceptor de galantería, viéndose pronto vencido y sobrepujado por su discípula.

De todo el mundo es conocido el rumor de los amores entre el padre y la hija, rumor afirmado sin ningún género de dudas por muchos historiadores, consignado en vida del Regente en las famosas *Philippiques* (1), discutido y despreciado

(1) En el año de 1719 corrió por París un escrito

por el propio Duque de Orleans; rumor acogido en las obras contemporáneas al Duque, favorables á éste, tales como *Les aventures de Pomponius*, y que no puede menos de citarse al hablar de la historia familiar de la Casa de Orleans.

Verdadero ó falso, ni el padre ni la hija se ocuparon de cerrar la boca á los maliciosos, ni sus actos y su vida los libran de cualquier suposición, por degradante que sea. Es probable que tal aberración no tuviese lugar; pero todo es posible tratándose del Regente y de su hija, que tan poco se cuidaron de disimular sus pasiones.

Innumerables fueron las de la hija, figurando entre las más duraderas la del caballerizo La Haye y la del Conde de Riom, sobrino del célebre Duque de Lauzun. No tenía el segundo grandes atractivos, pues su rostro estaba lleno de granos; pero á causa, sin duda, de ser *un des meilleurs soldats que l'amour ait jamais eu à sa suite*, como afirman unas Memorias de aquel tiempo, concibió tal pasión por él la Duquesa que, no contenta con alojarle en el propio Luxemburgo y colmarle de presentes y favores, entregóse por

---

que, con el nombre de *Philippiques*, atacaba al Regente de una manera escandalosa. Su autor fué La Grange, antiguo paje de la Princesa de Conti y amigo de los Duques del Maine. El Duque de San Simón llevó el papel al mismo Regente, que no pudo reprimir su cólera al leer las calumnias que en él se le imputaban. La Grange fué deportado á las islas de Santa Margarita; pero obtuvo su indulto más tarde y volvió á París viviendo aún el Regente.

completo á su capricho y á su voluntad, dando lugar á escenas vergonzosas, en que Riom emuló y aun superó la grosera conducta de su pariente Lauzun (1) con la *Grande Mademoiselle*.

Dolíase el Regente de aquel envilecimiento, y hablaba de arrojar á Riom por la ventana; pero entonces se sublevaba la Duquesa, que trataba á su padre como el Conde la trataba á ella, y el Duque no tenía otro remedio que callarse.

Para colmo de males, figuraba entre las damas de la Princesa una Marquesa de Mouchy, que se convirtió en su confidente y que vivía en secreto con el afortunado Riom, de la misma manera que la Duquesa vivía en público. Esta señora era la encargada de reconciliar á los amantes y de ejercer toda clase de funciones cerca de ellos.

Para disimular en parte sus escándalos, tenía la Duquesa un cuarto en las Carmelitas de la calle de Saint Jacques, donde iba de cuando en cuando á pasar un día. Las vísperas de las grandes fiestas, dormía y comía en el convento, como una religiosa cualquiera; asistía á las ceremonias de la mañana y de la tarde, y desde allí se volvía á las orgías del Luxemburgo.

En 1719, ocurrió una cosa que nada tenía de particular, dada la vida de la Duquesa, y que una canción de entonces contaba así:

---

(1) Antonio Nompar de Caumont, Conde y después Duque de Lauzun, Mariscal de Francia, célebre por la pasión que logró inspirar á la *Grande Mademoiselle*. Nació en Gascuña, en 1633, y murió en 1723.

«Grosse à pleine ceinture
La féconde Berry,
Dit en humble posture,
Et le cœur tout contrit,
«Seigneur, je n'aurai plus le mœurs aussi gallardes.»
Je ne veux que Riom, don don,
Quelques fois le... la la,
Par ci par là mes gardes.»

El embarazo de la Duquesa tuvo un fin trágico. El exceso de vino y de licores, según unos, otras causas peores aún, según otros, produjeron un mal parto. El resto de la historia es demasiado conocido para que lo insertemos aquí. El problemático matrimonio con Riom, el parto, la escena de los confesores esperando á la puerta de la alcoba el momento de entrar en el cuarto de la moribunda, la conducta equívoca del Regente, las picardías de la Mouchy, las murmuraciones de la Corte, el restablecimiento de la Duquesa, sus nuevas imprudencias y, por último, su muerte pocos días después, á los veinticuatro años de edad, han sido descritos de mano maestra y pueden leerse en diferentes Memorias.

Cuando murió, afirma Duclos que estaba embarazada de nuevo. Hay que confesar que el arrepentimiento no era el signo característico de la bella y espiritual Duquesa.

Luisa Adelaida de Orleans, su segunda hermana, tomó el velo de religiosa en el convento de

Chelles el 30 de Marzo de 1717. Esta Princesa, bella é instruída por demás, era de imaginación exaltadísima. Cuéntase, acaso sin fundamento, que tenía por maestro de canto un cierto Caucherau, que, á la vez, era uno de los mejores actores de la Ópera y se hallaba dotado de talento y de buena figura. Un día que cantaba una escena muy apasionada, la joven Princesa ocupaba un palco en compañía de su madre la Duquesa de Orleans, y, sin poder contenerse, exclamó: «*¡Ah, mon cher Caucherau!*» La madre encontró demasiado expresiva la exclamación de la hija, y desde aquel momento la destinó al claustro. Tan pronto austera, tan pronto disipada, unas veces representando el papel de Princesa y otras el de monja, se hizo insoportable á la buena abadesa, que era hermana del mariscal de Villars, y que acabó por presentar su renuncia en favor de la Princesa, retirándose á las Benedictinas del *Cherche-Midi*.

Una Princesa abadesa no está sujeta á una regla muy severa. La hija del Regente disfrutó de gran libertad, libertad de que algunos pretenden que usó bastante con su joven intendente Augeard; la química, la anatomía, el estudio de la historia natural y otros conocimientos no menos profundos, eran las ocupaciones que más entretenían á la abadesa, quien tenía gran facilidad para todo y encontraba siempre el medio de no aburrirse. Escribió una carta firmada «esposa de Jesucristo», á propósito de la cual dijo su padre el Regente que le parecía debía estar muy mal con su yerno, frase

que fué muy celebrada por sus contertulios. Finalmente, cansada la Princesa de sus propios caprichos, acabó por deshacerse de su cargo y retirarse á la Magdalena de Trainel, donde vivió con el mayor orden hasta su muerte.

Mlle. de Valois, que fué la tercera hija del Regente, mientras se negociaba para ella el matrimonio con el Príncipe del Piamonte, se enamoró perdidamente del Duque de Richelieu, dando lugar con sus imprudencias á multitud de cuentos, que desde entonces vienen siendo famosos en historias y novelas. *Madame*, su abuela, indignada, y recordando que la Reina de Sicília, madre del Príncipe, era amiga suya, no pudo contenerse, y en un momento de terrible franqueza, escribió á la Soberana una epístola, diciéndole que la quería demasiado para enviarle un presente tan malo como Mlle. de Valois. No hay que decir que la boda se deshizo y que el Regente celebró mucho «*l'incartade allemande*» de su madre, sin ocuparse para nada del pesar y de la rabia de su esposa.

Sin embargo, temiendo el Duque que su tercera hija siguiera los pasos de la Duquesa de Berry, quiso deshacerse de ella y negoció su matrimonio con el primogénito del Duque de Modena. Mlle. de Valois no tuvo más remedio que conformarse y pidió, en cambio, la libertad de Richelieu, que le fué concedida.

Muy á su pesar se vió obligada la nueva Princesa á emprender el camino de Italia; pero en su interior llevaba ya resuelta la conducta que había de

guardar para poder seguir el consejo de la Gran Duquesa de Toscana, su amiga, que le dijo al despedirse de ella: «*Mon enfant, faites comme moi; ayez un ou deux enfants, et tachez de revenir en France. Il n'y a que ce pays la de bon pour nous*». Y en efecto, en cuanto pudo, dejó la Princesa á su marido y á su patria adoptiva para regresar á su querido París.

Tales fueron las tres hermanas mayores de mademoiselle de Montpensier, futura Reina de España. En cuanto á su hermano el Duque de Chartres, sería locura el pretender que diese ejemplo de continencia, siendo hombre y primogénito del Regente. Sin embargo, su disipación no llegó á alcanzar los extremos de su padre ni de la Duquesa de Berry, y á la muerte de aquél, que sorprendió al hijo en casa de su amante, cambió totalmente, entregándose á la devoción, en la que perseveró hasta la muerte.

Estos modelos fueron los que impresionaron la imaginación de la tierna Luisa Isabel, que por primera vez apareció en la Corte llevando la cola del manto de Mlle. de Valois, en la ceremonia de la boda de ésta, y que estaba destinada por la Providencia á representar uno de los primeros papeles del mundo, uniéndose con un Príncipe gallardo, amable y adorado de su pueblo, gobernando en su compañía una monarquía antigua y poderosa, y sirviendo de prenda de unión entre dos naciones por largo tiempo rivales y cuya pasajera alianza parecía amenazada de muerte.

Jamás Reina alguna pisó el territorio español bajo mejores auspicios. Jamás Princesa alguna hizo menos para ocupar dignamente su puesto y conquistar los corazones de sus súbditos. Su única disculpa, como hemos dicho al principio, consiste en la pésima educación recibida, y en las costumbres vislumbradas á su alrededor durante los primeros años de su existencia.

II

Hacia 1721, y una vez concluída la breve guerra entre España y Francia, que echó por tierra la soñada unión de Luis XIV, nuestra política, falta de orientación, vacilaba entre la amistad con Austria, que sonreía á Isabel de Farnesio, por las esperanzas que podía hacerle concebir en Italia; entre la simpatía con Inglaterra, que trabajaba por medio de Stanhope para formar una triple alianza anglo-austro-hispana, capaz de imponer la ley al mundo, ó entre la reconciliación franca y sincera con Francia, que representaba para Felipe V la conducta de toda su vida y el ideal más querido.

El Cardenal Dubois (1), que como persona dejaba tanto que desear, pero que como político procuró siempre el bien de su país, asistía á aquella

---

(1) Guillermo Dubois, Cardenal y primer Ministro, nacido en Brive-la-Gaillarde en 1656, muerto en 1723. Este personaje es tan universalmente conocido que nos evita tratar de él.

lucha, atento á aprovechar el momento oportuno para conseguir lo que más conviniera á los intereses de Francia, y supo manejarse de manera, que, impresionado el ánimo de nuestro Monarca por la perspectiva de la deseada unión, presentada esta vez sobre fundamentos más sólidos que nunca, consintió en tratar con el Regente y en recibir sus cartas, inaugurando una nueva era pacífica y amistosa en sus relaciones con el Duque de Orleans, á quien hasta entonces considerara como su peor y más encarnizado enemigo.

En esta negociación, que produjo al fin el tratado de alianza de 27 de Marzo de 1721, tratado que por entonces se juzgó como un gran éxito diplomático, pero en la que, como observa atinadamente Mr. Drumont (1), nadie tuvo que hacer nada extraordinario para el triunfo, ayudó con gran eficacia al Ministro francés el confesor de Felipe V, P. D'Aubenton (2), miembro de la Com-

(1) Ed. Drumont, *Papiers inédits du Duc de Saint-Simon*.—París, 1880.

(2) Guillermo D'Aubenton, jesuíta francés, nacido en 1648. Nombrado por Luis XIV, confesor del Rey Felipe V, vino con éste á España. Según Saint-Simon, era un hombrecillo gordo, de rostro agradable y aspecto bonachón, respetuoso con todos aquellos de quienes podía temer ó esperar algo, inteligente, de buen sentido, aficionado á estudiar el carácter de los que se le acercaban y á aprovecharse de ellos, aparentando desinterés é insignificancia. Su naturaleza era muy á propósito para toda clase de intrigas diplomáticas y así lo demostró en su larga existencia, dedicada á favorecer á la Compañía de Jesús.

Enemistado con la Princesa de los Ursinos, y vuel-

pañía de Jesús, pudiendo decirse que á él y á Dubois se debió cambio tan inesperado de la política española. Tampoco sería aventurado suponer que, resuelto nuestro Monarca á abandonar el trono español, y habiendo hecho desde el día 20 de Julio de 1720, en compañía de su esposa, el famoso voto

---

ta ésta triunfadora á España, tuvo que salir el confesor en el año de 1705, siendo reemplazado por el P. Robinet, marchando D'Aubenton á Roma, donde vivió con el carácter de asistente francés del P. General de los Jesuítas y ayudó al Cardenal Fabroni á redactar la constitución *Unigenitus* contra los Jansenistas, que tan gran polvareda produjo en su tiempo.

Caído en desgracia el P. Robinet, alejada la de los Ursinos, y en el poder Isabel de Farnesio, volvió á llamarse á España al P. D'Aubenton, que se encargó de nuevo del confesonario regio en Mayo de 1715, y aliándose con Alberoni, desafió las maquinaciones del Duque de Saint-Aignan, Embajador de Francia, que utilizó toda clase de armas para perder de nuevo al jesuíta francés en el ánimo de los Reyes, triunfando al fin el confesor y viéndose obligado el Duque de Orleans á cambiar de representante, nombrando en lugar de Saint-Aignan al Marqués de Nancré.

Las relaciones entre el Regente y D'Aubenton mejoraron desde entonces. Dubois encontró el medio de atraerle por medio de acuerdos dictados en Francia para hacer respetar la bula *Unigenitus*, y el confesor en cambio, se constituyó en auxiliar de Francia cerca de su real penitente.

Fué D'Aubenton uno de los primeros iniciados en el secreto de los matrimonios regios y también negoció después el enlace de Mlle. de Beaujolais, aumentando aún más su influencia política después de dichos acontecimientos, hasta el punto de mantener una correspondencia secreta entre él y Dubois.

Esta amistad se interrumpió en Abril de 1723, con

de abdicar en favor del Príncipe (1), voto que sólo conocía el confesor, celebró S. M. en extremo los primeros ofrecimientos de una potencia á quien siempre estuviera unido por el afecto, y aprovechó la ocasión para estrechar y restablecer de un modo definitivo la alianza borbónica, asegurándose además la amistad de Inglaterra, de manera que pudiese él abandonar la corona sin abrigar temores acerca de futuros conflictos ó de aventuradas

---

motivo de haber sido llamado á París el Embajador de Francia, Marqués de Malauvrier: mas no por ello decayó la influencia de D'Aubenton que, puede decirse alcanzó en tal época su mayor poderío.

Belando atribuye la desgracia del confesor, ocurrida en 1723, al delito de haber revelado éste al Duque de Orleans el secreto de la abdicación de Felipe V, confiada á su prudencia de sacerdote, afirmación que, sostenida y comentada por Voltaire, ha venido siendo desde entonces motivo de escándalo para todos los historiadores que de tal suceso se han ocupado.

La verdad, sin embargo, consignada por Mr. Baudrillart en época reciente, permite creer que, desde Julio de 1723, venía siendo muy mala la salud del P. D'Aubenton, quien, obligado por sus achaques, tuvo que salir de Palacio y retirarse al Noviciado de la Compañía en Madrid.

Creyéndose restablecido, volvió á Balsain, pero obligado de nuevo por sus dolencias, pidió permiso para regresar á la capital, donde falleció de una manera edificante en el siguiente mes de Agosto, á los setenta y seis años de edad, y después de indicar al Rey la persona que había de sustituirle en el cargo de confesor.

Este fué el jesuíta español P. Bermúdez.

(1) Publicó por primera vez el original de dicho voto Mr Baudrillart en su magnífica obra *Philippe V et la Cour de France*.—París, 1890.

alianzas, capaces de poner en peligro el trono de su joven primogénito.

Las prendas de amistad que vinieron á reforzar los anteriores tratados fueron la Infanta María Ana Victoria, que contaba entonces tres años, destinada á ser esposa de Luis XV y Reina de Francia (1), y Luisa Isabel de Orleans, ó Mlle. de Montpensier, como la llamaban nuestros vecinos, cuarta hija del Regente, de edad de doce años, destinada á ser esposa del Príncipe de Asturias, D. Luis, y reinar más tarde sobre los españoles.

(1) María Ana Victoria, Infanta de España, hija de Felipe V y de Isabel de Farnesio, nació el 31 de Marzo de 1718, y desde sus primeros años llamó la atención de todos por su belleza y talentos.

Concertado su matrimonio con Luis XV, entró en Francia el día 9 de Diciembre de 1721, permaneciendo en aquella Corte hasta 1725 en que, por haberse arreglado la boda del Monarca francés con María Leczinska, fué devuelta la Infantita á sus padres.

En 1729, abandonó de nuevo á éstos para unirse en matrimonio, esta vez definitivamente, con el Príncipe del Brasil, D. José, ocupando el solio portugués en Agosto de 1750, por muerte de su suegro D. Juan V. No fué muy feliz la Princesa española en su matrimonio, pues lo mismo su esposo, que el primer Ministro, Pombal, le hicieron pasar crueles momentos y la privaron de toda influencia. A la muerte de Jose I, ocurrida el 4 de Febrero de 1777, recobró la Reina su ascendiente, cerca de su primogénita D.ª María I, y por su mediación se concluyó un tratado de paz hispano portugués en 1778, uniéndose además la Infanta de España D.ª Carlota con el Infante D. Juan, segundogénito de Portugal.

Murió la Reina D.ª María Ana Victoria el 15 de Enero de 1781.

Las negociaciones para estos matrimonios, partieron de España, á cuyos Monarcas, y especialmente á la Reina, halagaba en extremo la idea de ver sentada en el trono de Francia á *la Marianina*, como la llamaba su madre, y fueron llevadas con tanto secreto, que el propio Saint-Simón, que había de venir á España más tarde como Embajador extraordinario, confiesa en sus Memorias que no supo nada de ellas hasta que el Regente le dió la noticia por sí mismo, continuando ocultas hasta nuestros días, en que los libros de Lemontey, Drumond, Barthelemy, Morel-Fatio, Leonardon y Baudrillart las han dado á conocer.

Motivaba este secreto tan grande, no sólo la importancia de aquellos matrimonios dentro de Europa, por su significación política, sino el cambio radical que suponían en la conducta de Felipe V dentro de Francia, echándose en brazos de su antiguo rival, contra quien había llegado hasta conspirar para despojarle de la Regencia, y abandonando el partido de los Príncipes *legitimados*, presidido por los Duques del Maine, con quienes hasta entonces estuviera siempre unido.

Brillantemente ha sido referida por Saint-Simon la escena en que el Regente participó delante del Consejo el concertado matrimonio de Luis XV y pidió á éste su consentimiento para verificarlo. El tímido Monarca, que al escuchar la proposición, momentos antes, de labios de su ayo, el Mariscal de Villeroy, había contestado con un torrente de lágrimas que dejaron confundidos y azorados al

viejo Mariscal y al Duque, apenas murmuró un trémulo *sí*, delante del Consejo, bastando esto para que el Regente proclamara el extraordinario placer con que el Soberano aceptaba la honra que le ofrecía su tío el Rey de España.

Pocos días después se publicaba también el matrimonio de Mlle. de Montpensier con el Príncipe de Asturias, que el taimado Duque había tenido oculto hasta entonces por miedo á que, publicándolos juntos, creyese la gente que sacrificaba la suerte del Rey con tal de conseguir la prosperidad de la Casa de Orleans, precaución que no impidió se extendiese el descontento por París y que este descontento llegase hasta el mismo Regente por boca del ilustre Mariscal de Villars, quien, al comunicarle el Duque la noticia, repuso con el aplomo y la autoridad que le concedían sus años y sus servicios:

«*Monseigneur, permettez moi de vous faire un autre compliment, c'est que je vous trouve le plus habile Prince de la terre; jamais les Cardinaux de Richelieu et Mazarin, ces deux illustres politiques, n'ont rien imaginé de plus grand. Le Prince des Asturies ayant quatorze ans faits et Mlle. de Montpensier devant en avoir douze le 10 Decembre, promettent lignée beaucoup plus que nous n'en esperons de l'Infant.*»

El Regente sonrió y no respondió palabra.

En cuanto á España, una vez conocido el proyectado matrimonio, también hubo quien murmurara, á causa de la procedencia bastarda de la

Duquesa de Orleans y de las costumbres del Regente; pero la autoridad de Felipe V hizo cesar bien pronto tales rumores, y desde entonces no se pensó en cosa que no se refiriese á los futuros enlaces.

Exigido desde luego por los Reyes católicos el respectivo viaje de las Princesas, no obstante su corta edad y los obstáculos puestos en Francia, acordóse, por fin, que la entrega de aquéllas se verificaría en la frontera de ambos reinos, y que la Infanta pasaría desde luego á París para ser educada en su nueva Corte, mientras Mlle. de Montpensier se trasladaría á Madrid y se uniría solemnemente con el Príncipe, aplazándose la consumación del matrimonio para cuando la delicada salud de D. Luis lo permitiera.

Inmediatamente (Octubre 1721) se procedió al nombramiento de Embajadores extraordinarios para pedir la mano de las Princesas y firmar las capitulaciones matrimoniales, resultando elegido por parte de Francia el célebre Duque de Saint-Simón (1), y por parte de España el ilustre Du-

---

(1) Luis de Rouvroy, Duque de Saint-Simón, nacido en París el 16 de Enero de 1675, muerto el 2 de Marzo de 1755. Aunque empezó muy joven su carrera política, no alcanzó en ella grandes éxitos durante la vida de Luis XIV, cuya confianza nunca llegó á poseer.

En cambio vióse muy favorecido por el Duque de Orleans, su íntimo amigo, durante el gobierno de aquél, entrando después á formar parte del Consejo de Regencia y auxiliando con sus conocimientos al Duque. La ruptura de éste con su amante la Condesa de Ar-

que de Osuna (1), que partieron en seguida para cumplir sus honoríficas y aparatosas misiones.

Del esplendor y de la pompa con que realizó el francés la suya, ha quedado perpetua memoria en sus escritos, así como de la magnificencia desple-

---

genton, el matrimonio de la Duquesa de Berry, y los asuntos relativos á España, fueron negocios en que tomó parte muy principal. Nombrado Embajador extraordinario á Felipe V, con motivo de los matrimonios de Luis XV y del Príncipe de Asturias, fué honrado con la Grandeza de España para él y el Toisón de oro para su primogénito. Después de este brillante período de su vida, apartóse gradualmente de la política y se dedicó á corregir y terminar sus célebres Memorias.

Éstas constituyen su principal título á la consideración de la posteridad, pues quizás son las mejores que existen de su género, retratando con pasmosa realidad y gracia, costumbres y personas de la época, hasta el punto de parecernos, aun hoy, vivas y animadas.

Ciertamente que las teorías políticas y el ideal de monarquía *constitucional aristocrática* de Saint-Simón han envejecido y no convencen; pero en cambio sus descripciones y juicios conservan toda la frescura, haciendo imposible el que se escriba historia del siglo XVIII sin consultar á cada paso una obra que, en cierto modo, puede considerarse como clásica.

(1) Don José María Joaquín Téllez Girón y Benavides, séptimo Duque de Osuna, onceno Conde de Ureña, Marqués de Peñafiel, de Frómista, de Caracena, Conde de Pinto, etc., sirvió primero en la carrera militar, asistiendo á la batalla de Almansa y siendo el encargado de traer á Madrid los estandartes cogidos en ella al ejército aliado. Por fallecimiento de su hermano, sucedió en los estados de Osuna, cubriéndose ante Felipe V el día del Corpus del año 1722. Gozó de sumo favor con el Soberano, que

gada por los españoles para recibirle. En cuanto al Duque de Osuna, sólo elogios mereció de la aristocracia francesa, justificando las frases de los versos, un tanto ramplones, que sobre los matrimonios corrieron por entonces en Madrid, que empezaban:

«Al señor Duque de Osuna
Felipo Quinto señala,
porque para estas funciones
siempre se porta con gala.»

Efectivamente, la ceremonia de firmar las capitulaciones matrimoniales, y la iluminación del palacio del Embajador, que superó á cuanto hasta entonces se había visto en París, pues en esta clase de festejos éramos entonces muy notables los españoles, se citan en todas las Memorias de la época como solemnidades dignas de recuerdo y aplauso, por el fausto desplegado en ellas.

Los principales capítulos del contrato del Príncipe de Asturias y de Mlle. de Montpensier, contrato en el que quisieron rivalizar en generosidad

---

le hizo Teniente General en 1719, y en 1721 le envió por su Embajador extraordinario á Francia. También fué encargado de recibir en la frontera el referido año de 1722 á Mlle. de Beaujolais, y ostentó el título de Capitán de la primera compañía de Guardias de Corps de S. M.

Su esplendor y magnificencia fueron famosos. Murió en Madrid, á los cuarenta y ocho años, el 18 de Marzo de 1733.

los padres de los futuros esposos, consistían en dotar Luis XV, como Rey de Francia y jefe de la familia, á D.ª Luisa Isabel con 500.000 escudos de oro que, unidos á los 40.000 que prometía el Duque de Orleans entregar á su hija en joyas y preseas, constituían un bonito regalo; por su parte, los Reyes de España se comprometían á entregar á la Princesa 50.000 escudos en joyas y preseas y 160.666 escudos de oro en calidad de aumento de dote, cantidades que quedarían á su favor en caso de viudez. Además se incluyó, por indicación del Regente, que conocía la triste suerte que ha cabido siempre en España á las Reinas viudas, una cláusula que permitía á D.ª Luisa Isabel retirarse libremente á Francia, con todo lo suyo, en caso de fallecer su marido antes que ella.

Todo fué júbilo y fiestas en París, una vez firmadas las anteriores capitulaciones, y sólo se trató ya de la partida de la nueva Princesa y de la Infantita, partida por la que suspiraban los Reyes de España, y para activar la cual se alegaban toda clase de razones y alegres impaciencias, expresadas en el florido estilo de la época, que tanto se prestaba á aquellos juegos de la inteligencia. Escribían desde España que los Reyes no vivían aguardando á su nueva hija; que se hacían preparativos inauditos para recibirla y festejarla; que nunca Princesa de Asturias sería tratada como Mlle. de Montpensier; y llevado el diplomático Robin de su afán de agradar, y de la licencia que las costumbres de entonces permitían, llegaba

hasta afirmar, en el tono más serio del mundo, que el retrato de la Princesa, enviado desde París, causaba tal impresión en el ánimo de D. Luis, que se habían visto obligados á retirarlo de su cuarto, porque la vista de él turbaba por la noche el reposo del heredero de la Corona. Por su parte, ni Dubois ni el Regente escatimaban las amabilidades dirigidas á la Infantita, ó mejor aún á Isabel de Farnesio, y los banquetes y bailes se sucedían sin interrupción para festejar á Osuna, mientras se terminaban los preparativos del viaje de Mademoiselle de Montpensier.

Por último, se fijó éste para el 18 de Noviembre de 1721; el 16 hubo un gran baile en el *Palais Royal*; el 17 dió un banquete el Duque de Chartres para despedir al Embajador, y el día prevenido se puso en marcha la comitiva, que se componía de un número prodigioso de individuos y en la que se contaban diez y ocho carrozas, lujosamente enganchadas.

Veintinueve jornadas tuvo que emplear la Princesa para recorrer las 181 leguas que la separaban de Bayona, y en todo este tiempo menudearon las epístolas cariñosas de sus nuevos parientes, misivas que se encargaba de entregarle la Duquesa de Ventadour, ilustre dama que había sido aya de Luis XV y á quien el Regente había nombrado para acompañar á su hija hasta la frontera y recibir en ella á la Infanta Reina, cerca de la cual había de servir los mismos oficios que antes desempeñara con su futuro esposo. El noble, en-

cargado de autorizar el solemne canje de las Princesas, era el ilustre cuanto vanidoso Príncipe de Rohan. Entre las demás señoras que acompañaban á Mlle. de Montpensier, las más allegadas á su persona eran la Princesa de Soubisse, la Condesa de Chiverny, aya de S. A.; Mme. de Laris, segunda aya; Mme. Chaput, primera doncella de *Mademoiselle;* cuatro camaristas y varias personas encargadas de distintos servicios cerca de la Princesa, todas las cuales habían de regresar á Francia, así como todos los españoles que acompañaban á la Infanta habían de volverse á Madrid desde la frontera.

Durante el tiempo que duró aquel viaje no descansaron Felipe V ni su esposa, organizando por su parte la comitiva que había de recibir en la frontera á S. A. y entregar á la Infanta, estableciendo la futura casa de los Príncipes y ultimando los detalles de las fiestas que habían de seguir á las ya celebradas desde la llegada del Duque de Saint-Simón.

Á toda prisa se disponía en Lerma el alojamiento necesario para la familia real, que, impaciente por ver celebrado el matrimonio, quería acortar las distancias; Grandes y damas se preparaban á hacer ostentoso alarde de su rumbo y gallardía; los joyeros de D. Felipe, presididos por Benito de Alfaro, recibían el encargo de labrar á toda prisa las alhajas más ricas que su fantasía pudiera idear, y entre las ofrecidas á la Princesa figuraban: *la joya grande*, montada en plata y

guarnecida con 93 diamantes, brillantes y rosas, tasada en 56.798 pesos; dos muelles de plata guarnecidos con 82 diamantes; dos arracadas con seis brillantes; una cruz de plata con otros seis y un adorno para cotilla con 26 brillantes y rosas, aparte de otras muchas que sería prolijo enumerar. Agitábanse los que tenían alguna influencia en Palacio, solicitando puestos ó mercedes para sus recomendados ó para ellos mismos, y, en suma, ofrecía la corte un aspecto tan animado y un deseo de divertirse tan extraordinario, que el mismo Embajador Saint-Simón, á quien empezaban á pesar los años, cayó malo por el exceso de fatiga, y en poco estuvo que su afán de cumplir con la etiqueta y representar bien su papel no le costara caro.

Desde luego se fijaron los Reyes para el difícil y espinoso cargo de Camarera de la nueva Princesa, en una señora, ilustre bajo todos conceptos, aunque un poco demasiado amiga de formalidades y débil de carácter, que fué D.ª Luisa de Gante, Duquesa de Montellano (1), título que recor-

(1) D.ª Luisa de Gante, Duquesa de Montellano, hermana del Príncipe de Isenghien, yerno del Mariscal de Humières, era una señora de carácter dulce y bondadoso, aunque no de grandes alcances y pecando de tímida y respetuosa. Tales condiciones y su amistad con la Princesa de los Ursinos hicieron que, complacida en todo, siendo recompensada en sus parientes que merced á ella hicieron fortuna, como el Príncipe de Robecq, y su propio hijo el Duque de Montellano.

daba á Felipe V servicios muy continuados y dignos de agradecimiento. Á la Duquesa, pues, y al Marqués de Santa Cruz (1), mayordomo mayor

---

La prudencia demostrada en su vida, hicieron que fuese designada para ocupar el cargo de Camarera mayor cerca de la Princesa de Asturias. Viuda entonces la Duquesa, aceptó de buen grado aquel honor, sin figurarse la serie de disgustos que le esperaban y que le harían dejar el cargo, siendo ya Reina la hija del Regente. Muerto Luis I, pidió Luisa Isabel desde Vincennes que nombrasen de nuevo por su Camarera á la Duquesa de Montellano; pero, escarmentada ésta con la pasada experiencia, se negó respetuosamente á aceptar tal distinción alegando el mal estado de su salud.

En el Archivo Histórico Nacional se conservan numerosas cartas originales de la Duquesa.

(1) D. Alvaro de Bazán y Benavides, séptimo Marqués de Santa Cruz del Viso y de Bayona, Señor de Valdepeñas que heredó la grandeza y título por muerte de su hermano mayor. Casó el año 1696 con D.ª María de Villela y Alava, hija del Conde de Lences. San Simón cuenta que esta señora hizo declarar nulo el matrimonio y volvió á casarse. En cambio, otra mujer que había tenido relaciones con el Marqués, entabló proceso contra él, achacándole la paternidad de un hijo que los tribunales reconocieron como de Santa Cruz.

Por estos disgustos vivía el magnate retirado en el campo, hasta que el Mariscal de Berwick le hizo llamar á la corte, donde su talento le abrió pronto las puertas de la intimidad de los Reyes, siendo nombrado Mayordomo mayor de Isabel de Farnesio y después de Luisa Isabel, hasta Junio de 1724, en que presentó su dimisión, retirándose á San Ildefonso con los Reyes padres y volviendo á ocupar su cargo de Mayordomo mayor de Isabel de Farnesio, sirviendo el cual le sorprendió la muerte.

El y el Duque del Arco vivían estrechamente uni-

de la Reina, que figuraba entre los Grandes más respetables, se encomendó la presidencia de la comitiva que había de acompañar á la Infanta y recibir á la Princesa en la frontera. Pero como era preciso responder de algún modo á la magnificencia desplegada en Francia, colocáronse bajo las inmediatas órdenes de los citados señores numerosísimos oficiales de uno y otro sexo.

Figuraban en primer término seis individuos de la Real Capilla, incluso el P. Laubrussel, confesor, nombrado, de la Princesa; D. Juan Pizarro de Aragón, mayordomo de S. A., y su primer caballerizo, el Conde Angrisola, con otro mayordomo. Las damas nombradas, Duquesa de Liria, Marquesas de Torre-Escusa y de Asentar, con D.ª María de las Nieves y D.ª Josefa de la Quadra, damas de honor, acompañadas de siete criadas de rango inferior. Un verdadero ejército de oficiales de panadería, aguadores, confiteros, biz-

---

dos y eran los que más á menudo veían al Rey, por lo cual su influencia era grande en Palacio.

Encargóse el Marqués de recibir en la frontera á *Mademoiselle*, y asimismo fué el Grande comisionado en Marzo de 1725 para recibir á la Infanta María Ana Victoria, que nos devolvían los franceses.

Su aspecto era de hombre fuerte; el rostro moreno, con grandes cejas negras: de carácter burlón, altivo, mostrando siempre su distinción de raza en los menores actos. No era ignorante; tenía inteligencia y sagacidad y todos le temían por sus chistes y su seriedad desdeñosa. Español de pura raza, no quería á franceses ni á italianos, y por pereza no se mezclaba mucho en política.

cocheros, reposteros, salseros, guardamangieres, lavanderos de boca, de estrados, mozos de cerería, jefes del ramillete, cocineros de servilleta, galopines, cebadores de aves, guardias, médicos, cirujanos, sangradores, tapiceros, furrieres, aposentadores, barrenderos, alguaciles y monteros. Otro batallón, no menos respetable, formado por 23 criadas de casa de la Reina, con singulares oficios y nombres; 52 criados de la caballeriza de la Reina, presididos por el caballerizo mayor, Marqués de Castel-Rodrigo; 29 más de la caballeriza del Rey, y además de todos los citados, la familia y la servidumbre particular de damas y caballeros de la comitiva (1).

En cuanto á la casa de la Princesa, quedó definitivamente constituída del modo siguiente, por lo tocante á hombres: mayordomo mayor, el Marqués de Valero (2); caballerizo mayor, el de Castel-Ro-

---

(1) Relación de la familia de criadas y criados del Rey que vienen sirviendo en la jornada desde Lerma á la frontera bajo los órdenes del Marqués de Santa Cruz.— Archivo Histórico Nacional.— Estado.— Leg. 2.457.

(2) D. Baltasar de Zúñiga y Sotomayor, Marqués de Valero, hermano del Duque de Béjar, persona muy querida de Felipe V. Al llegar S. M. á España, era Valero uno de los cuatro mayordomos con que se encontró y siempre procuró el Rey adelantarle en su carrera cuanto pudo. Vacante el virreinato de Méjico, pasó Valero á ocupar dicho puesto, donde hizo una gran fortuna. Saint-Simon dice que los españoles tenían veneración por él, y al casarse Luis I, no obstante estar ausente el Marqués, fué designado para ocupar el cargo de Mayordomo mayor de la nueva Prin-

drigo; mayordomos de semana, el Conde de Angrisola y D. Juan Pizarro, hijo del Marqués de San Juan, que además desempeñaba las funciones de primer caballerizo de S. A.

Respecto de la casa del Príncipe, fueron nombrados: el Duque de Popoli (1), Mayordomo ma-

---

cesa de Asturias, y cuando llegó á la Península en 1722, fué agraciado con el ducado de Arión, la Grandeza de España y la presidencia del Consejo de Indias.

Fué después Sumiller de Corps del Rey, y el encargado de conducir á Francia á la Reina Luisa Isabel, cuando ésta se quedó viuda. Murió en buena edad, sin hijos y el título pasó á sus sobrinos.

Saint-Simon hace el siguiente juicio de él:

«*C'etoit un vrai espagnol, plein d'honneur, de courage et de fidelité, mais austère et inflexible, et qui n'etoit pas sans capacité.*»

(1) D. Rostain Cantelmi Stuart, séptimo Duque de Popoli.

Perteneciente á la ilustre familia de los Cantelmi en Nápoles, el Duque de Popoli resulta una figura completamente novelesca y en extremo interesante. Colocado desde antes de la guerra de Sucesión al lado de Felipe V y sirviendo bien en la carrera militar, recompensó el Monarca su fidelidad con toda clase de honores y gracias. El Toisón de Oro, la Grandeza, los puestos militares más distinguidos, incluso el de Capitán General, el cargo de preceptor del Príncipe de Asturias, y por último, el de su Mayordomo mayor, cuando D. Luis se casó.

Su aspecto exterior no podía ser más atractivo é imponente, pues pasaba por una de las mejores figuras de la corte. Sus maneras eran las de un gran señor, su trato agradabilísimo y su conversación amena y graciosa, á pesar de lo cual, su fama no era de las más limpias, pues las gentes le acusaban de haber envenenado á su esposa que, por ser la única hija y heredera de su hermano mayor, poseía grandes riquezas,

yor; el Conde de Santisteban (1), caballerizo mayor; el Conde de Altamira (2), sumiller de Corps; el Duque de Gandía y los Marqueses de los Bal-

---

para heredarla, y su falsedad y doblez era notoria á todos. Tuvo un hijo que fué el Príncipe de Pettorano, la peor cabeza de su tiempo, que entretenía con sus aventuras á toda la Corte y que hizo desgraciadísima ásu mujer, hija del Mariscal de Boufflers, dama de Isabel de Farnesio. El Duque de Popoli murió el 16 de Enero de 1723, y su hijo Pettorano se dedicó á derrochar la fortuna acumulada por el padre durante toda su vida.

(1) D. Manuel Domingo de Benavides y Aragón, décimo Conde y primer Duque de Santisteban del Puerto, décimotercero Conde de Concentayna, del Risco, de Medellín y de Villalonso, Marqués de las Navas, de Solera y de Malagón. Nació en Palermo el 31 de Diciembre de 1682. Fué gentilhombre, primero, y después Caballerizo mayor del Príncipe de Asturias. Nombrado Plenipotenciario en el Congreso de Cambray, llegó á París á principios de 1720. Estando en Cambray, fué propuesto para la presidencia del Consejo de las órdenes, de cuyo cargo no pudo tomar posesión hasta Julio de 1725. Cuando el Infante D. Carlos pasó á Italia, le acompañó Santisteban en calidad de preceptor. Fué creado Duque en 1729, y poseyó el Toisón de Oro, el cordón del Espíritu Santo y el de San Jenaro.

(2) D. Antonio Ossorio de Moscoso, Marqués de Astorga, noveno Conde de Altamira, nació en Valencia en 1689; su madre, hija del sexto Duque de Segorbe y de Cardona, era la Camarera mayor de Isabel de Farnesio y una de las damas más respetables de España.

El Conde, aunque muy joven, gozaba de gran consideración y fué de los pocos señores á quienes Luis I mostró confianza, hasta el punto de considerársele como su favorito, y juzgarse que, de vivir el joven Rey, hubiera gobernado Altamira en su nombre.

Sin ser un genio, y teniendo mucho apego á las tradiciones y antiguas etiquetas, resultaba agradable y sensato.

Fué Sumiller de Corps de Luis I, caballero del Es-

bases y del Surco, gentileshombres de cámara; los Condes de Sarabely y de Arenales, mayordomos de semana; y además se dotó á S. A. de seis ayudas de cámara, dos caballerizos, dos mozos de guardarropa y un sumiller de cortina, pudiendo utilizar para los restantes oficios la misma familia que el Rey.

Entre tanto, las comitivas de las Princesas se dirigían pausadamente hacia la frontera, recibiendo, por donde quiera que pasaban, inequívocas muestras del amor y del respeto de los pueblos.

El 26 de Diciembre llegaba Mlle. de Montpensier á Bayona, donde visitaba á la Reina, viuda de Carlos II, D.ª Mariana de Neubourg (1), atención que

---

piritu Santo, y su paso por Palacio se señaló por el restablecimiento de las etiquetas austriacas. Murió joven y soltero, á consecuencia de una amputación, el 3 de Enero de 1725.

Saint-Simón le juzga con una frase muy feliz: «*On pouvoit dire de lui que c'etoit un jeune seigneur qui n'avoit point vieilli depuis le temps de Philippe II*».

(1) Mariana de Baviera Neubourg. Hija del Duque palatino de Baviera y de Isabel Amelia de Hesse-Darmstadt. Nació el 28 de Octubre de 1667, murió en Guadalajara el 16 de Julio de 1740. Unida con Carlos II, el 28 de Agosto de 1689, y dominando á su esposo, no supo hacerse un partido, y fluctuando entre los diversos pretendientes á la corona, sólo consiguió enemistarse con unos y con otros, sin conquistar por ello el afecto de los españoles.

Retirada en Toledo durante el primer período de su viudez, acusósela de proteger á su pariente el Archiduque Carlos, por lo cual tuvo que trasladarse á Bayona, donde vivió tristemente, viéndose obligada á dirigir continuas reclamaciones á Madrid con objeto de cobrar su pensión. Acusada de intrigas y llena de deudas tuvo que rendirse á discreción en 1738 y en-

le valía magníficas joyas para ella, y una espada y un bastón adornado con pedrería para su futuro esposo. El 6 de Enero se trasladaron, *Mademoiselle* á San Juan de Luz y la Infanta á Oyarzun, para esperar la ceremonia de las entregas. El 7 llevó el Duque de Liria (1) á la Princesa, un presente de

---

tregarse en manos de Felipe V, que prometió libertarla de sus acreedores á condición de que abandonase Bayona y fuese á vivir de nuevo á España, eligiendo para su residencia el castillo de Guadalajara, proposiciones que aceptó la viuda de Carlos II, acabando sus días olvidada de todo el mundo.

(1) D. Jacobo Francisco Fitz James Stuart, nació en Saint-Germain en Laye el 28 de Octubre de 1696 y fué bautizado por el capellán de su abuelo, Jacobo II de Inglaterra, que le apadrinó en unión de la Reina María de Este, Princesa de Módena.

Hijo del primer matrimonio del Mariscal de Berwik con la Condesa viuda de Lucan, se le conoció primero con el título de Conde de Tinmouth y peleó en el campo de batalla á las órdenes de su padre. Después de la batalla de Almansa Felipe V concedió al Mariscal los ducados de Liria y de Xerica, que en lo antiguo poseyeron los Infantes de Aragón, con bienes que producían una renta considerable, para que los cediese al hijo que tuviera por conveniente. Por mucho tiempo creyó el Mariscal que podría heredarle su primogénito en sus estados y títulos de Inglaterra y establecer á alguno de los varios hijos de su segundo matrimonio en los estados y títulos de España; pero desengañado al cabo, decidió ceder al Conde de Tinmouth el ducado de Liria y de Xerica y enviarle á Madrid, donde fué agraciado con el Toisón de Oro, y al poco tiempo se casó con la única hermana y heredera del Duque de Veragua, D.ª Ventura Colón de Portugal y Ayala, que pasaba por el partido mejor de España.

Después alcanzó el cargo de gentilhombre de cámara de S. M. y fué enviado por Felipe V para entre-

joyas, de parte de los Reyes de España, y por fin se fijó el 9 para la solemne entrevista(1).

Un detalle estuvo á punto de complicar las co-

---

gar á Mlle. de Montpensier las joyas que le regalaban sus suegros.

Como había viajado mucho y era muy inteligente, su trato resultaba agradabilísimo, y unido en estrecha amistad con el Duque del Arco y con el Marqués de Santa Cruz, gozaban los tres de gran crédito en Palacio. Poseía á la perfección el latín, francés, español, italiano, inglés, escocés, irlandés, alemán y ruso, cosa única en su tiempo, y notable siempre. Aficionado como pocos á divertirse y disfrutar de la existencia, detestaba la vida española, y en cuanto pudo obtuvo la embajada de Rusia (1727), donde se portó con bizarría y escribió la interesante *Relación de Moscovia* que con sus demás obras ha sido publicada modernamente en la colección de escritores castellanos.

Después de esta misión desempeñó otra en Viena, adonde se trasladó en Enero de 1731 para tratar de la cesión de los estados de Parma al Infante D. Carlos, permaneciendo en Austria hasta Noviembre de 1733 en que se le mandó regresar á España con el grado de Teniente General.

Unido después á Montemar, realizó la campaña de Italia, de que también dejó extensa relación, distinguiéndose notablemente en la batalla de Bitonto y en cuantas acciones tomó parte, hasta la paz definitiva, después de la cual fué nombrado el 30 de Enero de 1736 Embajador extraordinario en Nápoles y Caballero de San Jenaro.

Su afición á la galantería, según Saint-Simon, le indujo á apasionarse de cierta dama, por la cual hizo multitud de locuras, muriendo al fin, tísico, el 2 de Junio del mismo año, á los cuarenta y dos de edad, siendo trasladado su cadáver á España y enterrado en la villa de Gelves en 1747.

(1) La correspondencia original del Marqués de Santa Cruz durante su jornada, correspondencia de que están sacadas las anteriores noticias, se conserva

sas. El Príncipe de Rohan (1) quería á todo trance que se le tratara en el acto de Alteza. El Marqués de Santa Cruz no veía razón para ello, por estimarse su igual en todo, hasta que, después de larga disputa, cuyos detalles consignó graciosamente Saint-Simon en sus *Memorias*, consintió resignarse el flamante Príncipe.

Llegó, por fin, el día 9. Sobre la famosa isla de los Faisanes se había edificado un lujoso pabellón de madera, suntuosamente amueblado, y compuesto de dos salones iguales, uno del lado de Francia y otro del de España, separados por un tercer salón destinado á celebrarse en él el cambio. A cada lado de la isla veíase un embarcadero muy adornado de banderas y gallardetes; sobre el río admirábanse multitud de barcos de ambos países, que bogaban serenamente, y los habitantes de los pueblos vecinos, con sus trajes de fiesta, se agolpaban en las orillas del río para presenciar el solemne acto.

Antes de las doce de la mañana aguardaban formadas las tropas; y acompañada de los sonidos de los clarines y de los disparos de Fuenterrabía, des-

---

en el Archivo Histórico Nacional, Estado, leg. 1533.

(1) Hercule-Mériadec, Príncipe de Rohan, después Duque de Rohan-Rohan, fué hijo primogénito del Príncipe de Soubisse y se casó con la hija del Duque de Ventadour, desplegando una ostentación notable durante toda su vida y haciéndose famoso por sus aspiraciones á ser considerado como Príncipe extranjero, y tratado de Alteza, cosa que nunca consiguió.

embarcaba en la isla la futura Reina de Francia, casi al mismo tiempo que Mlle. de Montpensier, llevada de la mano por el Príncipe de Rohan, entraba en la sala reservada para la comitiva francesa.

Al mediodía justo penetraron españoles y franceses en el salón intermedio, ocupando inmediatamente su sitio. La Infanta, entre los brazos de la señora D.ª María de las Nieves, y teniendo á un lado al Marqués de Santa Cruz y al otro á la Duquesa de Montellano; la Princesa, frente por frente, acompañada del Príncipe de Rohan, de la Duquesa de Ventadour y de la Princesa de Soubisse. Entre Santa Cruz y Rohan, se colocó el Marqués de Castel-Rodrigo (1) con objeto de servirles de

(1) D. Gisberto Pío de Saboya, Príncipe de San Gregorio, más conocido por el título de Príncipe Pío, casado con la quinta Marquesa de Castel-Rodrigo, D.ª Juana de Moura, siguió la carrera de las armas y ocupó siempre una gran posición en la corte dentro del partido italiano. Nombrado Virrey de Cataluña en 1715, tuvo que luchar contra Alberoni hasta que éste le designó para mandar las fuerzas españolas cuando se rompieron las paces entre España y Francia. Al concertarse el matrimonio del Príncipe de Asturias, fué Don Gisberto designado para ocupar el cargo de Caballerizo mayor de la futura soberana y dejó el gobierno de Cataluña. Fué agraciado con el Toisón de Oro, y murió, en la noche del 15 de Septiembre de 1723, de una manera lamentable que por lo extraordinaria merece recordarse.

Habitaba el Príncipe un palacio sito en el Prado, donde hoy se alza el de Villahermosa, que pertenecía al Duque de la Mirandola, edificio por debajo del cual pasaban diferentes arroyos, que, desbordándose y

intérprete. Comunicáronse los secretarios de cámara sus poderes; leyóse después el acta de las entregas y se firmó públicamente; efectuóse el cambio, y cada Princesa dejó su comitiva y pasó al otro cuarto, quedando sola con la Infanta doña Luisa de Belandía, su acunadora, y poniéndose de nuevo en marcha unos y otros sin despedida formal, para evitar en lo posible las lágrimas (1).

Sin embargo, la *Mariannina*, al verse sola, entre gente desconocida, olvidándose de su papel de Soberana, rompió á llorar con grandísimo desconsuelo, siendo precisos todos los mimos y los cuidados de la Duquesa de Ventadour para calmarla, lo cual no hubiera conseguido ciertamente á no tener la precaución de llenarle la carroza con innumerables juguetes y alhajas, que entretuvieron el aburrimiento del viaje de la entristecida Infantita.

En cuanto á Mlle. de Montpensier, aquel mismo día llegó á Oyarzun y escribió la siguiente

---

rompiendo los muros que los encauzaban, inundaron varias casas, entre ellas la del Duque de la Mirandola. Sin duda con la confusión y el susto ó con la violencia de la tromba no tuvieron espacio algunas personas para ponerse á salvo, y entre los que murieron se contaron la Duquesa de la Mirandola y el Príncipe Pío, cuyo cadáver se encontró bastante lejos del lugar de la catástrofe.

A la misma hora que tal desgracia ocurría, devoraban las llamas el magnífico palacio de Osuna, con todas las preciosidades que encerraba, y que no pudieron salvarse por la falta de agua, que en otra parte producía la muerte.

(1) Legajo 1.533.

respetuosa carta, que, á ser original y espontánea, nada dejaba que desear:

«*Entrant dans votre royaume je ne puis m'empecher d'assurer votre Majesté du desir sincère que j'ai de vous plaire et de vous assurer moi même de l'attachement, de la tendresse, et du respect infini avec lequel je suis, madame, de votre Majesté très humble et très obeissante fille, servante et sujette.*— LOUISE ELIZABETH.»

Ya estaba en el reino la Princesa destinada á ocupar el trono, á darnos el heredero ansiado, que evitara nuevos conflictos, á representar entre nosotros una política pacífica y conciliadora. ¿Contaba aquella niña de doce años, con las condiciones necesarias para cumplir su misión? ¿Cuáles eran sus ideas y sus aspiraciones? ¿En qué consistía su carácter?

Nadie podía responder á tales preguntas. Nadie se había ocupado, en medio de tanto despilfarro, tanto larguísimo despacho y tanta alegría, de estudiar las cualidades que adornaban á su futura Soberana. *Mademoiselle* era un enigma que se aproximaba rápidamente y de cuya solución dependía la felicidad del país.

Únicamente la terrible *Madame*, la Duquesa viuda de Orleans, que sin duda adivinaba lo que de su nieta podía esperarse, escribía al Príncipe D. Luis, al tiempo de felicitarle por su matrimonio y manifestarle su alegría por ver á Mlle. de

Montpensier convertida en Princesa de Asturias:

«*Je ne puis me vanter de son education, car comme elle a père et mère, je leurs en ay laisés le soin et aussi à la gouvernante madame de Chiverny, cela n'a pas empeché ma tendresse pour elle, car j'aime fort tous mes enfants, et j'aie une si grande passion maternelle pour mon fils, que tout ce qui luy apartient m'est cher.*»

Y á través de tan corteses frases, para quien conociese el carácter de la Palatina, era fácil adivinar los temores de ésta y la poca confianza que le inspiraba la nueva Princesa, temores y desconfianzas puestos de manifiesto en otra carta de la misma época, dirigida á una de sus más íntimas amigas, en que *Madame* hacía el siguiente retrato de su nieta:

«No puede decirse que Mlle. de Montpensier sea fea; tiene los ojos bonitos, la piel blanca y fina, la nariz bien hecha, aunque un poco delgada; la boca muy pequeña. Á pesar de todo esto, es la persona más desagradable que he visto en mi vida; en todas sus acciones, bien hable, bien coma, bien beba, os impacienta, por lo cual ni yo ni ella hemos vertido lágrimas cuando nos hemos dicho adiós.» (Brunet, t. II, p. 354.)

Hay que confesar que el amor de la familia no cegaba á la franca Palatina para juzgar á las personas que la rodeaban.

III

Las primeras noticias, sin embargo, que llegaron á la corte referentes á *Mademoiselle*, eran favorables á ésta, y aun el respetuoso Santa Cruz, siempre propenso á encontrar perfecciones en sus amos, se permitió afirmar en su correspondencia que el retrato enviado á Madrid no hacía ningún favor á S. A., pues era la Princesa más bella que la pintura. En efecto, el lienzo de Juan Rank, que aparece al frente de esta obra, y que, sin terminar, se conserva en nuestro Museo del Prado, nos ofrece la imagen de una joven insignificante, de cara delgada, de color pálido, sin nada que la caracterice ó distinga, y tal impresión está más de acuerdo con las descripciones de la época, que representan á Luisa sin belleza ni gracia, que no con las entusiásticas ponderaciones del palaciego Marqués.

Éste y su compañera la Duquesa de Montellano, se esforzaban en presentar á su señora como una niña dulce, sumisa, naturalmente inclinada al bien, á la religión y á la obediencia, muy amiga de ha-

cer limosnas, deseosa de causar buena impresión en los Reyes y de complacerlos en todo, acostumbrada á entretener su tiempo con labores de tapicería ó juegos honestos, y observadora fiel de las costumbres adquiridas en la infancia, sobre todo de la de acostarse temprano y levantarse muy de mañana (1).

Los mismos sentimientos respiran las cartas de la Princesa; pero ¡oh fatalidad! cuando se fija uno en aquellas páginas, escritas con letras semejantes á garrotes, que encierran pensamientos tan respetuosos y bellos, expresados con una ortografía ultrafantástica, se observa, por debajo de la letra de tinta de *Mademoiselle*, unas muy finas rayas de lápiz, que desde entonces, y mientras estuvo en España, aparecen demasiado á menudo en la correspondencia de Luisa Isabel, y que demuestran una de dos cosas: ó que antes de enviar sus misivas se tomaba la misma Princesita el trabajo de escribirlas con lápiz, lo cual parece poco probable, ó, lo que es más verosímil, que la esposa de D. Luis se limitaba á pasar con tinta el borrador que le presentaban la Duquesa de Montellano ó alguna de las personas de su servidumbre.

Diez días tardaron los que componían el séquito de la nueva Princesa en recorrer el camino que los separaba de Lerma, donde, por un capricho de los Reyes se había decidido celebrar el casamiento. Por cierto que, perteneciendo aquel castillo al Du-

(1) Legajo 1.533.

que del Infantado (1) y estando éste descontento de Felipe V, por lo que vivía en Guadalajara, sin aparecer para nada por Madrid, fuéle notificada la voluntad soberana é invitado á disponer las cosas necesarias para el recibimiento del Monarca, advertencias que estimó tan en poco el orgulloso magnate, que no sólo no le movieron á ocuparse de enviar muebles ó ropas al desmantelado castillo, sino que ni siquiera fueron capaces de hacerle asistir al casamiento ni realizar el menor acto de adhesión cerca de los Reyes.

Durante aquellos días la impaciencia de éstos no hacía más que crecer, contando los días que faltaban para la llegada de la Princesa. Por fin, el 19 de Enero apareció la deseada comitiva en Cogollos, lugar á cuatro leguas de Lerma, é inmediatamente envió Felipe V á su caballerizo mayor, el Duque del Arco (2), con objeto de cumplimen-

(1) D. Juan de Dios de Silva, Mendoza y Sandoval, décimo Duque del Infantado, octavo Duque de Lerma, sexto Duque de Pastrana. Nació el 13 de Noviembre de 1762. Sospechado siempre de simpatizar con el Archiduque, cuyo partido seguía el Conde de Galve, hermano del Duque, no hizo éste, sin embargo, nada que pudiera comprometerle, viviendo alejado de la corte en su palacio de Guadalajara, donde, gracias á su administración, se convirtió en el Grande más rico de España. Murió en Madrid, el 8 de Octubre de 1728.

(2) D. Alonso Manrique de Lara, creado Duque del Arco por Felipe V el año 1715.

Fué uno de los primeros servidores colocados cerca de Felipe V, que desde luego le cobró cariño, cosa muy natural dadas las extraordinarias y amables dotes

tar á *Mademoiselle*. No contentos con esto, vistiéndose él, la Reina y el Príncipe, con trajes poco llamativos, siguieron al Duque, penetrando en el cuarto que ocupaba la Princesa momentos después que el Caballerizo mayor hubo terminado su discurso de salutación, presentándose entonces como una dama y dos caballeros del séquito del Duque, que deseaban tener la honra de ver y saludar á S. A. Ninguno de los presentes se atrevió en los primeros momentos á manifestar su sorpresa por ver allí á los Soberanos; pero al cabo de algún tiempo, en que los Reyes y el Príncipe contemplaron á su sabor á Luisa Isabel, y en que una imprudencia de cierta señora hizo comprender á S. A. el misterio, el Duque del Arco dijo á ésta que sus criados se habían convertido en sus amos, y entonces la Princesa, sin desconcertarse lo más mínimo, pretendió besar la mano á sus suegros, dejóse abrazar por ellos y continuó hablando du-

---

que constituían del Duque un hombre encantador. Diestro en toda clase de ejercicios, torero de los más bizarros de su tiempo y militar de los más animosos, nunca se cansó de él el Monarca, ni el mismo Alberoni pudo disminuir su favor. Desempeñó el cargo de Caballerizo mayor de S. M., y antes de ocupar este puesto tuvo la fortuna de salvar la vida á Felipe V una vez, y otra á su primera mujer, María Luisa Gabriela de Saboya. Acompañó á los Reyes en San Ildefonso y volvió con ellos á Madrid después de muerto Luis I. Obtuvo el Toisón y el Cordón del Espíritu Santo, y murió el 27 de Mayo de 1737, á los sesenta y cinco años de edad, casi ciego, dejando la Grandeza á un hermano suyo.

rante un cuarto de hora, en pie y delante de todo el mundo, hasta que SS. MM. se retiraron, volviendo, ya tarde, al castillo de Lerma.

Sin duda aquel alarde de civilidad fatigó extraordinariamente á la Princesa, pues obligada la mañana siguiente á recibir al Duque de Saint-Simon, con toda su numerusa comitiva, momentos después de levantarse S. A., escuchó la joven en silencio los discursos del embajador, dejóse presentar á cuantos el Duque quiso; pero todos los esfuerzos de la Montellano, de la Liria y de Santa Cruz, no bastaron para arrancar una palabra de los labios de *Mademoiselle*, quien, dando la primera muestra de lo poco que para ella representaban etiquetas y contemplaciones, dejó partir á su compatriota sin que éste lograra escuchar el metal de su voz.

El mismo día 20, que ocurrió esta escena, hizo la Princesa su entrada en Lerma, siendo recibida por toda la Corte con muestras de gran regocijo, especialmente por parte de la Reina, que la obsequió con un magnífico collar de pedrería, diversos prendidos y pendientes, diez relojes de oro con cadenas de diamantes, diez y ocho tabaqueras de oro, varias cajas con diamantes y otras muchas alhajas de precio, que Luisa Isabel repartió en su mayoría entre sus nuevos criados, quedando todos muy complacidos por la esplendidez de su señora.

Tras un corto descanso, procedióse á celebrar la ceremonia del casamiento, de que tan regocijada descripción nos dejó Saint-Simón, gracias á las

inadvertencias y poca práctica canónica demostrada por el Cardenal Borja (1), encargado de unir á los Príncipes; pero que no le resultó inútil al Embajador, pues en la misma capilla le participó Felipe V la concesión de la Grandeza de España para él y para uno de sus hijos, y del Toisón de Oro para el primogénito.

Después, la Corte española asistió á un espectáculo singular, que Saint-Simon consideró siempre como el triunfo diplomático de su misión, pero en el que yo me permito ver sólo un capricho sin utilidad, por parte del ceremonioso Duque.

La modestia y gravedad de nuestros abuelos no les permitían contemplar acostados á los que acababan de casarse, sino que, terminado el banquete nupcial, cada uno se retiraba á su casa, dejando en paz al nuevo matrimonio. El enviado del Regente no juzgó, sin embargo, que quedaría sólidamente establecida la unión de los Príncipes si no se ejecutaba alguna ceremonia especial, ya que de

(1) El Cardenal Francisco de Borja, Canónigo de Toledo, creado Cardenal en 1720, era tío carnal del Duque de Gandía y sobrino carnal de otro Cardenal, Francisco de Borja que fué Patriarca de las Indias, y murió en 1706. Parece que la nobleza de su cuna y la bondad de su carácter eran mucho más notables que su talento. Los Reyes le querían y le favorecían con su confianza; pero tal cariño no era obstáculo para que se burlasen de él y para que Isabel de Farnesio le mortificase á menudo con sus bromas. El buen Cardenal no se enteraba de ello y adoraba á los Reyes y á Luis I, cuyo patrimonio había bendecido, así como las ceremonias religiosas de la Familia de Felipe V.

antemano se había convenido entre España y Francia aplazar la consumación del matrimonio para cuando Felipe V lo juzgase conveniente, y he aquí la curiosa escena que, para convencer á los españoles de la realidad del casamiento, impuso la voluntad del Duque de Saint-Simon á nuestros Monarcas.

Celebrado en el castillo el gran baile con que los Reyes quisieron obsequiar á su nuera, toda la concurrencia siguió á los Soberanos hasta las habitaciones de la Princesa, en cuya antecámara se detuvo la gente, penetrando solamente dentro los llamados por sus funciones á presenciar la *toilette* de SS. AA. La espera fué corta; al cabo de algunos minutos se abrieron de par en par las puertas de la cámara, y la curiosa multitud pudo contemplar á sus Príncipes acostados en el enorme lecho y custodiados, él por el Duque de Pópoli, colocado á la cabecera derecha, y ella por la Duquesa de Montellano, colocada á la izquierda. Prolongóse esta exposición durante un cuarto de hora; los Reyes iban de un lado para otro; los espectadores se volvían todos ojos. Por último, Felipe V hizo una señal, y se corrieron las cortinas del lecho, que hasta entonces habían permanecido alzadas, desapareciendo los Príncipes de la vista de sus súbditos, que comenzaron á desfilar lentamente, despedidos por SS. MM., mientras la Duquesa de Montellano y el Duque de Pópoli se introducían discretamente por detrás de las bordadas sedas para continuar su importante inspección cerca de

los jóvenes esposos. Cuando hubo desaparecido el último invitado, sacaron al Príncipe del lecho y le llevaron, malhumorado, á su cuarto. El sainete había concluído, y Francia podía considerarse satisfecha con aquella mascarada.

Cuando se recuerdan los ejemplos y las costumbres que hasta entonces había presenciado la hija del Regente, no puede menos de meditarse en las extrañas consideraciones que ocurrirían á aquella niña, tan enferma de cuerpo como de alma, ante la grotesca ceremonia que la etiqueta le obligó á representar.

Su impresión *oficial* está consignada por la misma Princesa en la siguiente carta á su padre, que por curiosidad reproducimos con la peculiar ortografía de su autora:

«*A monsieur le Duc d'Orleans, mon frere et pere.*

Mon cher papa: Avant jere le Roy, la Reine et le Prince me vinre voire je netoit pas encore ariver ici; le ledemein gi arriveret je fut marie le meme jour, cependant, ili a eu aujourduit encore des ceremonie à faire (las velaciones). *Le Roy et la Reine me troite fort bien, pour le Prince vous en avés acé oui dire. Je suis avec un tré profond respec votre tré heumble et tré obeissante file.*—LOUISE ELIZABETH.» (21 Enero 1722.)

Nadie se había ocupado antes del matrimonio de la salud de la futura Princesa de Asturias, y la sorpresa de la Corte fué grande al enterarse, pocos días después, de que S. A. no podía aceptar

los festejos que el pueblo de Madrid le preparaba porque, apenas llegada á la capital, se había visto obligada á guardar cama, y los médicos aseguraban que se trataba de una erisipela, producida por las fatigas del viaje. Mas sin duda la erisipela ofrecía caracteres alarmantes, cuando los Reyes juzgaron conveniente que Saint-Simon viese por sí mismo á la Princesa y acudiese luego á besarles la mano.

Realizó el Duque dicho deseo, y una vez en presencia de Felipe V é Isabel de Farnesio, comenzó á hablar del estado de la salud de S. A., tranquilizándoles acerca de sus consecuencias. «No sabéis todo—interrumpió el Rey.—La Princesa tiene dos glándulas *(deux glandes)* bastante gruesas en el cuello, hacia la oreja, y no sabemos qué pensar de ello.»

El Duque era sagaz, tenía mucho mundo y comprendió en seguida hacia dónde se dirigían las sospechas de los Reyes, por lo cual les contestó asegurando que nada debía temerse de la constitución de la Princesa, pues aunque era cierto que la conducta de su padre, el Regente, no había sido muy ejemplar, también lo era que ni él ni la Duquesa de Orleans sufrían de nada contagioso. Aún insistieron los Reyes, alegando otros síntomas, y la difícil conversación se prolongó durante largo rato, sin convencerse unos ni otros, y quedando persuadido el Embajador de que los Reyes estaban más inquietos de lo que aparentaban.

En la notable carta que después de la anterior

conferencia escribió el Embajador á Felipe de Orleans, y que demuestra que á éste podían decírsele las verdades sin velos ni disimulos, discútese la peligrosa hipótesis, y, para el que sepa leer entre líneas, se acusa al Regente de las consecuencias de sus locuras, pues aunque declara el Duque que tales temores eran infundados, confiesa, por otra parte, que la sangre sacada á la Princesa *est pourri* y que S. A. había confesado á sus servidores que no era la primera vez que padecía de semejantes erisipelas.

Prolongándose, además, la enfermedad de Luisa Isabel, y poco tranquilos los Reyes con las seguridades dadas por Saint-Simon, juzgóse necesario que el doctor Higgins, facultativo que asistía á la Princesa, escribiese reservadamente á su colega Mr. Chirac, que había cuidado á la hija del Regente desde sus primeros años, preguntándole detalles acerca de su naturaleza y achaques conocidos de ella.

Por otra parte, se rogó al Embajador que, prescindiendo de la etiqueta, visitase todos los días á la Princesa para cerciorarse de su estado. Pero en esta parte se comenzó á tropezar con el carácter y mal humor de Luisa Isabel, que, siguiendo la costumbre establecida desde el primer día en la entrevista de Cogollos, no contestó una sola palabra á las cariñosas preguntas del representante de su padre.

La enfermedad sirvió también para descubrir más á las claras los defectos de *Mademoiselle*, de-

fectos que causaron tal impresión en la ceremoniosa Corte española, que, no obstante la gravedad de ellos, apenas si puede reprimirse una sonrisa cuando se imagina el contraste cómico que ofrecería aquella niña, indisciplinada y voluntariosa, puesta en abierta contradicción y lucha con los severos Grandes y las encopetadas damas que formaban parte de la intimidad del palacio de Felipe V.

Isabel de Farnesio, á quien sin duda el temor de abandonar pronto la corona hacía mostrarse de una amabilidad extraordinaria para con la enfermita, fué una de las primeras en recoger los frutos de sus solicitudes. Apenas entrada en la convalecencia, manifestó la Princesa su decidído empeño de no poner los pies en la cámara de la Reina, de la que sólo le separaba un pequeño pasadizo que unía las habitaciones de una y otra, y declaró que su voluntad era permanecer en su cuarto, donde se divertía asomándose al balcón para que la viese la gente.

Los consejos de los médicos fueron desatendidos; las advertencias de las damas, desdeñadas con palabras secas; solicitóse la intervención del Embajador francés, que se excusó primero, alegando proceder todo del exceso de bondad con que los Reyes trataban á su nueva hija, y consintió después en hablar á S. A., sin mejor éxito que los demás; el pueblo comenzó á murmurar viendo suspendidas indefinidamente las fiestas; por último, la Princesa pareció ceder, y se presentó dos ó

tres veces en la cámara de la Reina, aunque de mal talante y vestida de cualquier modo; pero pronto se presentó otra cuestión batallona, en que los Soberanos no tuvieron otro remedio que resignarse ante los caprichos de su nuera.

Por largo tiempo se había hablado en la Corte del gran baile que había de celebrarse en Palacio una vez instalados los Reyes en Madrid. Las diversiones eran en tiempo de Felipe V lo bastante escasas para que se apreciase aquel acontecimiento como una solemnidad extraordinaria. Además, todo el mundo sabía que una de las principales habilidades de Isabel de Farnesio era la de bailar, por lo cual adoraba aquellas fiestas y se lucía mucho en ellas, en compañía del Príncipe D. Luis, que también era extremado en el arte de Terpsícore.

La emoción, pues, de la gente de Palacio fué enorme, cuando se supo que la Princesa, en cuyo honor se celebraba la fiesta, había declarado que no asistiría á ella, aunque la llevasen arrastrando. Inmediatamente se llamó al Duque de Saint-Simón para que fuera á hablar á S. A. Acudió el Duque á la cámara y comenzó su discurso, dirigiéndose, como de costumbre, no á la Princesa, que sabía de sobra no había de contestarle, sino á los circunstantes, que le respondían y aprobaban cuanto decía. La conversación recayó, como era natural, sobre el baile, y comenzaron á decir maravillas acerca de él, declarando Saint-Simón que era el espectáculo más propio de la edad de la Princesa

y que todos estaban aguardando que se restableciera para que pudiese tener lugar. Al oir esto, *Mademoiselle* rompió el silencio y con voz decidida exclamo: «*¿Moi y aller? Je n'irai point*». Inútiles fueron las observaciones del Embajador; á todas ellas respondía Luisa Isabel: «No, señor, lo repito, no iré al baile; el Rey y la Reina que vayan, si quieren, puesto que les gusta; yo le detesto; á ellos les gusta acostarse y levantarse tarde, á mí me agrada acostarme temprano. Que ellos hagan su gusto, como yo hago el mío». Y de aquella resolución fué imposible sacarla.

El baile grande, sin la Princesa, hubiera resultado deslucido, por lo cual, después de no pocas discusiones y conferencias, se acordó suprimirlo, con gran dolor de Isabel de Farnesio, reemplazándole por otro pequeño en la galería interior, al que asistieron contados personajes, que pasaron entretenidísimos las horas bailando minuetos y contradanzas, y aplaudiendo las habilidades de la Reina y del Príncipe.

En cuanto á la Princesa, se dió por excusa de su ausencia el encontrarse aún delicada, si bien la verdadera causa de su repugnancia consistía, según refiere un indiscreto autor de la época, en que, no sabiendo bailar, ni teniendo gracia para ello, evitaba, siempre que le era posible, el ponerse en el caso de confesar su torpeza.

Aquel detalle, sin embargo, dió la norma de lo que podía esperarse de la tan alabada docilidad de *Mademoiselle*, y aunque ésta apareció en los

demás festejos públicos, ocupando el lugar que le correspondía, los murmuradores buscaron desde entonces cuantos motivos pudieron para criticar los actos de la futura Reina.

El mismo Saint-Simon, ofendido con ella por el desdén con que le tratara, ni siquiera se tomó el trabajo de defenderla; pero la Princesa, que si no era un genio por el talento, lo era indudablemente por la despreocupación y la tranquilidad con que ejecutaba las mayores inconveniencias, pagó aquel desvío con una respuesta—de algún modo hemos de llamarla—sin precedentes, en la audiencia de despedida del vanidoso magnate.

Celebróse ésta el 21 de Marzo de 1792. Después de haber escuchado el Embajador los elogios más amables de labios del Rey, de la Reina y del Príncipe de Asturias, pasó al cuarto de la Princesa, que le recibió con la mayor pompa, puesta en pie, bajo un dosel magnífico, cubierta de joyas, y rodeada de sus damas y de diversos Grandes de España.

Saint-Simon hizo sus tres reverencias con toda la seriedad debida y pronunció después su pequeño discurso de despedida. Al terminar se calló, para oir la contestación de la Princesa; mas en vano, pues ninguna palabra de S. A. vino á interrumpir el silencio de la cámara. Molesto el Embajador, y queriendo obligarla á decir algo, pidióle sus órdenes para el Regente, para *Madame* y para la Duquesa de Orleans. Entonces la Princesa le miró fijamente y, sin conmoverse lo más mínimo,

dejó escapar de su garganta un espantable eructo, que se oyó en toda la sala, causando la estupefacción de cuantos en ella había. La sorpresa del Duque fué tan grande que, durante unos segundos, permaneció aturdido, sin saber qué actitud tomar. Un segundo y despreciativo suspiro, que ciertamente no provenía del alma, siguió en aquel momento al primero, y Saint-Simon comenzó á perder su serenidad y á sentir irresistibles deseos de soltar el trapo; mirando de reojo á un lado y á otro, pudo contemplar á damas y gentiles-hombres que hacían esfuerzos inauditos para contener las carcajadas.

En esto, una tercera *incongruité*, más sonora aún que las anteriores, acabó de coronar la elocuencia de la Princesa y, no pudiendo ya la comitiva guardar por más tiempo su seriedad y empaque, comenzaron damas y caballeros á desfilar ante Luisa Isabel, cuyo rostro no se había alterado durante toda la escena, siguiendo al Embajador, sin ocuparse para nada de reverencias ni despedidas. Al llegar al primer salón vacío, se detuvieron todos como impulsados por un resorte, y, libres ya de la etiqueta, rieron y criticaron á sus anchas el pasado suceso, que durante muchos días sirvió de comidilla á la Corte.

Saint-Simón se vengó de la *respuesta* de *Mademoiselle*, retratándola de mano maestra en las siguientes frases:

«La Princesa de Asturias, desde que pasó los Pirineos, ha dado muestras de mucho ingenio y

deseo de agradar, así como de carecer de la más vulgar educación. Fácil para amoldarse á las costumbres españolas y para comprender la grandeza inesperada en que se encuentra, no echa nada de menos. Ha agradado mucho por su liberalidad y sus limosnas. Altiva, llena de voluntad, poco decorosa para con sus damas, y abusando de la bondad y complacencia que encuentra en el Rey y la Reina, parece, no obstante, muy sumisa á la Camarera mayor, que es lástima no sea más capaz. Demuestra gusto por el Príncipe y complacencia para con los Infantes, ninguna atención por nadie, poco recuerdo de Francia y de sus padres, mucha niñería, y apego á todas sus fantasías.»

Tal es, con efecto, el juicio que por entonces merecía el carácter de Luisa Isabel de Orleans á cuantos tenían ocasión de tratarla. ¿Qué cualidades adornaban á su esposo, al popular D. Luis, al heredero de la corona, al Príncipe *nourri au chocolat*, tan próximo á ser Rey?

IV

Cuenta Fray Nicolás de Jesús Belando, en su *Historia civil de España*, que, declarado el primer embarazo de la Reina María Luisa de Saboya, los desafectos á la monarquía diéronse maña para propalar que era aquél falso y simulado, con objeto de engañar la natural impaciencia de los españoles, que suspiraban por un heredero directo, á causa de lo cual, cuando el 25 de Agosto de 1707 se presentaron los primeros dolores del parto, Felipe V hizo llamar á Palacio al Cardenal Portocarrero, al Nuncio apostólico, á los Ministros extranjeros y á los Presidentes de los diversos Consejos, para que, *en el modo más decente*, fuesen testigos de la verdad, diligencia que es de suponer fastidiaría bastante á la pobre Reina.

La fortuna protegió entonces completamente á nuestros Monarcas, concediéndoles un hijo varón, que por haber nacido el día de San Luis, y en memoria de su ilustre abuelo, fué llamado por dicho nombre, considerándosele desde entonces como la

esperanza y regocijo de la Patria, que hacía la friolera de cuarenta y seis años no presenciaba un acontecimiento semejante.

Prolijo sería contar aquí las fiestas y solemnidades con que se celebró el dichoso natalicio, puesto que para hacerlo se imprimieron libros en algunas ciudades, como Madrid, Barcelona, Salamanca y Murcia, se publicaron versos á granel y se concedieron muchas gracias y mercedes, dando libertad á los detenidos y alzando el destierro á bastantes títulos y Grandes. El suceso causó general satisfacción en todo el mundo, y Felipe V se apresuró á comunicarlo á las potencias, siendo la más extraordinaria de estas comunicaciones la que se hizo al Duque de Saboya, abuelo del recién nacido Príncipe, y enemigo declarado de España por entonces. Valiéndose de un trompeta, participóle la noticia el Duque de Vendôme, general del ejército aliado que combatía contra Víctor Amadeo, y todo lo que se le ocurrió decir al rencoroso Duque, cuando escuchó el anuncio de que contaba con un futuro Rey en la familia, fué: «Que no tenía nada que responder», frialdad que secó toda esperanza de amistoso arreglo entre padres é hijos.

Sirvió de padrino al nuevo Príncipe, en nombre de Luis XIV, el que, andando el tiempo, había de ser su suegro, ó sea el Duque de Orleans, que por entonces dirigía las fuerzas de España y no esperaba el brusco fin que había de tener su mando en la Península ni la constante antipatía que le había de separar en adelante de su pariente Felipe V, y

fué llevado á la iglesia (8 Diciembre 1707) por la Princesa de los Ursinos (1), aya de S. A., en una silla de manos cubierta de espejos y de brocados de oro.

Inútil es decir que la crianza, así como los menores detalles de la existencia del regio niño, fueron motivo de detenidas consultas entre Madrid y

(1) Ana María de la Tremouille, Princesa de los Ursinos, hija de los Duques de Noirmoutiers. Nació en 1642, murió en Roma el 5 de Diciembre de 1722. Casada en primeras nupcias con el Príncipe de Chalais, y en segundas con el Duque de Bracciano, Príncipe Orsini, vino á España, viuda ya segunda vez, acompañando á María Luisa Gabriela de Saboya, en calidad de su Camarera mayor.

Fué Ana María de la Tremouille, antes que nada, una ambiciosa, dotada de notables cualidades, que imitando á aquellos generales del tipo del Príncipe Eugenio, hubiera aceptado el puesto que deseaba, bien al servicio del Rey de España, bien al del Emperador de Alemania ó de Rusia, y después hubiera desplegado todos sus talentos en obsequio de sus señores, con tal de verse apreciada y en disposición de satisfacer sus deseos de mando.

En unos notables artículos publicados por Rodríguez Villa en la *Revista Europea*, se demuestra que, antes de venir á España, intentó la célebre Princesa acercarse al Archiduque y á los austriacos, persiguiendo siempre el pequeño principado, que constituye la preocupación de toda su vida y el motivo de sus mayores desaciertos; resultando del libro de Mr. Combes, así como de las series de su correspondencia publicadas, aquel afán de dirigir y ordenar que dominaba á la Camarera, y que lo mismo que antes de desembarcar en la Península la había hecho mezclarse en las intrigas francesas de Roma, la obligaría, una vez caída en desgracia, á constituirse en la consejera íntima de los desgraciados Estuardos, para

París, y que nada se resolvió sino después de maduras reflexiones. La feliz mortal encargada de alimentar en primer término al futuro Rey, fué D.ª Bárbara de Flores, natural de Tembleque, donde se la consideró desde entonces como una gloria local, desempeñando tan bien su dificultosa misión, que más tarde sirvió también de ama al

---

morir á la sombra de una casa real, siquiera fuera tan poco majestuosa como la de los descendientes del caballero de San Jorge.

De todos modos, y aunque en la segunda parte de lo que pudiéramos llamar su ministerio desluciese sus anteriores actos, nosotros no podemos menos de agradecer su conducta valerosa durante la guerra de Sucesión, y su energía para ayudar á la Reina á convencer á Felipe V de que su único remedio consistía en echarse en brazos de los castellanos, acertada política que dió por resultado la victoria de Villaviciosa.

Su imperioso carácter no la dejó compartir con nadie el poder, ni transigir con las órdenes y los consejos de otra persona, fuera ésta quien fuese. Desde sus primeras disensiones en Roma con el Cardenal de Bouillon, hasta su entrevista en Jadraque con Isabel de Farnesio, todos habían quedado vencidos en la lucha y apartados de su camino. Aquella confianza la perdió, y todo su orgullo y vanidad tuvieron que ceder ante un temperamento que en cierto modo se le parecía.

Algunos historiadores han querido comparar la figura de la Princesa con la de Mad. de Maintenon; pero, á mi ver, si no es en servir de consejeras á dos Monarcas, en nada se asemejan las dos damas, y bien lo probaron en la manera de conducirse con sus enemigos y de conquistar el afecto y la confianza de los Reyes.

La dulzura, el disimulo, la oculta firmeza, los milagros de habilidad de la Marquesa para sostenerse y afirmarse cada vez más en su puesto con el asenti-

Infante D. Felipe, después Duque de Parma. Las otras nodrizas fueron Manuela Cornejo, natural de Pamplona, y Manuela González, ignoro de qué procedencia.

El cariño, mejor dicho, la adoración de los españoles y de su familia, rodeó desde el primer instante la cuna del augusto niño, y aquel afecto,

---

miento y beneplácito de todos los Príncipes y de todos los franceses, eran desconocidos para la impetuosa viuda del Duque de Bracciano, que, cuando quería conseguir una cosa, la dejaba adivinar demasiado pronto, y saltaba por encima de cuanto se le oponía en el camino, sin contemplaciones de ningún género.

Sus disputas con Louville y los Estrées, personajes que realmente sirvieron de poco para facilitar la unión de Francia y España, y que al fin consiguieron la desgracia pasajera de la de los Ursinos; la pérdida del Marqués de Leganés; la despedida de trescientas damas de Palacio por sospechas de simpatizar con el partido austriaco; el proceder con la Reina viuda Mariana de Neubourg; sus luchas políticas con su antiguo protector el Cardenal Portocarrero, hombre honrado y sincero, aunque no estuviese á la altura del papel que le depararan las circunstancias; la caída del Duque de Medinaceli, interesante personaje con grandes cualidades y grandes defectos que aún no está bien estudiado; sus antipatías contra el Cardenal de Giudice, que tan caro le hizo pagar éste después, y contra el Marqués de Brancas, Embajador de Francia; por último, su absurda conducta contra Luis XIV y Mad. de Maintenon, con motivo del condado de Limburgo, son faltas que obscurecen la vida de la Princesa, y que le fueron echadas en cara cuando otra mujer, aún más atrevida que ella, y á quien por rara casualidad trajo la misma Camarera al trono de España, casi á espaldas de Francia, se atrevió á derribarla de su pedestal acabando para siempre con su poderío.

que pronto había de convertirse en inmensa popularidad, heredada de su madre, le acompañó hasta la tumba, pudiendo asegurarse que pocos Reyes habrán gustado como él de las delicias del amor de su pueblo.

Bastó su existencia para que grandes y pequeños opusieran tenaz resistencia á todo plan político que le alejara del trono de San Fernando; su jura como heredero de la corona constituyó una fiesta nacional; su crecimiento y educación preocuparon á todo el mundo, desde Luis XIV que se interesaba por su biznieto con tal solicitud que dió á sospechar á nuestro Embajador si soñaría con colocar en sus sienes la corona francesa, hasta el último de los servidores que se hacía lenguas de los talentos y las gracias de su joven señor. Por último, cuando la muerte privó á España de la encantadora María Luisa Gabriela, y la casualidad trajo á nuestro suelo á la imperiosa Farnesio, desde el primer momento, como advertidos por sobrenatural inspiración, pusiéronse del lado del Príncipe las personas más ilustres del reino, formándole una especie de partido nacional que le reconocía por cabeza y que apuntaba en la cuenta de sus resentimientos, cualquier palabra, cualquier hecho de la Princesa italiana, que pudiera interpretarse como animadversión ó malquerencia hacia su hijastro.

Si la imaginación de un novelista se hubiera complacido en crear dos genios completamente distintos, encarnándolos en dos Princesas destina-

das á ocupar sucesivamente el tálamo de un mismo Monarca, es casi seguro que nunca habría llegado á establecer entre ellas tan profundo abismo como el que separa á María Luisa Gabriela, de Isabel de Farnesio.

Excepcionales las dos por sus condiciones y por el papel que representaron en la escena del mundo, para encontrar algo en la historia española, dentro de la Edad Moderna, superior á la *Saboyana*, es menester ascender hasta la Reina Católica, y para descubrir algo con que se la compare, es necesario acordarse de las tres ilustres Isabeles, la Emperatriz, Isabel de Valois é Isabel de Borbón, que acaso no pudieron hacer á España el servicio que le hizo María Luisa, porque no se encontraron en disposición de demostrar cumplidamente sus talentos.

Ni los encomios del P. Flórez, ni las alabanzas de Federico Sclopis en su estudio titulado *Marie-Louise-Gabrielle de Savoie, Reine d'Espagne* (Chambery, 1862), son bastantes para cumplir con lo que España debe á la hija de Víctor Amadeo. La figura de aquella Princesa, Regente á los trece años, destinada desde luego á mezclarse en todos los asuntos más graves de la Monarquía, teniendo que renunciar á sus juegos de niña para enarbolar el sangriento estandarte de los derechos de su marido á la corona, encontrando en su juvenil corazón el acierto bastante para apoderarse del alma y de la voluntad del seco Monarca, y deshojando las rosas de su mocedad y de su alegría

en holocausto de su patria adoptiva y de su esposo, hasta morir á los veintiséis años, consumida, envejecida de cuerpo y de alma, y sin haber podido apenas saborear el fruto de sus afanes, merece que un escritor de renombre se tome el trabajo de dedicarle un largo estudio y de colocarla en el puesto que de derecho le corresponde.

Todos los que trataban con ella, Embajadores y Ministros, nacionales ó extranjeros, quedaban cautivados por el indefinible encanto que emanaba de su persona, tan distinta de las últimas y antipáticas Reinas austriacas; todos escribían entusiasmados á sus respectivos Gobiernos, declarando que no podía existir una criatura más amable y seductura. Hasta el propio Luis XIV se sintió subyugado por tanta gracia y tanta discreción, y cuando quiso luchar con ella en el terreno político sintió estrellarse toda su autoridad y sus imperiosas órdenes contra la dulce, pero firmísima, resistencia de aquella niña, que nunca se colocó frente á él, pero que siempre consiguió obtener lo que deseaba, con una astucia tan llena de femenil coquetería que desarmaba al propio Rey Sol.

Es muy cierto que nada pinta á las personas como sus propios escritos, y existen cartas de María Luisa en que se pueden admirar la gracia, el entendimiento, la disimulada malicia y el perfume de candor y belleza que distinguían á nuestra gentil Soberana.

«Hace mucho tiempo—manifestaba dirigiéndose á Luis XIV, durante su primera regencia—que no

me he concedido la honra de escribir á V. M. Mi destino no me permite realizar tan á menudo como yo quisiera una cosa que me es tan agradable; pero las ocupaciones que vos y el Rey vuestro nieto habéis juzgado oportuno concederme, me entretienen tanto, que en verdad no tengo tiempo para pensar en mí misma... Acaso mi vivacidad natural y mi poca experiencia me hacen creer que los Ministros harían mejor en marchar más de prisa, y realmente sean ellos los que tengan razón al considerar las cosas con su cachaza española. Hay días en que paso seis horas en el Consejo, entre mañana y tarde. Destino otras para audiencias públicas y particulares á caballeros y damas de la Corte. Casi nunca me queda alguna para tomar el aire; de manera que no tengo más que un momento después de la cena para divertirme un poco con mis damas. Este tiempo lo empleo en jugar á la gallina ciega, ó á *la compagnie vous plaît elle*, juego en que la Princesa de los Ursinos me ha dicho haber visto entretenido á V. M. en tiempo de la difunta Madama (Enriqueta de Inglaterra). Hablándoos francamente, tengo mucha impaciencia por que regrese el Rey, después de vencidos los alemanes, para que vuelva á tomar las riendas del gobierno y yo no tenga que ocuparme más que de gozar del placer de verle y del cuidado de divertirme.»

Los disgustos y los desastres secaron esta alegría, reemplazándola en sus cartas con la expresión de los más elevados sentimientos que una

criatura puede sentir; pero si su naturaleza de mujer se doblegó en ocasiones ante las injusticias del destino, su valor de Soberana no desfalleció un solo instante, y bien puede afirmarse que, dado el absoluto dominio que ejerció siempre sobre su esposo, á ella, y á la Princesa de los Ursinos, se debió la continuación de Felipe V en el trono, contra los consejos de Luis XIV y las profecías de toda Europa, consiguiendo su popularidad y su confianza en España más de lo que hubiesen logrado millones de soldados extranjeros.

Los últimos años del reinado de María Luisa fueron muy tristes: una disposición hereditaria de la Casa de Saboya, agravada por la consumación del matrimonio á los trece años y medio y por las increíbles exigencias de un marido devoto, que no quería sino placeres lícitos, pero que de éstos se mostraba insaciable, contribuyeron á minar su débil organismo y á llevarla al sepulcro. Hay que leer las cartas de entonces y recordar las coqueterías de la joven, que de cuando en cuando dejan traslucir la amargura que llenaba su alma al pensar en la suerte de sus hijos y de su marido, cuya debilidad conocía mejor que nadie, para comprender el valor de aquella Princesa, nunca bastante llorada.

Unas veces era una carta á su abuelo pidiéndole permiso para tomar las aguas de Bagnères y formando el encantador proyecto de un viaje triunfal hasta Versalles; otras, una moda inventada por la Reina y popularizada bien pronto, un

Fot. Laurent - Madrid

rebocillo hábilmente echado sobre su persona para ocultar los defectos del antes perfecto cuello. Durante seis meses se vió privada de salir de su cuarto y de respirar el aire puro. La fiebre no la abandonaba un instante. Para disimular los estragos de la enfermedad, se hacía peinar caprichosamente y ponía rojo en sus mejillas, sosteniéndose de pie algunos instantes por un esfuerzo sobrehumano, para recibir á algún personaje de consideración. En las tres últimas semanas de vida acudióse al recurso de buscar una nodriza que mantuviera con su leche á la Reina; pero la muerte de ésta era inevitable, y el 14 de Febrero de 1714 exhalaba su último suspiro, en medio de la desesperación del Rey y del dolor de toda España, que conocía y apreciaba sus méritos.

El aspecto de la Corte durante los primeros meses de la viudez del Monarca, fué de los más extraordinarios que registra nuestra historia, pues, secuestrado el Soberano por la Princesa de los Ursinos en el palacio de Medinaceli, y unida su cámara con el cuarto de la Princesa por medio del famoso pasadizo que tanto dió que hablar á Saint-Simon y al autor de las *Memorias secretas de la Corte de Madrid*, nadie podía llegar hasta la presencia de D. Felipe sin la autorización de la Camarera, que alcanzó en dicha época el apogeo de su poderío, y llegó á manifestar tan claramente su influencia con el Rey, que sin fijarse en la edad de la Princesa, que se acercaba á los ochenta años, y en la juventud del Soberano, que apenas contaba

treinta y dos, corrió por Europa como muy válida la especie del casamiento del Monarca y de la Camarera, proyecto que encontró en toda Francia apasionada y unánime oposición, y del que no dejó de hablarse hasta que se vió desmentido por la venida de Isabel de Farnesio á España, con objeto de compartir el regio tálamo.

La entrevista de Jadraque y la despedida de la Camarera, cosa que parecía entonces imposible al mundo entero, dieron á todos la medida del carácter de la nueva Soberana.

Existía hace algún tiempo en una colección particular un retrato de Isabel de Farnesio que como pintura era muy mediana, pero que como documento histórico resultaba interesantísimo. Figuraba á la Reina en pie, ante un fondo de campo que bien pudiera ser Balsain ó Riofrío, vestida de hombre, con grandes botas de caza y con una escopeta en la mano, como símbolo de su afición favorita.

Ni todo el libro de Armstrong (1), ni las apasio-

(1) Elizabeth Farnese, *The termagant of Spain*, por Edward Armstrong. M. A., London, 1892.

En esta obra se cita un documento existente en los archivos napolitanos que prueba que el pintor que representó á Isabel de Farnesio vestida de hombre no obedeció á un capricho de artista.

«El último jueves—dice el citado documento—asistió la Reina, vestida de hombre, á una cacería; mató dos ciervos y un jabalí, y disparó, sin desmontarse, sobre un conejo que corría, dejándole muerto, en medio de la admiración del Rey y de su comitiva, que quedaron pasmados de la extraordinaria agilidad y destreza Su Majestad»

nadas censuras de Macanaz, ni su misma correspondencia, sirven para pintarla mejor que el mencionado lienzo.

La energía, la violencia algunas veces, son los signos distintivos de la segunda esposa de Felipe V. De cualidades delicadas, sólo se pueden recordar en ella la afición á la música y á la pintura, en que se preciaba de inteligente, y su amor por los animalillos, que cuidaba con gran esmero. Si á veces se muestra melosa, dulce, insinuante con los embajadores ó los particulares, es por fingimiento ó conveniencia; pero á la menor contradicción ó á la menor sospecha, desaparece aquella amabilidad para ser reemplazada por recriminaciones, quejas y aun insultos, que en ocasiones llegan hasta la grosería, y que se hacen proverbiales en toda Europa, siendo una de las primeras advertencias que se encuentran en las instrucciones de los Ministros al pintar la Corte de España.

Aunque su figura, si no bella, atractiva, y la viveza de su imaginación, fueron notables, su trato no debía resultar muy simpático para los que por primera vez la veían, mucho más si habían oído hablar antes de ella, á juzgar por la impresión que causó en el ánimo de su nuera María Amalia de Sajonia cuando ésta vino á España, impresión desfavorable que la esposa de Carlos III consignó en sus cartas.

Su indiferencia respecto de todo lo que no fueran sus proyectos, su imprudencia en disponer de las fuerzas de España y exponer á nuestra nación

á las mayores catástrofes por su particular interés, su afición á la intriga, y su poca firmeza respecto de las personas de verdadero valer, su conducta con los hijos de María Luisa, y en suma, la política de toda su vida, que consistió en aislar al Rey y demostrar ante todo el mundo su absoluta influencia sobre el gobierno y sobre el Soberano, hasta el punto de ejecutar actos importantes sin la anuencia de éste, política tan diferente de la de la dulce Saboyana, que se esmeró durante toda su existencia en obscurecerse y hacer resaltar la figura de su marido, fingiendo que, si alguna vez se mezclaba en el gobierno, lo hacía forzada por Francia y contrariando sus inclinaciones, toda esta parte de la vida de Isabel de Farnesio debe ser criticada con severidad por los historiadores nacionales, que encontrarán pocas disculpas á la conducta de la Reina.

Ningún juicio tan severo como el del Obispo de Rennes apenas muerto Felipe V: «Fuera de que siempre ha aborrecido á Francia, no le conozco más virtudes que su triste castidad, jamás puesta á prueba, y de la cual se ha jactado delante de mí muchas veces diciéndome: «¡Al menos no se repetirá por ahí que soy una p....!» Aparte de esto, ¡qué de defectos reunidos! Sin talento, sin discernimiento, vana sin dignidad, avara sin economía, disipadora sin liberalidad, falsa sin sutileza, embustera antes que reservada, violenta sin valor, débil sin bondad, miedosa sin prudencia; sin ningún talento, á excepción del de imitar sin gracia

á las gentes; su risa aflige, sus relatos aburren, sus bromas matan; implacable en el odio, celosa é ingrata en la amistad, que nunca ha conocido; insaciable en sus deseos, ciega en sus intereses é incapaz de aprovechar siquiera la propia experiencia. He aquí, diréis, una hermosa oración fúnebre; pues aún faltan varios rasgos.»

No es necesario ir tan lejos como el apasionado Obispo, ni juzgar con tan poca misericordia á las personas. Si en Isabel de Farnesio hay mucho, como ya he escrito, que censurar, hay también otro aspecto de su carácter que no puede menos de admirarse, aunque á los españoles nos proporcionase pocas ventajas.

El espectáculo de una mujer, joven, de agradable presencia y ansiosa de la brillante vida de corte, que, apenas conocido el carácter de su marido, renuncia á todo lo anterior para convertirse en la compañera obligada de su esposo, que se somete á los inconcebibles caprichos de éste, que acepta sin chistar la existencia disparatada que por quince años adoptó Felipe V, que sigue al Monarca por montes y vericuetos, que no se separa de él un momento, que tiene que renunciar á todas sus costumbres, á todos sus gustos, á todas sus obligaciones, para que su señor no se queje y la permita gobernar con él el Estado, es una demostración de que quien aceptaba tan enorme penitencia por conseguir su ideal, no era una mujer vulgar ni carecía de las condiciones que caracterizan á las grandes Princesas.

Tampoco se le puede negar talento claro y habilidad para adivinar el verdadero propósito de los que con ella trataban, por más que gustara de convertir la alta política en habilidosa intriga; y sus juicios y profecías respecto del fin de las negociaciones ó de la conducta de sus aliados, y respecto de la suerte general de Europa en el caso de continuar Francia protegiendo á la Casa de Saboya contra España, han encontrado exacta confirmación más tarde.

V

Apenas llegada la Reina á Madrid, y celebrada su primera entrevista con el Príncipe, que pronunció con tal motivo una arenga con mucha gracia, en premio de la cual obsequióle Isabel de Farnesio con una joya de gran precio y le regaló, lo mismo que al Infante D. Fernando, con mil amorosas caricias, ya empezaron á repetirse historias y chismes, consignados en la *Historia secreta y política de la Corte de Madrid*, al decir que la nueva Soberana no lograría gran aceptación si alcanzaba á sobrevivir á su marido, porque había llegado á explicarse con desagrado al mismo Príncipe de Asturias, de quien se aseguraba que conservaba con su madrastra mucho resentimiento.

Desde entonces, que sólo contaría ocho años D. Luis, no cesan de repetirse por manuscritos é impresos los rumores, calumniosos en su mayoría, que circulaban por Europa acerca de la supuesta enemistad de unos y otros. Poco después sacó Felipe V á su hijo de manos de las mujeres que le

servían y le puso casa de hombres, dando al Cardenal de Giudice (1) la inspección de su conducta y educación.

Con tal motivo, agradeció el Monarca como se merecían los servicios de la Marquesa de Montehermoso «por la vigilante, cristiana y prudente crianza y educación de S. A.» (archivo del Conde de Ezpeleta), premiando á dicha dama con el nombramiento de *Señora de honor* de la Reina y á su hijo con el de Mayordomo de la misma. En cuanto á la Sra. D.ª Elvira, la Aguilera y la Bomaze, que también servían á D. Luis, pasaron á continuar sus oficios en los cuartos de los otros Infantes.

Sin embargo, apartando la hojarasca cortesana

---

(1) D Francisco del Giudice, Cardenal y Ministro de Felipe V, ocupó siempre un puesto eminente en la política española, y merece un estudio más extenso que el de una simple nota.

Cuarto hijo del Príncipe de Cellamare, Duque de Giovenazzo, nació en Nápoles el 7 de Diciembre de 1647, y fué hecho Cardenal el 13 de Febrero de 1690. Nombrado Embajador español en Roma en 1699 y después Consejero de Estado, no parece haber venido por entonces á España, y en Diciembre de 1701 fué nombrado por Felipe V Virrey interino de Sicilia. Alejado de Roma en 1709, el Rey premió su fidelidad con el cargo de Inquisidor general, que ocupó en Mayo de 1712.

Encargado de diferentes é importantes misiones diplomáticas en París á principios de 1714, vióse detenido á su vuelta por un decreto ordenándole entregar su dimisión, cayendo en desgracia por las intrigas de la Princesa de los Ursinos, que temía su rivalidad.

Al salir de España esta señora, al poco tiempo, Giudice recobró su favor, siendo nombrado Ministro de

que cubría de flores cuanto se refería á D. Luis, y escuchando las frases del Embajador Duque de Saint-Aignan á Luis XIV, el Príncipe, una vez expulsada la Princesa de los Ursinos, su aya, había salido de manos de las mujeres, *fort timide, beaucoup trop grave et très ignorant*. Luis XIV se empeñó en que se le diera un ayo español; pero Isabel de Farnesio se interpuso, y fué nombrado su amigo el italiano Giudice, que sólo acertó á ponerse al frente de un partido y caer en desgracia al año siguiente (1716), siendo reemplazado cerca del Príncipe por el Duque de Pópoli, que tampoco

. . . . . .

Estado el 18 de Febrero de 1715, y un mes después ayo del Príncipe de Asturias.

Unido con Isabel de Farnesio, sus primeros actos fueron los de mantener alejado á Macanaz y expulsar al P. Robinet, confesor de Felipe V, para traer de nuevo al P. D'Aubenton.

Al comienzo del gobierno de Alberoni, pareció que ambos Cardenales se entendían perfectamente; pero pronto los separó su propia ambición, declarándose mutuamente la guerra más encarnizada.

El 11 de Julio de 1716 relevaron á Giudice de su cargo de ayo del Príncipe de Asturias. El Cardenal comprendió entonces que estaba vencido; presentó su dimisión como Inquisidor, y el 24 de Enero de 1717 se marchó de Madrid para establecerse de nuevo en Roma. Obligado á quitar de su palacio las armas de España, colocó en su lugar las del Emperador, y en 1719 aceptó el cargo de Protector de los negocios de Alemania cerca del Papa.

El tiempo y la fortuna se encargaron de reunir en la capital del orbe católico, después de su desgracia, á los tres mortales enemigos. La de los Ursinos, Alberoni y Giudice. Este murió el 10 de Octubre de 1725.

supo comprender á su discípulo, y á quien éste profesó siempre una perfecta antipatía.

Considerado ya como hombre, el hijo de María Luisa, comenzó á acompañar á su padre en cacerías y viajes, y á ocupar en la corte y dentro de la familia el puesto de primogénito, demostrándole Felipe V mayor afecto que nunca demostrara á ninguno de sus otros hijos.

Su carácter, sin embargo, pecaba de timidez exagerada. Desdeñado por su madrastra, según los murmuradores, y delicado de salud hasta el punto de temerse á cada paso por ella, quejábanse los madrileños de que le tuvieran encerrado y como preso en el Palacio del Buen Retiro, de que anduviese siempre de cacería por las heladas montañas de la Sierra, y de acuerdo con las noticias que procedían de Palacio, y aun de la cámara de la Reina, atribuídas á ésta y al médico Burlet, profetizábase que el adorado Príncipe viviría poco, como toda la familia de su madre, y aun se susurraba que Isabel de Farnesio haría todo lo posible porque tal desgracia sucediera. Finalmente, los mismos Louville y Saint-Aignan, no vacilaban en escribir al Regente la escena sorprendida por el segundo de dichos señores entre D. Luis y D. Fernando. Hablaba éste con su hermano de las diversiones que disfrutarían juntos cuando fueran mayores, y animado el Príncipe, exclamó con calor: «Hermano mío, nosotros nos entenderemos siempre bien, y será preciso que

estemos siempre unidos contra Carlos y doce más que vengan».

Al frente de la cábala favorable á los intereses del Príncipe, y contraria á los de la Reina y Alberoni, figuraban, según el Embajador francés, tres grandes personajes españoles: el Conde de Aguilar (1), el Duque de Veragua (2) y el Conde de

---

(1) D. Rodrigo Manuel Manrique de Lara, segundo Conde de Frigiliana, Vizconde de la Fuente, y por su mujer décimo Conde de Aguilar y de Villamor, nacido el 25 de Marzo de 1738, ocupó los más altos puestos y murió de Presidente del Consejo de Indias el 13 de Septiembre de 1717.

Su hijo D. Iñigo de la Cruz Manrique de Lara Arellano, Mendoza y Alvarado, undécimo Conde de Aguilar Marqués de la Hinojosa, Conde de Villena, etc., Grande de España, llamado el Conde joven de Aguilar, nació el 3 de Marzo de 1673, y sirvió desde muy niño en los ejércitos, siendo recompensado por sus servicios con el Toisón de Oro en 1695.

En tiempo de Felipe V alcanzó el grado de Capitán general y desempeñó con fortuna una misión en París en 1704. Caído en desgracia en 1711, por haber querido, según se murmuró, dar una querida al Rey, volvió á la corte, de donde salió desterrado de nuevo el 10 de Abril de 1722 á su encomienda de Manzanares.

Murió retirado de la política el 13 de Julio de 1733.

Tanto este Conde como su padre, fueron de los nobles más capaces é intrigantes que figuraron en el reinado de Carlos II y Felipe V. Según San Simón, ninguno de los dos era bueno, y la fealdad de su alma correspondía á la de su cuerpo, que era extremada. Sin duda influía en esta opinión de San Simón el hecho de haber sido Frigiliana uno de los partidarios más decididos de la sucesión austriaca antes de la muerte de Carlos II.

(2) D. Pedro Nuño Colón de Portugal, octavo Du-

las Torres (1). El más apasionado de todos ellos era el primero, quien llegó á formar el proyecto de apoderarse del Príncipe de Asturias, con ocasión de uno de sus paseos, y gobernar en su nombre, después de declarar la incapacidad de su pa-

que de Veragua, Conde de Gálvez, Marqués de la Jamaica, nacido el 1.º de Octubre de 1676.

Dueño de una fortuna enorme, se declaró partidario de Felipe V, que en 1705 le envió como Embajador extraordinario á París. Ocupó el cargo de Virrey de Cerdeña en 1708 y fué hecho prisionero por los austriacos. En Febrero de 1712 el Soberano le nombró Virrey de Navarra. Fué después Consejero de Estado y encargado del despacho de los asuntos de Marina.

Ocupaba la presidencia del Consejo de Hacienda y del de Indias cuando la malquerencia de Alberoni le encerró en el castillo de Málaga, donde, por un fenómeno extraño, acabó por encontrarse tan bien el Duque, que, pasados dos años, no quería salir de su cárcel.

Su carácter debía ser rarísimo y divertido, según las cosas que nos cuenta San Simón, que constituyen de Veragua un tipo singular. A pesar de todas sus extravagancias, y del famoso descuido de su persona, cuando estaba de buen humor resultaba amabilísimo con todo el mundo y daba á conocer los talentos de que se hallaba dotado.

Falleció en Madrid, siendo Presidente del Consejo de guerra, el 4 de Julio de 1733, pasando su grandeza y sus bienes á su hermana D.ª Catalina Ventura, Duquesa de Liria.

(1) D. Cristóbal de Moscoso, Córdoba y Montemayor, primer Conde de las Torres por gracia de Carlos II el año 1683 y Marqués de Cullera en 1707, fué Capitán general, Comisario general de infantería y caballería, Virrey de Navarra. En 1728 Felipe V le concedió la Grandeza con el título de Duque de Algete. Murió en Madrid el 27 de Enero de 1749.

dre, y encerrar á éste y á la Reina en uno de los Sitios Reales más próximos á Madrid. Para fortificar su influencia con el apoyo del Regente de Francia, propusieron los principales señores españoles el matrimonio de D. Luis con una de las hijas del Duque de Orleans, y ésta es la primera vez (Diciembre 1717) que se habló de tal unión, en que, como es natural, entró desde luego el Regente, con gran satisfacción de su parte, y que Saint-Aignan discutió, proponiendo para ella á Mlle. de Montpensier (1).

La retirada del Embajador francés, el descubrimiento de la conspiración Cellamare y las subsiguientes guerras en que se vió envuelta España por la política de Alberoni, hicieron desaparecer las intrigas francesas y renunciar por entonces á proyectos quiméricos; pero la semilla estaba echada, y más tarde ó más temprano había de producir sus frutos.

¿Cuál fué la actitud de D. Luis en medio de aquellas ambiciones que abusaban de su nombre para todo y le presentaban como cabeza de una bandería? ¿Cuál su posición y sus verdaderos sentimientos respecto de sus hermanastros? Para mí es indudable que los turbulentos nobles no se contentaron con hablar entre sí, sino que pretendieron interesar al Príncipe en sus planes, no obstante el espionaje del sagaz Duque de Pópoli, completa-

(1) Baudrillart, *Philippe V et la Cour de France.*

mente identificado con el partido de la Reina, aunque aparentase otra cosa. Y uno de los mejores indicios de esta suposición, consiste en una carta que le dirigió algún tiempo después (17 de Diciembre 1719) su antigua aya, la célebre Princesa de los Ursinos, desde Génova, que, traducida, decía así:

«No puedo resolverme á dejar partir á mi sobrino el Príncipe de Chalais sin encargarle, al tiempo de tener la honra de ponerse á los pies de V. A., que le presente esta carta. ¿Me atreveré á esperar, monseñor, que le recibiréis con la misma bondad con que V. A. me honraba en otro tiempo, y de la que me disteis estando en Aranjuez pruebas tan afectuosas por medio de dos amables cartas que conservo preciosamente? Verdaderamente, monseñor, contemplándome alejada para siempre de V. A., tengo necesidad de este consuelo, y le suplico humildemente que esté persuadido de la verdad con que hablo, así como de que, cualquiera que sea el lugar en que pueda pasar el resto de mi vida, nadie podrá existir que conserve una adhesión tan apasionada, ni un respeto más profundo, como aquellos con que tengo la honra de ser... etc.» (1).

Aquí se hace referencia á dos cartas que fueron escritas por el Príncipe. Se sabe además que, por

(1) La Princesa de los Ursinos al Príncipe D. Luis Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.747.

medio de éste se sirvió Felipe V dirigir, ya casado segunda vez, algunos cariñosos recuerdos á su antigua confidente. El amor y la atención del padre por su hijo eran conocidos de todo el mundo, así como el empeño de Isabel de Farnesio en obscurecer la figura del primogénito para que no peligrase su influencia con el Rey. Saint-Simon, en sus Memorias, acusa al Cardenal de Giudice, primer ayo de D. Luis y muy querido de éste, de conspirar en Italia con la Princesa de los Ursinos, aunque sin decir cómo ni para qué. Por último, conocido el carácter de la Princesa y su habilidad en escribir, dejando leer entre líneas su verdadero pensamiento, así como su insaciable deseo de gobernar y de vengarse de la Reina, ¿no cabe ver en la anterior esquela un intento de aproximación de la desgraciada favorita al heredero de la Corona, aproximación fundada en el afecto con que éste miraba á su antigua aya y en el recuerdo de su madre, y no es verosímil suponer que el acto de la Princesa obedeciese á indicaciones de sus amigos de Madrid, que seguían considerándola como inmejorable jefe de partido?

Lo cierto es que el Príncipe no debió contestar á la anterior carta, que acaso nunca llegaría á sus manos, y que su actitud fué siempre correctísima, no conociéndose hasta ahora documentos en que se pruebe el afán de desempeñar por su parte papel más activo que el que le permitían en el gobierno del reino.

Respecto de sus hermanos, nada más cierto que la confianza y la amistad que le unieron siempre con el después Fernando VI. Durante mis trabajos en archivos y bibliotecas, he tenido ocasión de leer numerosas cartas de todos los Infantes dirigidas á D. Luis, quien, por sus condiciones de dulzura y amabilidad, ó quizás por haber nacido con la virtud de agradar á cuantos le trataban, era el ídolo de todos sus hermanos y representaba con indecible gracia su papel de primogénito, ¡un primogénito de diez y seis años! entre aquella colección de futuros Soberanos.

Nada tan conmovedor, por su sencillez, como un pliego de papel sin fecha, acaso la primera plana escrita delante del maestro, en que D. Fernando, con la inexperiencia del que empieza y usando de letras, enormes, consignó la siguiente frase, que no parece dictada por nadie:

«*Mon cher frére: Je vous aime de tout mon cœur.* —FERNANDO.»

Educados juntos y comiendo en la misma mesa, á pesar de tener ayos distintos, reinaba entre ellos una unión y una confianza perfectas, aunque cada cual conservara su puesto y el menor mostrase cierta deferencia respetuosa hacia don Luis.

En cuanto aprendía algo nuevo, era el Príncipe el primero en saberlo, y sus cartas respiran la más

viva amistad. Curiosa es por todo extremo la siguiente, en idioma latino (1):

«*Si vales bene est, ego quidem valeo, mihi molesta est multum absentia tua, et cupio impatienter reditum tuum brevem in hunc locum: gaudebo si delectatus fuisti in hoc conventu ubi permansisti nuper. Sororem, uxorem tuam, saluto. Fraternus quis diligit te multum.—Ferdinandus.*»

Respecto de sus otros hermanos, si no este cariño, que justificaba además la poca diferencia de edad, encuéntranse testimonios de que D. Luis no faltaba en lo más mínimo á sus deberes, como lo demuestra la conducta que guardó con la Infanta María Ana Victoria, y con D. Carlos, siendo ya Rey, y los afectuosos párrafos de sus cartas en que se refiere al Infante D. Felipe.

Además, se conservan diferentes cartas de *la Mariannina,* dirigidas al Príncipe, que demuestran la cordialidad de sus relaciones. Muy interesante es aquella en que la Infantita le participa su llegada á París (17 Mayo 1722), su recepción por la Corte, y á renglón seguido le habla de sus muñecas: «*Je suis ravie que le sachet a'odeur vous ait plu, les poupées ne m'en manquent pas en efect je voudrois que vous pussiez voir leur garderobe et leurs jolis ameublements*». Pero aún resultan más cariño-

(1) San Lorenzo 12 de Octubre de 1723. Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.747.

sas otras escritas en castellano ó francés, y conteniendo sencillas frases: «Ermano mio de mis ogos ya garzias á Dios estoy buena y deseando darte un abrazo.—*Mariana Bitoria*». «*Je vous envoye mon cher frére ma seconde leçon d'ecriture.*—MARIANNE.»

Cuando, llegada á París, se ve tratada por todos como Reina de Francia, escribe la niña: «querido ermano mio qreo muy bien de lo q te debo celebraras mi fortuna como la tuya y no lo será menor para mi sabiendo ser tu fina y reconocida ermana.—*Mariana Victoria*».

Por último, contestando á una carta de D. Luis, se expresa la augusta niña de la siguiente manera: «querido ermano mio, yo te debo tanto cariño q con tu carta te antycipas á darme el gusto q tanto deseo sabiendo estas bueno yo lo estoy aunq ynpaciente de no berte y no lo e echo antes asta saber tu gusto y confiada en que dysculparas el no saber yo como quisiera pues no se abia de atreber mia (la nodriza de la Reina, Laura Piscatore) a pribarme este gusto ni io se lo permitiese los ermanos te balben los abraços con todo cariño yo te amo de todo mi coracon Tu hermana q mas de coracon te quiere. *Mariana*».

Después de leer las anteriores epístolas, puede afirmarse que no existían entre los hermanos aquellos resentimientos ni aquel estado de lucha y enemistad que suponen algunos autores.

Ni el carácter del Príncipe, ni su conducta res-

petuosa para con su padre, justifican tales suposiciones, siendo buena prueba de la docilidad de Don Luis, el secreto con que se reservó la noticia de su boda y la facilidad con que entró entonces y después en las combinaciones políticas y matrimoniales de Felipe V, no obstante la falta de condiciones brillantes de su futura esposa, y del rumor, no destituído de verdad, que los descontentos harían seguramente llegar á sus oídos, de que su suerte y fortuna se sacrificaban en aquella negociación al ideal de los Reyes de contar en París con una Reina española que, llegado el caso, pudiera servir sus intereses en el vecino Estado.

El retrato del Príncipe en la época de su matrimonio, está hecho por Saint-Simon en su notable *Tableau de la Cour d'Espagne*, y aunque sea algo extenso y contenga varias inexactitudes, no puedo resistir al deseo de traducirlo, para formar bien idea de las cualidades del esposo de Luisa Isabel.

«El Príncipe de Asturias parece una pintura. Alto, delgado, endeble, delicado, pero sano. Es rubio; tiene bonitos cabellos, el rostro feo y se parecerá con el tiempo al Rey de Cerdeña, su abuelo materno. Es dispuesto para todo, vivo, monta á caballo. No le falta más que un poco de fuerza. Tira bien; gusta de la caza y demás ejercicios; baila á maravilla toda clase de bailes, que aprende en un momento. Si la Reina y él fuesen de condición de presentarse en un teatro, subirían los precios los días que bailasen en público. El

Rey le quiere mucho; pero sin otra demostración que la de no mirar sino á él cuando baila, aunque tenga de pareja á la Reina, y ésta baile mejor, porque el Príncipe es muy delgado y débil. Prometió mucho, y hubiera sido capaz de aprovechar una buena educación, si las trabas de la Corte y el genio de sus ayos se lo hubiesen permitido. El Rey le ama y le teme; con la Reina y los hijos de ésta tiene más aparente acuerdo que verdadero afecto, y no responde siempre á sus avances. Está educado con una descortesía que sorprende, pues ni siquiera se inclina ó se descubre cuando es saludado por las damas más ilustres, no siguiendo en esto el ejemplo de los Reyes, que son muy amables con todos, y en el resto de sus cosas sigue la misma línea de conducta. Familiar, no obstante, pero poco ducho en preguntar y responder, vive muy sujeto, antes y después de su matrimonio, bien que en distintas manos, y encerrado con hijos de criados, que forman su círculo, y á cuya compañía se ha acostumbrado, porque con ellos tiene absoluta libertad y está solo muy á menudo. Ha dejado escapar rasgos singulares de economía, que pueden proceder, bien del antedicho consorcio, bien de lo poco que le dan, bien de su natural inclinación. Ésta es francesa, aunque educada por manos enemigas de Francia (en esto se equivoca Saint-Simon). Su alegría ha sido grande cuando se ha visto casado, acaso por vanidad pueril, aunque se ha picado mucho de no serlo

sino en apariencia por algún tiempo. Parece amar y buscar á la Princesa. Parece también que gustará de las mujeres, que será devoto, que su atención á su salud, aunque buena, es sorprendente, y que se parecerá al Rey en muchas cosas. Es ya muy secreto, como lo ha demostrado en el negocio de su casamiento. Constituye la pasión más dominante de los españoles, que no pueden cansarse de verlo y de perseguirle en masa con sus aclamaciones. Él los ama recíprocamente. Aborrece y desprecia á su ayo (Pópoli) y se lo ha probado de todas maneras. Tampoco quiere á su segundo ayo (Marqués del Surco). Alberoni (1) le

(1) Julio Alberoni, hijo de un jardinero de Fiorenzuola, en el ducado de Parma, nació el 30 de Marzo de 1664.

El Cardenal Alberoni es el personaje de aquel tiempo que más ha merecido el estudio de los eruditos y que mayor número de libros ha motivado, si se le compara con los demás. Desde Rousset (1719) y el autor del *Testamento político del Cardenal Alberoni*, hasta los trabajos de Moore, el abate Bersani, M. Emile Bourgois, Giandomenico Romagnosi, Maldonado Macanaz, y el reciente libro del profesor del Liceo de Novara, Sr. Alfonso Professione, no ha decaído el interés que el famoso Ministro inspira; interés, en mi opinión, muy fundado, pues difícilmente se encontrará en toda la primera mitad del siglo XVIII una figura que ostente más brillantemente los defectos y las cualidades de la época que el célebre protegido del Duque de Vendôme.

La frase de Patiño, al decir de él que «veía dificultades donde había verdaderos *imposibles*», le pinta mejor que libros enteros; pero, de todas maneras, ni

era insoportable, acaso por el amor que S. A. tenía por el Cardenal de Giudice, su antiguo ayo. Aún no se puede apreciar que tenga preferencia por nadie. Es todavía muy niño.»

---

sus más apasionados detractores le podrán negar grandes recursos, ni los españoles podemos juzgarle muy severamente cuando tan alta idea tenía de nuestras cualidades, ni nadie que atentamente estudie su vida dejará de reconocer que tuvo la virtud de sacar á España del estado de indiferencia en que se encontraba, y de demostrar á toda Europa que aún existían los soldados de Pavía y los tesoros de las Indias.

Protegido por el Duque de Vendôme, llegó á conquistar la confianza y la amistad de Felipe V y de Isabel de Farnesio, alcanzando el cargo de Ministro universal y dirigiendo por algunos años los destinos de España, hasta el 12 de Diciembre de 1719, en que salió de Madrid, retirándose á Italia. Murió en Roma, el 26 de Junio de 1752, después de una agitada existencia.

VI

Al ser declarada de un modo oficial la boda del Príncipe, el primer cuidado de éste fué mandar fabricar dos magníficas escopetas, con destino á su futura esposa, dando por seguro que Luisa Isabel había de ser tan aficionada á la caza como lo era D.ª Isabel de Farnesio y toda la Familia Real española. Desde entonces sólo pensó en conocer á *Maemoiselle*, y cuando por primera vez alcanzaron sus ojos á verla en Cogollos, permaneció contemplándola fijamente durante toda la entrevista, como si quisiera grabar su imagen en la memoria. Al quedarse sola Luisa Isabel, preguntáronle las damas qué tal le había parecido, S. A., y, bajando modestamente los ojos, contestó la Princesa que aún era pronto para decirlo, y que se lo comunicaría al día siguiente de su boda.

Celebrada ésta, emprendieron los nuevos esposos la rutina de la vida de la Corte, que, á diferen-

cia de lo que había de ocurrir poco después, y durante los últimos quince años del reinado de Felipe V, era en 1722 muy ordenada y hasta un tanto burguesa, formando extraño contraste con la que entonces hicieran famosa en Francia los desordenes del Regente y la vanidad de los numerosos Príncipes legítimos y legitimados.

Cuando padres é hijos estaban reunidos en Madrid, bien en el Alcázar, bien en el Buen Retiro, la vida de Palacio comenzaba á las ocho de la mañana, hora en que Valouse, ayuda de cámara francés que servía á Felipe V, entraba en la alcoba de los Reyes en compañía de la nodriza, Laura Piscatore, llevando una ligera bebida, compuesta de leche, vino, dos yemas de huevo, azúcar, canela y un poco de clavo, que bebía S. M. con delicia. Inmediatamente, y sin salir de la cama, abrigábanse los regios esposos con ligeras batas: Isabel de Farnesio se ponía á trabajar en una tapicería que le llevaba la Laura, colocaban los criados encima del lecho los papeles que rodaban por sillas y mesas, y se retiraban silenciosamente. Cuando quedaba sólo el matrimonio, empezaban los esposos á rezar y después á trabajar, el Rey en los papeles y la Reina en la tapicería, hasta las diez, en que entraba el secretario Grimaldo y empezaba el despacho formal, discutiendo los tres los negocios de Estado. Este despacho duraba más ó menos, según las circunstancias, y cuando terminaba, marchábase el Ministro, y el Rey se levantaba é iba al

cuarto de al lado, donde le ayudaban á vestirse tres ayudas de cámara, el Marqués de Santa Cruz y el Duque del Arco. Después venía su confesor, el padre D'Aubenton, y conferenciaba con el Soberano durante cierto espacio de tiempo.

Mientras tanto, la Reina se quedaba sola con su nodriza, y éste era el único momento en que Isabel de Farnesio podía hablar ó escribir sin que se enterase de ello su marido. No duraba mucho, sin embargo, aquel respiro, porque se veía precisada á pasar en seguida á un gran salón, en donde la esperaban la Camarera mayor, Condesa viuda de Altamira (1), dos damas de honor, según el turno establecido entre las Princesas de Robecq (2) y de

---

(1) D.ª Angela Folch de Aragón, hija del sexto Duque de Segorbe, Condesa de Altamira, por su matrimonio con el octavo poseedor de dicho título. Sucedió á la Princesa de los Ursinos en el cargo de Camarera mayor de la Reina, en Enero de 1715, y en 1724 fué colocada con el mismo carácter cerca de la joven Luisa Isabel. Era la Condesa muy pequeña de cuerpo y su persona carecía de gracias, pero sus maneras y palabras respondían á su elevado nacimiento, mereciendo á Saint-Simón un juicio muy lisonjero.

(2) Isabel Alejandrina de Croy Solre, Princesa de Robecq, por su matrimonio con Carlos de Montmorency, verificado el 12 de Enero de 1704. Pasaba por ser la dama favorita de Isabel de Farnesio. Dotada de talento y muy brillante en su trato, acusáronla de haber ideado, en compañía de la Condesa de Altamira y de Grimaldo, la conspiración Cellamare. Murió su esposo en 1716.

Pettorano (1), la Duquesa de San Pedro (2) y la

(1) Hija segunda del Mariscal de Boufflers, la Princesa de Pettorano casóse con el primogénito del Duque de Pópoli, que ostentaba aquel título, y fué nombrada desde su matrimonio Dama de la Reina. Querida y estimada de todos, por sus amables condiciones, guardaba las fórmulas y costumbres de la vida francesa, dando comidas y reuniones á las personas de distinción. Pero todo esto no bastaba á endulzar las amarguras de una unión desgraciadísima, por culpa del joven marido, cuya existencia constituía un perpetuo escándalo para la Corte. Entregada por una temporada á la devoción, pidió permiso para retirarse á un convento, pretensión á que se opuso la Reina, que al fin tuvo que consentir, con tal de que el convento fuese las Descalzas Reales, y que conservara su puesto de Dama para que volviese á él cuando lo tuviese por conveniente, prometiéndose visitarla muy á menudo.

El retiro de la Princesa duró solamente dos ó tres años, muriendo al poco tiempo, después de muchos sufrimientos.

(2) Teresa Colbert, hija del Marqués de Croissy, Ministro y Secretario de Estado, y hermana de Torcy, Secretario de Estado y de Negocios extranjeros. Viuda en primeras nupcias de Luis de Clermont d'Amboise, Marqués de Resnel, casóse en 1704 con D. Francisco María Spínola, Duque de San Pedro, que á su vez era viudo de D.ª Isabel Spínola Colonna. Pasaba la Duquesa por ser mujer de mucha gracia y aficionada á intrigas. Los franceses contaban siempre con ella para sus combinaciones, y los Embajadores tenían el encargo de tratarla con los mayores miramientos. Su casa pasaba por el punto de reunión más animado de la Corte.

Falleció el Duque de San Pedro el 15 de Mayo de 1727, y, según cuenta Armstrong en su historia de Isabel de Farnesio, el modo que buscó la Duquesa de consolarse, escandalizó un tanto á los buenos madrileños, por lo cual tuvo la ilustre viuda que reti-

Condesa de Taboada (1); dos señoras de honor, y todas las camaristas. Cuando el Rey acababa con el Padre D'Aubenton, aparecía en el salón, acompañado de Arco y Santa Cruz, para presenciar la *toilette* de la Reina. También asistían á ella los Infantes con sus ayos, y desde que el Príncipe se casó, la Princesa de Asturias, la Duquesa de Montellano y el Duque de Pópoli. Fuera de estos personajes, sólo el Cardenal Borja y el Marqués de Villena tenían el privilegio de ver en tal hora á SS. MM., si bien cuando el Cardenal asistía era objeto de las burlas de Isabel de Farnesio, que propendía siempre á reirse de la gente.

La *toilette* duraba tres cuartos de hora, permaneciendo todo el mundo, incluso el Rey, en pie.

---

rarse por una temporada á París, desde donde siguió escribiendo cartas muy divertidas á su augusta amiga, que le respondía en el mismo tono, causando aquella correspondencia el regocijo del anciano Cardenal de Fleury.

(1) Fué D.ª Margarita de Silva Condesa de Taboada, esposa de D. Antonio de Lanzós, personaje nacido el 2 de Febrero de 1689, del matrimonio del Conde de Maceda, Grande de España, con D.ª María Theresa Taboada. Felipe V concedió la Grandeza al Conde de Maceda, y nombró á su nuera Dama de la Reina, haciéndose bien pronto simpática la Condesa de Taboada á todo el mundo. En 29 de Marzo de 1726 murió el Conde de Maceda, y sucedieron los Taboadas en los honores y riquezas de la casa.

Era el Conde personaje de ingenio muy despierto y reputado de chistoso. Su figura resultaba agradable no obstante ser tuerto, y pasaba por ser un tanto maldiciente.

Cuando se acababa, entreabría Felipe V la puerta del cuarto que correspondía á la sala de los espejos, donde esperaba la Corte, y daba sus órdenes para el día, hablando con los que estaban cerca de la puerta, excepto los lunes, que daba audiencias públicas y privadas y recibía al Consejo de Castilla, pues entonces atravesaba los salones, y todo el que quería podía hablarle.

Después volvía á cerrar la puerta, y, por una galería interior, se trasladaban todos los que habían presenciado la *toilette*, á la capilla, donde se celebraba la misa, terminada la cual, y transcurrido un corto espacio de tiempo, se servía la comida en el cuarto de la Reina, no sentándose á la mesa sino ésta y el Rey, y consistiendo en diferentes platos, los mismos siempre para Felipe V, que comía poco, y en un suculento *menu* para Isabel de Farnesio, que comía mucho. Ninguno de ambos bebía sino vino de *Champagne* durante todo el año. Al acabar la comida, rezaban por cierto espacio de tiempo, y oían á Grimaldo, si éste tenía algo grave que comunicarles. Una hora después de comer, salían de Palacio, hablando, al paso, con las personas que se encontraban en los salones, y montaban en carroza con objeto de ir de caza. Los días en que no cazaban, que eran los menos, jugaban al mallo en el Buen Retiro (1) ó iban á

(1) Refiere Ponz en su viaje de España, ocupándose de las particularidades de los jardines del Buen

Nuestra Señora de Atocha. De todas maneras, al volver á Palacio, si no habían merendado en la carroza, el Monarca lo hacía, según su costumbre, tomando un pedazo de pan, un gran bizcocho, agua y vino, y la Reina, pasteles, frutas y queso. Los Príncipes de Asturias esperaban á SS. MM. á la vuelta de paseo en la sala interior, y permanecían un cuarto de hora con ellos, hasta que subía Grimaldo y se ponía á trabajar con los Reyes, quedándose éstos de nuevo solos, hasta la hora de cenar.

Retiro, que desde la fábrica llamada de la China, se iba por una calle de árboles al juego del mallo, que, cubierto de arboleda, seguía por la orilla de un canal de agua, el cual, formando ángulo recto, volvía á incorporarse con un grande estanque cuadrado.

Por su parte, San Simón nos cuenta que desde Atocha era frecuente que los Reyes penetraran en el parque del Retiro, apeándose en el citado juego del mallo, lugar amenísimo, donde no podían entrar sino las damas y gentileshombres de Palacio, que se colocaban á un lado y otro mientras los Soberanos jugaban con el Grande, el Caballerizo mayor ó el Marqués de Santa Cruz. Los Reyes se mostraban entonces en una agradable intimidad, é Isabel de Farnesio lucía sus talentos y su gracia, divirtiéndose en embromar á Valouse ó al Duque del Arco, y gozando cuando conseguía enzarzar á este último con Santa Cruz.

El Rey, siempre serio, dignábase sonreir durante el juego y decir algún que otro chiste, que, como era natural, celebraban calurosamente todos, así como la habilidad de S. M. en el mallo.

Al acabar, se acercaban las carrozas y volvían Sus Majestades á montar, regresando á Palacio.

En tiempo de veda entretenían se los Soberanos casi diariamente con el citado ejercicio.

Servíase la cena, con las mismas etiquetas que la comida, por las damas y mayordomos, apareciendo en ella más platos franceses que españoles, y después conversaban, leían ó rezaban solos ambos esposos hasta el tiempo de acostarse, ceremonia que se verificaba sin que asistieran á ella los Príncipes ni los Infantes.

La vida de los herederos de la Corona había de sujetarse necesariamente á la de sus padres, y para conseguirlo, el Príncipe se levantaba á las ocho, y estudiaba después, ó se divertía con sus altos oficiales, y sobre todo con dos criados muy amigos suyos, que era lo más frecuente. Oída una misa en su oratorio particular, pasaba al cuarto de la Princesa, que acababa de vestirse, pero á cuyo tocado no entraban sino D. Luis y el Duque de Pópoli, y juntos ya ambos esposos, se trasladaban á la cámara de la Reina con objeto de presenciar la antedicha *toilette* de S. M., y retirarse después á comer, cada uno en su cuarto, cuando los Reyes iban á las audiencias ó á misa. Si se celebraba capilla, acompañaba entonces el Príncipe á su padre y la Princesa á la Reina. D. Luis almorzaba siempre en privado con el Infante D. Fernando, y después se entretenía con él hasta la hora de salir. Si iba con el Rey de caza, ó al juego del mallo, salía el Príncipe un poco antes que su padre, y si iba solo, lo cual ocurría raras veces, salía á la hora que tenía por conveniente. Al regreso de Felipe V, se encontraba S. A. esperándole, y,

cuando le dejaba, deteníase en la cámara de la Princesa durante un cuarto de hora. Después volvía á sus habitaciones y á sus entretenimientos, cenaba con su hermano y se acostaba tras un rato de conversación.

En cuanto á la Princesa, seguía con su costumbre de levantarse y acostarse temprano y estar siempre acompañada de sus damas. Sus diversiones consistían en *toutes sortes d'enfances*, realizadas hasta en el cuarto de la Reina, donde tenía libertad de penetrar cuando quisiera; todas las tardes salía de paseo ó á visitar monasterios de religiosas; las lecciones de sus profesores le ocupaban bastante tiempo, y cuando quedaba en libertad de seguir sus inclinaciones, ó bien le daba por sepultarse entre libros, ó bien disfrutaba ejecutando alguna broma contra la Camarera, ó bien se entretenía recorriendo los parques reales dentro de un precioso faetón, guiando seis caballitos negros que le regalara su augusto esposo.

Este método de vida se alteraba frecuentemente por los viajes de la Familia Real, que mudaba muy á menudo de residencia, siendo San Ildefonso el lugar preferido por Felipe V, que cuando se trasladaba á dicho sitio, dejaba á todos sus hijos bajo la superior inspección del Príncipe, quien se encargaba de dar cuenta diaria de su salud y existencia á los Reyes padres.

La etiqueta de Palacio, las costumbres del Rey y la circunstancia de no estar acabadas las

obras de La Granja, por lo cual disponían Felipe é Isabel de pocos alojamientos para huéspedes, hacían que viviesen separados durante largas temporadas padres é hijos, y que, aun viviendo juntos en Madrid, siguiese cada uno sus costumbres, pues, incluso el comer, lo hacían solos los Reyes, no sentando á su mesa sino al Príncipe de Asturias, y esto en rarísimas ocasiones.

Veíanse, sí, de cuando en cuando, teniendo establecido un turno para ello, Príncipes é Infantes; de manera que, por ejemplo, D. Luis, donde quiera que se hallase, bien fuese Aranjuez, San Lorenzo, El Pardo ó Madrid, visitaba á los Monarcas en San Ildefonso cada ocho ó doce días, permaneciendo veinticuatro ó cuarenta y ocho horas con ellos y regresando enseguida, para dar lugar á que cumpliesen con la misma obligación la Princesa ó los Infantes D. Fernando, D. Carlos y D. Felipe.

Solían, en tales ocasiones, el Rey é Isabel de Farnesio, obsequiar á los visitantes con joyas ó curiosos presentes, y los hijos correspondían á aquellas atenciones enviándoles pesca de la que ellos mismos cogían en Aranjuez, caza de la que mataban sus escopetas, ó productos de su habilidad, como, por ejemplo, unos botones con que regaló D. Luis á Felipe V, hechos por el mismo Príncipe con raro primor, y que gustaron tanto al padre que los colocó inmediatamente en sus pu-

ños y prometió guardarlos cuidadosamente (1).

Suplía á la falta de comunicación personal, una correspondencia jamás interrumpida que sostenían todos, especialmente el Príncipe, en nombre de sus hermanos, y que se cruzaba diariamente entre San Ildefonso y el Sitio donde estuviese la demás familia, dando cuenta á los Reyes de cuanto pasaba á sus hijos. Esta correspondencia, interesantísima é inestimable para el estudio de la época, pues los Reyes, por su parte, contestaban también diariamente al primogénito, Felipe V en la primera página del pliego, é Isabel de Farnesio en la segunda, refiriéndoles todo lo que les acontecía, no ha sido estudiada hasta ahora por ningún historiador, ni creo que haya sido conocida en su totalidad hasta la publicación del presente libro, pues con extenderse á tan corto tiempo, ocupa muchos legajos de los papeles de Estado que hoy se custodian en el Archivo Histórico Nacional.

Son las cartas de D. Luis sencillo relato de lo que hacía cada día, especialmente de su suerte en las cacerías, y sólo ofrecen diferencia cuando se refiere en ellas algún chisme ó alguna historia dedicada á la curiosa Farnesio, encontrando entonces S. A. la expresión justa y el tinte de burla necesarios para que resulten graciosas y divertidas.

---

(1) Balsain 15 de Julio de 1722. Felipe V é Isabel de Farnesio á D. Luis. Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.747.

Las respuestas de Felipe V parecen casi todas iguales, conteniendo siempre expresiones de cariño, tan afectuosas como podía escribirlas el nieto de Luis XIV, dirigidas á su primogénito. En cuanto á las epístolas de Isabel de Farnesio, que son las más extensas, procuran ancho campo de investigación, pues para entretener á su hijastro, ó quizás para entretenerse ella misma, prodiga su ingenio en cuentos y *bons mots*, critica personas y cosas y hasta da cuenta circunstanciada de las obras de embellecimiento que se realizaban en el palacio y jardines de La Granja.

Todas estas cartas, así como las de la Princesa de Asturias, ofrecen además el atractivo de estar escritas de puño y letra de los interesados, y de ser algunas de carácter secreto y reservado, más propias para ser destruídas que para ser conservadas.

No era muy variada, en verdad, la vida de los Príncipes de Asturias en los Sitios Reales, reduciéndose todas las diversiones de D. Luis y don Fernando á cazar, á veces por días enteros, y en adiestrarse en el tiro de perdices, que resultaba un tanto difícil para el heredero de la Corona, siendo los lugares que más á menudo se ven citados en sus cartas Sotomayor, Chamartín, Zarzuela, Villamejor, Milanillo, Valdelapeña, Valdelatas, Cabo de Navahermosa, Fuente de la Reina, Sotogordo, Las Cabezadas, Batres y otros varios.

La pesca formaba parte de los entretenimientos

de SS. AA., que gustaban además de jugar al mallo y al *anneau tournant*, ó de dar largos paseos por la Sierra. Pequeñas fiestas, que se celebraban el día del santo de alguno de los individuos de la Familia Real: comedias, representadas sólo por hombres, en el convento, que hacían exclamar burlonamente á Felipe V que mejor prefería pescar una buena carpa que asistir á semejantes espectáculos; entretenimientos inocentes, como el de matar culebras, á que se dedicaba alguna tarde el Príncipe, con gran contento de Isabel de Farnesio, que aborrecía á tan fatales bichos, y burlas chistosas con algún fraile ó algún cortesano que se prestaba á ello, como la esposa de Grimaldo (1), el Marqués de Valero, ó el Cardenal Veliuga, eran los únicos incidentes que alteraban la monotonía de la vida de aquellos jóvenes, ó, por lo

(1) Fué la esposa de Grimaldo modelo de orgullo y de vanidad, sirviendo para entorpecer más bien que para ayudar á su marido. Sus peleas con la Marquesa de Castelar, su avaricia y hasta el rumor de que recibía una pensión de los ingleses, eran cosas que aparecen en los despachos de los Embajadores franceses, que hablan de lo último como de una cosa universalmente conocida.

En Julio de 1721 se envió desde París á Mr. de Sourdeval para desempeñar una misión por demás curiosa, que era tratar de que Grimaldo aceptase una pensión de 30.000 libras. El Ministro rechazó la oferta, pero aceptó un retrato del Rey encerrado en un marco de soberbios brillantes, y la mujer de Grimaldo recibió unos pendientes y una cruz de diamantes además de un collar de perlas.

menos, los únicos que se reflejan en sus cartas.

Numerosas son las que de aquella época se conservan, firmadas por Luisa Isabel, en las que la Princesa sigue haciendo gala de los mismos sentimientos que informaban las primeras misivas enviadas desde la frontera, pero en las que abundan también, por desgracia, las famosas rayas de lápiz, delatoras del Espíritu Santo, que colaboraba con la joven *Mademoiselle* en su correspondencia.

Las escopetas que tan prontamente ordenara D. Luis construir con destino á su futura esposa, debieron quedar sin estrenarse, pues desde el primer instante se declaró S. A. contraria á tal género de ejercicio y perezosa en extremo para seguir á su marido en sus higiénicas excursiones, prefiriendo quedarse casi siempre en Palacio, bajo el pretexto de que los cambios atmosféricos de Madrid hacían daño á su salud y obraban en su naturaleza de contrario modo que en la del Príncipe, como lo confiesa la misma Luisa Isabel: *Je suis bien faché monsieur, que le temps ne se regle pas selon nos desirs, vous pourriez (jouir) avec leurs M. M. d'un air plus doux au Pardo et j'en profiterois pour ma part au lieu qu'a peine j'ose metre le nez à la 'air.* (24 Enero 1723.)

Quizás por esta dificultad de aclimatación ó por su pobre naturaleza, estaba la Princesa enferma bastante á menudo, cosa que la molestaba infinito por la sujeción en que los médicos la obligaban á vivir, y que contrastaba con su desorden habitual

en el comer. «Aún no he salido de las garras de la facultad, y Hyghens tiene las uñas más duras que Cervi, porque me ha prohibido todos los manjares crudos, incluso la ensalada», exclamaba tristemente Luisa Isabel, dirigiéndose á sus suegros (23 Junio 1722), y lo mismo en las cartas de Don Luis que en las de la Princesa, se hallan, desde 1722, frecuentes referencias á la mala salud de ésta.

Sin poder disfrutar de los placeres que divertían á D. Luis, y no estando dispuesta á competir en intrepidez ni política abnegación con Isabel de Farnesio para conquistar el afecto y la absoluta confianza de su esposo, buscaba Luisa Isabel sus entretenimientos en ocupaciones manuales que fueran compatibles con su rango de Princesa, siendo curiosísimo observar que aquella singular niña, cuyo orgullo de raza era notable cuando se trataba de mermarle sus derechos y honores, propendía siempre en sus gustos y diversiones á lo infantil, á acercarse lo más posible á sus camaristas y sirvientes, entre las cuales la veremos dentro de poco ejecutar los mayores disparates.

Interesante es la carta, fechada en El Escorial (17 Septiembre de 1722), en que aquella joven de trece años da cuenta á los Reyes de su visita al Panteón: *«Hier j'allay voir le Pantheon qui etoit pour moy un objet de terreur, mais s'il est permis de me vanter, je me trouvay plus brave que je ne pensois ayant vu de sang froid ces depouilles de notre*

mortalité. Graciosas las frases con que felicitaba á D. Luis por sus triunfos cinegéticos, asegurándole que hasta que matara un mirlo blanco no estaría contenta; amables los párrafos en que agradecía á Isabel de Farnesio el presente de una joya de brillantes que encerraba algunos cabellos de la propia Luisa Isabel (10 Octubre de 1722), ó aquellos otros en que ofrecía á su suegra un reclinatorio para la capilla de La Granja (7 Julio de 1723); curiosos los detalles de su vida interior al contar, por ejemplo, que, en vista de los calores de San Lorenzo, se trasladaba á la Galería de Batallas: «*Ou je me suis pratiqué une retraite pendant une partie du jour, d'une fraicheur admirable, je voudrois qu'elle pust se transporter a Valsain pour la comodité de vos M. M.*»: pero ninguna de sus epístolas es tan espontánea, tan natural ni tan alegre, como aquella en que cuenta á los Reyes sus trabajos de jardinera en su huerta de El Escorial (11 Junio de 1723), ó aquella otra en que escribe á la altiva Farnesio: «*Je me suis enhardie par un excés de confiance a mettre a vos pies madame une salade de mon jardin, je vais redoubler mon travail et ce que Votre Mᵉ y ajoute de ses mains Royales y donnera un nouvelle prix*». (6 Agosto 1723).

VII

¿Hubo amor entre el Príncipe de Asturias y su esposa? ¿Llegó á reinar entre ellos aquella confianza y unión que constituye la felicidad en el matrimonio? Difícil es saberlo en lo que respecta á los primeros años de su enlace, pues cada autor dice una cosa distinta, según los intereses que le animan.

Saint-Simon afirma que la determinación de tener alejados á los Príncipes molestó mucho la vanidad de D. Luis, que gustaba de ver á su esposa cuanto podía, y hasta llega á repetir la anécdota de que, encontrándose un día los coches de uno y otro, hizo el Príncipe detener el suyo, contra las observaciones de su ayo, y, después de saludar á Luisa Isabel, quiso seguir el paseo en el mismo coche que S. A., proyecto á que se opusieron resueltamente la Duquesa de Montellano y el Duque de Pópoli, que tenían recibidas órdenes severísimas para que los jóvenes no se viesen sino lo necesario, con objeto de que no se cansasen prematuramente de sus respectivas personas. La Prince-

sa, en sentir del citado autor y del *abbé* de Coulanges, participaba de los sentimientos de su marido y gustaba de su compañía. Por último, en el tomo 19° de sus *Memorias*, y refiriéndose al año 1723, asegura Saint-Simon que había llegado á París la noticia de ser completamente felices los Príncipes de Asturias y de reinar por ello gran alegría en España, noticia confirmada en un despacho del Secretario Stalpart al Cardenal Dubois dándole cuenta de tan importante suceso en los siguientes términos:

Le Roi et la Reine arrivèrent de Balsain à l'Escurial le 18 (día de San Luis) *à dix heures du soir, M. le Prince des Asturies et la Princesse les attendoient avec impatience pour executer ce qui leur avoit été permis. D'abord que SS. MM. furent dans leurs appartements, le Roy passa dans celui du Prince et le fit deshabiller en sa presence; la Reine en fit de même avec la Princesse et la fit coucher, après quoi S. M. alla trouver le Prince qu'elle mena par la main accompagné du Roi, au lit ou étoit la Princesse, et les ayant laissés ensemble couchés, SS. MM. se retirèrent jusqu'au lendemain qu'elles retournerent voir les nouveaux mariés. Le Prince avoit l'air guay: la Princesse avoit le visage échauffé. Ils continuent à coucher et à manger ensemble, et paroissent contents»* (1).

---

(1) Documento publicado por Mr. Barthelemy en su obra *Les filles du Regent*, tomo II, pág. 287.

En oposición de estas nuevas, asegura el Mariscal de Villars en sus Memorias, ser públicamente conocido el hecho de vivir separados ambos esposos, y aun añade que, con tal motivo, pronunció él, Villars, en el Consejo, delante del joven Luis XV, un discurso encaminado á demostrar la extrema importancia en los Reyes de asegurarse cuanto antes una descendencia. En su deseo de mostrarse bien informado de todo, afirma el Mariscal que nunca amó D. Luis á su mujer, y Coxe, por su parte, no duda en escribir que era tanta la antipatía que Luisa Isabel inspiraba á su marido, que éste trató en Roma de la anulación de su matrimonio por la Santa Sede.

Finalmente, el indiscreto Marqués de Brancas, Embajador de Francia en 1729, por no citar más textos, se permite decir en un documento oficial, hablando de D.ª Bárbara de Braganza y de su matrimonio con el Príncipe D. Fernando: «*Je ne crois pas qu'elle ait lieu de l'être (contente) beaucoup du Prince son mari. L'opinion de l'interieur de la chambre est qu'il en use avec sa femme comme le feu roi Louis avec la sienne*». Opinión que siempre sostuvo el Mariscal de Tessé.

Adelantaremos, desde luego, que no se han encontrado hasta ahora pruebas de que Luis I intentara anular su matrimonio con Luisa Isabel, y que es falso que en un principio le inspirase horror.

Entre los documentos importantes que he tenido ocasión de copiar en el Archivo Histórico Na-

cional (legajo 2.542), figuran cuatro cartas, dirigidas á Felipe V, y originales del Príncipe de Asturias, aunque sin su firma, que se refieren á tan delicada materia y la aclaran extraordinariamente; pero usando de tales palabras y expresiones, que se hace imposible el copiarlas á la letra, no obstante su excepcional interés.

Mas como quiera que en ellas se revela algo que ayuda á explicar muchas cosas, y favorece á D.ª Luisa Isabel, tan necesitada de disculpas, voy á permitirme, usando de todos los rodeos que me ocurran y dejando adivinar á mis lectores lo que no pueda yo escribir, indicar algo del principal contenido de dichas epístolas.

Aunque no tienen fecha y sólo las encabeza una cruz, pueden colocarse en el año 1722 ó 1723, durante algunas de las numerosas jornadas de los Príncipes, mientras los Reyes permanecían en San Ildefonso, y como en una de ellas se habla de que Luisa Isabel tenía *une joue fort rouge et enflée*, y existen en dicho año de 1722 dos cartas de la Princesa y una de Isabel de Farnesio, fechas 3, 11 y 15 de Julio, respectivamente, en que se alude á *la fluxion de la Princesse* ó á *un peu d'enflure qui semble renaître*, no es aventurado suponer en dicho mes los acontecimientos á que vengo haciendo referencia. De regreso D. Luis de alguna de sus visitas á los Reyes, y satisfecho, en su vanidad de hombre, por cierto permiso y ciertas instrucciones de que le hablara su padre con mucho secreto, no pensó desde entonces S. A. sino en cum-

plirlas, adelantándose á los legítimos deseos de su pueblo. Pero no contó sin duda con que muchas veces las intenciones del individuo no están en relación con los medios de que dispone, y su desencanto fué grande al tocar la desconsoladora realidad. Sin poder escuchar consejos de nadie, pues sólo era su padre la persona capaz de hablarle en tan delicada materia, pidió con afán á La Granja que S. M. le ampliara por escrito sus instrucciones, desvaneciendo sus dudas y sus inexperiencias, y creyendo sin duda Felipe V más fuerte en la materia á la hija del Regente que al apurado D. Luis, recomendó á éste que se confiara á su mujer en el asunto.

Cumplió de buena gana el encargo el Príncipe; mas ¡oh, sorpresa inesperada! La Princesa, no obstante las presunciones de su suegro y la opinión general, tampoco pudo sacarle de dudas, como lo asegura el mismo D. Luis, bien candorosamente por cierto: «*Je suis bien fasché de vostre goutte parceque je ne puis pas vous communiquer mes douttes et c'est pour cela que je vous écris; car hier au soir je dis à la Princesse ce que vous m'aviez dit, et elle me dit qu'elle ne seavoit pas non plus ce qu'il faloit faire parce que on ne luy avoit dit qu'a demie mot*».

El pobre Príncipe continuó poniendo de su parte cuanto podía para rematar la negociación, pero no consiguió el triunfo apetecido, y la corta correspondencia se interrumpe bruscamente, cuando más curiosidad principia á despertar.

¿Consiguió al fin D. Luis el objeto de sus afanes? ¿Siguió discutiendo con su esposa el problemático asunto?

Indudablemente, á estas cartas seguiría una de las periódicas visitas del Príncipe á Valsaín, donde acabaría de instruirse en la materia, ó bien, como afirma Stalpart y copia Mr. de Barthelemy, los Reyes se trasladarían desde San Ildefonso á El Escorial para conferenciar con sus hijos. Lo cierto es que en adelante no se encuentra ninguna otra consulta, lo cual, unido á la afirmación solemne y oficial del Secretario Stalpart y á la inclinación natural de S. A., consignada por Saint-Simon y puesta de manifiesto en las aventuras que, siendo ya Rey, se murmuró que corría por la corte, dejan suponer que, felizmente para él, no se vería en la precisión de volver á inquirir de nadie la conducta que debía seguir en su vida, y que la Princesa tendría motivos sobrados para quedarle agradecida por su amistad y confianza.

Además, y esto constituye casi una certidumbre, cuando las discusiones entre los esposos se hicieron más violentas y se trató por primera vez de encerrar á la Reina para castigarla, uno de los consejos que dirigió Felipe V á su hijo fué que no la viera, que no comiese, y que no se acostara con ella, y claro es que no se aconseja el abstenerse de una cosa sino cuando ésta se practica (1).

---

(1) Felipe V á Luis I. San Ildefonso 3 de Julio de 1724. Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.489.

Pero, por otra parte, las habilillas de la Cámara, recogidas en el citado despacho de Brancas, así como las afirmaciones rotundas de Tessé, dejan algunas dudas en el ánimo respecto de la futura suerte del matrimonio. Y la circunstancia, además, de haberse repetido las mismas dificultades y los mismos defectos y omisiones en diferentes individuos de la familia Borbón, ya francesa, ya española, al tiempo de su casamiento, en el siglo XVIII, como lo comprueban los interesantes documentos publicados por un difunto académico en un librito en extremo curioso, perteneciente á cierta «Biblioteca clandestina», muy estimada de los aficionados, ayuda á aumentar las vacilaciones y á hacer imposible el emitir una opinión absoluta sobre el particular.

Es realmente digna de admiración la continencia de todos aquellos Príncipes, que, siguiendo el ejemplo de Felipe V, pudieron al casarse ofrecer á sus respectivas esposas las primicias de su corazón y de su fe. Pero aún resulta más extraordinario el mismo hecho tratándose de los nietos de Luis XV, cuyo ejemplo no era, ciertamente, muy propio para alentar á sus descendientes en el camino de la virtud.

Lo que sí se descubre, merced á las antedichas cuatro cartas, que quizás hubiese hecho mejor Felipe V en destruir que no en guardar, son dos cosas igualmente importantes. La primera es la falsedad de la afirmación de que el Príncipe no tuvo trato con su esposa por la antipatía que ésta le

inspiraba; lo prueba el siguiente párrafo de una de las misivas: «*Au reste, nous nous aimons toujours de plus en plus et je tâche de la contenter autant que je puis*»; y lo confirman algunas de las epístolas de Luisa Isabel á su esposo. La segunda es que la perversión de la hija del Regente no era tan grande como se daba por probado, pues se refería más á la parte moral y á la imaginación, impresionada por el deplorable ejemplo de su familia, que á sus costumbres. Y no se diga que en su ignorancia de lo que le preguntó el Príncipe existía malicia, pues ni los atractivos personales de Don Luis, ni el propio interés de Luisa Isabel, podían sugerirle tan absurda conducta.

Lo cierto es que durante los dos años que fué Princesa de Asturias, no mostró por completo la hija del Regente todos sus defectos, limitándose sus pecados á niñerías criticables, ó á groserías análogas á la de la famosa audiencia de Saint-Simon, y sólo en 1724, por lo menos que yo sepa, es cuando empieza á manifestarse aquella serie de inverosímiles caprichos, que hasta ahora se han guardado cuidadosamente ocultos, y que motivaron el alejamiento y hasta la enemistad del joven Luis I.

Acaso contribuya también á esta impresión de templanza en la Princesa, el hecho de que, desde 1722 hasta la muerte del Regente, va creciendo sin cesar la amistad entre Felipe V y la casa de Orleans, y el representante de Francia Maulevrier, no juzgaría oportuno, por entonces, escri-

bir al padre los desaciertos de la hija, ni los españoles creerían conveniente exponerse á ser castigados con severidad por haber criticado la conducta de su futura Soberana.

Efectivamente, el casamiento de Mlle. de Beaujolais (1), quinta hija del Duque de Orleans, y hermana, por tanto, de Luisa Isabel, con el Infante D. Carlos, y su venida á España (Diciembre de 1722), señalan el punto culminante de la alianza entre los antiguos rivales. Pero el 15 de Febrero de 1723 se declaraba la mayor edad de Luis XV, y aunque éste anunciaba que su tío el Duque de Orleans seguiría presidiendo todos los Consejos de

(1) Felipa Isabel de Orleans, quinta hija del Regente, llamada Mlle. de Beaujolais, nació el 18 de Diciembre de 1714. Ajustado su matrimonio con el Infante D. Carlos, vino á España en 1723, siendo muy bien recibida de todos, excepto de su hermana Luisa Isabel que le demostró desde el primer momento una envidia singular. Los atractivos de Mlle. de Beaujolais hicieron resaltar aún más las extravagancias de Luisa Isabel; pero la devolución de la Infanta trajo consigo la ruptura del matrimonio de la hija del Regente y su vuelta á Francia acompañando á su hermana, ya viuda de Luis I. Por constituir una excepción en su familia, conservó siempre un afecto entrañable hacia su antiguo prometido el Infante D. Carlos, y no obstante verse rechazada por los Monarcas españoles, cada vez que se trataba nuevamente de su enlace, jamás pagó aquel desvío con quejas, haciéndose simpática á todos por su nobleza y bondad

Mr. de Barthelemy asegura que el Infante D. Carlos compartió aquel amor hasta la muerte de la Princesa, ocurrida el 21 de Mayo de 1734, á los veinte años de edad, y acompañada del sincero dolor de cuantos la conocieron.

Francia, la muerte del Cardenal Dubois, primero, y sobre todo la del célebre Regente, ocurrida el 2 de Diciembre de dicho año, y causada por una apoplejía fulminante que sorprendió al incorregible Duque en casa de su querida la Duquesa de Phalari, señalan el fin de una política y el comienzo de un nuevo Gobierno dirigido por el Duque de Borbón, enemigo irreconciliable de la casa de Orleans, que consideró siempre como una satisfacción personal cualquier acto, por grosero y calumnioso que fuera, dirigido á rebajar el prestigio ó la fortuna de sus contrarios.

Por esto vemos cambiar bruscamente el tono de los despachos franceses que hacen referencia á la antigua Mlle. de Montpensier, y entablarse entre el Mariscal de Tessé y el Duque de Borbón(1) una correspondencia que Mr. Lemontey no

---

(1) Luis Enrique, Duque de Borbón, Príncipe de Condé, nacido en Versalles en 1692, muerto en 1740. Formó parte del Consejo de Regencia y sucedió á su mortal enemigo, el Duque de Orleans, cuando éste murió en 1723. Su política puede decirse que osciló entre dos solos extremos, su odio contra la casa de Orleans, y los caprichos de su amante la Marquesa de Prie. Enemistado con España por la devolución de la Infanta María Ana Victoria y el casamiento de Luis XV con María Leszczinska, tuvo la culpa de nuestra alianza con Austria, y entorpeció la política francesa. Caído en desgracia con el Soberano, fué sustituído por el Cardenal de Fleury, que le desterró á su castillo de Chantilly (1726), y aunque más tarde regresó á París, nunca volvió á intervenir en los negocios de Estado. Entonces se reconcilió con nuestros Soberanos y fué uno de los Príncipes franceses que con

vacila encalificar de obscena, en que salen á relucir todas las flaquezas de la esposa de D. Luis, y que desde el principio resulta tan del agrado del nuevo Ministro, que no duda éste en escribir al viejo Mariscal: *Continuez, car cela est tout à fait rejouissant.*

Inmediatamente se comenzaron á sentir en España los efectos del cambio de Gobierno. En un momento renacieron de nuevo las antiguas desconfianzas. Empezóse á hablar de la devolución de la Infanta, de la *Mariannina*, que seguía representando en París, con extraordinaria gracia, su papel de Reina muñeca. Y el edificio tan laboriosamente alzado sobre la base de los matrimonios y de la confianza recíproca, amenazó venirse al suelo al primer soplo, cual si fuese débil castillo de naipes.

No hubieran tardado las hijas del Regente en apreciar el cambio que en su posición representaba la muerte de su padre, si un acontecimiento inaudito, increíble, fabuloso, que por entonces se verificó en España y que asombró á toda Europa, no hubiese venido á modificar la situación de Luisa Isabel, haciéndole gustar, siquiera fuese por poco tiempo, las dulzuras y vanidades del solio, y ofreciéndole, cual inesperado juguete, la gloriosa

---

mayor entusiasmo ofrecieron apoyar los derechos de Felipe V á la corona francesa, en el momento en que se creyó inminente la muerte do Luis XV, obedeciendo tal actitud más á su antipatía contra los Orleans, que á su cariño por el Rey de España.

corona de los Reyes Católicos, que aun en los contados meses que ciñó sus sienes resultó ser carga demasiado pesada para las escasas fuerzas de la joven Princesa.

Se comprenderá que aludo á la famosa abdicación de Felipe V y al brevísimo reinado de Luis I, desdeñado hasta ahora por todos los historiadores.

VIII

Hablando del fundador de la soberanía borbónica, se puede afirmar que si hizo mucho, comparado con su antecesor austriaco, dejó de hacer más aún comparado con los Monarcas que se encontraron en condiciones análogas á las suyas, y que á su debilidad en condescender con los imperiosos deseos de su segunda esposa, y torcer casi siempre la política genuinamente española, se debió el que la obra de Carlos III se retrasara cincuenta años, y el que, caída en manos de Carlos IV, no se sacara de ella el resultado que era lícito esperar.

Respecto á intenciones, nada puede pedirse á Felipe V, que, deslumbrado por el magnífico espectáculo de la corte de su abuelo, en la época del mayor esplendor de aquélla, se propuso imitarla y constituir otra á su semejanza, empleando los mismos medios que contribuyeron al engrandecimiento de Francia.

Ni una sola vez se tropieza con la oposición del Rey á cualquier proyecto beneficioso para el país;

y el proteger con su nombre la creación de corporaciones científicas ó de industrias nacionales, constituye un agrado para el Príncipe, que había aprendido á conocer lo que contribuye á la grandeza de un Monarca el sentirse centro de la actividad de su pueblo y conducirle á la victoria por medio de las armas, ó á la prosperidad con el auxilio de la paz.

Tampoco puede tachársele en absoluto de extranjero, sobre todo en la primera época de su reinado, pues sin perder el cariño á su patria de nacimiento, supo mantenerse firme contra su abuelo cuando el pueblo castellano se declaró en su favor, pagando aquel cariño con la renuncia terminante cerca de Luis XIV de toda componenda que le obligase á abandonar la Península, aun cuando le pusiese á dos dedos de sentarse en el trono de San Luis, aumentado con los dominios del Duque de Saboya.

Pero si á estas cualidades, y á otras no menos brillantes y magnánimas, como el valor personal, la instrucción, la moralidad, la prudencia y el amor á la familia, hubiera unido una decisión y una energía constantes para sostener su opinión y no dejarse arrastrar por una política de circunstancias, en que de cuando en cuando, sin embargo, aparecen chispazos de buen Monarca, su nombre se pronunciaría hoy con más veneración, y á su muerte no hubiera podido escribir Vaureal á D'Argenson las siguientes palabras:

«Felipe V era sentido personalmente; pero como

se sabía que no era él quien reinaba, veíase con alegría el fin de un Gobierno que la gente esperaba sería seguido de otro mejor.»

El Marqués de Louville, hablando de los hijos del gran Delfín, cuentan que decía: «¡Ojalá se hubiese ejercitado á esos interesantes niños en *querer* al propio tiempo que en *conocer;* pues ese es el gran vacío que se nota en la educación de los Príncipes!»

Nada más cierto que esta afirmación; y como Felipe V entre sus cualidades tenía la de ser sincero, no tenemos que acudir á ningún testimonio extraño, sino á las palabras del propio Soberano, para cerciorarnos de ella.

Preguntado por un cortesano de su intimidad: «Señor, confesad la verdad, ¿quiere V. M. á los franceses?», repuso el Monarca: «Sí». «Pero si la Reina dijera que los echarais, ¿lo haría V. M.?» «Sí», contestó sin vacilar el Soberano.

Con este carácter se explica la sujeción en que pasó el Rey su vida y la división que puede hacerse de su reinado en dos grandes períodos, correspondientes á sus matrimonios con María Luisa de Saboya é Isabel de Farnesio.

Tenían estas Princesas en su ayuda, para adquirir incontrastable dominio sobre su esposo, además de la falta de resolución de D. Felipe, la circunstancia de ser éste observador riguroso de la castidad en cuanto á trato con otras mujeres que no fueran la suya pudiera referirse.

Dotado de un temperamento ardiente, y exage-

radamente solícito y galante con sus esposas, según atestiguan los poco discretos despachos de los Embajadores franceses, érales fidelísimo cuando se encontraba lejos de ellas; y así como al casarse con María Luisa pudo ofrecerle las primicias de su corazón, no conquistado aún por nadie, así también cuando se encontraba en Italia empezó á verse atacado de los famosos *vapores* que ocupan tanta parte de su correspondencia y que su confidente Louville explicaba de la siguiente manera: «La causa de la enfermedad procede en parte de la templanza del Rey. Pocos jóvenes de diez y ocho años habrá que padezcan semejante dolencia; de todos modos, resulta desagradable que tan gran virtud produzca tan malos efectos».

Louville y Marcin, poco escrupulosos, indicaban al Rey una medicación en extremo sencilla; pero Felipe no admitía más médico que la Reina, y combinándose sus molestias físicas con sus padecimientos del espíritu, comenzó á experimentar entonces los primeros accesos de aquella siniestra y terrible melancolía que debía ennegrecer los últimos veinticinco años de su vida y comprometer tantas veces los intereses más serios de la política española.

Poco acentuada dicha propensión durante su primer matrimonio, merced á los pocos años, á los talentos y á las gracias de María Luisa Gabriela, declárase francamente una vez muerta la Princesa saboyana, dando lugar á la inconcebible soledad y aislamiento de los meses que sucedieron á su

viudez, encerrado en el palacio de Medinaceli y recibiendo únicamente á la vieja Princesa de los Ursinos, que desempeñaba cerca de él las funciones menos principescas que pueden imaginarse. Y cuando una equivocación política de esta señora trae á España á la enérgica Isabel de Farnesio, vese obligada la nueva Reina durante la friolera de treinta y un años á luchar sin tregua contra aquella implacable y única enemiga de sus ambiciones, á reconquistar cada día su imperio sobre su esposo, y á disimular los ataques de verdadera locura de éste, locura transmitida á sus hijos y á sus nietos, puesto que Fernando VI murió privado enteramente de la razón y el mayor de los descendientes de Carlos III fué declarado imbécil é inhábil para reinar en Nápoles y España,

Produce espanto y lástima la lectura de los despachos, extractados por Baudrillart, y que sin duda merecen más amplio conocimiento de nosotros, en que se retrata el estado miserable del Monarca durante algunos períodos de su larga existencia.

Cuando se contempla la delicada y bellísima figura del Príncipe recién venido á España, que se conserva en el lienzo de Rigaud, y se compara con la pintura de aquel Monarca envejecido y sucio, que no consentía en cortarse el pelo ni las uñas, prefiriendo colocarse la peluca encima de sus largos cabellos; que pasaba meses con el mismo traje, hasta que éste se caía á pedazos, ó bien gustaba de permanecer en el lecho vestido única-

mente con una camisa de la Reina, por su manía de que cualquiera otra prenda pudiera servir de vehículo al veneno; que á ciertas horas del día perdía por completo el sentido y se creía convertido en rana, ó se figuraba que había muerto y lanzaba agudísimos gritos; que se entretenía en cantar ó en pescar en un estanque, y que, á pesar de su cariño hacia la Reina, cuando de daba por maltratar á todos los que se le acercaban, llegaba á poner sus manos en el cuerpo de su esposa, el ánimo se siente inclinado á hacer consideraciones tristísimas respecto de las grandezas humanas y del destino de los pueblos, sometidos á los caprichos ó expuestos á los disparates de una inteligencia mal equilibrada.

En aquella lucha titánica, que basta para absolver de muchas de sus culpas á D.ª Isabel de Farnesio, sólo hubo un momento en que la Reina resultara vencida, y aun en aquel momento probablemente se consolaba la Soberana con otros ideales muy distintos de la vida sencilla de San Ildefonso. Me refiero á la abdicación de Felipe V.

No es para mí tan clara como para el Sr. Sánchez Moguel, en su discurso de la Academia de la Historia, contestando al Sr. Maldonado Macanaz, la verdad de la especie lanzada por Coxe, y sostenida después por diversos historiadores, de que la intención de Felipe V al renunciar al trono de San Fernando era *sólo* la de prepararse mejor para conseguir el de San Luis, en el caso de haber muerto su sobrino Luis XV.

Y digo que no es tan clara, porque, siguiendo el procedimiento del citado académico, es decir, considerando el reinado y el carácter de Felipe V en su totalidad y no en un determinado momento de su vida, se encuentran efectivamente las dos ideas de la abdicación y de las pretensiones á la Corona francesa, existiendo, unas veces juntas y otras separadas, pero sin depender la una de la otra. Y la prueba más evidente de ello, es que, agravándose el estado mental de Felipe V en su segundo reinado, su espíritu se dirige siempre hacia la idea persistente de abdicar, explicada unas veces por unos motivos y otras por otros; pero tan tenaz, que Isabel de Farnesio se ve obligada á echar mano de todos sus recursos para combatirla, incluso llevándosele á Sevilla, y á no ser por sus esfuerzos, se hubiera realizado segunda vez, pues el Monarca llegó á escribir su renuncia dirigida al Consejo de Castilla, en ocasión en que el estado de las cosas en Francia no justificaba para nada tan extrema medida; mientras que en Noviembre de 1728, cuando con motivo de la grave enfermedad de Luis XV pareció estar nuestro Soberano á dos dedos de la deseada Corona, recobra instantáneamente sus facultades y su claridad de juicio, y entre la multitud de acuerdos adoptados inmediatamente, incluso el de su viaje á Francia, no figura el de la abdicación sino como consecuencia natural de la política europea, una vez reconocido Felipe V como sucesor de su sobrino.

Además, nacido el Delfín, y alejada, por consi-

guiente, la idea de heredar los dominios de sus abuelos, continúase hablando de la abdicación como de uno de los chismes perpetuos de la Corte y una de las pesadillas de la Reina, quien en 1730, con motivo de la renuncia del Rey de Cerdeña en favor de su hijo, no duda en confiar sus temores al Embajador francés, declarando que aquél es el mayor disgusto que le ha proporcionado durante su vida el turbulento Víctor Amadeo, y apenas se ve de nuevo en el trono, pide una instrucción á Francia para evitar una segunda abdicación. Estudiado bien el carácter de la madre de Carlos III, no cabe presumir que admitiera como posible la conveniencia de renunciar por adelantado á una Corona de posesión segura, por la sola esperanza de adquirir otra de posesión probable, aunque fingiese conformarse ante la fatalidad de los hechos consumados.

No quiero decir con lo anterior que la idea del trono francés no preocupase con exclusión á toda otra en el ánimo de Felipe V hasta el nacimiento del Delfín, sino que á mi ver no fué la sola causa que le determinó á retirarse á San Ildefonso, dependiendo en igual parte tal medida de las condiciones del carácter del Rey, y de los planes políticos de éste.

Lo que parece indudable es que la creencia de que la abdicación obedecía *sólo* á la idea de prepararse mejor para conseguir el cetro francés, estuvo muy generalizada por entonces, y mucho antes de que Coxe y sus continuadores la discu-

tiesen y la dieran por cierta, como lo comprueban los siguientes versos de un curioso tomo manuscrito que poseen los Sres. Condes de Doña Marina (1):

«Nadie en el mundo se escapa,
Nadie renuncia por Dios:
Renuncia un Rey por ser dos
Y un Obispo por ser Papa.
La política lo tapa;
Pero en lance tan severo,
Conocerá el más sincero
Que está la razón de Estado,
Entre el cetro y el cayado,
Engañando al mundo entero.
En tan grande novedad,

(1) Existe hoy en la biblioteca de los Sres. Condes de Doña Marina, procedente de la de su padre, el Marqués de Heredia, parte de una interesantísima colección de manuscritos que pertenecieron al ilustre diplomático Conde de Ofalia, y que, con el nombre de *Sucesos*, vienen á constituir una incompleta pero curiosísima historia de los hechos particulares ocurridos en los reinados de Felipe V, Luis I, Fernando VI y Carlos III.

El autor de estos anales fué D. Félix Salabert y Aguerri, Marqués de Valdeolmos y de la Torrecilla, y en ellos se incluyen multitud de relaciones, letrillas, versos satíricos, y hasta coplas picarescas, referentes á sucesos de entonces, copiados por el Marqués, que debía estar muy enterado de cuanto notable ocurría en su época, pues por muchos años ocupó el cargo de Regidor perpetuo del Ayuntamiento de Madrid, y el de Mayordomo de semana de S. M.

Por fortuna, se conserva un tomo dedicado á recordar el efímero gobierno de D. Luis, y de él he podido copiar algunas noticias, gracias á la amabilidad de sus propietarios.

Luce la similitud,
Pues si un Rey busca virtud,
Un Obispo santidad,
Uno y otro, en realidad,
Se miden por un nivel,
Pues hacen acción tan fiel
Por ser (que quadre ó no quadre),
Éste, Santísimo Padre,
Rey christianísimo, aquél.»

Sobrado conocida es la célebre carta que Felipe V dirigió á su primogénito, participándole su resolución de abandonar el gobierno y dándole muchos y sanos consejos para la buena marcha de él; pero como nunca faltan descontentos de la política, también hubo quien pusiera en solfa el desprendimiento del Monarca y el documento antedicho, en un diálogo titulado *Perico y Marica*, que salió en Marzo de 1724, y que decía:

«Le escribió una carta
llena de consejos:
enternece al tonto
y enloquece al cuerdo.
En ella le dice
que haga todo aquello
que dejó de hacer
por malos consejos.
Se vino á la corte,
en fin, el Rey nuevo,
y el pobre Phelipe
quedó en el desierto.»

Antes de la carta, sin embargo, D. Luis, que desde hacía algún tiempo, y en vista de sus diez y

seis años, era admitido al Consejo de por la tarde, conoció el secreto de la abdicación en una larga conferencia que tuvo con su padre; pero la reserva que ya había probado cuando su casamiento, manifestóse de nuevo en tal ocasión, y nadie pudo adivinar el acuerdo de Felipe V hasta el momento de realizarse éste, el 10 de Enero de 1724, por medio de un mensaje dirigido al Consejo de Castilla.

Queriendo usar por última vez de sus prerrogativas de Soberano, organizó la casa de su hijo, concedió distintas mercedes, recompensó á sus amigos con bastantes Toisones, y, por fin, considerando los pocos años de su hijo, la responsabilidad de su puesto, y la importancia de los negocios que entonces preocupaban á nuestra Patria, no sólo recomendó á D. Luis todos los Ministros que ejercían sus cargos, exceptuando tan sólo á Grimaldo (1), que había de acompañar á sus seño-

(1) D. José de Grimaldo, primer Marqués de Grimaldo, nació en 1660.

De origen vizcaíno, era, el después Ministro, poco aventajado de figura, pero muy hábil político. Protegido por Orry y Amelot, logró en 1705 la plaza de Secretario de Estado, con los departamentos de Guerra y Hacienda. Gentilhombre del Rey, desde Agosto de 1707, entró en el Consejo de Indias en Noviembre de 1713, y, cuando comenzó á privar Alberoni, pasaban ya desde hacía tiempo todos los asuntos de negocios extranjeros por manos del Marqués.

La amistad con el Duque del Arco le sirvió para conservarle el favor del Rey contra la envidia del ambicioso Cardenal, y á la caída de éste volvió Gri-

res en San Ildefonso, sino que, para suplir á su inexperiencia y aconsejarle rectamente en los primeros tiempos de su gobierno, nombró una especie de Cuerpo consultivo del joven Rey, compuesto de siete individuos, presididos por el Marqués de Miraval (1), cuyo oficio era asesorar al Monar-

---

maldo á recobrar las funciones de Secretario del despacho.

En tan elevada posición, se hizo estimar de todos, y, no obstante no contar con las simpatías de Isabel de Farnesio, que se burlaba de él y de su mujer, supo mantenerse en el aprecio del Rey, que en 1721 le nombró Consejero de Estado, concediéndole á poco la Presidencia del Consejo de Negocios extranjeros, y en 1723 los ministerios de Marina y de Comercio, hasta colmar sus beneficios, poco antes de retirarse á San Ildefonso, con la merced del Toisón de Oro.

Fué la única persona que acompañó á los Soberanos en La Granja con carácter político, á pesar de lo cual la vuelta de Felipe V al gobierno de la Monarquía señaló para él la época de la desgracia. Los rumores de su venalidad contribuyeron á perderle, y la privanza de Ripperdá le hizo olvidar casi. A la caída del célebre aventurero volvió á recobrar la dirección de los negocios extranjeros, pero por poco tiempo. El mismo año de 1726 se le concedió un honroso retiro, y cuando murió, en Madrid, el 3 de Julio de 1733, hacía ya largo tiempo que no intervenía en política.

(1) D. Félix de Miraval, primer Marqués de Miraval por gracia de Felipe V, en 30 de Octubre de 1722. Fué hermano del Conde primero de Fuente-Bermeja, Consejero de Castilla.

Dedicado en su juventud á la carrera diplomática, fué nombrado Embajador de España á los Estados generales de Holanda, en 1715, siendo llamado de Madrid para desempeñar el cargo de Gobernador del Consejo de Castilla, al advenimiento de Luis I.

Cuando este Monarca murió, Felipe V, que sabía que el Marqués era poco partidario de su vuelta al

ca en todo, y que recibieron el nombre de *Gabinete*, mereciendo la siguiente comparación de un poeta anónimo:

«Le pusieron Junta
de Gabincteros.
Siete son las culpas
y siete son ellos.»

La creación del *Gabinete* es un hecho tan poco estudiado, y constituye, sin embargo, un precedente tan importante, que bien merece nos detengamos un poco en él, aunque no sea más que por las comparaciones y las aplicaciones á que pueda dar lugar en otras épocas y con otros principios de reinado.

---

poder, le quitó su empleo de Gobernador del Consejo, en Octubre de 1724, nombrándole en cambio Consejero de Estado, el 5 de Noviembre del mismo año.

Falleció el Marqués en Madrid el 24 de Enero de 1729.

Entre los numerosos recuerdos que dejó de su paso por los negocios públicos, se cuenta la fundación de la *Guía oficial de España*, que comenzó á imprimir y repartir entre sus amigos como una curiosidad, según ha descubierto el erudito escritor D. Juan Pérez de Guzmán.

IX

El malogrado Luis I, tenía, al ser proclamado Rey, el 9 de Febrero de 1724, poco más de diez y seis años, y según Coxe, contaba con tan poca experiencia como poder. La persona de D. Luis era muy querida de los españoles, que lo probaron bien con sus aclamaciones, con los libros impresos en aquel año y con las medallas acuñadas en celebración del fausto suceso (1). Pero su educación había sido tan extraña que, aunque todos los que le conocían proclamaban sus buenas cualidades, eran públicas su timidez, que á veces rayaba en salvajismo, su lentitud, por no decir su pereza, en hablar y pensar, sus escrúpulos antes de decidirse en un sentido, y su desconfianza con los que se le aproximaban. Los únicos individuos con quienes parecía estar á gusto, eran tres ó cuatro cria-

(1) Véase sobre el particular el notable libro de D. Adolfo Herrera: *Medallas de Proclamaciones y Juras de los Reyes de España.*—Madrid, 1882.

dos de los menores de su cámara. El conocimiento de personas y cosas era en el nuevo Rey nulo; sus entretenimientos, pueriles. Las esperanzas, por consiguiente, de los españoles, se fundaban sólo en la inconstante fortuna, y en las notables cualidades naturales del nuevo Monarca, á quien desde el primer día bautizaron con el simpático nombre de *bien amado*.

Estas cualidades se pusieron de manifiesto en las siguientes cartas dirigidas por el nuevo Rey á Felipe V y á Isabel de Farnesio, relativas á la abdicación del primero, y fechadas en El Escorial el 15 de Enero de 1724, es decir, cinco días después de la renuncia, documentos que no creo hayan sido publicados hasta ahora.

Las cartas aparecen escritas en francés, y, traducidas, dicen así:

«Estoy tan agradecido á los honores que V. M. tiene á bien concederme, como V. M. puede imaginar, y todas las gentes de aquí están como locas, habiendo las mujeres llorado mucho á mi alrededor, acto en el cual las hemos acompañado todos, sin exceptuar uno sólo. Tengo intención de ir á Madrid el miércoles, si Dios quiere, á quien me encomendaré desde el fondo de mi corazón, lo mismo que á la Santísima Virgen, obedeciendo en esto, como en todo lo demás, las órdenes de V. M., que espero ejecutar *ad pedem litera*. Por lo demás, hoy he estado en el Campillo y he tirado cuatro gamos, de los cuales he matado dos muy grandes, y termino suplicando á V. M. no me olvide en su

retiro y no dude de la fidelidad de un hijo que le ama más que V. M. puede imaginar y que yo mismo podría explicar.—*Luis.*»

La carta para Isabel de Farnesio era como sigue:

«Me encuentro, Señora, tan conmovido como es consiguiente en esta ocasión, por las muestras de ternura que V. M. me da en su carta, y no dudando que no me olvidará en su retiro, la suplico me mire siempre como el más humilde de sus hijos, prometiéndole, por mi parte, considerarla siempre como mi propia madre. Los Infantes están buenos, gracias á Dios, y nada me queda por desear sino que V. M., tratándome como hijo, me considere tan sumiso como estoy á todo cuanto le agrade ordenarme.—*Luis.*»

El propósito de obedecer y respetar á su padre, no se desmintió durante su corto reinado, aunque sea difícil asegurar lo que hubiese sucedido si la vida del hijo de María Luisa llegara á prolongarse por más tiempo.

Continuando la correspondencia de familia, con mayor importancia aún que antes, y con igual regularidad que siempre, cada carta contiene una consulta del hijo ó un párrafo dedicado á participar el cumplimiento de un deseo de Felipe V. Hasta las simples recomendaciones que en los primeros días de su reinado le hacía su propia suegra, la Duquesa de Orleans, y las fiestas con que quería obsequiarle el Ayuntamiento de Madrid, fueron objeto de preguntas á San Ildefonso. El tono de cariño y de respeto de las epístolas de don

Luis aumenta, especialmente respecto de la Reina Isabel, á quien exige que le trate de hijo, título que hasta entonces nunca había empleado su madrastra, y no son pocas las misivas en que se discute un singularísimo favor que el Rey solicitaba de la esposa de su padre, favor que consistía en que D.ª Isabel le permitiera besarle las manos como á madre, y á que se negaba la astuta Farnesio, convirtiéndose al fin el suceso en ocasión de lucir su gracia y su cortesanía unos y otros.

Abunda el ingenio en la correspondencia de la italiana, y todas sus cualidades amables se desarrollan por completo, modificando insensiblemente el tono de sus escritos, para tener contento al Príncipe, de quien dependía la felicidad de sus hijos.

Efectivamente, la política exterior de España en 1724, marchaba sobre dos ruedas principales: la conservación de la Infanta en el Trono de Francia, y el establecimiento de D. Carlos en Italia.

Apenas muerto el Regente, y subido al poder el Duque de Borbón, comienza á peligrar la posición de la *Mariannina*, al mismo tiempo que la suerte de D. Carlos depende del Congreso de Cambray.

Ni en uno ni en otro asunto pudieron quejarse los Reyes de su hijo, pues en ambos los sirvió por completo, y la misma Isabel de Farnesio contó desde luego con su apoyo, como lo confiesa la Reina en una carta que escribió, de su letra, á principios de 1724, dirigida probablemente á la Duquesa del Maine, que le había participado muy

en secreto los primeros rumores que corrieron por París acerca de la devolución de la Infanta, y que se conserva en nuestros archivos.

«Me ha sido imposible, señora, contestar antes á vuestra Memoria; Imagino que la causa (la abdicación del Rey) os será conocida y por eso no insisto en ella. En cuanto á lo que me decís haber oído á *M. vostre M. (¿Monsieur votre Marí?* el Duque del Maine) de la niña (la Infanta) que está en vuestro lugar, podéis estar segura que lo agradecemos como viniendo de vos; pero en este momento, en que nos hemos ausentado de nuestro gran pueblo, sentaría mal que nos mezclásemos en nada, mucho más que desde que la niña está en vuestro lugar, en nada relativo á ella hemos intervenido; así, señora, todo lo que haga vuestro hermano, que gobierna el vuestro (el Duque de Borbón, hermano de la Duquesa del Maine, y su enemigo en política), estará bien hecho para nosotros. En cuanto á lo que escribís de que por causa de la edad de la pequeña, podría decirse ó meter algo en la cabeza del amo del vuestro (Luis XV), creo extraordinario que se pueda pensar en semejante cosa, porque los aldeanos de su país la quieren mucho, y su hermano (Luis I), que es el amo del nuestro en este momento, no sufriría de ningún modo que se hiciese impunemente el menor daño á la niña. Os pido perdón, señora, si os escribo de la presente manera; pero la causa de ello es el secreto que tanto me habéis recomendado.» (Leg. 2.850.)

No eran vanas las afirmaciones de Isabel de Farnesio, y Luis I tuvo la suerte de que en su tiempo no se verificara la devolución de la Infanta, contratiempo que probablemente le hubiese atraído el odio de su madrastra.

Respecto del Congreso de Cambray, trabajó cuanto pudo Luis I para lograr conseguir lo que sus padres deseaban, hasta que la muerte le sorprendió antes de que los plenipotenciarios dieran por terminados sus trabajos.

Pero si para estos planes podía contarse, al menos por entonces, con la docilidad del Rey, para una multitud de asuntos secundarios, y sobre todo para el gobierno interior de España, una vez pasados los primeros días de su reinado, tropezóse con ciertos asomos de independencia en el joven Monarca, cerca del cual trabajaban desesperadamente los partidos que dividían la Corte y los ambiciosos que deseaban la fortuna, para conquistarle cada cual á sus intereses.

El primer acto del nuevo Rey había consistido en restablecer la antigua etiqueta, suprimida por su padre, acuerdo que fué recibido con aplauso por toda la Grandeza, á quien pareció anunciar que se iba á volver á la antigua organización austriaca, y en vista del cual el partido español, que siempre consideró al Príncipe como su cabeza, comenzó de nuevo á combatir con violencia á los franceses, y sobre todo á los italianos, que formaban la bandería de Isabel de Farnesio. El jefe del partido español era el Presidente del Gabinete,

Marqués de Miraval, y su más decidido adepto el Padre Ramos, procurador general de los jesuítas en Castilla la Vieja y confesor del mismo Miraval.

Consentían los españoles en continuar la amistad y la alianza con Francia, á condición de que ésta se abstuviese de toda ingerencia indiscreta en el gobierno de nuestro país; pero en el fondo de su corazón se inclinaban á la alianza con Inglaterra.

El partido francés estaba representado por los confesores de los Reyes, en especial el de Luisa Isabel, Padre Laubrussel (1), por Mr. de Stalpart, el Conde de Marcillac y Mr. de Sartine, y contaba por principal auxiliar á Orendayn, Marqués de la Paz (2), Secretario de Estado de Luis I, y por

---

(1) Ignacio de Laubrussel nació en Verdun el 27 de Septiembre de 1663, ingresando en 1679 en la Compañía de Jesús.

Dedicado durante largo tiempo á la enseñanza, fué Rector en Strasburgo y por dos veces Provincial de la provincia de Champagne.

Llamado desde España para ser maestro de estudios del Príncipe de Asturias, tomó posesión de su cargo en Enero de 1716. Cuando Mlle. de Montpensier vino á la Península, el P. Laubrussel fué nombrado confesor de S. A., y, en calidad de tal, intervino en todos los asuntos domésticos de Luisa Isabel, antes y después de ser ésta Reina.

Murió el P. Laubrussel en el Puerto de Santa María, el 9 de Octubre de 1730.

(2) D. Juan Bautista de Orendayn, primer Marqués de la Paz, natural del lugar de Lizano ó de Villabona, en la provincia de Guipúzcoa, fué ayo y después secretario de Grimaldo. Su talento, demostrado en los puestos subalternos que ocupó, fué recompensado por

amigos y aliados á los después famosos hermanos Patiño y Castelar (1), que ya estaban considerados, sobre todo el primero, como los únicos españoles capaces de enderezar el torcido rumbo de la nave gubernativa española. Claro es que el ideal de este

---

Luis I, nombrándole Secretario de Estado y de Hacienda en lugar de Campoflorido. Cuando Felipe V recobró la Corona, dejó á Orendayn en sus puestos, encargándole de reemplazar á Grimaldo en caso de enfermedad.

Poco á poco fué sobreponiéndose á su antiguo maestro, gracias sobre todo al apoyo de Isabel de Farnesio, y como resultado de los tratados de Viena, fué, creado en 1725, Marqués de la Paz. El 17 de Diciembre de 1727 ocupó el cargo de Consejero de Estado, y se mantuvo aún algunos años en el poder. La certeza de su desgracia inmediata, causó tal impresión en su ánimo, que el 2 de Marzo de 1733 sufrió un ataque de hemiplegia, muriendo en Madrid el 21 de Octubre del siguiente año.

(1) D. José Patiño y Rosales, nació en Milán el 11 de Abril del año de 1666. Siguió al principio estudios para ingresar en la Compañía de Jesús; pero arrepintiéndose al poco tiempo, dedicóse á la carrera administrativa, donde, desde el principio, alcanzó puestos distinguidos. Á sus talentos hacendísticos, se debió el que Alberoni pudiera llevar á cabo sus empresas sin arruinar á la nación, á pesar de lo cual no fueron muy íntimas las relaciones entre el Prelado y Patiño, como tampoco lo fueron con Riperdá, á cuya caída se concedieron á Patiño los Ministerios de Marina é Indias, y poco después el de Hacienda. Desde entonces puede decirse que Patiño gobernó á España, y que lo hizo con discreción y fortuna.

En Octubre de 1736, cayó enfermo en el Real Sitio de San Ildefonso, y falleció el 3 de Noviembre siguiente. Pocos días antes de su muerte le envió el Rey á la cama la gracia de Grande de España de primera clase, y apenas le noticiaron la Real concesión, exclamó:

partido era la unión perfecta y absoluta entre España y Francia.

Por último, el partido italiano, que apoyaba á la Reina madre, y que hasta entonces predominara, reconocía por jefe al Duque de Pópoli, por hechuras á varios de los individuos del Gabinete, y por auxiliares decididos á la nodriza Laura Piscatore (1), al Príncipe de Cellamare, al Príncipe Pío, al

---

«¡Oh! ¡El Rey me da sombrero, cuando ya no tengo cabeza!»

En la iglesia del Salvador, donde le enterraron, pusieron el siguiente epitafio:

«Aquí yace el Excmo. Sr. D. Josef Patiño, Grande de España de primera clase, Caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro, Comendador de Alcuesca en la de Santiago, del Consejo de Estado de Su Majestad, Gobernador del de Hacienda y sus Tribunales, Superintendente general de Rentas Reales, Secretario de Estado y del Despacho en las negociaciones de Guerra, Marina, Indias y Hacienda. Murió en San Ildefonso el día 3 de Noviembre y se enterró en este nicho el día 6 de dicho mes y año.»

Su hermano mayor D. Baltasar, Marqués de Castelar, fué Teniente general de gran reputación en los negocios de la guerra, dos veces Secretario del Despacho universal de ella y Embajador de España en la Corte de Francia.

(1) Laura Piscatore, nodriza y azafata de Isabel de Farnesio, era una aldeana natural de Parma, muy querida de la Reina, que la trajo á España pocos años después de su matrimonio con Felipe V. El talento, la sagacidad y la ambición de Laura, ocultos por una aparente rusticidad, le conquistaron bien pronto una de las mayores influencias en la Corte, hasta el punto de que Alberoni, temiendo sus consejos con la Reina, trató por todos los medios posibles de alejarla de la Península. Empeñada en la lucha, trabajó cuanto pudo la Piscatore en contra del Cardenal, contribuyendo á

Marqués de Monteleón y á muchas personas notables y de alta posición, inclinándose todos ellos en mayor ó menor grado á la amistad con Austria.

Para armonizar intereses tan opuestos y prever la desunión que de seguro intentarían los maliciosos entre Madrid y San Ildefonso, creó Felipe V el antedicho Gabinete, que se compuso del Presidente de Castilla, Marqués de Miraval, antiguo diplomático, hombre de buen sentido, experiencia y laboriosidad, á quien acompañaron: el Arzobispo de Toledo, D. Diego de Astorga, eclesiástico de grandes virtudes; el Inquisidor general, D. Juan Camargo, notable canonista; el Marqués de Valero, Presidente del Consejo de Indias, personaje riquísimo, que había manifestado intención de dejar sus tesoros al Príncipe de Asturias; D. Miguel Guerra, instruído y laborioso, hermano del confesor de Isabel de Farnesio y protegido de esta Princesa; el Conde de Santisteban del Puerto, Sumiller de Corps, que servía en el Congreso de Cambray de plenipotenciario, y no residía, por consiguiente, en España, y, por último, el Mar-

---

su ruina y quedando desde entonces como dueña única de la confianza de la Soberana.

Su marido no se ocupaba gran cosa de política, contentándose con gozar de las adquiridas riquezas, y dejando á su mujer el cuidado de aumentarlas. Esta no se descuidó en tal tarea, llegando á tanto su habilidad que consiguió casar á su única hija con el Marqués de Cucurany, hijo del Príncipe de Campofiorido, siendo nombrada después señora de honor de la Reina Luisa Isabel.

qués de Lede, que era el más notable é influyente de todos, según Coxe, y que tenía reputación de ser gran General.

Grimaldo fué sustituído por Orendayn en la secretaría de Estado, Castelar conservó la de Guerra, y Verdes Montenegro consiguió la de Hacienda, gracias á la amistad de Miraval.

Pequeña era, pues, la variación ocurrida en el Gobierno, salvo en la persona del Monarca, pues debiendo sus puestos todos los mencionados señores á la munificencia de los Reyes padres, era de presumir que siguiesen gobernando éstos, no obstante la abdicación de Felipe V, y comprendiéndolo así el vulgo, apareció por entonces en Madrid el siguiente soneto, que viene á representar la opinión más generalizada en la Corte acerca de los mencionados sucesos:

«Ahí os quedan las llaves, dice el Rey,
Y al nuevo Rey el pobre reino dan,
Desnudo de mercedes, como Adán,
Cuando las dió Grimaldo su virrey.
Mudóse la baraja, no la ley:
Todos los cuerdos en aquesto están,
Porque uno y otro sacristán
No son pastores de la excelsa grey.
Uno en la Corte, otro en Valsaín,
Es querer aumentar la confusión,
Y viendo que Grimaldo es Orendayn,
En discurrir se pierde la razón;
Pero, en fin, yo discurro que este fin
Más parece emboscada que cesión.»

X

Cuando más violentamente parecía que iba á empezar la lucha de intrigas, dirigida en gran parte á separar las dos Cortes de Madrid y de San Ildefonso, un nuevo factor vino á sumarse en la política, atrayendo desde luego la atención de todos y las murmuraciones de no pocos.

Me refiero al anciano Mariscal de Tessé (1),

(1) René de Froulai, Conde de Tessé, Mariscal de Francia, nacido en el Maine en 1651, muerto en 1725. Su historia militar cuenta con páginas brillantísimas. Vino á España durante la guerra de Sucesión, y aunque derrotó á los aliados cerca de Badajoz, la suerte le fué adversa ante Gibraltar y Barcelona. Dedicado después á la carrera diplomática, fué nombrado Embajador cerca de la Santa Sede, y en 1724 Embajador en Madrid. Saint-Simon hace de él el siguiente retrato, que es poco ventajoso: «*C'etait, un homme d'un caractere liant, pol, flatteur, voulant plaire à tout le monde; mais fier, adroit, ingrat à merveille fourbe et artificieux de même*». Sus «Memorias» gozan de bastante fama, justamente, pues la mayor parte de las veces cuenta con gracia. Pero en su afán de complacer al Duque de Borbón, critícase en sus despachos el espíritu libertino y algunas veces obsceno que los anima.

nombrado Embajador por el Duque de Borbón, y á quien, según los documentos hasta ahora conocidos, sorprendió la noticia de la renuncia de Felipe V á la Corona, obligándole á partir inmediatamente de París, llevando importantes instrucciones escritas, y reservadísimas confidencias verbales.

La embajada de Tessé ha dado mucho que hablar á cuantos han estudiado el reinado de Felipe V, y, efectivamente, el secreto con que se ocultó su verdadero objeto, el momento crítico de la llegada del Embajador, y la alta posición del Mariscal, justifican dicho interés.

Después de haber examinado importantes y desconocidos documentos, además de los ya publicados, creo que Tessé llegó á España con la misión de participar á los Reyes que la política del Duque de Borbón consistiría en mantener la unión y la alianza con España; pero no de la manera hipócrita y engañosa con que se aprovecharan de ella el Regente y Dubois, sino honrada y lealmente, para lo cual estaba dispuesto á realizar toda clase de sacrificios en Italia, siempre que el Rey de España consintiera en proteger verdaderamente la influencia francesa en la Península y realizara importantes reformas en el método de gobierno, reformas que el Mariscal se encargaría de proponerle circunstanciadamente.

Es decir, en buenas palabras: Francia ofrecía su ayuda, con tal de que España se resignase á ser gobernada por personas adictas á Luis XV, ni más

ni menos que durante la guerra de Sucesión había sido gobernada por los Orry y Amelot.

Para endulzar la crudeza de esta proposición, Tessé traía también el secretísimo encargo de discutir con los Reyes la delicada cuestión de la herencia de Luis XV, para el caso de la muerte de éste, y de entenderse reservadamente con Isabel de Farnesio ofreciéndole el auxilio de Francia, respecto del Infante D. Carlos, en Italia.

Hay que confesar que *le vilain borgne*, como llamaban á Borbón, no se quedaba corto en el pedir, y que ni él ni Tessé conocían mucho el carácter de los españoles ni la situación de los partidos en 1724.

Para triunfar en su imposible embajada, se ofrecían al Mariscal dos campos de acción, dos Cortes distintas, la vieja y la nueva: la vieja, cuyos personajes eran conocidos de Francia, y la nueva, cuyas aspiraciones y orientación se ignoraban todavía. El Mariscal no vaciló, y desde luego se encaminó á San Ildefonso para visitar á los desterrados y combinar con ellos su plan de campaña. De aquella visita resultó un plan de nuevo gobierno, propuesto por el Embajador, y una correspondencia secreta del mismo con Isabel de Farnesio, por medio del confesor D. Domingo Guerra, correspondencia publicada á medias por Baudrillart, y de que yo he encontrado la otra mitad, ó sean las cartas originales de Tessé á la Reina, en el Archivo Histórico Nacional.

El taimado Mariscal no se equivocó en sus pre-

sunciones al contar con el apoyo y la ambición de Isabel de Farnesio; en lo que sí se equivocó fué en suponer que, admitido su proyecto en la Granja, nada quedaba por hacer en Madrid.

Los Ministros de Luis I y el partido español hubiesen aceptado, seguramente, la amistad íntima con Francia, mas de ninguna manera estaban dispuestos á admitir la pesada tutela que Tessé quería imponerles. El resumen de este pensamiento está contenido en la siguiente frase del Marqués de Monteleón:

—«El francés debe ser en todo español como la bilis en el cuerpo. Cuando hay demasiada, es preciso evacuarla por medio de sangrías, medicinas ú otro medio cualquiera, para que no agite la máquina general: pero si la evacuáis toda, os morís; acordaos de que estáis perdidos si la bilis no os sostiene.»

La falta del Mariscal de Tessé consistió en no mantenerse en este justo medio, y perder todo por demasiado exigente, ensanchando la distancia que separaba á los partidos, é iniciando la discrepancia entre las dos Cortes, de manera que, si ne llega Luis I á morir tan pronto, no sabemos en qué hubiese parado la abdicación de su padre.

Sin aliarse completamente con Miraval, antes bien, pidiendo su relevo en Madrid y La Granja, y obteniéndolo casi (1), mientras oficialmente le prodigaba las mayores atenciones, el personaje

(1) Archivo Histórico Nacional Estado. Leg. 3.557.

en quien se fijó para todo el Embajador fué el Secretario Orendayn, después Marqués de la Paz.

Respecto de Grimaldo, no sólo desdeñó su cooperación, sino que, pasado el primer momento, le acusó delante de Isabel de Farnesio y de Felipe V de las más negras faltas, comenzando por la tantas veces repetida de que recibía una gruesa pensión de los ingleses, y exigiendo que su correspondencia reservada con los Soberanos no pasara por las manos de Grimaldo, ofensas de que éste se vengó haciendo cuanto estuvo en su poder para que los proyectos del Mariscal fracasasen, como sucedió efectivamente.

La posición de los individuos del Gabinete era tan falsa, después de conocidas las intenciones de Tessé y el apoyo que le prestaba Isabel de Farnesio, que públicamente se hablaba de ellos como de una pantalla detrás de la cual seguían gobernando los desterrados de La Granja, y hasta corrió por Madrid el siguiente clarísimo y aun descarado soneto, copiado por el Marqués de Valdeolmos en sus *Sucesos:*

«Rey y Reina en el monte retirados,
Rey y Reina en la Corte, ya reinantes;
Aquéllos (como siempre) dominantes,
Pero éstos (como siempre) dominados.
Los Grandes (inocentes) exaltados,
Los Grandes (que lo son) como eran antes.
Secretarios á pares, como guantes,
Mal merecidos, pero bien calzados.
El Gabinete, de varones fríos;

El Ministro de Francia (gran lagarto)
En Valsaín afecta sus desvíos.
De este preñado, ¿qué monstruoso parto
Podemos esperar, paisanos míos?
A quien me lo acertare daré un cuarto.»

Los individuos del Gabinete no tenían más que dos caminos que tomar: ó conformarse con su papel de comparsas, imitando el ejemplo de Luis I, ó aceptar la lucha que se les ofrecía. Miraval, que poco tiempo después sostenía una correspondencia secreta con el Duque de Borbón, á espaldas del Embajador de éste, debió saber lo que se tramaba contra él, y, sin vacilar, recogió, en nombre del partido español, el guante que le arrojaba el Mariscal de Tessé, siendo la primera advertencia que llegó á éste, la nueva distribución de asuntos en el Gabinete, reforma de que vino á advertirle el mismo Orendayn, diciéndole humildemente: «Que el Embajador de Francia era un personaje demasiado alto para tratar con otras personas que no fuesen el Presidente de Castilla» (Miraval). Al mismo tiempo se publicaba que Valero se ocuparía de las relaciones con la Santa Sede, Lède de las de Inglaterra, el Arzobispo de Toledo de las las Venecia, el Inquisidor de las de Portugal y D. Miguel Guerra de las de Parma y Moscovia. El papel por consiguiente, de Orendayn, que tanto había querido levantar el Embajador, veíase reducido por esta reforma á un simple expedienteo, sin influencia alguna, y los oídos del Rey quedaban á disposición de Miraval y sus amigos.

El Mariscal, que no era nada tonto, comprendió contra quién se dirigía todo aquello, y escribiendo á Francia, repetía aquellas palabras de su colega el Mariscal de Crequí al confesor, en el momento de su muerte:

—*Je vois bien, mon père, qu'il faut que je me jette à brinde abatlue dans les ténèbres de la Providence.*

En efecto, dado el primer paso, y aunque, según el Gobierno francés, hubiera el Embajador *un peu trop appuyé*, era necesario seguir por el camino trazado, y vencer ó morir. El Mariscal Tessé se inclinó, más aún que antes, á buscar el auxilio y la protección de Isabel de Farnesio, y formó un nuevo plan de gobierno, cuyo primer proyecto envió á la Reina diciéndole:

—*Encore une fois, Madame, au nom de Dieu ne nous abbandonez pas car je vous declare que Madrid a encore plus de besoin de Saint Ildefonse, que Saint Ildefonse n'a besoin de Madrid* (1).

Las bases del proyecto de Tessé (Tessé á Felipe V, la misma fecha) eran las siguientes: que á falta de un primer Ministro, que en el fondo creía el Embajador indispensable, aunque en sus Memorias y en sus despachos se defienda de que aspirase por sí propio á dicho cargo, gobernara el joven Luis I por si solo, sin que ello le costara más

(1) Aranjuez, 27 de Abril de 1824.
El Mariscal de Tessé á Isabel de Farnesio.—Archivo Histórico Nacional.—Estado.—Leg. 3.557.

de media hora de trabajo por la mañana y media por la tarde. En el gobierno le ayudarían el *Gabinete*, como Cuerpo consultivo, y los diferentes Secretarios, que recibirían el nombre de Ministros, asistiendo en calidad de tales á las deliberaciones del Consejo, despachando directamente, y á boca, los asuntos de su departamento con S. M.

Los citados Ministros habían de ser: uno, para los negocios extranjeros y los asuntos de Indias y Méjico; otro, para Guerra; otro, para Marina, y un cuarto, para Hacienda. Con tal organización creía Tessé que se podrían suprimir ó simplificar las numerosas Juntas y Consejos españoles, que, con su manera imperfecta de funcionar, dificultaban la buena marcha de los negocios públicos.

Las personas que mejor podían desempeñar los Ministerios eran, respectivamente, Orendayn, el Marqués de Castelar, Patiño, y para Hacienda el que quisieran.

De estos tres personajes, el que mayores elogios merecía á Tessé era Patiño, de quien llegó á decir en otra ocasión: —*Il n'y a que Patiño seul capable de faire aller cette machine.*

Por último, todas las decisiones tomadas en Madrid, deberían ser comunicadas á San Ildefonso, examinadas por Grimaldo y aprobadas por Felipe V.

Naturalmente, estas proposiciones, que Felipe se encargó de comunicar á su hijo, fueron aceptadas por los padres, y especialmente por D.ª Isabel, con singular agrado. Las burlas y las bromas

contra sus contrarios, con motivo de la segunda visita del Mariscal á los desterrados, abundaron entre el viejo cortesano y la rencorosa Farnesio. «Cuando veo al Presidente de Castilla (Miraval)—exclamó ésta una vez,—me parece ver el caballo del Apocalipsis.» «Verdaderamente, señora—repuso Tessé,—no lo he visto nunca sino dibujado en las tapicerías como un gran caballo flaco.» «Sí—dijo la Reina,—como uno que quiere hacer todo y no hace nada.»

El Mariscal regresó á Madrid persuadido de que había triunfado y de que su proyecto sería puesto en práctica dentro de poco. Á pesar de toda su perspicacia, ni las reticencias de Felipe V, que firmaba no querer mezclarse en nada, ni la afectación de la Reina en asegurar lo mismo, hicieron sospechar al viejo cortesano las dificultades que sus planes suscitaban en los regios ánimos.

Antes, por el contrario, sólo cumplimientos ingeniosos le ocurrieron para responder á los desplantes campestres y pastoriles de Isabel de Farnesio.

Hablando el Mariscal á la Reina de su existencia en San Ildefonso, que Isabel pretendía iba á convertirla en una salvaje, escribía: «Vuestra Majestad puede vivir en el desierto; pero ni la vista de los ciervos ni la de los jabalíes le quitará jamás la cortesía natural ni los talentos para reinar, talentos que yo siento tanto no quieran Vuestras Maestades poner de manifiesto. Este conocimiento de vos, señora, es el que me hace combatir la opi-

nión que Vuestra Majestad quiere seguir haciéndome aceptar de que estáis más contenta con vuestros ruiseñores que yo en Madrid con mi ópera, á la cual, por cierto, no he asistido. Permitidme, pues, señora, seguir con la opinión que hoy tengo de que si os encontráis dichosa en vuestro retiro es por la razón y por el punto fijo que Vuestra Majestad se ha hecho de no tener otra voluntad que no sea la del Rey. Pero yo me dejaría ahorcar con tal de sostener mi opinión, que conservo, de que vos no estáis hecha para continuar, como lo habéis intentado, en el abandono completo de todas las cosas temporales que no contraríen vuestra conciencia. Por el amor de Dios, conservaos, ayudadnos con vuestros consejos y no hagáis una vida que pueda colocaros en las letanías, sino mucho tiempo después del que los que ahora viven estén en estado de invocaros.»

La respuesta de D. Luis al Rey, su padre, vino pronto á echar un jarro de agua fría sobre sus entusiasmos.

«Diréis al Mariscal de Tessé—escribía Luis I, influído, sin duda, por el partido español—que V. M. le está muy agradecido por sus buenas intenciones, y que espera ver que el Duque de Borbón contribuirá á la gloria de las dos Coronas; respecto del segundo punto, V. M. podrá responderle que, aunque actualmente haya cierta división entre los Ministros, es cosa que se remediará con el tiempo, y que, tocante á primer Ministro, ni tengo ni quiero tener otro que el Gabi-

nete, que quiero conservar. Por último, que el dar á los Secretarios el carácter de Ministros, es una materia indiferente, que es preciso mirar como tal» (1).

La cólera de Tessé al conocer la anterior respuesta, por conducto de Orendayn, fué grande, y se desahogó en recriminaciones contra los pérfidos consejeros, y en siniestras profecías acerca de las relaciones futuras entre padres é hijos.

¿No había Miraval llegado á decirle, en un momento de excitación, que, después de todo, Felipe V é Isabel de Farnesio no eran sino los primeros súbditos de S. M. D. Luis I?

—*¡Voila donc la meilleure partie des projets que l'on fit á Saint-Ildefonse eboulés!*—exclamaba amargamente el chasqueado Embajador, dirigiéndose á Isabel de Farnesio (2), y en su despecho llegaba hasta amenazar á España con el abandono de Francia si seguía por aquel camino, pues de lo contrario podría repetirse la célebre frase del Rey Guillermo de Inglaterra hablando de la unión entre las dos naciones:—*C'est, disait-il, attacher un corps mort avec un corps qui vit encore. Le mort achevera de détruire le vivant.*

Felipe é Isabel trataron amablemente de con-

---

(1) Aranjuez 13 de Mayo de 1724.
Luis I á su padre.—Archivo Histórico Nacional.—Estado.—Leg 1.724.

(2) Aranjuez 17 de Mayo de 1724. Carta del Mariscal de Tessé á Isabel de Farnesio.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 1.724.

solar al picado Embajador, que se quejaba incluso de que el padre hubiese consultado á su hijo, y deseaba sin duda que Felipe V ordenara en lugar de aconsejar; pero Tessé, abiertos los ojos y aleccionado por la experiencia, ya no veía sino cábalas é intrigas por todas partes, y mala voluntad en cuantos le rodeaban, aferrándose á la aceptación por D. Luis de algunos de los artículos de su proyecto y á sus candidatos para los Ministerios, pretendiendo que de ellos dependía la salvación del reino.

«Lo que me decís—escribía el mismo Felipe V—del deseo que podría existir de separarnos á mi hijo y á mí, puedo daros á conocer que no me conviene, por la misma razón, el obligarle á adoptar resoluciones que no serían de su agrado. Por lo demás, me parece que la forma de gobierno no debe influir sobre la unión de las dos Coronas, que debe ser siempre la misma.»

«¿Deseais—decía por su parte la Reina—que mi pobre marido diga á su hijo; puesto el cuchillo en su garganta, «quiero absolutamente que hagáis esto», sabiendo que no tiene gana de ello y que ya lo manifestó estando aquí?»

Inútiles eran estas sensatas palabras para un Embajador del carácter de Tessé; para él todos los políticos eran unos traidores, vendidos á los ingleses. Grimaldo, el padre Bermúdez, Miraval... Para todos tenía frases insultantes, y hasta hubo un momento en que llegó á sospechar del fiel Orendayn.

Aún se intentó como último recurso el traer de nuevo á España al célebre Alberoni, dando esto lugar á una interesante negociación, descubierta por Baudrillart (1); pero el objeto de las intrigas del Duque de Borbón y Tessé estaba perdido, y comprendiéndolo así el Embajador, pidió licencia para salir de Madrid.

---

(1) Véase sobre este particular, un large artículo, titulado: *L'influence française en Espagne au temps de Louis 1.er Mission du Marechal du Tessé*, que Mr. Alfred Baudrillart publicó en la *Revue des Questions Historiques*, tomo LX, 1.º Octubre de 1896, pág. 485.

XI

Antes, sin embargo, hubo de tratar con los Reyes un delicadísimo asunto, de naturaleza tan reservada, que ningún historiador ha podido hasta ahora descubrir su secreto, y del que escribía el propio Tessé:

«*Il y a des matières sur lesquelles il faut passer comme chat sur braise, et je dis que vous (Morville) et luy (Borbon) me traitez sur ces matières comme le maître qui ordonnait à son esclave de manier des charbons ardents sans se brûler et sans vouloir donner ni promettre d'onguent pour la brûlure.*»

¿Qué asunto era éste tan misterioso y tan importante que exigía precauciones inusitadas?

Existe en el Archivo Histórico Nacional un documento, en el cual, si no se declara que el asunto *de los carbones* fuera el de la sucesión de la corona francesa, se demuestra por lo menos que dicha materia fué motivo de plática entre los Reyes y el Mariscal, y que Felipe V no prescindió en su reti-

ro de las ambiciones al trono de Francia, bien para él, bien para alguno de sus hijos.

Parece el citado documento, (1) una Memoria,

---

(1) Apostilles escrittes devant le Roy et la Reyne a St. Ildephonse.

	Memoire des choses donc je parleray au Roy et a la Reyne a St. Ildephonse.	Reponses du Roy que il a bien voulu que j'ecrivise.
Il n'est plus Dieu mercy question de cet article.	1.er art. Sur la Penitence de la Reyne et comme quoy je me dois comporter.	Il n'est plus question de cet article.
Le Roy ecrira au Roy son fils et ne se pas d'ecarter le President de Castille de metre le bon homme Miguel Guerra a sa place, mais c'est au Roy Louis a descider.	2.° Sur le President de Castille, si je dois presser le Roy de l'oster et a peu pres qui donc pourroit mettre à sa place quand meme ce seroit le bon homme Miguel Guerra comme qui mettroi cet employ en despot et donner le loisir à leurs Majestés de jettes les yeux sur quelqu'un après. Suplier le Roy d'ecrire au Roy son fils non seulement qu'il m'ecoute mais qu'il decide.	Le Roy m'a promis d'en ecrire au Roy son Pere et que s'il aprouve ma proposition. Il s'y portera de *bon coeur* Qu'aussi bien il est insuportable à tout le monde. Que j'ay pris la liberté de conseiller au Roy de profiter dans ce changement de la nomination des Corregidors et de s'attribuer cette nomination sans la laisser au President de Castille.
Il n'est plus question de cela parce qu'il partira jeudy ou samedy.	3.° Parler des affaire de Monteleon pour le preser de sortir.	Il n'est plus question de cela.
A Mr. Domingo Guerra.	4.° Quand j'aurais quelque chose de particulier a mander a Leurs Majestés a *qui* j'adresseray mes lettres ayant de raison tres fortes de me defier de bonnes intentions et fidelité de Grimaldo.	Le Roy s'a mis à rire quand je luy ay nommé Grimaldo et m'a dit qu'el pensoit de luy tout comme moy.
Leurs Majestés ont esté d'avis que j'en parlasse au Roy qu'il falloit soutenir Oren-	5.° Sur Mr. Orendayn menace du Ressentiment des Caballes de Madrid. *Qu'il*	Le Roy en est convaincu et m'a dit de dire l'Ambass d'Angleterre d'envoyer

dividida en trece artículos ó preguntas, que debió ser presentada por Tessé á los Reyes padres y anotada y respondida por éstos á la margen izquierda, mientras en la derecha figuran las observaciones de Luis I sobre los mismos puntos, ofreciendo, por consiguiente, una prueba más del doble gobierno que entonces había en España.

El último artículo ó pregunta de dicha Memoria,

---

dayn qui estoit un bon sujet et seul capable de soutenir l'Etat dans les affaires Etrangers.

doit estre soutenu et que si l'on ne le charge de toutes les affaires etrangeres il n'y aura jamais ny secret ny resolution.

comme de coutume au Marquis de Leyde les choses ordinaires mais que dans tout ce qui regarde les negotiations de Cambray dont il est maintenant question il eust a en traitter avec Orendayn conjointement avec moy.

Que le Roy avoit envoyé une memoire. Il y a deja quelque jours et qu'il etoit raisonable de le payer de ce qui lui est deu, que je pouvois en parler au Roy est qu'il renvoyerait la connoissance de cette affaire à Orendayn.

6.° Ce qui peut estre deu au Sr. de Grand Champ qui a toujours esté fort attaché au Roy.

D'en parler à monsieur Orendayn et de faire à peu pres son compte pour finir cet affaire la sans retour.

Un peu de patience et ce que j'apelle du plat de la langue.

7.° Pretentions du Duc de Juvenazzo.

Le Roy est du même avis que le Roy son père.

Je crois avoir laissé entre les mains du Roy Pére la memoire de ce Cardinal qu'il faudra voir s'il y a des exemples et que le Roy sera fort aise de faire plaisir à cet Eminence.

8.° Memoire du Cardinal Gualterio très recommandé par le Roy de France.

Que je cherchasse avec Orendayn si il y avoit quelque exemple. Et qu'il se porteroit agreablement à faire plaisir au dit Cardinal Gualterio.

L'on ne parlera de cette affaire qu'alors que je retourneray a

9.° Affaires et pretentions de Made. la Princesse des Ursins,

Le Roy a esté du meme sentiment que le Roy son pere.

dice así: 13. *Si je diray quelque chose au Roy Louis* DU GRAND ARTICLE.

Á la margen izquierda, y como contestación de Felipe V, aparece una sola palabra: *Rien.*

¿Qué *gran articulo* era éste, tan importante y tan secreto, que ni al propio Monarca reinante, su hijo, quería Felipe V que se le comunicara?

St. Ildephonse et que j'y mennerais le Prince de Lanty.	c'est a dire du Duc de Noirmoutiers comme heritier de le dte. Dame Princesse des Ursins.	
J'ay laissé au Roy Pere la memoire du Marquis de la Florida lequel a dit qu'il auroit la bonté de l'envoyer au Roy son fils.	10. Article du Marquis de la Florida.	Que j'en parlairai a Mr. Orendayn et que l'on trouveroit quelque moyen d'accommoder le dit Marquis.
Que l'on n'avoit point dessein de changer Mr. Laules dont on paressoit content.	11. Si l'on a dessein de laisser monsieur Laules parce qu'il faut d'avance proportionner le caracter de celuy qui viendra Ambassadeur en Espagne par celuy que l'on envoyera ou que l'on laissera en France.	Le Roy m'a dit qu'il ne songeoit point á changer Mr. Laules.
Qu'il falloit voir ce que l'on lui avoit donné de pension et que si elle estoit trop modique l'on pourroit presenter l'augmentation	12. Mr. Burlet qui a esté pre. médecin du Roy dans son enfance tres recommande par Mad. la Princesse de Conti.	Le Roy est entré avec bonté et suvenir que Burlet l'avoit servis dans le petite verole et dans d'autres maladies et quand je luy ay dit qu'il navoit que 1,000 francs de pension il mes remoigne que volontiers il l'augmenteroit d'autres 4.000 livres et que j'ai parlasse a Orendayn.
Rien.	13. Si je diray quelque chose au Roy Louis du grand article.	

Baudrillart ha afirmado que el *asunto de los carbones* no podía ser el de la sucesión de Felipe V á la Corona de Francia, porque era esta materia tan delicada, que el propio Mariscal no se había atrevido á hablar de ella sino á la nodriza y confidente de la Reina, la famosa Laura Piscatore, *la mía*, como cariñosamente la llamaba D.ª Isabel, y que por medio de dicha Laura consiguió Tessé una respuesta del Rey.

Por eso me inclino á creer que Mr. Baudrillart no ha visto la Memoria que voy citando, pues si la hubiera examinado detenidamente, descubriera junto á ella una epístola de letra de Tessé, dirigida á Felipe V, fechada nada más *ce 24*; pero que puede colocarse muy bien en Abril ó Mayo, es decir, poco después de recibida por el Embajador la carta del Duque de Borbón sobre el *asunto de los carbones*, y que ostenta al principio esta atractiva recomendación: *Je suplie vostre Majesté de brusler cette lettre.*

Ahora bien: Felipe V, entre sus costumbres, tenía la de no destruir ningún papel de los que se le dirigían, siendo buena prueba de ello las extraordinarias y más que picantes cartas de su hijo Luis I, acerca de la consumación de su matrimonio; y gracias á esa costumbre ha llegado hasta nosotros la carta original del Embajador, que traducida dice así:

«Vuestra Majestad se acordará de una pequeña Memoria á la cual me permitió poner algunas apostillas, y como he dado cuenta de ella al Rey

su hijo, esta mañana, Su Majestad me ha permitido igualmente añadir de mi mano otras segundas apostillas, que Vuestra Majestad encontrará, formando todo ello tres columnas á fin de hacerlo un poco más inteligible, y que puedan Vuestras Majestades apreciar los sentimientos del Rey sobre las cosas de que Vuestras Majestades me han permitido hablarle. Á Vuestra Majestad toca, pues, Señor, decidir sobre ello y enviar categóricamante al Rey vuestro parecer, que será considerado como una orden.

»El motivo, Señor, de que os moleste con mi pésima letra es la sorprendente y casi cómica aventura de esta mañana. Hubiera querido que la Reina, vuestra digna esposa, la presenciara, porque esta vez sí que habría encontrado la ocasión de imitarme y de tirarse de la peinca y decir como yo: *Oui diable...* etc.

»Para resumir, Señor. Leía yo mi Memoria, que termina con el artículo en que se escribe... gran artículo, y sí hablaré de él; y apostilla de la palabra. Nada... Permitidme, Señor, decir que Vuestras Majestades son todas de sangre muy desconfiada. El Rey me interrumpió:—¿Qué es eso del gran artículo?—La verdad, Señor, no creía que quisierais leer vos mismo; pero me es imposible decíroslo.— ¿Por qué? — repuso Su Majestad.— Quiero saberlo.—Yo me defendí... en fin, Señor, uno es débil con sus amos.

—»Había resuelto, Señor—continué,—no hablaros nunca de una cosa que no sucederá, gracias á

Dios, pero que, no obstante, sería prudente el prever. Voy á volverme de espaldas, para que ni siquiera pueda observar el semblante ni los ojos de Vuestra Majestad, á fin de que no creáis que quiero adivinar lo que en vos pasa.—Efectivamente, me volví del lado de la pared, y una vez allí le dije: «Todos podemos morir de muerte repentina. Si el Rey de Francia, mi Señor, lo que Dios no quiera, llegase á faltar, no os pregunto vuestras ideas; pero, en nombre de Dios, reflexionad sobre ello, tratadlo con vuestro padre, que es la sabiduría y la santidad en persona; este artículo no debe ser discutido ni aun con los confesores.—Y cuando me volví, Su Majestad me dijo que pensaría en ello y que me agradecía esta confianza, que le daría lugar para hablaros acerca del asunto.

»Hé aquí, Señor, echado el anzuelo; si he cometido una torpeza, no me regañéis, porque no pensaba en ello. Permito á la Reina que diga que soy un imprudente.

»No os pido sobre esto ninguna respuesta.

»Ni siquiera diré al Rey que os he dado cuenta de ello; pero, en nombre de Dios, decididle sobre los principales artículos de la Memoria de las apostillas.

»Tengo la honra de ser con un respeto fiel, que no acabará sino con mi vida, de Vuestra Majestad, Señor, el más humilde y obediente servidor.—*Tessé.*»

La importancia de la carta disculpa la exten-

sión de la cita. Los comentarios á que se presta el anterior documento llenarían muchas páginas. ¿Por qué la Reina llamaría imprudente á Tessé? ¿Por qué dice éste que había echado el anzuelo? ¿Existía algún plan entre los Reyes padres y el Mariscal, para poner en el trono de Francia al Infante D. Carlos ó á D. Felipe? ¿No es verosímil suponer parte en este plan al Duque de Borbón, Regente de Francia y enemigo declarado de los derechos de la casa de Orleans á la Corona?

Como quiera que sea, lo que no puede dudarse es que, lejos de evitar la temida cuestión, que podía encender una nueva y terrible guerra entre las dos naciones, el Embajador de Francia traía precisas y reservadísimas instrucciones para plantearla y discutirla, no con el Monarca reinante, sino con los desterrados de San Ildefonso, y que éstos evitaron la intervención de su primogénito, aunque Tessé, en un momento de inspiración y de marrullería diplomática, creyese mejor asegurarse de su cooperacion y ponerle en el secreto.

En cuanto al partido español, satisfecho por haber triunfado del Embajador francés y de la influencia de San Ildefonso, comenzó á desenvolver más claramente su política de reto á los Soberanos viejos, desafiando Miraval la cólera de Felipe V.

Con el pretexto plausible del bien público, según refiere Coxe, propusieron los individuos de la Junta que se disminuyeran las dotaciones de los Infantes, y alcanzaron una orden del Rey redu-

ciéndolas á cantidad tan mezquina, que apenas si bastaba para una manutención decorosa. Pero á una mera reconvención que llegó de San Ildefonso, el dócil Monarca anuló el decreto, y no tan sólo continuó pagando las antiguas dotaciones á sus hermanos, sino que las aumentó algo para que pudiesen atender mejor al sostenimiento de sus caballerizas y mesas.

Entonces se imaginó atacar con mayor ímpetu al Soberano de San Ildefonso. Volvióse á tratar del mal estado de la Hacienda, exagerando las sumas que se apropió Felipe al abdicar y los gastos que había costado su retiro, acabando por proponer que se redujese la pensión de dicho Monarca; mas en esta ocasión fué grande el enojo del respetuoso D. Luis para con los osados consejeros, y no sólo negó su sanción á lo que consideraba como un insulto, sino que dió cuenta á su padre de esta tentativa de la Junta.

Sin embargo, cuando las proposiciones de sus Ministros no atacaban directamente su amor filial, bien por indolencia, bien por deseo de ejercitar su autoridad, comenzaba Luis I á dejar entera libertad á sus consejeros para que le indicaran lo que ellos creyeran más conveniente, sin tener siempre en cuenta la opinión de San Ildefonso.

Peligrosa era, pues, la posición del Monarca, é imposible determinar la actitud que al fin hubiese adoptado respecto de su padre, si la muerte, segando en flor todas las esperanzas que su advenimiento hiciera concebir, no solucionara el pro-

blema, restaurando las cosas al estado anterior.

La figura de Luis I, bajo el aspecto político de sus ocho meses de reinado, es, pues, borrosa, sin ningún rasgo que la caracterice, como no sea su poca afición á los negocios; pero hay que considerar la tierna edad del Príncipe, y lo breve de su gobierno, para no condenarle ni elogiarle demasiado. La única persona á quien demostró inclinación, además de sus criados, fué al Conde de Altamira, palaciego discreto y gran señor, que tampoco estaba adornado de grandes cualidades.

Respecto del Mariscal de Tessé, su papel político fué desairado, y su conducta con los españoles equivocada. Como diplomático, no vió coronados sus esfuerzos por el triunfo, en parte por su culpa; pero en cambio en otro asunto de índole muy delicada, y en que se requerían, mejor que talentos políticos, habilidades de cortesano y experiencias de viejo, representó el Mariscal su papel de una manera superior á todo encomio, dejándonos además escritas curiosas noticias que sirven de ilustración á la crónica escandalosa del siglo XVIII.

Claro es que al hablar así me refiero á la conducta de la Reina Luisa Isabel de Orleans y á las desavenencias entre ésta y su esposo.

XII

Algo se había murmurado, siendo aún Princesa de Asturias D.ª Luisa Isabel, de las excentricidades de su carácter; mas diferentes circunstancias, de que ya se ha hecho mención, y las amonestaciones de su familia, unidas á las severas órdenes de Felipe V, ejercieron algún influjo sobre sus caprichos y modales desenvueltos, no trascendiendo al público tales disparates. Igualmente se ha tratado después de echar tierra sobre los disgustos de los esposos, ocultando ó destruyendo los papeles que al asunto pudieran referirse; pero como quiera que distintos escritores franceses han comenzado ya á levantar la punta del velo, y es de temer que, de continuar nosotros callados y ellos trabajando, sean los documentos que se conservan en nuestros archivos, motivo de lucimiento para algún erudito extranjero, como, para mengua nuestra, viene sucediendo en muchos asuntos importantes de la historia de España, me he decidido á sacar de su obscuridad el nombre de Luisa Isabel,

estudiando su carácter y actos á la luz de importantes correspondencias desconocidas.

La relativa templanza y moderación de la Princesa de Asturias desapareció desde el mismo día en que dejó el anterior nombre para subir al Trono de su esposo.

Desde aquel instante, su voluntad no reconoció freno, y la primera manifestación de sus sentimientos que pudieron apreciar sus nuevos súbditos fué un marcado desdén respecto de su marido y de sus consejos, y un desprecio absoluto y sistemático de toda clase de etiquetas y de prejuicios españoles.

Á su pereza en todo, á su descuido, rayano en el desaseo, á sus demostraciones de volver la espalda al joven Rey, á su empeño de no tocar la comida de la regia mesa, para correr en seguida al comedor de las camaristas, á otras muchas incorrecciones que empezaron á dar pábulo á la murmuración, respondió el alejamiento de D. Luis de la compañía de su esposa, y su deseo de que no le acompañara en las visitas que hacía á San Ildefonso.

Obedeciendo á estos sentimientos, escribía don Luis á sus padres: «que preferiría estar en galeras á vivir con una criatura que no observaba ninguna conveniencia, que no le complacía en nada, que no pensaba sino en comer y en mostrarse desnuda á sus criados, y que no convenía á una Reina de España llevar una vida de la que no podía su marido apartarla, pues aunque la había hablado más

de cuarenta veces en particular, no había hecho ella sino burlarse de sus observaciones».

Lejos de enmendarse con el desvío de su esposo, aumentaron desde entonces las fantasías de Luisa Isabel hasta el punto de ocasionar una aventura que dió lugar á innumerables relaciones y que perjudicó notablemente la fama de la Reina.

Saint-Simon cuenta que, estando un día la Soberana en el jardín de Palacio, en un traje más que ligero, y subida en una escalera, tuvo miedo de caerse y pidió socorro á grandes voces. Acudió á éstas el Marqués Foucault de Magny, Mayordomo de semana (1), y cogiendo la escalera, ayudó á descender á S. M. Aquel mismo día se quejó Luisa Isabel de haber sido indignamente ultrajada por el Marqués, y los Reyes padres solicitaron que fuera llamado Magny á Francia.

El Mariscal de Tessé, al dar cuenta del suceso al Duque de Borbón, lo hizo en los siguientes términos, que, no obstante su gran libertad, me atrevo á reproducir, pidiendo por ello perdón á mis lectores:

«Je lui laverai la tête à Magny mais ce sera pour la sottise qu'il a faite en venant en ce pays-ci, car pour l'imprudence qu'il a eue avec la Reine, s'il y a quelque

(1) Nicolás José Foucault de Magny, nacido el 25 de Febrero de 1677, Abogado del Rey en el Chatelet el 18 de Mayo de 1699. La conspiración Cellamare le hizo huir en 1718 á España, donde alcanzó el puesto de Mayordomo de la Reina y el grado de Teniente general.

personne à reprimander, c'est elle qui s'est fait faux mérite d'une chose dont le pauvre diable est innocent. Elle étoit montée au haut d'une échelle, et elle montroit son derrière pour ne pas dire autre chose; elle pensa tomber et cria au secours. Magny monta et l'aida à descendre devant toutes les femmes; mais à moins d'être aveugle, il falloit bien que Magny vît ce que certainement il ne cherchoit pas à voir et qu'elle a l'usage de montrer très librement. La Reine, pour se faire un mérite qui ne lui a pas réussi, l'accusa d'avoir été insolent En vérité l'on ne l'est avec ces dames que lors qu'on veut forcer à l'être.» (1).

La versión española del asunto, está en una interesante carta del Mayordomo mayor de Luisa Isabel, Marqués de Santa Cruz, al Marqués de Grimaldo, para que la comunicara á los Reyes padres.

La carta de Santa Cruz dice así (2):

«Muy S^r^ mío y amigo pongo en noticia de V. E. q' la mala conducta del Marq^s^ de Mañi me (ha) precisado q' pase a la notizia del Rey (Luis I) a decirle como lo egecute esta mañana q' este onbre no conbiene q' continue en su empleo, pues con estas frecuentes entradas con estos y los otros motibos en q' yo no e tenido arbitrio de estorbar-

(1) Este despacho, de fecha 31 de Marzo de 1720, ha sido publicado por primera vez, de conformidad con el original, por Mr. de Barthelemy, pero anteriormente habia sido extractado por Mr. de Lemontey en su *Histoire de la Regence*.

(2) Madrid 19 de Marzo de 1724. El Marqués de Santa Cruz al de Grimaldo.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.333.

los seatomado muchas libertades muy indecorosas en el quarto de la reyna q' su Magd tomara la probidencia de q' no prosiga en la serbidumbre y q' lo ponia en su notizia pues estando en ella descargaba mi obligacion y mi conciencia q' una y otra costanzia me eran de muy graboso peso... este Mañy es un loco y todos conocen esto y por tal es tenido de todos.»

Efectivamente, en lugar de callarse el imprudente Marqués, y obedecer las órdenes recibidas, dióse á contar á todo el mundo su desgracia, diciendo que, por haber aconsejado á su señora lo que le estaba bien, querian sus amigos derribarle del favor de los Reyes, y con el pretexto de estar enfermo, corría por las principales casas de Madrid, y sobre todo por la Embajada francesa, de donde apenas salía.

Preciso fué que intervinieran los Reyes padres, ordenándole que no volviese á poner los pies en Palacio; pero como quiera que la conducta de aquel loco no mejorara y molestase al Marqués de Santa Cruz con entrevistas secretas y continuadas quejas, decidióse por los Soberanos pedir á Tessé que Magny fuese llamado á Francia, como se ejecutó, según resulta de una carta reservada del Mariscal á Isabel de Farnesio en que el Embajador insistía sobre la fineza del favor (1).

(1) Aranjuez 27 de Abril de 1724. El Mariscal de Tessé á Isabel de Farnesio.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 3.557.

No era ciertamente el amor lo que movía á Isabel de Farnesio á favorecer á su nuera, sino el cuidado de evitar un escándalo, que les hubiese perjudicado á todos. Sus sentimientos respecto de la joven Reina eran los de una perfecta antipatía, que no se cuidaba de disimular delante del Embajador francés, quien escribía á su Gobierno con fecha 7 de Abril:

«*La Reine m'a dit: Nous avons fait une terrible acquisition; elle sera comme ses sœurs, si elle n'est pire.*»

Como era natural, y el hecho había sido tan público, no escasearon las murmuraciones acerca de la ausencia del Marqués, y á ellas contribuyó no poco la propia Reina Luisa Isabel con sus imprudencias. Al día siguiente de la retirada de Magny, tocaba á dicho caballero entrar de servicio con su señora, y extrañada ésta de no verle, preguntó á sus damas qué le sucedía. Contestóle la Duquesa de Pópoli que estaba enfermo, y entonces, Luisa Isabel, con la guasa del mundo, dijo al Marqués de Santa Cruz: —«Mira, Santa Cruz, que Magny debe de estar malo de enamorado». Aquellas palabras sorprendieron y espantaron á todos, y tomando la voz el mismo Santa Cruz, le manifestó respetuosamente: —«Todo lo q' me parecio q' era razon para q' otra bez no buelba a decir semejantes cosas» (1).

---

(1) Madrid 22 de Mayo de 1724.—El Marqués de Santa Cruz al de Grimaldo.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.333.

En vez de escarmentar y de ponerse en guardia por otra nueva visita de D. Luis á La Granja, en que, no obstante sus súplicas, tampoco quiso llevarla consigo, sólo desprecios y malas palabras tuvo para el sucesor de Magny en el cargo de Mayordomo de semana, que fué D. Joaquín Ignacio de Barrenechea, alegando que no podía servir dicho cargo siendo contador de Hacienda, y mortificando tanto al Marqués de Santa Cruz, cuyo recomendado era Barrenechea, con motivo del dichoso nombramiento, que llegó á decir el fiel cortesano en una de sus cartas á San Ildefonso, que el Palacio Real era una Babilonia, y que si no fuese por los Reyes padres, pediría el favor de que le permitiesen retirarse á su casa, como efectivamente sucedió más tarde

No era éste, sin embargo, el único asunto desagradable que por entonces amargaba la existencia del joven D. Luis, sino que, primero por indicaciones de San Ildefonso, y después por experiencia propia, persuadióse de la extraordinaria simpatía é intimidad que unía á su augusta esposa con una de sus camaristas, la Kilmalok, joven intrigante y ambiciosa, á quien se achababan los malos consejos y la mayoría de las inconveniencias que practicaba la Reina.

Enterado del caso, y de que la Kilmalok estaba en vías de casamiento, ordenóle el Rey que se casara cuanto antes; pero la camarista, apoyada por su señora, en lugar de obedecer, siguió, como antes, disculpándose por

medio de un memorial dirigido al Monarca (1).

Irritado D. Luis, quiso arrojarla de Palacio, como se había hecho con Magny; pero sus padres, más experimentados, le aconsejaron prudencia y que volviese á ordenar á la Kilmalok que se casase dentro de tres días (2).

En efecto: apenas recibida la carta de San Ildefonso, llamó D. Luis á la Duquesa de Montellano y le comunicó su voluntad, que inmediatamente le fué participada á la camarista. Aún pretendió ésta excusarse y ganar tiempo, diciendo á la Camarera que estaba desprevenida, pues su intento era celebrar su boda después de Pascua; mas el Rey se mostró inflexible, y la Kilmalok tuvo al fin que resignarse y obedecer, casándose el 28 de Marzo. Contra lo que se esperaba, y aunque se sabía que la Reina estaba sentidísima de tal resolución, evitó S. M. el mostrarlo en público *con demasía*, como observaba el Marqués de Santa Cruz (3); bien es verdad que en aquella sazón debió llegar alguna carta fuerte de San Ildefonso, como se desprende del siguiente párrafo de otra de Luis I á sus padres:

(1) Buen Retiro, 21 de Marzo de 1724. Luis I á sus padres.—Archivo citado. Leg. 2.513.

(2) Existen sobre este asunto diversas cartas de Luis I y de los Reyes, que se conservan en los legajos 2.685 y 2.513.

(3) Madrid 23 de Marzo de 1724. El Marqués de Santa Cruz al de Grimaldo.—Leg. 2.633.

«La Reine, a qui j'ai dit ce que Vos Majestés m'ordonnaient, ne m'a pas repondue, mais il est très bon qu'elle n'y alle pas (á La Granja).»

Sin embargo, aquella *retenue* no fué sino un relámpago en la existencia de la indiscreta Luisa Isabel. Á los dos días volvía su marido á quejarse de ella, participando á sus padres que la Reina iba siempre de mal en peor, y que si alguna vez se permitía D. Luis decirle algo, *«elle se brouille avec moy et je ne scai que faire»*. En una de dichas peleas abordó la joven el peligroso tema de la Kilmalok. La camarista no entraba en Palacio, y había enviado á decir á la Reina que se lo habían prohibido. ¿Era verdad aquello? Y ante la respuesta afirmativa del Monarca, «¿por qué causa?»—interrogó la incorregible niña.—«Porque tenía mis razones para ello, y tal era mi voluntad»—fué la respuesta de D. Luis.—«Entonces, permitid que vuelva»—insistió la Reina.—«No quiero»—concluyó el Soberano, y al oir tal contestación, se marchó del cuarto Luisa Isabel, presa de la mayor cólera (1).

El hijo de Felipe V creyó entonces llegado el momento de poner en práctica los consejos de su padre, y habló á su esposa como marido y como señor; la Reina comenzó á *se redresser*, y en vista del saludable efecto de su reprimenda, volvió á la carga D. Luis al día siguiente, presentándole y

(1) Buen Retiro Retiro 7 de Abril de 1724. Luis I á sus padres. Leg. 2.513.

haciéndole leer una lista escrita *de tout ce qu'elle a fait d'extravagant* y anunciándole que su paciencia estaba agotada y que si no se corregía sería preciso venir *ex verbis ad verbera*, oyendo lo cual comenzó la Reina á temblar y pidió perdón, prometiendo corregirse. Apenas dada cuenta de la anterior escena y de la promesa de Luisa Isabel, exclamaba D. Luis, satisfechísimo y creyendo ya todo arreglado: *Comme je ne doute point qu'elle le fera aujourdouy j'ai été chercher du caille* (1).

Los propósitos de la Reina duraron lo que duran las flores cortadas de la planta que las alimenta; sus caprichos reaparecieron á los dos días, y el 13 de Abril se veía precisado D. Luis á confesar que, aunque S. M. iba bien, no era tanto como él quisiera, y el 17 escribía á sus padres que ejecutaría sus órdenes sobre la Reina, y que si sabían algo malo de ella se lo advirtiesen para remediarlo.

El viaje de la Corte á Aranjuez, durante el mes de Mayo, pareció á todos que mejoraría la situación de las cosas y facilitaría la unión entre los esposos; pero antes de él tuvo sobrado tiempo Luisa Isabel para aumentar las murmuraciones de Madrid, según se desprende de la siguiente carta del Marqués de Santa Cruz:

«Amigo: esta señora á echo el diablo con esta noticia (ignoro á qué puede referirse, como no sea

(1) El mismo á los mismos. Carta de 10 de Abril. Archivo y legajos citados.

á la partida de Magny ó á alguna reprimenda de los Reyes padres); pero ya a quedado muy templada porq' aseguro á V. E. q' le e dicho cosas tremendas porq' me dijo que la obedeciera y no le jurara y le dije eso no es dable que el rey me lo a mandado y al rey es menester obedecerle y V. Mag.d lo primero y que mire le buelbo á repetir q' aprecie mucho pa con su marido y por fin quedó reducida.»

»esta mañana, despues de aberse levantado, se fué al jardin de San Pablo, y segunda vez bolbio (á) almorzar con las camaristas q' mando acer el almuerzo para ellas bolbio a las onze y se puso a tocar y estando en el tocador al tiempo de mudarse la camissa se andubo paseando y dando carreras por todas las galerias en camissa, al acabar esta funcion tan modesta llegué yo alla a la de Montellano como se puede discurrir, q' cierto q' esta pobre señora hace todo lo que esta de su parte pero es irremediable, no quiso ir al sermon con lo q' la de Montellano y yo nos fuimos a oirle y estando en la tribuna bino uno de la furriera a llamarme y le rogue queria ir al jardin de Francia que es menester pasar por la plaza cerrada por cosas q' la dije no la pude conbencer y por fin fuimos alla y tan bien la Infanta y la de Lemos—en este jardin estan los benturrios de las cocinas de estado del Rey y les pidio y mando a los cocineros que le dieran algo y se comio un pichon gisado y luego queria bino pero no lo probo a las doze y media á mucha prisa la trugimos a misa.» =

»esta tarde despues de aber comido bolbio a salir quería como lo izo ir a cassa de Igiez una camarista me bino abisar q' yo estaba en el quarto del Rey fui alla y le dige mil cosas para que no fuera que era menester ir por la plaza cerrada y la de la pelota y que parecia mal no ubo remedio de reducirla por fin fue pero no succdio lo q'ayer pues no bebio ni aguardiente y cerbeza que aseguro á V. E. q' el cuento de ayer como fue tan publico ya esta dibulgado en todo Madrid=esta tarde a ido a la priora y se a llenado de rabanos que no se como no rebienta pero por comer se pierde sobre comer el lacre de los sobrescritos que le (he) dicho sobre esto mil cosas y no tiene remedio=esta noche en el quarto de la infanta se an distraido y an tenido dos biolines y los distrazados eran S. Magd y las camaristas y la infanta, llamo a todas las señoras de honor y las dos damas y la pobre hija de doña Laura Piscatore la Cogarany (Cucurani) q' era de guardia y debia estar alli abiendo sentado a todas a esta pobre no solo no la izo sentar pero le mando que se fuera esto me lo an contado q' yo no estaba alli mire V. E. que sin razon sabiendo lo que la reina nª ama lo pasado lo qua paso en la comida aseguro á V. E, que de estas cosas ay todo el dia motibos de gran mortificacion pues aunq' las cosas se le digan ni con agrado ni con aspereza alli no labra nada= esto digo a V. E. para que este enterado de lo q' aqui pasa... y asi yo como la de Montellano tenemos todo el dia un continuado sin sabor y sino es

para perder nuestras saludes pues esto no ace buena sangre y batallando con mil escrupulos de si cumplimos con nuestras conciencias no es otra cosa=creo que todo esto les servira a nuestros amos de poco gusto y por eso lo pongo en este papel aparte para que V. E. use de ello como le parezca mas conbeniente y por aca se ace todo lo que se puede=este pobre Rey a sido bien desgraciado si esta señora no muda en un todo q' el bien lo conoce todo=amigo V. E. perdone lo que le canso y crea q' no se en q' a de parar esto pues de experimentarlo a referirlo ay una grande distancia» (1).

Muchas otras historias, á cual más inconvenientes, se conservan de la siguiente temporada de Aranjuez, en que la Reina pareció haber perdido toda consideración, y los despachos del Mariscal de Tessé refieren hechos y anécdotas picantes; pero basta lo apuntado en la anterior carta, de cuya veracidad no puede dudarse, para formar una idea de los desórdenes de Luisa Isabel, y del espectáculo que presentó entonces la Corte de España, gracias á la conducta de su joven Reina.

Á todas las advertencias del Rey contestaba Luisa Isabel que sí, y no hacía nada. Apeló de nuevo D. Luis al recurso de formar otro papel *«lui disant absolument se que je veux et si elle ne le*

(1) Mayo de 1724. El Marqués de Santa Cruz al de Grimaldo.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.633.

fait pas je ferai ce que Vos Majestés dissent» (1), aludiendo sin duda al consejo de los Reyes de emplear las medidas violentas para cortar el escándalo, y, puesto delante de los ojos de Luisa Isabel, le repitió el Monarca su deseo de que terminasen todas aquellas *traccasseries*, para lo cual había la Reina de guardar el papel, meditar acerca de su contenido y devolverlo después á su marido. Al oir tales frases, comenzó á temblar la indómita niña y cambió de color; los días siguientes mostróse más convenientemente á sus vasallos, y en su comida observó mas las leyes de la higiene, renunciando al vinagre, con que solía mezclar todo, y hasta llegó á solicitar de su marido que intercediese cerca de los Reyes padres para que le permitiesen llevarla en su compañía á San Ildefonso la primera vez que los visitase, encargo que cumplió el bondadoso D. Luis y que dió por resultado el viaje de los augustos esposos en los últimos días del mes de Junio de 1724, desde Aranjuez á La Granja.

(1) 24 de Mayo de 1724. Luis I á sus padres.—Legajo 2.685.

XIII

Tanto Felipe V como Isabel de Farnesio se habían puesto desde el principio del lado de su hijo, mostrándose afligidísimos por los escándalos de su nuera, y prodigándole toda clase de consuelos, especialmente la Reina, que fué la primera que lanzó la especie, recogida por Coxé, de que Luisa Isabel estaba loca, especie que, si después ha sido repetida, no parece que convenció mucho por el pronto al aburrido esposo, que escribía:

«*Votre Majesté dit qu'on la tiendra pour folle c'est sans doute pour se moquer de moy*» (1).

Como suele suceder, la desgracia consiguió lo que no había conseguido la prosperidad, que fué unir más íntimamente á la madrastra y al hijastro, según se puede comprobar por la siguiente carta:

«*Je suis penetré des bontés de Vos Majestés et a la joie de mon coeur de ce que la Reyne, ma tres chere mere,*

---

(1) Aranjuez 22 de Julio de 1724. Luis I á los Reyes padres.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo. 2.685

me regarde comme son fils, ne douttant pas qu'elle me permette de luy baisser ses belles mains, puisque c'est la me traitter comme son fils qui est ce qui me lient plus a cœur car il n' y a pas de mere au monde a laquelle son fils luy demande quelque chose de juste qu'elle ne luy accorde et quoyque je ne doute plus que la Reyne ne me l'acorde, je suis encor douteux jusqu'a ce qu'elle me dise oui et en fin Madame je supplie Vostre Majesté de me dire oui ou non avec une difference que si elle me dit oui je me tiendrai pour l'homme le plus heureux du monde et si elle me dit que non pour l'homme le plus malheureux et je suplie aussi la Reyne de commencer ses lettres comme le Roy me nommant son tres cher fils puisqu'elle me regarde come tel» (1).

No dejó la Reina de complacer á D. Luis en sus cariñosos deseos, y de regreso éste de su anunciada visita á La Granja, en que padres é hijo combinaron el plan que convenía seguir si Luisa Isabel continuaba su género de vida, siguió recibiendo todos los días cartas de Felipe V y de Isabel de Farnesio, en que ésta le trataba de su querido hijo y le dirigía epístolas tan expresivas como la siguiente:

«J'ai été de l' autre coté bien affligée de voir le peu du profit que le sermon de votre pauvre père fit n'ait servi de rien, mais au moins il a accompli l'obligation de sa conscience et moy toute mechante que je suis j'ay prie Dieu dans ma Communion, et je le ferais encore à cette

(1) Retiro 23 de Junio de 1724. Luis I á los Reyes padres.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.685.

heure a la Vierge du Robledo pour cela et pour que mon tres cher fils de mon cœur puisse avoir quelque peu de consolation, je vous assure que quand je pense a tout cela me perce le cœur de voir un ange comme vous s'y affliger et avec raison (1).

En efecto, excitado Felipe V por su amor paternal y por el pudibundo horror que causó en su ánimo el espectáculo de la camisa de su nuera agitándose caprichosamente sobre su propietaria á impulsos del viento, que jugueteaba con aquella prenda real en los jardines de San Ildefonso, había dirigido una severa reprimenda á Luisa Isabel, amenazándola con que si cuarenta y ocho horas después de su regreso á Madrid continuaba su conducta, el Rey la impondría una penitencia y la encerraría en un convento, palabras que no sirvieron de nada, como se puede apreciar por las cartas de D. Luis, escritas en los días siguientes á su vuelta de San Ildefonso.

La primera, traducida, dice así:

«Voy á contar á Vuestras Majestades todo lo que me ha sucedido desde que ayer, por la tarde, les besé las manos. Á mi vuelta me preguntó cuándo iría á saludar á Vuestras Majestades y le respondí que no era preciso que fuera, diciéndolo de manera que pudiera comprender que no se quería verla si no se enmendaba. Salimos á las

(1) Julio de 1724. Isabel de Farnesio á Luis I.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.489. En este legajo se conservan 31 cartas de los Reyes padres á Luis I, correspondientes al citado mes.

cuatro y llegamos a las siete y cuarto dadas; desde el primer momento la Reina se puso «*en robe de chambre*», y así ha estado hasta las cuatro. Yo he estado de caza en Molinillo... y de allí he vuelto á casa, donde, habiendo comido, no me he atrevido á volver á salir por razón del fuerte sol, y la Reina ha estado en la mesa de las camaristas y señoras de honor, en donde temo que haya comido porquerías, y ha pasado por delante de mí y de muchos otros enseñándonos sus pies y hasta sus piernas. Á las cuatro y media salimos de Campillo (en las jornadas de regreso de San Lorenzo se detenían en Campillo y después seguían hasta Madrid), y hemos llegado aquí á las siete y media dadas, en perfecta salud, habiendo encontrado bien á los Infantes, que se ponen á los pies de Vuestras Majestades. Acabo de enviar á Benito para ver qué hace la Reina, y me dice que está en el jardín, donde se encuentra á esta hora, que son las nueve, y termino por suplicar á Vuestras Majestades me consideren como el hijo más sumiso. He vuelto á enviar á Benito, y me dice que la Reina «*n'a que la robe de chambre sur son corps, comme de coutume*» (1).

Al día siguiente, nueva carta de D. Luis y nuevos disparates de su esposa:

«Voy á contar á VV. MM. que la Reina, cuando

(1) Buen Retiro 1.º de Julio de 1724. Luis I á sus padres.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.635.

fuí anoche á cenar, estaba tan extraordinariamente alegre, que me parece que se encontraba borracha, aunque no esté muy seguro de ello. En seguida contó á La Quadra *(señora de honor* al servicio de Luisa Isabel) todo lo que le había sucedido, y creo, con certidumbre, que dicha mujer, á quien quiere mucho (por lo visto había heredado á la Kilmalok), le es muy perniciosa. Esta mañana (la Reina) ha estado en San Pablo *en robe de chambre*, ha almorzado y después se ha ido á lavar pañuelos. Durante este tiempo, he hablado con el Padre Laubrussel, que no sabía nada, y ha quedado muy escandalizado. En seguida habló con la Reina, que le escuchó, prometiéndole corregirse. Ha asistido á la misa mayor porque he esperado media hora para que se vistiese. Después ha comido bastantes porquerías, y después de haber comido se ha puesto en camisa y en esta forma se ha asomado á la gran galería de cristales, en donde la veían desde todas partes lavar los azulejos; de suerte que no veo otro remedio que el encerrarla, porque el mismo caso hace de lo que le dijo el Rey (Felipe V), como si se tratara de un cochero. Suplico á VV. MM. me digan cuándo juzgarán á propósito sea encerrada, dónde será preciso encerrarla y qué personas le destinaré para que estén con ella, «*car je suis desolé sans scavoir ce qu'il m'arrive*» (1).

(1) Buen Retiro 2 de Julio de 1724. Luis I á los Reyes padres.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.513.

La consulta era grave, no obstante haber sido discutida tal materia en San Ildefonso, y la respuesta de Felipe V no se hizo esperar, como era natural. En ella, y á vuelta de mil frases de consuelo, se aprobaba el pensamiento del hijo, aconsejando que el encierro se practicase en el mismo Buen Retiro, no dejando salir á la Reina de su cuarto, ó bien, si D. Luis experimentaba mucho dolor teniéndola cerca, en una habitación del Palacio de Madrid. Que en todo aquel tiempo no la viera el Rey, ni la hablase, ni durmiera en su cámara. Que no entraran en su cuarto sino personas formales, como Valero y Cellamare (1), y nada de criados jóvenes. Que la hiciera servir por las mujeres en quienes tuviese confianza, alejando á Mad.ª. La Quadra y prohibiéndole volver á poner

(1) Antonio José Miguel del Giudice y Papacoda, Príncipe de Cellamare, nació en 1657, siendo sus padres los Duques de Giovenazzo. Menino de Carlos II, este Príncipe le encargó de alguna misión, y Felipe V le hizo su Gentilhombre en 1702. Siguió el Príncipe al Monarca en su campaña de Italia, y en premio de sus servicios fué Teniente general, Ministro del Gabinete y en 1715 Caballerizo mayor de la Reina. Poco tiempo después Felipe V le nombró por su Embajador en París, donde dirigió la famosa conspiración que desde entonces lleva su nombre, teniendo que abandonar el territorio francés en 1719.

Nombrado en seguida Gobernador y Capitán general de Castilla la Vieja, volvió á Madrid en Julio de 1720, y el 25 de Agosto se cubrió como Grande, con el título de Duque de Giovenazzo. En 1728 obtuvo el cordón del Espíritu Santo, y murió en Sevilla el 16 de Mayo de 1733, dejando una fortuna considerable.

los pies en el cuarto de la Reina, hasta que se viera si era preciso tomar otra medida más severa contra Luisa Isabel. Que en su encierro se tratara de hacer comprender bien á la Reina «la extravagancia de su conducta contra Dios, contra vos y contra ella misma, y que si no se corrige aún se será más severo». Por último, que como S. M. pertenecía también á la Casa de Francia, sería bueno participar al Mariscal de Tessé su resolución (1).

El consejo de Felipe V llegó á Madrid á tiempo, pues la situación se iba haciendo cada día más insoportable, y el mismo día 3 de Julio se cruzaba con la anterior una dolorida misiva de Luis I, dando cuenta de los últimos excesos de su esposa.

«*Je suis très obligé à Vos Majestés, de la part qu'elles prennent à ma douleur qui ne fait que croistre et embellir*»—comenzaba el afligido Monarca, y después seguía contando sus desdichas.—El día anterior (2 de Julio), después de la sopa, la Reina había comido «*des poulardes*» y una ensalada de pepinos y tomates con las camaristas; en seguida se había puesto en camisa, continuando en tan sencilla *toilette* hasta la hora de recogerse D. Luis para acostarse. A la mañana siguiente, había pasado dos horas lavando pañuelos, y, después de la comida, estuvo en *el Casón* con La Quadra, que, para ponerse al unísono con su señora, tampoco

(1) San Ildefonso 3 de Julio de 1721. Felipe V á Luis I.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.489.

llevaba sino la *robe de chambre* encima. Cuando se encontró allí, hizo Luisa Isabel llevar un baño. «*Je ne sçai pas encor à quoy elle s'en servira*»—declaraba ingenuamente el Rey, y al mismo tiempo añadía que hasta el momento de escribir aquella carta no había regresado la Soberana de su misteriosa expedición (1).

Decidido Luis I, en vista de tal escándalo, á poner por obra su propósito de castigar públicamente á la Reina, apenas recibió al día siguiente 4 la carta de su padre, no quiso aguardar más tiempo y desde luego combinó su plan.

Dejemos hablar al propio Monarca:

«*A peine j'ai reçu la lettre de Vos Majestes j'ai apellé la Comtesse d'Altamira et luy ai dit tout ce qu il falloit qu'elle fist et nous sommes convenus que la Reyne sortiroit a son ordinaire qu'une fois qu'elle seroit dehors la camarera luy diroit que je luis avois ordonné de la mener au Palais et la elle aura pour la servir la Comtesse d'Altamira, la Taboada, la Montehermoso, la Marin, la Brizuela et la Bernal a cet heure il est dix heures et demi et il vient de venir un papier de la Comtesse d'Altamira disant que la Reyne et au Palais sans aucun particularité et je rendrait un compte exact a Vos Majestés de ce qui se passera les supliant de m'avertir tout ce que je devrait faire et je reste a leurs pieds comme le fils le plus soumis de Vos Majestés*» (2).

---

(1) Buen Retiro 3 de Julio de 1724. Luis I á los Reyes padres.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.685.

(2) Retiro 4 de Julio de 1724. Luis I á los Reyes

El efecto que tal medida produjo, no sólo en Madrid, sino en toda España, y aun en toda Europa, fué enorme, y las relaciones de él innumerables. La más autorizada y la que ha venido siendo repetida por todos los historiadores, es la de Coxe, que publicó la orden escrita que Luis I entregó á la Condesa de Altamira para cumplir sus órdenes.

Yo, sin embargo, prefiero reproducir, por más detallada, la relación inédita que se conserva en el citado manuscrito del Marqués de Valdeolmos.

En él se cuenta que, habiendo salido dicho día, martes 4 de Julio, la Reina Luisa Isabel de Orleans á pasear por la tarde en la Casa de Campo, donde merendó, y habiendo tomado los coches para volver al Retiro, en el camino, la Camarera mayor, Condesa viuda de Altamira, D.ª Ángela de Aragón, le participó á S. M. el decreto que tenía del Rey para llevarla á Palacio *el grande*, á que la Reina, llena de llanto, empezó á disculparse, preguntando si podría ir al Retiro á ver al Rey, á lo cual se negó la Camarera, diciendo que no tenía permiso para ello. La Soberana replicó no se hallaba delito alguno, pues sólo para sí era mala, porque el comer ensaladas sería dañoso para ella, así como las otras travesuras, pero no para los demás. Apeóse del coche y fué adonde estaba Mme. de La Quadra, sufriendo después una con-

---

Padres.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.513

goja en que vomitó la merienda. Lleváronla á Palacio, y allí se quedó, sin permitirle salir ni que le asistiesen otras personas que las nombradas por el Rey.

Difiere esta relación de la publicada por Coxe en la supuesta cólera de la Reina, y, aunque yo creo que también se manifestaría tal cólera en la conferencia, tengo no obstante por más verosímil el anterior relato que el del citado historiador.

Aprobaron los Reyes padres la determinación del hijo (1), y se participó el hecho al Embajador de Francia, Mariscal de Tessé, que se presentó al día siguiente en Palacio con objeto de pedir instrucciones acerca de lo que debía escribir á su país. «Se trata—contestó el Rey—de una mortificación que he querido imponer á la Reina, mortificación de que tanto yo como mi padre le hemos hablado varias veces y de que S. M. no ha hecho ningún caso.» —«Señor—repuso Tessé,—bien veo que no se trata sino de niñerías propias de su edad, en las que nada hay de criminal, y esta penitencia que V. M. le ha impuesto impresionará su espíritu.» —«Sí—concluyó Luis I,—veremos si esta mortificación la corrige.»

Cortesano perfecto, el experimentado Mariscal al mismo tiempo que hablaba de esta manera con el Rey y le aconsejaba que escribiese por su parte

---

(1) San Ildefonso 5 de Julio de 1724. Los Reyes padres á Luis I.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.489.

á los Duques de Orleans, regocijábase con su amigote el Duque de Borbón de aquella desgracia que había caído sobre la casa enemiga; mientras solicitaba permiso, en calidad de representante de Francia, para visitar en su prisión á Luisa Isabel, llenaba su correspondencia de revelaciones y chismes muy perjudiciales á dicha Princesa, y, en suma, acertó á conducirse con tal doblez, que unos y otros quedaron agradecidos á sus servicios y pasmados de su cortesanía y discreción.

En cuanto á la culpable de todo, su primera impresión fué de tristeza, de pena, al verse encerrada en el sombrío Palacio de los viejos Austrias. El mismo día, y después de haber llorado mucho, escribió una carta de arrepentimiento á su marido, y otras no menos lacrimosas á sus suegros prometiendo la enmienda. El personaje escogido para mediar entre ambos esposos fué el P. Laubrussel, confesor de la Reina, á quien contestó D. Luis que no tenía que decir á la Reina sino que esperaba que los efectos corresponderían á las palabras, y que cuando estuviera enmendada del todo podría obtener la gracia de volver al Buen Retiro (1).

En el mismo sentido contestaron los Reyes padres á su nuera, y desde aquel día comenzó de lleno el papel del P. Laubrussel para atraer de nuevo al redil á la descarriada oveja.

---

(1) Buen Retiro 5 de Julio de 1724. Luis I á sus padres. — Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.685.

«Lo que me aflige—confesaba Isabel de Farnesio en una de sus cartas—es que yo tengo la culpa, por haber sido la causa del matrimonio» (1). Y, efectivamente, si la conciencia de Felipe V y de su esposa era como la de las demás personas, debieron en aquellos días arrepentirse amargamente, viendo las desdichas de su hijo, del ambicioso ideal político á que sacrificaron la felicidad del Príncipe de Asturias, uniéndole con una criatura educada detestablemente, sin ocuparse antes de averiguar nada del carácter de la futura Reina de España.

Pasado el primer momento de dolor, volvió ésta á su vida de siempre. Se conoce que en su ligero cerebro no cabía la persistencia ni la constancia en nada, ni siquiera en lo que constituía su propio reposo y su atacado honor.

Luisa Isabel, «*n'avait jamais paru si gay que depuis cette separation de corps*», escribía el Mariscal de Tessé. «*La correction que le Roy a faite a la jeune Reine n'a produit aucun effet, la chose devient plus serieusse. Necesse es ut eveniant scandala... Entre vous et moi, ceux qui l'approchent de plus pres la croient folle*», repetía el mismo Tessé refiriéndose á palabras del Marqués de Monteleón. Los desterrados de La Granja celebraban las primeras noticias del arrepentimiento de Luisa Isabel, «*quoi-*

(1) San Ildefonso 7 de Julio de 1724. Isabel de Farnesio á Luis I.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.489.

que je lui avoue que je voudrois qu'elle fut plus touchée», como confesaba Felipe V, y, por último, el citado día 7 de Julio, al regresar de cazar en las Abujetas, participaba el desconsolado Luis I á sus padres que era preciso vigilar á la Reina «*car elle voulait hier sortir en chemise a la barande*» (1).

La misión, por consiguiente, del P. Laubrussel se presentaba erizada de dificultades para ser llevada á buen término.

---

(1) Buen Retiro 7 de Julio de 1724. Luis I á los Reyes padres.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.513.

XIV

El primer cuidado del confesor y de los Reyes padres fué el de averiguar detenidamente las causas y la extensión de la incorrecta conducta de Luisa Isabel, para evitar en lo posible que se repitieran parecidos desórdenes.

No se tardó mucho en coger el cabo del hilo de aquel laberinto, y ya el 9 de Julio escribía Felipe V á su hijo que era preciso echar de Palacio á La Quadra y á *la petite Kilmalok* (¿era ésta la misma que ya había sido arrojada anteriormente, ó alguna parienta más joven?), extendiéndose la severa medida, no sólo á ellas, sino á todas las que el Rey, de acuerdo con el P. Laubrussel, juzgara que podían perjudicar á su esposa (1).

Abrióse, pues, según parece, una información secreta, que después tuvieron todos buen cuidado

---

(1) San Ildefonso 9 de Julio de 1724. Los Reyes padres á Luis I.—Achivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.489.

en hacer desaparecer, entre la servidumbre, y comenzó á interrogarse á la propia Luisa Isabel, que, con su falta de reserva habitual, contribuyó á aclarar las dudas que sus actos hubiesen podido suscitar.

«*Le Père Laubrussel luy ayant dit*—escribía Luis I—*que la Kilmalok estoit cause qu'elle eusse pris le vice de s'enivrer la Reyne lui dit que l'avait été la Duchesse de Popoli, laquelle dame aime beaucoup le vin et en boit beaucoup*» (1).

Á este interesante descubrimiento del abuso de la bebida, siguieron otros no menos agradables para la tranquilidad del joven Soberano, que, poco á poco, fué declarando la Reina. Para conocerlos exactamente, es necesario acudir á los inconvenientes despachos del Mariscal de Tessé, publicados por Mr. Baudrillart, en su monumental obra *Philippe V et la Cour de France* (tomo III, página 53), y aclarar después mentalmente las reticencias que en ellos se descubren.

Un día después de la anterior carta de Luis I, ó sea el 10 de Julio, participaba el Embajador á Mr. de Morville, Ministro de Negocios extranjeros del vecino reino: «*Entre Monseigneur le Duc* (de Borbón), *vous et moi, car au nom de Dieu ne me fourrez par aucun coin dans ce qui peut revenir a M. et Mme. d'Orleans, il y avait quasi tous les soirs*

(1) Buen Retiro 9 de Julio de 1724. Luis I á los Reyes padres.—Estado. Leg. 2.685.

une petite fondation de litanies entre la Reine et trois ou quatre camèristes sur lesquelles je crois que la bombe tombera. Or ces pieuses litanies etaient composées de tout ce qu'il a d'ordures les plus libres et d'expresions le plus significatives. Je ne crois pas que ceux ou celles qui les ont composées s'en vantent, mais il y avait régularité a les reciter».

Con estas revelaciones conviene la determinación de Luis I, comunicada por éste á sus padres el día 11 (1), de que el P. Laubrussel le había dicho ser necesario separar del servicio de Luisa Isabel á la Duquesa de Pópoli y á todas las camaristas, exceptuando solamente seis de las más juiciosas, que tendrían entrada cerca de la Reina.

Desde entonces, y en vista de la docilidad de la hija del Regente en confesar todo y en pedir perdón á su marido, sólo se pensó en descubrir las inocentes y las culpables (2), mientras se concedía cierta libertad á la reclusa para dar algún paseo por los jardines.

En su consecuencia, el 19 de Julio ordenó el Monarca que saliesen de Palacio para su casa trece camaristas, borrando de los libros á tres, que fueron la Verdugo, *la petite Kilmalok* y la Setiel, que cayeron en desgracia. Asimismo fué expulsada Mme. La Quadra, señora de honor, y descargadas de servicio otras diez y nueve camaristas, previ-

(1) Buen Retiro 11 de Julio de 1724. Luis I á los Reyes padres. Estado. Leg. 2.513.

(2) Buen Retiro 14 de Julio de 1724. Luis I á sus padres.— Estado. Leg. 2.685.

niendo el decreto que por su antigüedad volviesen á entrar nuevas conforme vacasen las plazas (1).

Á todo se conformaba Luisa Isabel, implorando ayuda y protección cerca de sus suegros, como lo prueba la siguiente carta:

«Estoy tan agradecida, como es razón estarlo, á las bondades de Vuestras Majestades, y deseo verlas persuadidas de mi enmienda. Si dependiese de mí sola el darles pruebas más ciertas, lo haría de todo corazón. Dios, que ve mis sentimientos, sabe que no los desfiguro como no sea para mi desgracia. Continuad, pues, Señor, teniendo piedad de mi estado, que comprendo es más deplorable aún de lo que escribo; ayudadme, Señora, á levantarme, y no dudéis que os estaré eternamente reconocida por ello.—*Luisa Isabel*» (2).

El Mariscal de Tessé obtuvo, por fin, permiso para visitar á la reclusa, bajo promesa de que no había de hablarla ni de su libertad, ni de la reforma introducida en el número de las camaristas, «más difíciles de sujetar que si fuesen pulgas», y encontró á la hija del Regente «*le teint refraîchi, deshallée, et mieux qu'avant sa détention*».

Después de un pequeño sermón de circunstancias, abordó el Embajador el peligroso tema de las confidencias. Luisa Isabel reconoció que la mi-

(1) Todas las anteriores noticias están extractadas del manuscrito del Marqués de Valdeolmos.

(2) Madrid Julio de 1724. Carta de Luisa Isabel á los Reyes padres.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.489.

tad de las acusaciones que le habían sido dirigidas eran verdaderas; pero que había, por lo menos, otra mitad, que eran falsas «Pues bien, Señora—exclamó el Mariscal,—poned de vuestra parte un poco de buena voluntad y de atención á lo que sois y á lo que os debéis á vos y á los demás, y ya veréis cómo la balanza se inclina de vuestro lado.»

Por fin se juzgó que el castigo había durado bastante (diez y seis días), y tras de haber dado las órdenes convenientes para que á su vuelta encontrase reformada su casa y fuera de su presencia á todas sus peligrosas amigas, y tras de haber amonestado severamente á la Duquesa de Popoli, consintió el Rey en volver á recibir á su esposa, como se efectuó el día 20 de Julio y refiere el mismo D. Luis en una interesante epístola dirigida á los desterrados de San Ildefonso, que, traducida, dice así:

«Empiezo mi carta por anunciar á Vuestras Majestades que la Reina se halla ya en el Retiro. Estuve en Troje, y habiéndola encontrado á mi vuelta en el *Puente Verde*, según lo tenía dispuesto, la abracé y la puse en mi carroza. Es tarde, y tengo mucho que hacer. Acabo suplicando á Vuestras Majestades me consideren como su hijo más obediente» (1).

.....

(1) Buen Retiro 20 de Julio de 1724. Luis I á los Reyes padres.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.685.

Así como del encierro en Palacio corrieron innumerables relaciones, y aun la *Gaceta* se hizo eco del acontecimiento, así de la reconciliación de los esposos se conservan distintos relatos que convienen en el fondo. Al encontrarse en el *Puente Verde* las comitivas de ambos esposos, detuviéronse los coches, y, descendiendo los Reyes, quiso Luisa Isabel besar la mano á su marido, mas, sin permitírselo éste, abrazóla cariñosamente delante de todo el mundo, y metiéndola en su carroza la acompañó al Buen Retiro, donde la hizo algunos regalos y agasajos, entre ellos una joya de diamantes de gran precio, para demostrar á sus súbditos que la había vuelto á su gracia.

Natural era que sucesos tan ruidosos se reflejasen de distinto modo en los escritos de la época. Así, por ejemplo, Tessé, en sus Memorias, concede la razón al joven D. Luis, y en cambio el Mariscal de Villars, en las suyas, critica la medida de encerrar á la Reina; pero no se puede negar que en la situación especialísima á que se había llegado en Palacio, cualquier determinación estaba justificada, incluso la que han supuesto algunos autores de solicitar en Roma la anulación del matrimonio, y que reconociéndolo así, la Duquesa viuda de Orleans escribió á su hija una carta discretísima persuadiéndola de que en adelante se conformase con el gusto de su Real esposo, como único medio de ser feliz.

Por otra parte, los efectos de la reclusión de Luisa Isabel no parecen haber sido tan decisivos

como suponían Luis I y sus padres, y aunque en los primeros días las cartas del Rey á San Ildefonso muestren contento y satisfacción por la conducta de su esposa, el Mariscal de Tessé anunciaba al Duque de Borbón, en un despacho de 24 de Julio, «*qu'il y aura des nouvelles bourrasques; le caractère des Reines est toujours respetable, mais leur tête, leur cœur, leur conduite et leur temperament sont quatre choses qui souvent peuvent mettre le feu aux poudres*» (1).

Mostró en efecto D. Luis cierta afición á su esposa, hasta parecer por un momento que iba á renacer su antiguo amor por ella; perb bien pronto se estrellaron sus buenas intenciones contra la frialdad demostrada por Luisa Isabel respecto de su cariño.

«*Je ne sais pas*—refiere alegremente Tessé—*ce qui se passe la nuit; je soupçonne que c'est peu de chose ou rien, mais pour le jour, ils ne se voient qu'à diner et à souper, et il ne paroît pas que ce soit à eux qu'il faille prêcher de s'abstenir.*»

Es preciso confesar, como lo hace Mr. de Barthelemy, que la Reina Luisa Isabel era capaz de desesperar al más constante de los enamorados.

---

(1) Despacho del Mariscal de Tessé, fecha 24 de julio de 1724, publicado por Mr. Barthelemy en su obra *Les filles du Regent*, tomo II, pág. 319, y extractado anteriormente por Mr. Lemontey en su *Histoire de la Regence*, y por Voltaire en una de sus cartas á Mme. Bernière, tomo LI de la edición de 1830, página 112.

Su exterior seguía siendo «*plus negligée et plus malpropre qu'une servante de cabaret*», según el Embajador de Francia. Bastante agraciada por la naturaleza, no procuraba jamás hacer resaltar sus encantos, por lo cual el Mariscal de Tessé la definía con una frase muy feliz: «*La jeune Reine est un papier blanc mal plié*».

De todas maneras, si las borrascas profetizadas por el Embajador llegaron á tener lugar, no trascendieron al público, ni se hizo relación de ellas en en la correspondencia entre Luis I y sus padres.

Quien, en cambio, parece haber dado pábulo con su conducta á las murmuraciones, fué el joven Monarca, que cansado, sin duda, de sufrir las consecuencias de las incorrecciones de su esposa, se dedicó también á divertirse por extraña manera

En un manuscrito muy curioso que poseyó don Fernando Vida, titulado *Memorias deste Real Monasterio de San Lorenzo con algunas cosas de ntra. Orden, de Hspaña, y de Europa, y contiene desde el año de 1706 esta el de 1735*, se cuenta que por las noches, y vestido á lo chulo, salía D. Luis con otros compañeros á los melonares que había cerca del Retiro y allí ejecutaba mil travesuras.

El Marqués de San Felipe refiere en sus *Comentarios* «que tales salidas no tenían otros motivos que los de curiosidad pueril de ver y observar lo que es permitido á cualquier persona que no se eduque en el recogimiento necesario á los Príncipes, y que únicamente se extendían á robar fruta de las huertas de Palacio y otras semejantes niñe-

rías, con objeto de tener por la mañana el placer de reñir y molestar á los hortelanos».

Pero, según Coxe, las reconvenciones de Felipe V, por este ó por otros entretenimientos, pudieron tanto en su ánimo, que le impidieron seguir más adelante en sus excursiones y preocuparse más de los negocios de Estado.

Fácil es, sin embargo, prever las consecuencias que la separación del matrimonio hubiese tenido, dados los mutuos extravíos de los esposos, si la muerte no viniera repentinamente á decidir las cosas de la manera más inesperada y que menos podía presumir en España.

El joven D. Luis se encontraba bastante fuerte de salud, sin sufrir de las debilidades que entristecieran su infancia, aunque en 1724, como cuando era Príncipe de Asturias, se murmurase de su apasionamiento por la caza, que le hacía pasar días enteros entre montañas heladas ó soportando extremados calores, así como de los continuos y violentísimos ejercicios á que se dedicaba, que contrastaban notablemente con su poca afición al trabajo y al despacho de los asuntos.

El día 7 de Agosto se trasladó á San Ildefonso, permaneciendo con sus padres hasta el 12, en que llegó á Madrid, encontrándose con toda la familia Real que le esperaba en el *Puente Verde*. Nadie hubiese podido imaginar que aquélla había de ser la última vez que Felipe V tuviese el gusto de abrazar á su primogénito.

El día 14 del mismo mes escribían los padres al

hijo dándole gracias porque había rogado por ellos á Nuestra Señora de Atocha. Su confianza era completa. Nadie dudaba de que se preparaba un largo reinado.

Mas al día siguiente, una carta del Conde de Altamira á Grimaldo servía para darle el primer aviso de la desgracia que se preparaba (1).

«Habiendo comulgado el Rey oy sintió al acabarse la segunda misa un vaporcillo que le preciso a dejarla pero sin haberse caido ni perdido el sentido, solamente el color que recuperó brevemente oliendo agua de la Reyna de Ungría y tomando un caldo. Aunque ha quedado tan bueno que asistio a la capilla fue a Atocha esta tarde y se paseo despues dentro de este sitio; me parece de mi obligacion dar quenta (por medio de V. E.) a los Reyes ntros. Sres. de esta novedad, porque cualquier confusa noticia de ella no ocasionase a sus Meš. cuidado; este ha dado ninguno a D. Juan Hyggins, que sospecha puede resultar de haber comido ayer poco de pescado y estar de rodillas esta mañana en ayunas, mi buena ley recela tambien concurre a esto el demasiado ejercicio y juego a la pelota despues de comer, cuya representacion me atreví a repetir reverentemente a S. M. luego que le paso su desazoncilla.»

El mismo día 15, para quitarles todo cuidado,

---

(1) Buen Retiro 15 de Agosto de 1724. El Conde de Altamira al Marqués de Grimaldo.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.633.

escribió Luis I á sus padres certificándoles de que se encontraba perfectamente de su pequeño desvanecimiento y que la Reina se había impresionado tanto al verle mal, que había vomitado; pero que ambos se encontraban bien (1).

El 18 seguía haciendo su vida de costumbre, y pasó la tarde jugando al mallo, donde ganó tres partidas seguidas, y el 19 (doce días antes de su muerte) escribía su última carta á los Reyes:

«*Je viens de me coucher parce que je suis enrumé j'ai eu ce matin un petit evanouissement mais je suis mieux, depuis que je suis au Lit et je finis par suplier Vos Majestés de me croire leurs fils le plus soumis.*—Louis» (2).

El doctor Hyghens, por su parte, comunicaba á Isabel de Farnesio la indisposición del Rey, asegurándole que no se trataba sino de un fuerte constipado y que el quedarse en cama obedecía á pura precaución. (Archivo de Palacio.)

Sin embargo, la reacción esperada al día siguiente por el médico, no se presentó, y, por el contrario, trasladóse al enfermo de cuarto, y el 21 de Agosto se llamó á los médicos de cámara Suñol, Sánchez y Díaz, «para no omitir circuns-

(1) Buen Retiro 15 de Agosto de 1724. Luis I á sus padres.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.685.

(2) Buen Retiro 19 de Agosto de 1724. Carta de Luis I á los Reyes padres.—Archivo y legajo citados.

tancias», según frase del Conde de Altamira (1).

Practicóscle una sangría en el tobillo por el cirujano Mr. Lepreux, y al moverle el cuerpo observaron en él los médicos algunas pintas ó granos, en virtud de los cuales calificaron la enfermedad de viruelas benignas, y así lo comunicó Hyghens á San Ildefonso con toda clase de pronósticos tranquilizadores (2).

Aquel mismo día, para evitar el contagio, se trasladó al Palacio grande á los Infantes é Infantas, quedando sola, al lado del Rey, la joven Luisa Isabel, que con tal acto hizo que se olvidasen muchas de sus faltas anteriores, y las comunidades y conventos recibieron orden de celebrar rogativas en sus casas por el restablecimiento del Soberano.

---

(1) Buen Retiro 21 de Agosto de 1724. Carta del Conde de Altamira al Marqués de Grimaldo.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.633.

(2) Carta del doctor Hyghens á Isabel de Farnesio. —Archivo de Palacio.

XV

Tres correspondencias diarias he conseguido encontrar relativas á la enfermedad de Luis I, en que detallada y menudamente se da cuenta de la marcha de la dolencia que puso fin á los días del Monarca.

Es una la del Conde de Altamira al Marqués de Grimaldo, otra la del doctor D. Pedro Aguenza al mismo, y la tercera y más importante la del doctor D. Juan Hyghens (1) á Isabel de Farnesio, exis-

(1) D. Juan Hyghens, Higgings ó Hygens, que de todas estas maneras y aun de otras se encuentra escrito su nombre por papeles é historias, era de origen irlandés, como el Caballero Du Bourcke, y doctor en varias Universidades, entre ellas la de Montpellier, desde donde se trasladó á España para ejercer sus funciones médicas en el ejército. Su conducta y talentos agradaron tanto á Felipe V, que le nombró primer médico de su Cámara y le concedió su confianza hasta el punto de inspirar celos á Isabel de Farnesio, que hubiese preferido ver depositario de la confianza del Rey á su médico Cervi, parmesano de nacimiento.

Saint-Simon habla de él con gran elogio, como de un hombre de una probidad completa

Murió al poco tiempo del fallecimiento de Luis I.

tente ésta en el Archivo de Palacio, y las dos primeras en el Histórico Nacional.

Generalmente se conservan dos cartas diarias de los citados señores, y merced á ellas es fácil seguir el curso del mal en sus menores particularidades.

Todo fué bien en los primeros días. El brote de las viruelas se presentó abundante y benignamente; el enfermo no perdía su presencia de ánimo ni su buen humor; los Reyes padres, aunque apenadísimos, no se alarmaban, gracias á las seguridades dadas por los médicos, y su afecto hacia Luisa Isabel renacía al ver el amor que ésta demostraba á su esposo, sin temor al contagio. (1)

El Cardenal Borja, que vió á D. Luis el 25, quedó consoladísimo, según propia frase, al ver cuán felizmente iban brotando las viruelas y cuán cuidadosa y vigilante se mostraba la Reina en la asistencia del Rey (2). Éste entró el mismo día 25, por la noche, en el período de supuración, cuyas molestias procuraban los médicos aliviarle con un jarabe llamado diacodión simple, mezclado con un cordial para procurarle el sueño.

La confianza y las seguridades de los Galenos duraron hasta el 29, en que, después de pasar una

---

(1) San Ildefonso 23 de Agosto de 1724. El P. Bermúdez al Marqués de Miraval.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.850.

(2) Madrid 25 de Agosto de 1724. El Cardenal Borja al Marqués de Grimaldo.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.633.

noche muy intranquila, comenzaron todos á temer alguna grave complicación en las viruelas de S. M. «Anoche—escribía el doctor Aguenza á las diez de la noche del 29—se aumentó la calentura con su parafrenitis acostumbrada. Los granos, llenos, blancos, sin nota alguna de malicia. Todo esto parecía á los más de los médicos votantes no ser de la constitución de calenturas supurativas, y discurriendo de poder ser complicación y aumentar el riesgo que tienen todas las calenturas virulosas, teniendo por riesgo conocido, votaron el prevenir al Rey con las armas espirituales, temiendo que no fuese la noche presente de mala vuelta, siendo la oncena... Estamos entrados en el onceno día, y aunque no dejo de confesar el riesgo en que S. M. se halla, no desconfío de que Dios nos haya de consolar con lo que deseamos.»

Hyghens, por su parte, anunciaba la presentación de una gravedad, diferente de la de las viruelas; pero que no debía extrañar, «*surtout quand nous faisons reflexion sur l'etat du sang de sa majesté soit exalté par ses violents exercises et facil par consequent a s'enflamer*» (1).

La gravedad aquélla no hizo sino aumentar en lo sucesivo, pudiendo atribuirse á vicio de la sangre, mejor que á las viruelas, según indican las siguientes palabras de Hyghens: «*Nous ne pouvons plus attribuer cette fievre et ses redoublements a la*

(1) La misma fecha. Hyghens á Isabel de Farnesio. Archivo de Palacio.

suppuration qui est deja faible et parfaitement dans toute l'habitude du cors et par consequent si la fievre en dependoit, elle devroit etre tout au moins diminuée avec la cessation de la suppuration comme il arrive toujours en pareil cas, cependant nous voyons ici le contraire a notre grand regret».

El temor de las consecuencias de aquella fiebre, tan contínua y violenta, hizo que Altamira reuniese aquella noche á los médicos para discutir lo que se podía intentar, y éstos, después de maduro examen, acordaron por mayoría sangrar al enfermo en un brazo, siendo los votantes los doctores Hyghens, Sánchez, Díaz y Suñol, pues D. Pedro de Aguenza no convino con ellos en la necesidad del remedio, y realizándose la operación á las nueve y media de la noche, con buen éxito (1).

Los resultados, sin embargo, no correspondieron á las esperanzas, y aun desde entonces se atribuyó á aquella sangría el mal resultado de la enfermedad, pues la noche fué aún peor que la antecedente, y en la mañana del día 30 escribía Hyghens á Isabel de Farnesio:

«Tout cela augmente nos inquietudes d'autant plus que la tension du ventre subsiste et que nous devons apprehendre de toutes manieres un engorgement au visceres car il n'y a pas de doute que la fievre est inflamatoire et que le sang est fort crasse et fort visqueux. Nous

(1) Buen Retiro 29 de Agosto de 1724. El Conde de Altamira al Marqués de Grimaldo.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.633.

avons fait jusques icy tous les efforts imaginables pour corriger ce vice du sang et pour prevenir son excandescence dans la fievre secondaire.» — (Archivo de Palacio.)

El final de la carta era desconsolador, pues venía á decir que, no obstante haber llegado á una supuración perfecta, sus esfuerzos resultaban inútiles, dados la furiosa cantidad de la erupción y el vicio antecedente de la sangre, por lo cual se encontraban en la situación que tanto habían temido.

Los comentarios y la alarma á que tan inesperado empeoramiento dieron lugar en Madrid, se reflejan en una carta del Marqués del Surco (1) á Orendayn, en que le suplicaba le diese noticias del Rey, siempre que le fuera posible, sin formalidad y por medio de algún paje, «porque en la distancia y con las voces que corren no se puede vivir sin este recurso que hago con la confianza de la amistad de V. S.» (2).

En efecto, la importancia que para España representaba la vida de Luis I, las mudanzas que su

---

(1) D. Fernando de Figueroa, creado Marqués del Surco por Felipe V en 20 de Agosto de 1716, fué Caballero de la Orden de Santiago, segundo ayo del Príncipe de Asturias y primero del Infante D. Felipe, después Duque de Parma. No figuraba el Marqués del Surco entre la facción italiana, y su influencia era muy considerable en la Corte, por lo cual los Embajadores franceses tenían el encargo de ganar su amistad.

(2) Madrid 29 de Agosto de 1724. El Marqués del Surco á Orendayn.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.366.

muerte podía acarrear, los intereses de los políticos adictos ó desafectos á los Reyes padres, todo hacía que ambas Cortes presentasen un aspecto exaltado y nervioso, fácil de imaginar.

Declarados en baja los remedios de los médicos, y mientras la política y las pasiones comenzaban á agitarse á la cabecera del lecho del moribundo D. Luis, acudióse á la intercesión divina, llevando al Buen Retiro en la madrugada del 30 el cuerpo de San Diego y el de San Isidro, que adoró S. M. «con el fervor de un santo ángel», según escribía Altamira, y después bajaron á la iglesia de San Jerónimo. A las seis de la mañana del mismo día llevaron la imagen de Nuestra Señora de Atocha al convento de las Descalzas, y al de la Encarnación la de Nuestra Señora de la Soledad, mientras de Toledo salían á toda prisa doce canónigos, trayendo á Madrid el Niño Jesús de la Virgen del Sagrario.

En tanto, la ambición hacía su camino, y viendo perdido al Rey, preparaba el advenimiento de un nuevo orden de cosas. Nada tan curioso en este género como la siguiente carta del Padre Bermúdez (1), confesor de Felipe V, dirigida el 30 de Agosto al Marqués de Miraval:

(1) El P. Bermúdez, jesuíta español, natural de la provincia de Toledo, conocido en el mundo de las letras como traductor de los sermones de Bourdaloue, fué el religioso nombrado para ocupar el cargo de confesor de Felipe V á la muerte del P. D'Aubenton, ocurrida en Agosto de 1723. Combatido por Isa-

«Muy señor mío: V. Exc.ª puede considerar la confusion y dolor en que nos dejan las noticias últimas de la enfermedad Su Mag.d, quando esperábamos casi la confirmacion de estar fuera de peligro... Y yo podré decir a V. Exc.ª el dolor que al Rey padre le causara semejante desgracia, y lo penoso que fuese para S. Mag.d el interrumpir su retiro en que cada día estaba mas hallado. El amor á su hijo llega asta donde puede el de su retiro, no creo que pueda ser mayor. V. Exc.ª tendrá presentes todas las circunstancias de la renuncia con las disposiciones para los casos que pudiesen sobrevenir. Y en esta suposicion debo prevenir á V. Exc.ª que solamente en el caso de estar Su Mag.d convencido de una *obligacion rigurosa* de conciencia se le podría vencer en este punto. No deje de decirle el parecer de V. Exc.ª sobre el poder que V. Exc.ª juzga necesario. No creo que Su Mag.d dará paso por su parte, y será necesario que los que están al lado del Rei hijo, en caso preciso dirixan con Su Mag.d lo que tuviesen por conveniente á este fin. Y yo estimare á V. Exc.ª que según su gran juicio y práctica del Reino y conocimiento de sus circunstancias me de sus lu-

---

bel de Farnesio, á quien no era simpático, y por el Mariscal de Tessé, se hizo sospechoso al mismo Rey con motivo de la equívoca conducta que siguió á la muerte de Luis I, cuando el Monarca vacilaba entre empuñar de nuevo las riendas del Gobierno ó permanecer en su retiro, por lo cual no conservó durante mucho tiempo su cargo, cayendo en desgracia el año 1726.

ces para lo que creyera debe executarse por mi parte, porque puedo decir que soi solo y me fio poco de mi» (1).

El resultado de las intrigas de los amigos y enemigos de San Ildefonso fué el que el citado día 30, á las once y media de su mañana, se ordenara á D. José Rodrigo que subiese á otorgar el testamento de S. M., y que á poco firmara D. Luis un acta, por la cual devolvía á su padre todo lo que había recibido de él, otorgaba poder á su favor para testar, y le recomendaba muy particularmente á la Reina, su mujer. Sin embargo, este documento no resolvía nada, pues en él se ratificaban, en caso necesario, las renuncias de su padre al trono, dejándole, por consiguiente, en libertad de hacer lo que quisiera.

Aquel día 30 se intentaron cuantos medios se conocían entonces para vencer la enfermedad de don Luis, aplicándosele redaños de carnero; pero todo inútilmente.

La Duquesa de San Pedro y algunos otros personajes de la Corte achacaron á la sangría del brazo el agravamiento del Monarca. «*Tout est rentré; la saignée l'a perdu; il n'y a plus d'espoir*», escribía la citada señora al Mariscal Tessé, que se hace eco de esta opinión en sus despachos; y en su apoyo, cuenta el Marqués de Valdeolmos que

---

(1) San Ildefonso 30 de Agosto de 1724. El P. Bermúdez al Marqués de Miraval.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.850.

después de darle la Extremaunción el Cardenal Borja aquel día, fué empeorando por momentos, porque las viruelas se iban gangrenando, y en particular las de una pierna: llevároнse entonces á toda prisa las imágenes de San Juan de Mata y Nuestra Señora de Belén, para que las adorase el enfermo, y se llamó al médico Peralta, quien, después de haberle hecho relación de la enfermedad, dijo que S. M. no llegaría á las tres de la mañana, y que se admiraba mucho de que no hubiesen los médicos que asistían al Rey conocido la enfermedad y que no aprobaba la segunda sangría que se había mandado hacerle.

Lo cierto es que el propio D. Luis conoció que se moría, y mandó al Secretario de Hacienda, don Fernando Verdes Montenegro, que enviase orden para que inmediatamente pusiese mil doblones de á dos escudos de oro en poder de su confesor, el Padre Juan Marín, para misas y sufragios de las ánimas del Purgatorio. Hyghens, por su parte, anunció á Isabel de Farnesio, á las ocho y media de la noche, que el Rey iba empeorando, que «*les partis internes s'engorgent*» y que todo se podía temer, dada la gravedad del enfermo.

Renunciόse desde entonces á todo miramiento, y nadie atendió sino á su negocio; los españoles á evitar que se acercase al lecho del moribundo persona que pudiera inclinarle á llamar al trono á su padre y al partido francés, incluso el Padre Laubrussel, según cuenta la Duquesa de San Pedro: «*Vous savez le tour que les Altamires et les cabales*

espagnoles ont joué au Père de Laubrussel, en faisant substituer le Père Castrejon au Père Marin; j'en suis outrée et n'ai pu m'en taire»; los franceses, acudiendo al Mariscal de Tessé para que corriese á Valsaín y trajese consigo, sin pérdida de momento, á Felipe é Isabel.

Entre tanto, nadie se ocupaba ni guardaba la menor atención á la pobre Luisa Isabel, convertida en inútil instrumento para todos; algunos enemigos suyos llegaron, según el Embajador de Francia, á procurar que cometiese imprudencias para que se contagiase de la enfermedad de su marido, como efectivamente sucedió. «*Au nom de Dieu*—escribía la Duquesa de San Pedro al Embajador de Luis XV—*ne l'abandonnez pas. Il n'y a que vous ici à qui elle puisse avoir recours, et quelque conduite qu'elle ait eue, elle est française, de la Maison de Bourbon, et malheureuse.*»

¡Triste destino el de aquella niña de quince años, que no había conseguido inspirar simpatía ni cariño á un solo español, y que en circunstancias tan críticas sólo encontraba el apoyo humanitario de una señora extranjera!

Como estaba previsto, el jueves 31 de Agosto, á las dos y media de la mañana, expiró D. Luis I, á los diez y siete años y siete días de edad, después de un reinado de ocho meses.

Inmediatamente el Mariscal de Tessé partió en busca de los Reyes padres, y toda la Corte se puso en movimiento, preparándose á la nueva lucha. Felipe V é Isabel de Farnesio llegaron el 1.º de

Septiembre á Madrid, encontrando de nuevo á sus pies á la mayoría de aquellos que algunos días antes trataban de indisponerlos con Luis I, y el pueblo, animoso de novedades, apenas si se ocupó de llorar al Monarca, que hasta hacía pocas horas constituía el objeto de sus entusiasmos, dedicándole algunos libros y oraciones fúnebres recordando sus buenas cualidades.

Acostado en su propia cama y cubierto con un tafetán pasó el malogrado Rey todo el día 31, acompañado tan sólo del Conde de Altamira, del Marqués de Villagarcía (1) y de varios ayudas de cámara y religiosos de San Gil hasta la mañana del día 1.º de Septiembre, en que le embalsamaron y expusieron al público en el salón de Reinos del palacio del Buen Retiro.

En el acta levantada con tal ocasión por el notario D. Juan de Elizondo (Archivo de Palacio) se refiere que estaba el cadáver de D. Luis vestido de gala, con casaca y calzones de raso de carro de oro, de seda, color aplomado, y las vueltas escarola-

(1) D. Antonio Josef de Mendoza Caamaño, tercer Marqués de Villagarcía, Vizconde de Barrantes, nacido en las Vegas del Matute, en Marzo de 1667. Fué Caballero de Santiago en 1700 y Comendador de dicha orden, Mayordomo de semana de los señores Reyes D. Felipe V y D. Luis I, Asistente de Sevilla y, por último, Virrey del Perú, donde hizo una gran fortuna. Casó con D.ª Clara Barrionuevo, Marquesa de Monroy, y las Memorias de la época le presentan como un señor sin gran talento, pero tan bondadoso y cortés que cuantos le trataban quedaban encantados de su amabilidad.

das, como la chupa, todo con bordadura al canto de tres dedos de entorchado blanco, con el collar del Toisón y cordón del Sancti Spiritus, corbata, cabellera y sombrero, bastón y espada, en una caja de plomo, con su viscra ó ventana de vidrio, que daba encima del rostro, dentro de un ataúd de madera, forrado interiormente de tafetán doble, blanco, y por fuera de terciopelo carmesí, cuajado de flores de plata.

Así estuvo hasta más de las ocho y media de la noche del domingo 3 de Septiembre, en que entraron el Duque de Escalona (1), Mayordomo ma-

(1) D. Juan Manuel Fernández-Pacheco Acuña Girón, duodécimo Conde de San Esteban de Gormaz, octavo Marqués de Villena, Duque de Escalona, Conde de Xiquena, Grande de España, Caballero del Toisón de Oro, Capitán General, fué uno de los señores más ilustres de su época y seguramente el más ilustrado de todos los nobles. Nació en Marcilla de Navarra el 7 de Septiembre de 1650. Su educación fué esmeradísima, y tan aprovechada por el Duque, que granjeó á éste el apodo de *el Escolar* con que despues quisieron burlarse de él sus enemigos. Voluntario en la famosa jornada de Hungría, fué nombrado á su vuelta Embajador de Carlos II cerca del Papa. En 1689, como Capitán General de Cataluña, tomó parte en las guerras contra Francia. En 5 de Febrero fué nombrado Virrey de Navarra, cargo que desempeñó hasta 1693, en que pasó con igual título á Aragón y desde allí á Cataluña, donde peleó con gran valor, pero escasa fortuna, contra el Mariscal de Noailles. A fines de 1694 volvió á la Corte, donde figuró como uno de los más decididos partidarios de la soberanía de Felipe V. Éste Monarca le nombró Virrey de Sicilia para reemplazar al Duque de Veragua (1701); allí estuvo poco tiempo, siendo sustituído por el Cardenal del

yor, y el Inquisidor general, seguidos de los Grandes que no se excusaron por enfermos; abrió el ataúd el Conde de Altamira, encargado por Felipe V de acompañar al difunto Rey hasta El Escorial, y después de reconocido el cadáver por todos, se dijo un responso. Luego tomaron los cordones y aldabones de la caja los Grandes y Gentileshombres de Cámara y le sacaron por la escalera de la torre que bajaba al juego de pelota hasta mediar dicha escalera, donde lo tomaron los Gentileshombres de boca, con otros oficiales de la casa, conduciéndole á unas andas colocadas en la plazuela, y de allí, con orden del Conde

Giudice y trasladándose á Nápoles para sustituir al Duque de Medinaceli. Portóse con fidelidad cuando Felipe V visitó á Italia, hasta que en Abril de 1707 tuvo que refugiarse en Gaeta, por haber invadido los aliados todo el reino de Nápoles. Víctima de la traición, cayó el Duque prisionero de sus enemigos, que le trataron con poca piedad durante tres años, hasta 1711, que fué canjeado por el General inglés Conde Stanhope. Vuelto á España, Felipe V le nombró su Mayordomo mayor y en 1714 acompañó el cadáver de María Luisa de Saboya hasta El Escorial, figurando después como enemigo del Cardenal Alberoni.

En 3 de Octubre de 1714, aprobó Felipe V la creación de la Real Academia Española de la Lengua, á ruegos del Duque de Escalona, que tiene por consiguiente la honra de figurar como su verdadero fundador.

Al advenimiento de Luis I, continuó en su puesto de Mayordomo mayor, que conservó durante el segundo reinado de Felipe V, hasta el 29 de Junio de 1725, que murió en su palacio de Madrid.

de Altamira, comenzaron á caminar hacia San Lorenzo.

Llegados al Regio monasterio, salieron el Prior y la comunidad en la forma acostumbrada y se realizaron las ceremonias de rúbrica en tales casos. Llevado el ataúd por los Duques de Medinaceli (1), del Arco, de Híjar (2), de San Miguel y de la Mirandola (3), D. Manuel Monca-

(1) D. Nicolás Fernández de Córdoba La Cerda y Aragón, noveno Marqués de Priego, Duque de Feria, y por su madre décimo Duque de Medinaceli, noveno Duque de Segorbe y de Cardona, séptimo Duque de Alcalá, Marqués de Denia, etc., Grande de España y Caballero de la orden de Santiago. Fué Gentilhombre de Cámara, Caballerizo mayor y después Mayordomo mayor de Isabel de Farnesio. Felipe V le concedió en 1724 el Toisón de Oro. Era el Duque, tímido de naturaleza, y apenas se atrevía á mostrar sus talentos, receloso por el ejemplo del noveno Duque de Medinaceli, su antecesor, y la fama de intrigante de que disfrutaba su suegro el Marqués de los Balbases. Sin embargo, Saint-Simon afirma que el Duque tenía buenas cualidades, y resultaba muy agradable y cumplido en su trato.

(2) D. Isidro Fadrique Fernández de Híjar, Silva y Portugal, séptimo Duque de Híjar, Conde Duque de Aliaga y Castellot, Conde de Belchite, de Salinas y de Ribadeo, cuarto Marqués de Orani, casó en primeras nupcias con una hija del Duque de Camiña, de quien no tuvo sucesión, y más tarde con la undécima hija del cuarto Conde del Montijo, D.ª Prudenciana Feliche Portocarrero.

Saint-Simon habla del Duque de Hijar como de un gran señor que bullía poco en la Corte.

(3) D. Francisco María Pico de la Mirandola, Príncipe de Concordia y del Sacro Romano Imperio, Marqués de Castiglione, creado Grande de España en 1707, como indemnización á la pérdida de sus es

da (1) y el Marqués de Risburgo (2) condujéronle al túmulo, donde estuvo durante la misa y oficios, acabados los cuales volvieron los Grandes á bajarle al panteón, donde tornó á abrirse y reconocer

tados hereditarios de Italia, de que se había apoderado el Emperador.

Estuvo á punto el Duque de recobrar sus estados y casarse nada menos que con Isabel de Farnesio, antes de que ésta compartiese el tálamo con Felipe V. Pero el Monarca no pareció abrigar recelo ninguno contra su vasallo, favoreciéndole siempre á él y á su mujer, hermana del Marqués de los Balbases, y señora de muy agradable trato, que murió de la trágica manera referida en otra nota.

El Duque de la Mirandola vivía en estrecha amistad con su padrastro el Príncipe de Cellamare, y gozaba de buena reputación en España, figurando en el partido italiano. En 1715 le hizo Felipe V Caballerizo mayor de la Reina María Luisa de Saboya; en 1724 le agració con el Toisón de Oro y en 1738 le nombró Mayordomo mayor de su casa, cargo que le fué conservado por Fernando VI. Murió el Duque en Noviembre de 1747.

(1) D. Manuel de Moncada, Gentilhombre de Cámara del Rey, hermano del Marqués de Aytona, Coronel de la Guardia española, casó el 29 de Mayo de 1693 con D.ª Teresa de Leiva, unión merced á la cual fué en 1705 cuarto Conde de Baños, séptimo Marqués de Ladrada y de Leiva, Grande de España.

(2) Carlos Enrique de Melun-Ligne-Aremberg-Croy, Marqués de Risburg ó Richebourg, Conde de Beausart, Grande de España, Capitán General del Reino de Galicia y de Cataluña, Coronel del regimiento de Guardias Walonas, Caballero del Toisón de Oro en 12 de Enero de 1700. Casó con madama Schetz, llamada de Urgel, hermana del Duque de Hombokes y de Urgel. Murió el Marqués Carlos Enrique en Barcelona, año de 1735, siendo Virrey y Capitán General de aquel Principado.

cerse el cuerpo, y entregaron éste al Prior de San Lorenzo.

Todo había terminado, y de un Monarca que tantas esperanzas hiciera concebir, sólo quedaba un recuerdo vago en el ánimo de los españoles, algunas ambiciones justificadas en el corazón de varios intrigantes, y un dolor sincero, aunque momentáneo é interesado, en la persona que menos podía imaginarse: en la insustancial Luisa Isabel, en la viuda para quien se acababa la vida á los quince años, en la niña que veía derrumbarse en un momento su floreciente posición, y que, enferma también de viruelas, se preparaba á luchar contra sus suegros y contra sus súbditos, deseosos unos y otros de verla cuanto antes fuera de España.

De las impresiones de la Reina y de las de su hermana Mlle. de Beaujolais da idea una carta de la segunda, dirigida á la Marquesa de Montehermoso, que dice así:

«Marquesa mia deseo que estes mui buena y Teresa yo estoi mui sola en este sitio mi marido (El Infante D. Carlos) le e bisto oy, las viruelas son quien nos adado tanto que sentir a mi hermana la considero la mas ynfelice del mundo de lo que a mi no me toca poca parte ay marquesa mia lo que hemos perdido, a Teresa un abrazo y quedate con Dios.—PHILIPA ISABEL.»—(Archivo del Conde de Ezpeleta.—Pamplona.)

XVI

De propósito he dejado para tratar aparte la importante cuestión del supuesto envenenamiento de Luis I, con que algunos enemigos de Isabel de Farnesio han querido ennegrecer la memoria de esta señora, atribuyéndole la muerte del primogénito de Felipe V.

El primero en lanzar esta acusación, con todo género de detalles, fué el más encarnizado contrario de la madre de Carlos III, el famoso D. Melchor de Macanaz (1), quien en las Memorias que

(1) D. Melchor de Macanaz nació en Hellín, provincia de Murcia, el 16 de Febrero de 1670. Declarado partidario de Felipe V, sirvió á éste con gran fidelidad, y el Rey le premió nombrándole asistente del Virrey de Aragón y confiriéndole después varias y señaladas distinciones.

Defensor acérrimo de las regalías de la Corona, obtuvo el cargo de Intendente del reino de Aragón, el de Superintendente de Hacienda y, por último, el de Plenipotenciario de Felipe V para tratar el Concordato con Roma, aunque no llegó á ir á París.

Enemistado con Alberoni y Giudice, tuvo que reti-

para la historia del gobierno de España dejó manuscritas (tomo II, pág. 342) manifiesta que el Rey D. Luis fué ciertamente atacado de viruelas antes de morir; pero que, aliviado de esta enfermedad, el médico parmesano Cervi (1), de acuerdo con la nodriza de la Reina, Laura Piscatore, con el Marqués Scotti (2), enviado de Parma, y con D. Do-

---

rarse á Francia, y estando allí comenzó á sufrir los rigores de la Inquisición con motivo de haber publicado su famosa Memoria, hasta que la desgracia alejó de España á sus enemigos. Entonces pareció que su favor iba á aumentar, y fué nombrado Asesor de los Plenipotenciarios en el Congreso de Cambray, pero no se le permitió entrar en España.

El Ministerio de Riperdá señaló un nuevo retroceso en la carrera de Macanaz, que se retiró á Lieja y después á Bruselas.

El advenimiento de Fernando VI mejoró la situación de Macanaz, hasta que en Mayo de 1748 fué preso y conducido al castillo de Pamplona, desde donde se le trasladó al de San Antón de la Coruña.

Doce años duró esta prisión, hasta la venida de Carlos III á España, que concedió la libertad á Macanaz, aunque ordenándole que sin pasar por Madrid se retirase al reino de Murcia. Así lo hizo, marchando á vivir á Hellín, donde falleció el 2 de Noviembre de 1760, á los noventa y un años de edad.

El Sr. Maldonado Macanaz, al hacer el inventario de los manuscritos de su antecesor, encontró 36 obras en folio, algunas en varios tomos, 46 en cuarto y 25 en octavo.

(1) Cervi era un médico parmesano que el Duque de Parma envió á España en Diciembre de 1717 y á quien distinguía mucho Isabel de Farnesio.

(2) Annibale Scotti di Castelboco, Marqués de Scotti, Gentilhombre de Cámara del Duque de Parma y agregado como Mayordomo al séquito de Isabel de Farnesio cuando ésta vino á España. Vuelto á Parma,

mingo Guerra (1), confesor de Isabel de Farnesio, ropinó al joven Rey cierta bebida, de la cual le resultó la calentura y la muerte á los tres días, y que los cirujanos que embalsamaron su cuerpo conocieron que el veneno administrado era tan

---

fué enviado de nuevo á Madrid en 1716 para vigilar y enterarse de la conducta de Alberoni. Después de una agitada existencia política, sirvió á Dubois y al Regente, en compañía de Laura Piscatore, para derribar al primer Ministro, recibiendo con tal motivo una joya del Duque de Orleans, valuada en 100.000 libras. Desde entonces quedó en Madrid, de asiento, como Embajador del Duque de Parma. Algunos creían que influía de una manera decisiva en la conducta de Isabel de Farnesio, pero esto no es verdad. Felipe V le hizo Gentilhombre de Cámara y Jefe de la Casa del Infante D. Luis. El 10 de Enero de 1724 alcanzó el Toisón de Oro y á poco tiempo el Cordón del Espíritu Santo y el de San Jenaro. Por último, en 1742 fué creado Grande de España.

(1) D. Domingo Guerra, confesor de Isabel de Farnesio, después Arzobispo de Amida, hermano de don Miguel Guerra, *famoso* por su participación en el gobierno de Luis I, era una persona ambiciosa, en opinión del Gobierno francés, pero de capacidad suficiente; intervino en todas las cuestiones familiares de Felipe V y su nuera Luisa Isabel, inspirando con sus pareceres la conducta de los Reyes padres. Durante el segundo reinado de Felipe V aumentó considerablemente su influencia con la Soberana, hasta el punto de considerar que compartía la privanza con la nodriza Laura Piscatore. Inclinado en un principio á favorecer la unión de España y Francia, acabó por aliarse con el Nuncio y Austria é inspirar cierta desconfianza á los Representantes franceses, en cuyas instrucciones se lee el siguiente desdeñoso párrafo: «*Le confesseur de la Reine d'Espagne est assez connu. C'est un homme incapable d'affaires, et, au milieu de toutes les intrigues, incapable d'en mener aucune. Il est ambi-*

violento que no pudieron coser el cuerpo, y el principal de ellos, que hizo la operación del embalsamamiento, estuvo muy enfermo y expuesto á perder ambas manos por haber tocado las partes en que el veneno había obrado.

Al hacer Macanaz esta afirmación, añade que así lo repitieron muchas veces el doctor Plantanca, canónigo de la Santa Iglesia de Palermo, y D. José Caraccioli, presbítero, también de Palermo, teólogos que eran del Rey D. Felipe V, con quienes S. M. consultaba las materias de conciencia y las de Estado y gobierno.

Tan grave acusación, recogida y repetida por varios autores, incluso por Lafuente, que no la sostiene, pero que tampoco la combate, es fácil de refutar punto por punto, no apoyándose en simples afirmaciones, como su autor, sino en documentos de cuya autenticidad no puede dudarse.

La primera parte del relato de Macanaz es cierta: Luis I fué atacado de viruelas; pero no murió únicamente de ellas, como lo prueban los mismos médicos, cuyas cartas hemos extractado en el capítulo anterior.

---

tieux et a en vue les honneurs les plus éclatants. On ne peut presque s'en servir que comme d'un organe pour faire passer de certains discours. Il y a lieu de le regarder comme livré au Marquis de la Paix et dans ce moment-ci à l'Empereur.» (Instrucción del Marqués de Brancas, 1728-1730.)

No obstante tal opinión, siguió desempeñando un papel muy importante en la Corte y mezclándose en todas las intrigas de ella.

El 29 de Agosto se apoderó del enfermo tan pertinaz y fuerte calentura, que no pudo ser vencida de ninguna manera y determinó la muerte. Tal calentura, confiesan todos los doctores que procedía de vicio anterior de la sangre y de la enfermedad denominada vulgarmente tabardillo, procurados por el Rey en sus continuos y violentos ejercicios. Sería, pues, menester suponer cómplices de Isabel de Farnesio á los cinco facultativos que asistieron á su hijastro y afirmaron solemnemente lo anterior.

Ni el médico Cervi le pudo administrar remedio alguno, por la sencilla razón de que no asistió al enfermo ni entró para nada en las consultas de los demás, ni Laura Piscatore ni el confesor D. Domingo Guerra estuvieron en situación de realizar ningún acto perjudicial, porque no se apartaron de San Ildefonso un solo día, y en aquel tiempo eran bastante más difíciles que ahora las comunicaciones entre La Granja y Madrid. En cuanto al enviado de Parma, si estaba entonces en la Corte, ni tenía entrada en la Cámara del Rey, ni su influencia era grande con el Monarca, que no podía tomar en los negocios del Gran Duque sino un interés muy indirecto.

Por último, me parece imposible que Felipe V, de cuyo amor á su hijo no cabe dudar, no sólo tuviese participación en el asunto, sino que le consultara con eclesiásticos tan indiscretos y habladores como los citados Plantanca y Caraccioli, teniendo á su lado al confesor P. Bermúdez y siendo

su costumbre confiar sólo á éste sus asuntos de conciencia.

Toda esta parte de la acusación de Macanaz es tan burda y destituída de verosimilitud, que se destruye con sólo recapacitar un poco y fijarse en la distinta posición de los citados personajes.

Más grave es la que se refiere al embalsamamiento del cuerpo del Rey, por lo mismo que se funda en algunos hechos ciertos, hábilmente desfigurados por Macanaz para probar su aserto.

En las Memorias del monasterio de San Lorenzo, que poseyó D. Fernando Vida, se refieren las travesuras de D. Luis y de su mujer, añadiéndose después: «Todas ellas... produjeron al fin y presto su muerte; diéronle primero viruelas bien malignas, ni podian ser de otra suerte con tales exercicios y precisos requemamientos de la sangre, y antes de acavarse de componer desto, le sobrevino un tabardillo horroroso que en breve le acavo... no le traxeron á casa asta el Lunes siguiente, dia mismo en que parece tenia determinada jornada para esta casa... aseguraron algunos que asistieron a embalsamar el cuerpo q'asta los sessos tenia podridos, ni podia ser otra cosa con tan violentos y continuados exercicios como hacia. Con no averle dejado sino es los huesos, pues asta la carne de la cara le quitaron haciendosela de zera, q^{do} le traxeron apestava por donde pasaba de tal suerte q' los q' llevaban el ataud necesitavan de ir oliendo pomos de balsamos y agua de la Reyna, asi lo vimos en todos los S^{res} que vinieron al entierro».

Las anteriores noticias, que son exactas, parecen reforzar la acusación de Macanaz; pero, en realidad, la contradicen, explicando la verdadera enfermedad y las causas que produjeron la muerte de Luis I. Respecto de los detalles, un tanto alarmantes, relativos al cadáver, ni son un descubrimiento del autor de las Memorias, ni extrañarán á nadie. El Soberano había muerto en la madrugada del 31 de Agosto, y hasta el 1.° no le embalsamaron, teniéndole de cuerpo presente dos días más. Con el calor asfixiante que en tal época se padece en Madrid, rodeado de cera ardiendo y muerto de dos enfermedades tan propias para descomponer el cuerpo, incluso tuvo que adelantarse un día el entierro por causa del mal olor que despedía y renunciarse á los tres días de exposición pública, que era lo acostumbrado en tales casos.—(Archivo de Palacio.)

En cuanto á las otras observaciones, baste recordar que el embalsamamiento de los cadáveres se practicaba entonces de muy distinto modo que ahora, precediendo la anatomía del cuerpo y despojándole de sus entrañas, que, según costumbre, se mandaban enterrar en el convento de San Gil, de Madrid, como lo acredita la certificación del P. Yepes, existente en el Archivo de Palacio, en que se participa haber recibido el 2 de Septiembre, de los monteros de Espinosa y guardias de S. M., acompañados del Marqués de Villagarcía, el corazón y todas las demás entrañas del señor D. Luis I, Rey de España, para depositarlas en

dicho convento, donde se hallaba el Entierro Real de los Reyes, separado y dedicado para este fin.

Finalmente, las demás dudas que puedan quedar son desvanecidas por el acta original de «la anatomía ejecutada en Luis I», que, gracias á una dichosa casualidad y al auxilio del inteligente archivero Sr. Güemes, he podido encontrar en el Archivo del Real Palacio, y copio á continuación:

«En el Palacio del Buen Retiro, Biernes primero de Septiembre de este presente año de mil setec.tos beinte y quatro, assistiendo el Exc.mo S.r Marqués de Astorga, Conde de Altamira, sumillers de Corps, y los Excmos. señores Duques de Gandía (1) y de Solferino (2), Gentiles hombres de Camara, se hizo

(1) D. Luis Ignacio de Borja y Fernández de Córdoba, undécimo Duque de Gandía, Marqués de Lombay, nació en Gandía el 28 de Julio de 1673. Fué agraciado con el hábito de Montesa, en 1701, y obtuvo la dignidad de clavero y Gran Cruz de dicha Orden y la encomienda de Culla.

Cuando se le formó casa al Príncipe de Asturias don Luis, figuró el Duque como uno de sus Gentileshombres, y al ser nombrado Rey D. Luis, siguió Gandía desempeñando el mismo cargo cerca de S. M.

Fué después Mayordomo mayor del Príncipe de Asturias D. Fernando, y murió, sin sucesión, el año de 1740.

(2) D. Francisco Gonzaga Pico de la Mirandola y Este, Príncipe de la Casa de Mantua, Duque de Solferino. Casóse con D.ª Isabel Zacarías Ponce de León, Duquesa viuda de Alba, y este matrimonio hizo su fortuna. Creado en 1714 Grande de España, con el título de Duque de Solferino, el Rey le nombró Gentilhombre de Cámara. Viudo en 1721, casóse en segundas nupcias con D.ª Julia Caracciolo, hija del Príncipe de Santobuono, dama de D.ª Bárbara de Braganza. El

por D. Ricardo Le Preux, primer cirujano y don Luis Detthe cirujano de familia y D. Bernardo Abolin, primer boticario, la anatomia y embalsamamiento del Rey nro. S.r D.n Luis primero que Dios aya, en presencia de los Doctores D. Juan Hygins, primer medico de S. M. D. Pedro de Aguenza, primer médico de la Reyna nra. S.a don Josph Suñol, D.n Alphonso Sanchez y D.n Antonio Diaz, médicos de Camara.

»Y habiendo abierto la cabidad natural se allo en la parte concaba del higado y en la parte del estomago que le corresponde una grave alterazion de color con una actual ynflamacion que se estendia al diaphracma por la misma parte que corresponde al higado en el hipocondrio izquierdo se ha allado el Bazo corrupto y toda la parte que le corresponde del diaphracma y del peritoneo, y hauiendo llegado con la mano á la substanzia del Bazo se deshacia como vna masa de chocolate.

»Assimismo hauiendo abierto el thorax o region bital se ha allado toda la substancia de los pulmones Inflamada y de mucho menor bolumen que en el estado natural, particularmente el lobo izquierdo del pulmon que vna terzera parte hera menor que el lobo derecho, vizio contraido de antemano por la estrechez y compresion del thorax y de los exercicios y soles ynmoderados. En el corazon no

---

Duque desempeñó el cargo de Mayordomo mayor de dicha Princesa, y el 22 de Septiembre de 1752 recibió el collar del Toisón de Oro. Murió á principios de Febrero de 1758.

se ha allado otra cosa sino que pasaba de algo en la molizie de su carne, estando bueno el color.

»El Hueco del Thorax por ambos lados muy estrecho y particularmente por el lado yzquierdo por donde las Costillas parezian que hauian perdido mucho de su combexidad lo que embarazaba el mobimiento libre de los pulmones.

»Habiendo abierto la caueza Y quitado la parte superior del craneo se descubrio vna alterazion notable en toda la dura mater y toda la parte derecha y superior de ella enteramente ynflamada y algo elevada y haviendo abierto la dura mater se allo toda la zircunferencia superior de la pia mater y de la substancia cortical del zerebro alterada con Inflamacion actual y restagnacion de sangre y alguna libidez en la parte derecha y superior y esta misma alterazion penetraba algo en la substancia cortical y se estendia á la superficie de los lobos del cerebro, que caian sobre el cerebelo y estos son los Bizios y malas conformaziones que se ha allado en las tres cabidades del cuerpo mas que suficientes causas para producir el fatal exito de esta enfermedad.» (Siguen las firmas.)

En lo que cabe, pues, dentro de los medios de que puede valerse el historiador, queda probado que los fenómenos notados en el cadáver de don Luis procedían de las enfermedades que le llevaron al sepulcro, sin necesidad de atribuirlos á causas extraordinarias. Para suponer que la muerte no fué natural habría que presentar como cómplices de ella, no á las personas citadas por Maca-

naz, sino á todos los que asistieron á la anterior operación y á los que no se separaron de D. Luis durante su última enfermedad.

El cuento del cirujano que estuvo á punto de perder las manos por haber tocado las partes atacadas por el veneno, no tiene otro fundamento que una reclamación, existente también en el Archivo de Palacio, y firmada por Le Preux y Luis Detthe, pidiendo ser gratificados por el trabajo del embalsamamiento, «que ejecutaron con el sumo trabajo que es notorio», sin referencia á peligro ninguno de su parte, y mostrándose sólo poco satisfechos con la suma de 7.026 reales, que es lo que habían pagado á Le Preux por su labor.

Leídos estos documentos y meditados pausada y reposadamente, puede asegurarse que la afirmación de Macanaz es falsa, y absurda la fábula inventada para justificarla. Luis I, como consta en otro documento del Archivo de Palacio, murió de viruela y tabardillo, sin que en su fallecimiento interviniese para nada Isabel de Farnesio, que, por otra parte, hubiese conseguido poco con deshacerse de D. Luis, viviendo aún D. Fernando, que sólo contaba en aquel tiempo doce años, y del cual se ignoraba si podía ó no tener hijos, aunque era de presumir que los tuviera.

En Historia no se puede hoy día afirmar nada sin apoyarse en una prueba, y todas las que existen, en gran número por cierto, confirman mi parecer y rechazan definitivamente la apasionada acusación de D. Melchor de Macanaz.

XVII

Renunciaré á describir aquí los incidentes que señalaron el principio del segundo reinado de Felipe V, y sólo trataré de la situación y existencia de la Reina Luisa Isabel de Orleans después de la muerte de su marido.

Enferma de viruelas y descuidada por todos, pasó la infeliz joven los primeros días de su viudez en aislamiento triste, de que da idea el siguiente párrafo de una carta de la Duquesa de San Pedro al Mariscal de Tessé:

«*J'ai dit à la Reine, Monsieur, vos sentiments et votre bonne volonté à son égard. Elle en a bien besoin car je vous assure que tout le monde est revolté contre elle, sans aucune raison, car la pauvre enfant est digne de pitié; elle fond en larmes et m'a dit de vous remercier, qu'elle était hors d'etat de rien desirer et qu'elle me demandait de penser pour elle.*»

Pero ya sabemos que en Luisa Isabel todo era cuestión de momentos, y que en aquella naturaleza ligera y caprichosa ningún buen propósito era

capaz de echar raíces. —«¿Qué haremos de la joven Reina? —preguntaba apurada Isabel de Farnesio á Tessé, tres días después del fallecimiento de D. Luis.—En nombre de Dios tratad de convencerla de que le facilitaremos todas las puertas que puedan abrirle, por medio de rentas seguras, el camino de Francia.» «Y acto seguido—refiere el Embajador—me han contado que desde la muerte del Rey estaba llena de alegría y observaba una conducta tan extraordinaria que la decencia no me permite repetir las tremendas cosas que me han dicho.»

Tessé, que ya había recibido instrucciones, repuso que la suerte natural de la Reina sería permanecer en la ciudad española que SS. MM. le señalaran, á lo que contestó la esposa de Felipe V: «*Ce sera une belle nouvelle et pour la France et pour l'Espagne, quand un beau matin, l'on nous viendra dire que la Reine est grosse, qu'elle a accouché et qu'elle court le bon bord.*» «Creed—añade hipócritamente el Embajador—que me duele usar de esos términos; pero aún disminuyo su significación.»

Las viruelas que la Princesa había adquirido á la cabecera de su marido, y que la tuvieron enferma durante varias semanas, cuenta Baudrillart que, lejos de desarmar la malignidad, constituyeron un nuevo motivo de murmuración. Cuando se encontró curada, visitóla el Embajador, que escribía á Morville, dándole cuenta de su entrevista con la hija del Regente:

«J'ai trouvé sa personne très grandie, plus négligée et plus malpropre que ne serait une servante de cabaret. Je me souviens que feu le Dauphine disait que, dans toutes les descriptions, les Princesses étaient si belles que quand on en approchait, on ne trouvait pas que ce fût la même chose.»

El resto de la carta está lleno de chistes del peor gusto acerca de la persona de la Reina.

Habló se por entonces del proyecto de casar de nuevo á Luisa Isabel con el Príncipe de Asturias, D. Fernando; pero estaban demasiado frescos los recuerdos de sus excentricidades y desórdenes para que los españoles vieran con agrado aquel enlace.

La Duquesa viuda de Orleans, deseando á toda costa restablecer su crédito en España, trató entonces de negociar que Mlle. de Beaujolais, prometida de D Carlos, se casara con el Príncipe, Mlle. de Chartres con el Infante, y quedándose Luisa Isabel entre nosotros, se ayudaran mutuamente las tres hermanas, proyecto que el Mariscal de Tessé recibió orden formal de combatir, aunque no fué necesario, pues á las primeras palabras del Embajador á SS. MM. *«elles pouffèrent de rire au nez»*, y allí se acabó el negocio.

Urgía, sin embargo, decidir del destino de aquella Princesa, *«dont personne ne voulait, pas même ses domestiques»*, según afirmaba el despiadado Tessé. Por un artículo de su contrato de boda, tenía Luisa Isabel el derecho de regresar á Francia, y aunque, en ocasiones, los consejos de los

que la rodeaban le hicieran escribir á sus suegros cartas como la siguiente, de fecha de 20 de Octubre (1725):

«*Je suis très redevable à vos Majestés de leur attention à soulager mes peines qui sont bien plus reelles quelles ne paroissent a qui ne me conoit pas, ma confiance en elles, ne me laisse aucun doute que ne dispossent de moy en la manière le plus conforme à mon bien j'atendray donc de leurs mains come de cele de dieu ce qu'il leur plaira de regler sur ma destine et je les suplie d'agreer me vœux pour leurs prosperitez.*—Louise Elizabet» (1).

En otros momentos, y teniendo presente su facultad de marcharse, ni se incomodaba por repetírlo delante de los Reyes, ni Isabel de Farnesio se olvidaba de recordárselo de cuando en cuando.

Al fin tuvo que ceder el Gobierno francés y consentir en el regreso de la hija del Regente, con tal de que no se alojase en París, sino en algún palacio ó castillo lejano de la capital, ó en alguna ciudad vecina á la frontera de España.

Decidida la cuestión en principio, sólo se trató de ultimar los detalles referentes á la dotación de la Princesa, para que ésta pudiese vivir con el decoro debido á su elevado rango. El Monarca francés ofreció, después de cansadas negociaciones, seguir pagando la renta de su dote, ya que dicho capital nunca llegó á ser entregado á Luisa Isabel,

---

(1) Carta de la Reina Luisa Isabel á los Reyes padres —Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.644.

y cederle para su habitación el castillo de Vincennes con todas sus dependencias. Los Reyes de España acordaron, por su parte, entregarle en absoluta propiedad todas las joyas y preseas que recibiera al tiempo de su matrimonio y durante él, y pasarle anualmente, en equivalencia del pactado aumento de dote, la renta de 150.000 escudos, ó sean 300.000 libras francesas, para el mantenimiento de su casa.

Después de enojosas disputas con el caballero de Conflans, comisionado por la Duquesa de Orleans para arreglar el asunto con sus consuegros, disputas de que se conserva un expediente en el Archivo Histórico Nacional (Leg. 2.633), y que fueron motivadas por la reclamación del aumento de dote, cantidad que desde luego se negó Felipe V á pagar, alegando que no podía haber aumento de una cosa que no fué entregada, como sucedía con la dote de Mlle. de Montpensier, cedió la casa de Orleans, conformándose con la renta ofrecida por los Reyes padres, y sólo se pensó ya en arreglar la casa de la Reina, segunda viuda de España, como se la llamó desde entonces, para distinguirla de la primera; María Ana de Neubourg, que vivía tristemente en Bayona.

Queriendo echárselas de galante, dejó Felipe V á su consuegra que le propusiera los individuos que creyera más á propósito para servir á la joven Luisa Isabel, y encargóle de la protección y observancia de la joven viuda mientras estuviera en Francia; mas tal libertad no estorbó que las

primeras personas á quienes la Duquesa propuso, respectivamente, para Camarera y Mayordomo mayor de la Reina, que fueron los Duques de Liria, no agradaran al Soberano español, quien los rechazó, nombrándose entonces, por indicación de la citada Duquesa, á la Princesa de Berghes, *née* Duquesa de Rohan (1), y al Príncipe de Robecq, de la casa de Montmorency (2), ambos Grandes

---

(1) Ana de Rohan Chabot, hija de los Duques de Rohan, casó en 1710 con el Príncipe de Berghes, Grande de España, caballero del Toisón de Oro, hermano de la famosa Mlle. de Montigny, que fué por tanto tiempo amante del Elector de Baviera.

Los Príncipes de Berghes residían ordinariamente en Flandes, y allí murió el Príncipe en 1720, sin descendencia.

La Princesa, según Saint-Simon, era dama de mérito y de figura agradable, cualidades que, unidas á otras no menos recomendables, hicieron que los Reyes de España se fijasen en ella para el puesto de Camarera de la Reina viuda de Luis I.

Los caprichos de esta señora la indispusieron al poco tiempo con la Princesa, cuyo carácter era por demás violento, según Castelar, reemplazándola en su cargo por la Duquesa Sforzia

Los Reyes padres, en cambio, le conservaron siempre su confianza, nombrándola de nuevo para el puesto de Camarera de D.ª Luisa Isabel cuando comenzaron sus disgustos con la hija del Regente, si bien no pudo Mad.ª de Berghes tomar posesión de su empleo por oponerse á ello la propia Reina, que murió sin permitir presentarse delante de ella á su antigua Camarera.

(2) Anne-Auguste de Montmorency, Príncipe de Robecq, conocido primero por el título de Conde d'Estaires, sirvió en la guerra de Sucesión, obteniendo el Toisón de Oro en 1711, como recompensa al valor mostrado en el sitio de Gerona; muerto en

de España y personajes de la más alta posición social.

Los demás empleados que compusieron la casa de Luisa Isabel fueron cuatro damas, cargos para los cuales se designó á las Marquesas de Nevers, Arpajon y Mailly y á la Condesa de Rivière; e Caballerizo mayor, Duque de Nevers; el primer Caballerizo, Marqués de Crecy; el Capitán de los Guardias de Corps, Marqués de Tars; el de Esguízaros, Marqués de Varennes; dos Mayordomos, cuatro tenientes y un alférez, tres caballerizos, seis oficiales menores; Mr. Doublet, Secretario de la Reina; un tesorero y dos sumilleres de cortina; el confesor, padre Cathalán; dos capellanes de altar y un sacristán; el primer médico, Mr. Besse; dos médicos más, dos cirujanos y un boticario; un guardarropa mayor y una azafata; siete camaristas, diez ayudas de cámara, un sastre, tres oficiales más, dos cocineros, con ocho oficiales de cocina y dos para guarda de la plata; veintidós oficia-

---

Octubre de 1716 su hermano el Príncipe de Robecq, sin dejar sucesión, heredó el Conde de Estaires su Grandeza y sus títulos, continuando en Francia. Obtuvo el grado de Teniente General y á la muerte de Luis I fué nombrado Mayordomo mayor de la Reina viuda Luisa Isabel de Orleans, cuando ésta se retiró á Francia. En el año 1722 se había casado el Príncipe con Catalina Felicitas de Bellay, que murió en 1727, y él siguió viviendo en París, donde falleció poco después de la Reina Luisa Isabel, dejando á su heredero casado con la hija del Duque de Luxemburgo.

les más de distintas clases, dos brigadieres de Guardias de Corps y dos sub-brigadieres, un criado de sala, veinticuatro guardias, veinticinco esguízaros y setenta oficiales de la caballeriza (1).

Toda esta servidumbre costaba anualmente la respetable suma de 340.558 libras, y con ella puede decirse que no se vería desatendida la viuda de Luis I por falta de personal.

Hasta los menores detalles de su vida fueron regulados de antemano en Madrid, enviándose al efecto sendas copias de las famosas etiquetas españolas á la Princesa de Berghes y al Príncipe de Robecq, y figurando entre los más curiosos arreglos el titulado «*Etat du menu pour la table de la Reine*» (2), por el cual nos enteramos de que la comida de Luisa Isabel se componía de lo siguiente: «*Un potage garni et son Bouillon; deux entrées de viande de Boucherie composées de quatre livres ou environ chacune; deux entrées de ponte a pieds composée de deux pieces chacune; deux plats de Rost de deux pieces. Chacun avec une salade; quatre entremels, dessert ou fruits composée de trois jattes et quatre assiettes.*» Y de que la cena

(1) Relación de los jefes, oficiales y criados de que se componía la casa de la Reina segunda viuda nra Sra antes de la nueva disposición ó reforma de 28 de Julio de 1727.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.696.

(2) *Etat du menu pour la table de la Reine comme ella a eté servie à Vincennes sur le pied cy dessus.*—Archivo y legajo citados.

de S. M. la formaban: « *Une... d'une piece, une entrée de Boucherie, un aloyeau, le Rotty, deux pieces, deux entremets, deux salades, une grande jatte de fruit sec et crue, quatre compotteres à l'ordinaire.* » Platos que suponían al año un gasto importante, sumando todos los generales de la casa de la Reina, la cantidad de 417.845 libras.

Señalóse en las anteriores negociaciones por su indisculpable tacañería el Duque de Borbón, quien, dejándose llevar de su antipatía contra la casa de Orleans, no sólo dificultó cuanto pudo lo relativo al mantenimiento de la viuda de Luis I, sino que hasta se negó á enviar los coches del Rey á la frontera para que regresara en ellos la hija del Regente, y dió lugar á que Felipe V y su esposa participasen al Embajador, echándoselas de magnánimos y rumbosos, que si las carrozas de Luis XV no se encontraban en la orilla del Bidasoa, las suyas conducirían á la Reina hasta Bayona, y aun hasta Vincennes, si la dignidad de su sobrino no se interesaba en el asunto.

Por fin, el 15 de Marzo de 1725 se puso en camino la viuda de Luis I, recorriendo triste y aceleradamente los mismos lugares que años antes atravesara entre las aclamaciones y los aplausos de un pueblo que veía personificada en ella la garantía de una paz duradera y la madre futura de una dinastía de Reyes.

¡Qué cambio en todos sentidos se había verificado en los negocios durante aquel tiempo! Tres días después de la partida de Luisa Isabel se re-

cibía en Madrid la noticia de la devolucion de la Infanta, de la *Mariannina*, de la futura Reina de Francia, bajo el pretexto de que dicha nación necesitaba un delfín en seguida, y la hija de Isabel de Farnesio no podía proporcionárselo.

El resentimiento de Felipe V fué muy grande. Toda la política del Regente y de Dubois cayó de golpe. Aquella misma noche se envió un correo que alcanzara á la comitiva de la Reina viuda para que ésta esperase la llegada de Mlle. de Beaujolais, la prometida del Infante D. Carlos, que sufría, de rechazo, las consecuencias de los actos del Duque de Borbón, devolviéndose también á Francia, y la política exterior de España experimentó un repentino y brusco cambio, echándose nuestros Soberanos en brazos de Austria y comenzando el reinado del famoso Ripperddá.

Entre los documentos que se conservan en el Archivo Histórico relativos al asunto hay, uno muy curioso titulado *Lo que acordaron SS. MM. en esta noche* (el 15 de Marzo, en que se recibió la noticia de la devolución de la Infanta) (leg. 2.628), referente á todas las medidas tomadas para hacer salir inmediatamente á Mlle. de Beaujolais y á los Embajadores y Cónsules franceses; pero aún es más importante otro inédito, que consiste en una minuta de Felipe V, escrita en italiano, por Isabel de Farnesio, dirigida nada menos que al Santo Padre, en que por anticipado le da cuenta de toda la política que piensa seguir, conocida la nueva actitud de Francia.

En esta minuta (1) refiere Felipe V sus anteriores gestiones cerca del Emperador, los proyectos de matrimonios con las Archiduquesas y con los Príncipes portugueses y las consecuencias que espera obtener de unos y otros.

Nadie citaba ya á las Princesas de la casa de Orleans, ni la alianza de Francia y España representaba nada en el terreno político, y mientras en París se apresuraba la partida de la Infanta, destinada á ocupar en lo futuro el trono de Por-

(1) El documento es de tanto interés que, aunque largo, me voy á permitir insertarlo íntegro, tal como está escrito:

«*Eccomi seconda volta a piedi di V. B. confidato nella summa bontá o rettitudine esperimentata nel suo figlio corrispondente a quello, che mi presi la libertá di scriuerle alcuni mesi sono, ed alle qualle hauro sempre un eterne riconoscenza. Vengo dunque a derporle che l'Abate di Liuri, incaricato de gli affari di Francia a presso di me, mi presento due lettre una dil Re mio nipote, l'altra dil Duca di Borbone, dicendomi nello stesso tempo che essendoni necessita di successione in Franzia, ed essendo mia figlia ancor troppo tenera d'etá per poterne sperare la bramata e gia sopranominata successione havebano presa la rissoluzione di rimandarmela. Puo V. Stª immaginarsi di quanta turbazione e idegno mi riuscí una cosi inaspettata proposta li negai la recezione delle Lettre e nello stesso tempo gli representai cosa tutto il mondo potena dire d'una cosi inaspettata et inmatura rissoluzione non repetero a V. B. per non fastidirle tutto quallo que gli ripresentai solo le diro que li dissi che doppo questo non volevo piu qui di nessuna maniera quella che era destinata in sposa a mio figlio Dⁿ Carlo, che ritirabo la mia parola de tutti gli impegni che ho con la sodetta e che s'attendi pero a qualunque rissoluzione que potessi prendere doppo un simile affronto, a me fatto e a tutte la nanione non attendo ora altro che l'aviso*

tugal, reunidas Luisa Isabel y su hermana Felipa Isabel, en la misma carroza, recorrían el espacio que las separaba de Francia, escribiendo de cuando en cuando á los Reyes cartas que la Duquesa de Montellano se encargaba de remitir á Madrid, y que no producían ya ningún efecto.

Después de sufrir las inclemencias del tiempo al atravesar Castilla, llegó la comitiva de la Reina viuda á Irún, donde el Marqués de Valero hizo la correspondiente entrega al Príncipe de Robecq, y

---

che sia publicato in Parigi che non può tardare, per prendere le mie resoluzioni primo di fare annullare l'esponsali di futuro che si erano contratatti fra mio figlio e la P^sa d' Orleans come si costuma sperando che V. B. colla sua innata bontá vorra revalidare se fosse necessario in questo punto il mio proceder e ancora dico a V. B. sotto il medesimo sigillo che gli scrissi l'altre mia, che desirerarei in estremo di vedere questo mio figlio libero, perche spero con l'ainto di Dio e dal bene di questi popoli cioe con una figlia del Imperadore e di potere reunire due potenze che sono tanto portate all bene della Religione e della S^ta Sede e ancora per l'utilitá di questi mici regni e se V. B. mi permette si circonstancie vo meglio quest interesse. Vedendo che le potenze garanti volevano fare una pace a mia costa e come si moldere un impietro piu tosto che pare, deliberai d'indriggermi a dirittura all Imperatore facendole molte (espiegazione (?) per il bene comune che non havrebe mai potor sporne si ci fosse fatta la pace per mezzi de Franccesi ed Inglesi, proponendole il matrimonio di mici due figli piu picoli con le sue due figlie ed altri molti avantagi che sarebbero troppo lunghe per (scrivere (?) in questo foglio, onde mandai un huomo a posta a Vienna, che non mi da mala speranza della riuscita, devo ancora dirle que la mia intenzione era altora di passare quella che era destinata a mio figlio D^n Carlo al P^pe mio figlio credendo sicuramente che la Francia ne havrebbe havuto contento e nello

se despidieron, él y la Duquesa de Montellano, de ambas Princesas. En Bayona esperaban la Princesa de Berghes y la Marquesa de Conflans, aya de Mlle. de Beaujolais, con las berlinas de la Duquesa de Orleans, pues el Duque de Borbón no consintió siquiera en que Luis XV sufragase los gastos del viaje, é inmediatamente se pusieron en camino. Muy adelantado el mes de Junio, llegaron á las cercanías de París. Presa de un remordimiento tardío, y comprendiendo por fin las atenciones que

---

stesso tempo che li regni delle Corone d'Aragona che non sono molto affetti no havrebbero mai piu potuto alzare la testa vedendo il mio primogenito unito con una P^sa de Francia e le secondi con le due figlie dell imperatore che se fosse stato il mio primogenito con la figlia del qui sopranominato imperatore havrebbero potuto con il tempo solamente e qualche guera civille contro di sue. Addesso pero muta il sistema V. B. ben vede con la sua gran prudenza che non mi conviene gia hauere francese qui penso di maritare il mio primogenito in Portogallo e la mia figlia con P^e figlio del sudeto Re che io ne havrebbe grandissimo piacere e tanto pur che sta male con la Francia e per auere alliati contro tutte le misure che potesse formare contro di me, mentre gia e un afronto che non si puo tolerare prego dunque V. S^ta che se la Francia sotto frivoli pretesti volesse impedire per mezzo di suo incaricati de suoi affari o altri che l'esponsali de mio figlio con la sudetta P^sa d' Orleans non se rompessino voglia ella non darvi orechio ed entrare e compatirmi nella mia si giusta aflizione ed in mio affronto che non puo essere piu sensibile per me e per tutti li miei Vassalli tanto spero dalla benignita di V. B. che le vorra... la sua S^ta Benedizione come umilmente le suplico.»—Minuta de carta de Felipe V al Santo Padre, escrita de mano de Isabel de Farnesio.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.850.

se deben á la desgracia, el Duque de Borbón envió á Etampes, con objeto de saludar á la viuda de Luis I, al Príncipe Carlos de Lorena, Caballerizo mayor de Francia.

Una escolta de oficiales del Rey acompañó á Luisa Isabel hasta el castillo de Vincennes, dejándola instalada en él. Todo parecía preparado para asegurar á la Reina una existencia tranquila y sosegada. La Princesa de Berghes, escribiendo á la Duquesa de Montellano, le participaba que S. M. estaba en el castillo desde el 1.° de Julio, disfrutando de muy buena salud y acordándose mucho de su antigua Camarera. Los Reyes de España comenzaron á sentirse tranquilos respecto de la suerte de su nuera; mas desgraciadamente era ésta aún muy niña para corregirse por los efectos de la experiencia. Apenas transcurrido un año, sus ruegos é impertinencias conseguían que en lugar del pacífico Vincennes le permitiese Luis XV habitar el tumultuoso París, señalándole por residencia el palacio del Luxemburgo, la antigua y célebre morada de su hermana la Duquesa de Berry, y bien pronto, según refiere Mr. Baudrillart, las escenas escandalosas á que dieran lugar sus caprichos y sus galanterías, habían de proporcionar motivos más que sobrados para las severidades y represiones de la Corte de Madrid.

XVIII

El primer incidente que señaló el comienzo de hostilidad entre Luisa Isabel y sus suegros, fué la despedida de la Camarera Mayor, Princesa de Berghes, realizada á los dos ó tres meses de estar instalados en Vincennes.

Es cierto que el genio de la Camarera debía estar muy lejos de la dulzura y la concordia necesarias para el puesto que ocupaba, como lo confiesan algunos personajes de entonces; mas ni la etiqueta española autorizaba tales libertades, ni la conducta de la Reina debía de ser muy irreprensible, cuando, sin tratar siquiera de disculparse, acudió la Princesa de Berghes á Felipe V en solicitud de la acostumbrada pensión que se concedía á las ex-Camareras, fundándola en sus antiguos servicios y en «serle notorio las causas por que la Reina la había destituído de su cargo» (1).

(1) La Princesa de Berghes á Felipe V.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.628.

Participó Luisa Isabel su resolución á sus suegros, pidiéndoles que se sirvieran nombrar por Camarera á la Duquesa de Montellano; pero esta buena señora, escarmentada sin duda por los pasados sucesos, apresuróse á declinar el peligroso honor que se le ofrecía, y entonces la Duquesa de Orleans propuso á su íntima amiga y pariente la Duquesa Sforzia (1), que fué nombrada y que desde entonces adquirió tal influencia sobre la Reina viuda, que no tardó mucho el palacio de Luisa Isabel en encontrarse dividido en dos poderosos partidos que se hacían entre sí encarnizada guerra. La Duquesa Sforzia y su sobrino el Duque de Nevers (2) eran los jefes de uno; el Príncipe de

(1) Luisa Adelaida de Damas-Thianges, Duquesa de Sforzia, casó con el Duque Sforzia en 1678, quedando viuda en 1685, sin hijos. Emparentada con la Marquesa de Montespan, gozaba de gran intimidad con la Duquesa de Orleans, esposa del Regente. Su influencia con ella era grandísima, y bien claro lo probó en las cuestiones referentes á Luisa Isabel, pues mientras la Duquesa de Sforzia vivió no se pudo llegar á un acuerdo con los Reyes de España, que la habían destituído de su cargo de Camarera Mayor de la Reina viuda de Luis I.

(2) Felipe Julio Mazarini Mancini, Príncipe de Vergagne, Duque de Nevers, sobrino de la Duquesa Sforzia, fué uno de los compañeros de la juventud del Duque de Orleans, cuya depravación protegió cuanto pudo. En 1709 se casó con una Spínola, cuyo matrimonio, debido á la influencia de su tía la Duquesa Sforzia, le hizo conseguir la Grandeza de España en 1715. El Duque de Orleans, importunado siempre por la Sforzia, le creó en 1721 Duque de Nevers y Par de Francia.

Robecq, la Princesa de Berghes y el Caballero de Bourke (1) dirigían el otro.

La vida de Luisa Isabel, por su parte, ofrecía suficientes motivos á la murmuración con las escabrosas intimidades que concedía á sus camaristas, singularmente á las más ligeras, y con la facilidad con que servía de instrumento á cualquier intriga.

Lord Percival, que tuvo la honra de asistir á una de sus comidas en el castillo de Vincennes, hace de ella, con británica exactitud, una descripción cruel que recuerda, mejor que la figura de una Princesa llamada á dar ejemplo por su conducta y maneras, el aspecto de esas criaturas extrañas que, ignoro por qué causas, ha dado en llamarse producto del fin de siglo, y que abundan tanto en nuestros días.

«Es gruesa—dice el citado escritor,—á pesar de

. . . .

(1) D. Tobías de Bourke, ó del Burgo, como le llamaban en España, era de origen irlandés, refugiado en Roma por sus creencias católicas. En 1702 se trasladó á España en compañía del Nuncio. Aquí fué hecho Caballero de Santiago y Gentilhombre del Rey. En 1704 se trasladó á Francia, volviendo á España como Enviado del Pretendiente. Permaneció en Madrid hasta 1725, en que volvió á París, acompañando á Luisa Isabel de Orleans en calidad de Jefe de su guardarropa.

Muy aficionado á mezclarse en intrigas, intervino en cuantas ocuparon á la familia Real española hasta la muerte de Luisa Isabel, acusando ésta al Caballero de ser el inspirador del Príncipe Robecq contra su persona.

El Caballero Du Bourke terminó sus días en Roma.

no haber cumplido los diez y siete años; glotona; come con ambas manos; y los dos servidores que la acompañaban llevábanla sujeta por los brazos, dejándola balancearse como un polichinela, sin que sus pies tocaran el suelo, hasta llegar al tercer salón, donde ella misma se dejó caer sobre el pavimento; jamás lee ni trabaja; algunas veces juega á las cartas, y lleva cortado el cabello como un estudiante inglés.»

La traslación de la pequeña corte de Vincennes al palacio del Luxemburgo, aumentó aquella lucha interior, que llegó á adquirir tales proporciones que en Noviembre de 1726, no pudiendo el Príncipe de Robecq contenerse por más tiempo, escribió á los Reyes de España un interesante papel exponiendo sus quejas acerca de S. M. viuda.

Ésta, según el Mayordomo, no tenía ningún defecto esencial porque practicaba puntualmente sus deberes de buena cristiana, y su principal error consistía en la familiaridad ó *trato intrínseco* con personas sospechosas ó equívocas en las costumbres y religión.

La nueva dirección impuesta á la casa por la Duquesa de Sforzia y el Duque de Nevers, descuidando las etiquetas españolas, había dado lugar, entre otros excesos, al de la introducción de pajes, novedad que contribuía á aumentar el desórden y procurar nuevas preocupaciones, porque, como decía Robecq: «La idea de dar á la Reina viuda pajes, y de introducirlos en quasi todas sus diversiones y pasatiempos, pareció luego de muy

peligrosa consequencia á los que conocían su genio tan poco reflexionado y tan amante de niñerías y nimiedades; muchachos torpes y mal criados, naturalmente capaces de todo arrojo en cualquiera extravagancia que se proponga, son instrumentos poco á propósito para inspirar la razón y desviar demasías... assí por todos estos motivos, los que conocen á esta Princesa allanque no conviene que los tenga».

La mala fama de algunas personas de la casa de la Reina, como la Crecy, «que tenía la reputación más perdida de París», según el Mayordomo mayor; la complicidad de otras, como el confesor, padre Cathalán, y la camarista Mlle. Wawre, favorita de Luisa Isabel; los desórdenes de varios á quienes el esfuerzo de Robecq consiguió expulsar de Palacio, como las camaristas Bete y Barry, que seguían el ejemplo de sus antecesoras en el cargo, el Sumiller de cortina, Abbé Daly, y el Contralor general de Brown, y por último, la extraordinaria confianza que S. M. viuda concedía á Mr. Doublet, Secretario de las dependencias de España, quien, aunque no sabía español, bailaba y trabajaba al torno con su señora, la cual «no tenía más asidua conversación que su compañía», mozo de veinticuatro años, muy diestro músico, que además vivía en notada intimidad con Mlle. Wawre, desde que la Reina llegó á Vincennes, fueron motivos más que sobrados para que el Príncipe de Robecq, desechando su prudente reserva, acudiese por escrito á Felipe V é Isabel de Farnesio,

contándoles lo que sucedía en el palacio de su nuera y quejándose de que se desconociese su autoridad en casa de la Reina viuda (1).

No dejarían los Monarcas españoles de estar enterados de cuanto sucedía en casa de su nuera, y aun es de presumir que supieran mucho más de lo que les contaba el bondadoso Príncipe; pero no queriendo apelar desde luego á la violencia, comenzaron por disponer que el P. Laubrussel, antiguo confesor de la esposa de Luis I, escribiese á la indisciplinada joven una carta llena de buenos consejos y de prudentes advertencias, misiva de que, como es de suponer, no hizo ningún caso Luisa Isabel, que trasladándose á París sólo consiguió aumentar las quejas y el resentimiento de la Corte de España.

Volvió á los pocos meses el Príncipe de Robecq á quejarse de la conducta de la Reina, anunciando que ésta se había permitido arrojar de su casa á algunos de los oficiales nombrados por sus suegros, y Felipe V, en vista de aquella carta, ordenó al Marqués de la Paz escribiera á S. M. viuda, suave pero eficazmente, reprochándole su conducta y haciéndole presente su soberana voluntad de que sin su permiso no se destituyera á ninguno de los por él nombrados, y que se guardara el respeto debido á quien era y al esposo cuya mujer había sido.

---

(1) Vincennes 18 de Noviembre de 1726. El Príncipe de Robecq al Marqués de la Paz.—Archivo Histórico Nacional, Estado. Leg. 2.452.

Provisto de esta carta, acudió el Príncipe de Robecq á presencia de su señora y, después de habérsela leído, se retiró, creyendo haber cumplido con su deber y que la reprimenda obraría muy buenos resultados en el ánimo de S. M.; pero apenas se vió ésta sola, llamó á consejo á la Duquesa Sforzia y al P. Cathalan, y el resultado de la conferencia fué exigir la Reina imperiosamente á su Mayordomo la entrega de la carta original del Marqués de la Paz, pretensión á que accedió Robecq después de varios recados.

Aquel mismo día, y auxiliada por sus consejeros áulicos, escribía Luisa Isabel la siguiente epístola á sus suegros:

«*J'ai veu avec une extreme surprise et avec une vraie indignation par deux lettres du Marquis de la Paz qu'on fatigue vos Majestés de tracasseries et de rapports faux et calomnieux je reconnois dans ce deux lettres le caracter de quelques mauvais esprits depuis longtemps cherchen V. M. à bruiller et sur tout à rompre la bonne intelligence qui est entre ma mère et moy, je n'ay agis en rien que de concert avec elle et je ne me conduiray jamais que par ses conseils vous connese sa prudence et sa religion je suis si mecontente de la conduite de ces esprits inquiets et brouillons que pour mettre l'ordre et la paix dans ma maison je suis absolument resolue de les congedier j'enverrais incesament à vos Majestés un homme de confiance qui vous instruira en detaile des raisons importantes que m'engagent à pendre ce parti*» (1).

(1) París Mayo de 1727. La Reina Luisa Isabel á los Reyes padres —Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.644.

En cuanto al Mayordomo mayor, no tardaba en recibir una carta muy seca de su señora, ordenándole despedir al caballero Du Bourke y al caballero Macsuiny, para que jamás se presentasen delante de ella, y advertir á todos los demás oficiales de Palacio que correrían la misma suerte que los anteriores, conforme S. M. los fuera descubriendo. «En cuanto á vos—escribía Luisa Isabel,—tengo demasiada buena opinión vuestra para creer que hayáis tomado parte en estos chismes, y me reservo el juzgar de vuestra pasada conducta por la que guardéis en lo futuro» (1).

Resistió el Príncipe el mandato y representó por escrito el peligro de destituir á personas nombradas por Felipe V, suplicando á la Reina que lo considerase mejor; pero el mismo día recibió el siguiente perentorio billete de Luisa Isabel:

«J'ai fait toutes mes reflections avant de vous escrire ma première lettre, je n'ay point de conseils à recevoir de vous, et vous debez executer mes ordres.—Yo la Reina.»

Puesta ya en el disparadero, no era la hija del Regente persona que se detuviera ante ninguna consideración, y el 22 de Mayo escribía de nuevo al Príncipe de Robecq para que despidiese al te-

(1) París 16 de Mayo de 1727. La Reina Luisa Isabel al Príncipe de Robecq.—Archivo Histórico Nacional. Leg. 2.452.—En este mismo legajo se conservan las demás cartas que se citan en el texto, y que forman un voluminoso expediente con el epígrafe: «Expediente acerca de los desórdenes de la Reina viuda».

niente de los esguízaros, Mr. Bolliard, al primer médico, Mr. Besse, á Mr. Livry Hussier, de su cámara, y á Mr. Breton, su tesorero, nombrando en lugar de este último á Mr. Arbeit.

Los Reyes de España no podían permanecer indiferentes ante rebelión tan manifiesta y actitud tan públicamente subversiva en una Princesa que figuraba, después de todo, como su hija, y que con sus disparates estaba dando que hablar á Francia y á España.

Previa consulta con una junta que se formó para entender en los asuntos de Luisa Isabel, junta que compusieron el Arzobispo de Amida, confesor de Isabel de Farnesio, y el P. Laubrussel, antiguo confesor de la viuda de D. Luis I, se acordó aprobar en un todo la conducta del Príncipe de Robecq y no reconocer por válidos los últimos cambios verificados por la Reina, conservando en sus puestos á los oficiales despedidos, hasta que S. M. enviase contra ellos queja en forma para que sus suegros resolvieran.

Al conocer esta determinación, que tan cruelmente ajaba su amor propio, sublevóse el orgullo de la joven Reina, y su primer acuerdo fué prohibir á los esguízaros que dejaran entrar en el Luxemburgo al Príncipe de Robecq; después dijo al Marqués de Tars, que por enfermedad del Príncipe le había llevado la carta de Felipe V: «Para responder á la carta del Rey, iréis al Príncipe de Robecq á pedirle de mi parte las llaves de su aposento», y ante las excusas del Marqués, le castigó

con tres meses de destierro de su presencia. Al mismo tiempo que despedía formalmente á su Mayordomo mayor, enviaba á Madrid á Mr. de Beauregard, preceptor de los pajes del Duque de Orleans, y al P. Lallemand, de la Compañía de Jesús, con objeto de que explicasen su conducta en la Corte de España.

Urdióse un pequeño complot para perder al partido Robecq, y los partidarios más decididos de Luisa Isabel se reunieron en una casa de campo de las cercanías de París, con objeto de discutir sus proyectos; pero el Caballero Du Bourke, alma del partido español y maestro en intrigas, se apresuró á dar cuenta del misterioso banquete al Cardenal de Fleury (1), quien á su vez escribió á España participando la embajada de Bauregard y Lallemand, y declinando toda responsabilidad en el asunto.

---

(1) Andrés Hércules de Fleury, Cardenal de Fleury, nació en Lodève el 26 de Junio de 1653, murió en París el 26 de Enero de 1743. Limosnero de la Reina María Teresa en 1679, fué recibiendo cargos y honores hasta ser nombrado Obispo de Fréjus en 1698. Desde entonces puede decirse que empieza su influencia política, pues designado por el codicilio de Luis XIV como preceptor del joven Luis XV, supo apoderarse de tal modo de la confianza de su regio discípulo que acostumbró á éste á no poder prescindir de sus consejos. A la caída del Duque de Borbón en 1726, recabó Fleury todas las funciones de primer Ministro, aunque no tomó el título, contentándose con el capelo que le fué concedido en dicho año, y disfrutando de la confianza del Soberano hasta su muerte.

Como era de esperar, los Embajadoras de Luisa Isabel no pudieron desempeñar su misión, pues enterado á tiempo Felipe V, envió órdenes á la frontera con objeto de que les impidieran pasar á España, y aunque Bauregard y Lallemand consiguieron burlarlas, apenas llegados á Madrid se les notificó ser la voluntad de S. M. que salieran al día siguiente de la Corte, como lo verificaron (1).

Entonces Luisa Isabel, instigada por sus consejeros, imprimió é hizo circular por todo París un manifiesto justificando su conducta ante los Reyes, defendiéndose contra sus enemigos y atacando duramente á los oficiales que sirvieran en su palacio. El anterior documento, que desde luego fué atribuído á la pluma del P. Cathalan y que causó gran escándalo en París, dió lugar á que Felipe V se mostrara aún más enérgico y decidido que antes contra su nuera.

Por carta de 16 de Julio, recibió el Príncipe de Robecq entera y absoluta aprobación de su conducta, participándole además el Marqués de la Paz, en nombre del Rey, que para modificar la casa de la Reina, en adelante tendría, no sólo el cargo de Mayordomo mayor, sino también el de Caballerizo mayor, del que quedaba separado el Duque de Nevers. La Princesa de Berghes, por su

(1) Todas las anteriores noticias están extractadas del citado expediente relativo á los desórdenes de la Reina viuda.

parte, volvería á ocupar de nuevo el puesto de Camarera, del que había sido injustamente desposeída, y que dejaría la Duquesa Sforzia. En cuanto al P. Cathalan, se retiraría á su convento, reemplazándole en el cargo de confesor el P. Balthus, rector del Colegio de Metz, que nunca había vivido en París.

Para quedar enterada de aquellas novedades, recibió Luisa Isabel la siguiente carta de Felipe V:

«Tout ce qui s'est passe dans la maison de V. M. sans egard au respect qui m'est dû et contre mes intentions qui avaient été déjà declarées à V. M. m'obligént d'user de mon droit en faisant le règlement ci joint des personnes que j'ai destinées à servir V. M.; ma volonté est que cela s'execute selon sa forme et teneur et que desormais V. M. suive de meilleurs conseils qui me donnent lieu de marquer mon amitié à V. M. comme je le desire.»

Lejos de someterse Luisa Isabel á estos mandatos, envió á Madrid unos preliminares de paz ridículos, proponiendo separar de su casa á la Sforzia y á Nevers, con tal de que los otros oficiales tampoco entraran en ella, mientras menudeaban las conferencias entre todos y comenzaba á hablarse de retraerse S. M. á un convento y de la manera de vivir con las doscientas siete mil libras que pagaba Francia como renta de la dote, sin levantar la prohibición de entrar Robecq en Palacio y sin conseguir la Princesa de Berghes una sola palabra escrita de la Reina.

En vista de aquella resistencia, Felipe V mandó cortar los víveres á los rebeldes, y Luisa Isabel,

para vengarse, procedió á despedir á sus damas, á los pajes, á los guardias de Corps, á los Esguízaros, á una gran parte de los criados y á ejecutar toda clase de actos que redundasen en desdoro de su posición, con objeto de que se criticara la parsimonia de los Monarcas españoles y desaparecieran de una vez las personas nombradas por sus suegros, si bien, aconsejados de Robecq, ningún criado se movió de su puesto y todos continuaron sirviendo sus oficios, bajo pretexto de que, colocados allí por S. M. D. Felipe V, á él tocaba el destituirlos, y que si la Reina no les pagaba, lo haría su suegro (1), resistencia que creaba una posición original en Palacio y que excitó por modo extraordinario las iras de la Duquesa Sforzia y de su sobrino el Duque de Nevers.

Por segunda vez intervino en el asunto el Cardenal de Fleury, que hasta entonces se había mostrado lo bastante indiferente para motivar el resentimiento de los Monarcas españoles. Forzado por la resuelta actitud de Felipe V é interesado esta vez en complacerle, envió el Ministro á París al guardasellos Mr. Chauvelin, con objeto de que intimara á la Duquesa de Orleans el cumplimiento de las órdenes de Madrid y la expulsión de la Duquesa Sforzia y del Duque de Nevers de casa de su hija.

(1) Así sucedió, efectivamente. Carta del Marqués de la Paz al Príncipe de Robecq. San Ildefonso 13 de Octubre de 1727.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.628.

Sorprendida en extremo la Duquesa de Orleans al apreciar aquella energía en quien hasta entonces se mostrara tan blando para con ellas, repuso que comunicaría las anteriores órdenes á la Reina su hija y que al día siguiente volviera Chauvelin por la contestación.

Ésta fué que á las cuatro de la tarde salió del Luxemburgo Luisa Isabel con la pompa acostumbrada, y ordenó que la condujeran á las Carmelitas del faubourg Saint Germain; llegada á la puerta del convento, se volvió á su asombrada comitiva y exclamó con voz clara: *Je casse toute ma maison*, y sin más ceremonias, metióse en el edificio, donde ocupó las habitaciones que en otros tiempos pertenecieran á la Duquesa de Berry, siguiendo sus pasos el Duque y la Duquesa de Orleans, la Sforzia, Mme. de Paulmy y la Camarista Mlle. Wawre, que continuaba disfrutando de la más alta privanza con su señora.

Cuando se hizo de noche, la Duquesa de Orleans se volvió al Palais-Royal, donde también se instaló su íntima amiga la Sforzia, y el Duque de Nevers, por su parte, se retiró al Louvre, después de haberse llevado todos los coches y caballos del Luxemburgo, á los que inmediatamente mandó quitar la cifra de la Reina y poner la suya.

Al día siguiente, los Orleans, madre é hijo, participaron á Chauvelin *la belle equipée* que había realizado S. M., y ante las observaciones de Fleury, de que aquel acto le parecía precipitado y poco respetuoso para con su suegro, y la advertencia

en nombre de Luis XV de que, ya que su prima había entrado en las Carmelitas, esperaba no saliera del convento hasta recibir nuevas órdenes de España, contestó la Duquesa que la resolución había partido de su hija, por la repugnancia que tenía á aceptar de nuevo á Mme. de Berghes y demás oficiales despedidos; que, como era imposible que una Reina de España viviera tan miserablemente como Luisa Isabel vivía, por eso decidió retirarse á las Carmelitas, y que, despedida por Su Majestad toda su casa, habían salido de ella la Duquesa Sforzia y el Duque de Nevers (1).

El Representante de España (2) aseguraba, en

(1) Todas las noticias del texto están extractadas de diversos documentos existentes en el Archivo Histórico Nacional. Leg. 2.628.

(2) D. Joaquín Ignacio de Barrenechea y Ezquinigo fué uno de los Plenipotenciarios de España en el Congreso de Soissons, que comenzó el 14 de Junio de 1728. Después del Congreso continuó en París, en calidad de Encargado de Negocios, hasta la llegada de un Embajador. Nombrado el Marqués de Castelar en Octubre de 1730, regresó Barrenechea á Madrid, donde volvió á servir su cargo de Mayordomo, en el que, como vimos, reemplazó en 1724 al Marqués de Magny. En Agosto de 1730 se había casado en París con una hija del Mariscal de Nancré, no habiendo sido bien visto este matrimonio en España. Cuando Barrenechea volvió á Madrid, dejó á su esposa en París, donde murió poco después.

El 9 de Mayo de 1741 fué agraciado por Felipe V con el título de Marqués del Puerto, para que con este nombre pasara á Suecia como Ministro Plenipotenciario.

En 1748 figuraba como Embajador de España en Holanda.

cambio, que para acabar de persuadir á la Reina le hicieron creer que si tardaba algo más en retirarse al convento vendrían á apoderarse de S. M. y á disponer de su casa y libertad la Princesa de Berghes y el Príncipe de Robecq, y que aun su vida no estaría segura en tales manos, para lo cual se valieron de Mlle. Wawre, quien, en premio de sus infamias y de lo bien que supo reducir á Luisa Isabel, consiguió una pensión anual para sí y que su amante, el Secretario Mr. Doublet, fuese también de los favorecidos (1).

Lo cierto es que cuando vieron á la Reina metida en el convento, no obstante el escándalo producido por tal medida, todos se apresuraron á ratificar el acto de Luisa Isabel, y el Marqués de la Paz comunicó al Cardenal Fleury, en nombre de sus señores, por carta de 29 de Diciembre de 1727, que S. M. opinaba que, ya que su nuera se había retirado á las Carmelitas, le parecía que no saliera del convento sino con la ostentación que correspondía á una Reina de España (2).

---

(1) París 1.º de Diciembre de 1727. Barrenechea al Marqués de la Paz.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.629.

(2) 29 de Diciembre de 1727. El Marqués de la Paz al Cardenal Fleury.—Archivo citado. Leg. 2.628.

XIX

La esperanza de la Duquesa de Orleans al disponer la aparatosa retirada de Luisa Isabel al convento de las Carmelitas, fué que, tanto los Reyes españoles como el Cardenal de Fleury, se atemorizaran al ver la resolución de la viuda de Luis I y consintieran en alguna honrosa transacción.

Por eso, al mismo tiempo que en público manifestaba la mayor firmeza y hablaba de llevarse á su hija al Palais Royal ó á Roma, ó despedía bruscamente á sus hermanos el Duque del Maine y el Conde de Toulouse, que le hablaban de sumisión, y hasta llegaba á amenazar con los buenos oficios de Inglaterra por medio del Embajador Walpole, enviaba una persona de su confianza que participara al Cardenal de Fleury que todo lo esperaban de él y que su Eminencia era la única persona capaz de sacar á la Reina de la triste situación en que se encontraba, avances que no hallaron eco en el Cardenal, pues éste respondió tan sólo que se

había llegado á un punto en que ya no cabía sino obedecer las órdenes de España.

Despedida su anterior casa, había tenido Luisa Isabel que improvisarse otra, nombrando con tal objeto á la Marquesa de Paulmy por dama para que fuera un día á la semana á dormir al convento, á Mrs. Masparó y Crecy, por Mayordomos; á Mr. Casca, comandante de Guardias de Corps, y á Mr. Gardinet, de los Esguízaros. Pero en realidad, quien ejercía de camarera y *fac totum* en las Carmelitas era Mlle. Wawre, con quien seguía viviendo la Reina en mayor intimidad aún que antes, formando ambas con el Duque de Orleans un trío que, según Barrenechea, daba que reir á todo el mundo.

«Prosigue la joven Reina viuda—escribía el representante de Felipe V—su estancia en el convento, cansada, á lo que dicen, de la reclusión y sólo aplicada á ejercicios pueriles de fingirse tornera, de guisar en la cocina y otras ocupaciones impropias de su real dignidad, y digo que las religiosas se conformarían con gusto á carecer del honor de su hospedaje... Se nota como lo más extraño que la Duquesa madre y su hijo no hayan conservado otra gente que la de las más prostituídas costumbres, y aun los que les hacen por necesidad la corte miran con tanto horror como escarnio á la Duquesa de Sforzia y al Duque de Nevers, sin poderlos sufrir» (1).

(1) París 12 de Enero de 1728. Barrenechea á la Paz.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.452.

En efecto, acusábase á la antigua Camarera de mezclarse más que nunca en el gobierno de la casa de la Reina y de que, cobrando tres mil libras al mes del guardarropa de S. M., hiciera ir vestida á ésta de tela ó mal taftán, embolsándose de tal suerte la casi totalidad de aquella cantidad. Murmurábase por París de que la Camarista Wawre saliera todos los días en el coche de su señora para ir con sus amigos á diferentes casas de campo ó *cabarets* y volviese por la noche al convento borracha, con escándalo de cuantos la veían. Se repetía que desde la retirada del P. Cathalan no se había confesado la Reina hasta que Fleury le enviara el P. Linières, confesor de Luis XV y amigo del anterior, y todas las personas sensatas reprobaban la conducta de la viuda de Luis I.

Pero nada de esto bastaba para que aquella niña incorregible sentara la cabeza. Casi todas las tardes las pasaba en el jardín del convento imitando el canto del gallo, maullando ó ladrando, entretenida en correr, en lavar sus vestidos en el estanque y en otros insípidos caprichos del mismo género, que á todos escandalizaban, pues lo que tenía cierto encanto en Mlle. de Montpensier cuando contaba doce años comenzaba á transformarse en grotesco y triste en aquella joven de cerca de diez y nueve años.

Otras veces eran entretenimientos más cultos los que ocupaban las horas de Luisa Isabel. Según refiere Barrenechea, una de las tardes del

Carnaval de 1728 se representó *La Atalia* en el convento, haciendo la Reina el papel de protagonista, el Duque de Orleans el de Joab y trabajando también las dos hermanas pequeñas, Mlle. de Beaujolais y Mlle. de Chartres, Mlle. Wawre y varios dependientes más. La fiesta costó á S. M. la cantidad de catorce mil libras, y sólo tuvo por espectadores á las religiosas y á la Duquesa de Orleans.

El crédito de la Wawre era tan grande, que firmaba las libranzas de todos los gastos, sin cuidarse de modificar la libertad de su vida, pues, según cuenta el Encargado de negocios, todas las noches continuaba saliendo aquella mozuela á repasar sus conocimientos, asistiendo á comidas y cenas privadas de gente joven. «Miren qué inspiraciones—proseguía Barrenechea—podrá dar á una inocencia susceptible de cualquier impresión en tono de galantería. Esto me hace temer y llorar como posibles las malas resultas» (1).

Todo hubiera ido bien para Luisa Isabel si las deudas, aumentando la ya respetable cantidad, no turbaran su reposo con imperiosas demandas de dinero, que de ninguna parte podía obtenerse sino de España. En un papel existente en el Archivo Histórico Nacional, se calculan en 820.061 libras lo que debía la casa de la Reina por los años 1726 y 1727 (Leg. 2.676), y en esta

(1) París 1.° de Mayo de 1728. El mismo al mismo. —Archivo citado. Legajo 2.628.

cifra debemos buscar la explicación de las tentativas de arreglo practicadas por los Orleans cerca de Felipe V é Isabel de Farnesio.

El afecto de la nuera por los suegros era tan escaso que, antes de comenzar las negociaciones pacíficas, trató de asustarlos, entendiéndose con la otra Reina viuda, D.ª María Ana de Neubourg, que tantos motivos de queja podía tener contra los Reyes españoles, para designar ambas, de común acuerdo, una persona que las representase en el próximo Congreso y sostuviese sus derechos á sus respectivas pensiones, apoyados por la amistad de la Gran Bretaña, proposiciones á que sensatamente se negó la escarmentada viuda de Carlos II, pero que hicieron ver á Felipe é Isabel los sentimientos de que se hallaba animada su nuera contra ellos (1).

Ya en Abril de 1728, y no obstante crecer por días el escándalo de la vida de la Reina, según afirmaba el Príncipe de Robecq (2), comenzó á asegurarse que Luisa Isabel había escrito á sus suegros una carta muy humilde, con objeto de preparar la reconciliación. La Duquesa de Orleans aconsejó en Mayo á su hija que se sometiese á las exigencias de los Reyes, pidiendo únicamente que la escena de la readmisión de la casa expulsa no

---

(1) París 15 de Mayo de 1728. El mismo al mismo.—Archivo y legajo citados.

(2) París 13 de Abril de 1728. El Príncipe de Robecq al Marqués de la Paz.—Archivo citado. Legajo 2.452.

se efectuara en París, sino en alguno de los palacios de Montargis ó de Blois, y aun corrió por cierto que Mr. Gardinet había sido enviado á Blois con objeto de prepararlo todo para el mencionado intento (1).

Pero aún era demasiado pronto para que la orgullosa Luisa Isabel cediese en su actitud. Lo que sí hizo fué dedicarse, no obstante las severas órdenes recibidas en contrario, á salir del convento, aburrida de la existencia que allí dentro llevaba. La primera de aquellas expediciones se realizó en el mes de Agosto (de 1728), ocupando la Reina un coche de ocho caballos, llevando enfrente á Mad. de Paulmy y delante á seis guardias de corps, y detrás al Mayordomo Maspèreau, en berlina de cuatro caballos, dirigiéndose la comitiva al convento de la Magdalena, á visitar á la duquesa de Orleans, que había llegado algo indispuesta de Bagnolet. La entrevista fué corta, y S. M. regresó, dando la vuelta á todo París, por los Campos Elíseos.

El temor de los españoles que vivían en París fué, desde entonces, que, estando la Marquesa de Paulmy casi siempre enferma, se dedicase la imprudente Reina á pasearse en compañía de mademoiselle Wawre, cuyas costumbres eran sobrado conocidas para que no padeciese con su recuerdo la reputación de Luisa Isabel.

Las circunstancias, sin embargo, vinieron á con-

---

(1) París 17 de Mayo de 1728. Barrenechea al Marqués de la Paz.—Archivo citado. Legajo 2.628.

seguir vencer la terquedad de la hija del Regente que, apurada por la falta de dinero y cansada de su reclusión, se dirigió, á principios de 1729, no á los Reyes, sino al Cardenal de Fleury, que intentó, por medio del Embajador francés en Madrid, Marqués de Brancas (1), sondear el ánimo de los Monarcas españoles. Felipe V respondió que exigía una carta de su nuera y la expulsión de las camaristas comprometidas, mediante lo cual haría él algunas concesiones sobre las demás personas. Luisa Isabel escribió la carta de bastante mala gana, y las relaciones familiares parecieron á punto de reanudarse pacíficamente; mas la obstinación de la Reina, que quería guardar sus camaristas y pretendía tratar á sus suegros de potencia á potencia, retrasó durante todo un año la reconciliación.

---

(1) Luis de Brancas, Marqués de Cereste, conocido generalmente por el título de Marqués de Brancas, Caballero del Toisón de Oro, sirvió primero con gran honra en la carrera de las armas, alcanzando el grado de Teniente General.

Nombrado Embajador en Madrid por primera vez el 15 de Junio de 1713, sólo consiguió enemistarse con la Princesa de los Ursinos, y en Mayo de 1714 le fué concedido permiso para regresar á Francia.

En el año de 1728 volvió á ocupar el mismo cargo, que esta vez desempeñó por mayor tiempo, á satisfacción de los Reyes.

El 23 de Septiembre de 1730 partió de Sevilla, donde á la sazón se encontraba la Corte, volviendo á París el 25 de Enero de 1731, agraciado con la Grandeza de España, que le concediera Felipe V.

Nombrado Mariscal de Francia el 11 de Febrero de 1741, falleció en 1750.

Por fin, al comenzar el mes de Septiembre de 1730, consintió la viuda de Luis I en separar de su lado á Mlle. de Wawre, cuya conducta era ya francamente escandalosa, así como á dos criadas más de su servidumbre, y á la carta que con tal motivo escribió á sus suegros, dándoles parte de su resolución, contestaron éstos con un perdón completo, acompañado de buenos consejos, que, como era de suponer, no tardó en olvidar la inconstante Princesa.

«*Je manquerois à mon devoir*—escribía Luisa Isabel el 6 de Enero de 1731 á sus suegros (1)—*si je ne profiterois pas du commencement de cette année pour renouveller à Vos Majestes les sentiments de respect que je conserverais toute ma vie pour leurs royalles personnes; mon plus cher desir est de meritter leurs bontes je leurs en demande la continuation avec la plus grande instance; j'ose dire la meriter; cette verité est constanté et je n'ecouteray jamais pour me guider en toute occasion que le desir que j'ay de plaire à Vos Majestés.*»

¿Qué había ocurrido para explicar la afectuosa confianza de esta carta, tan distinta de todas las demás de Luisa Isabel, que más parecen telegramas que misivas de hijos á padres?

Un despacho del Embajador Marqués de Castelar nos da la clave del enigma. Al referir la

(1) París 6 de Enero de 1731. La Reina Luisa Isabel á los Reyes padres.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.452.

audiencia que tuvo con S. M., participa que también se encontraron en las Carmelitas la Duquesa de Orleans con Mlle. de Beaujolais, la antigua prometida del Infante D. Carlos y con Mlle. de Chartres (1), su hija menor, y que las dos Princesas le dieron á entender con muy buenas palabras el contento con que verian todos los Orleans reanudarse los tratos de casamiento de la Princesa soltera con algún Infante de España (2). Mas Isabel de Farnesio cortó pronto cuantas ilusiones pudieran haberse formado contestando, sin ceremonias, que ella estimaba mucho á Mlle. de Beaujolais deseándole todas las satisfacciones que merecía, pero que no la quería como nuera suya, palabras después de las cuales no se atrevieron á insistir ni Luisa Isabel ni su madre en el deseado matrimonio.

Obligada entonces por sus apuros monetarios, comenzó la Reina á tratar con el Embajador del nuevo arreglo de su casa, y tampoco en este asunto acertó á complacer á los Reyes, pues en lugar de conformarse con la voluntad de sus suegros,

(1) Luisa Diana, séptima hija del Regente, conocida primero con el nombre de Mlle. de Chartres. Nació el 7 de Julio de 1716. En Febrero de 1731 se unió en matrimonio al Príncipe de Conti, y después de algunos años de vida, de que no han quedado muchos recuerdos, falleció en el castillo de Issy, el 26 de Septiembre de 1736.

(2) París 22 de Enero de 1731. Despacho del Marqués de Castelar.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.452.

ya que no tenía otro remedio y que había desaparecido el principal obstáculo á su reconciliación, ó sea la Duquesa Sforzia, muerta poco antes, pretendió alardear la joven viuda de independiente y rechazar á Robecq y sus partidarios, presentando un proyecto de casa, formado de acuerdo con la Duquesa de Orleans (1).

En este papel (leg. 2.676) figuraban los Duques de Sully como Mayordomo y Camarera respectivamente y todos los demás oficiales eran nuevos, é inferiores en número á los nombrados primeramente. Además se proponían enérgicas economías en el gasto general de la casa y Luisa Isabel se mostraba dispuesta á transigir en todo lo que no fuera aceptar de nuevo á la Princesa de Berghes y al Príncipe de Robecq, resistencia que disculpaba Castelar en lo tocante á la antigua Camarera, cuyo carácter, según el Embajador, era por demás agrio y violento.

Pero aquella ligera oposición de Luisa Isabel, bastó para alejar á Felipe V de todo arreglo y para no hacer caso en adelante de las súplicas de su nuera. En vano afirmaba Castelar que la estrechez de la vida de S. M. era grande; en vano, la misma Reina, prescindiendo de su soberbia y amor propio, escribía humildemente á Isabel de Farnesio: «Doy cuenta á V. M., señora, de la carta que

(1) París 23 de Marzo de 1731. La Reina Luisa Isabel á los Reyes de España.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.628.

escribo al Rey para representarle el dolor que siento por el silencio que guarda conmigo, no obstante haber seguido yo los consejos que me han sido comunicados de su parte, entre los cuales no he creído viniesen algunos que pudiesen ser desagradables á Vuestras Majestades. La bondad que V. M. me ha mostrado siempre en todas las cartas con que me ha honrado, me presta suficiente confianza para abrirle mi corazón, no solamente por la pena de mi apurada situación, sino referentemente á las deudas que he contraído mientras he conservado mi casa. V. M. comprenderá fácilmente, dada la elevación con que piensa, que yo no puedo deber á todo el mundo sin extraordinaria vergüenza; la suma de novecientas mil libras me salvaría, proporcionándome un placer tanto más de apreciar cuanto que le consideraría siempre como un efecto de la protección y la amistad de V. M. que espero merecer toda la vida» (1).

Nada pudo quebrantar la firme resolución de los Monarcas españoles de ganar tiempo, sin preocuparse de la hija del Regente, hasta que cansada ésta de su retiro en las Carmelitas y atacada en su salud por las malas condiciones del convento, arrancó en 1738 á su primo Luis XV el permiso necesario para salir de él y volver al Luxemburgo, pretensión á que el galante Monar-

(1) París 22 de Julio de 1731. Carta de la Reina Luisa Isabel á Isabel de Farnesio.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 3.977.

ca francés accedió «por bondad del alma», y una vez instalada en su Palacio, participó la noticia a España en términos que causaron el desagrado de sus Majestades Católicas:

«Je manquerois à mon devoir et au respect que j'auray toute ma vie pour V. M. si je ne les informois pas que ma santé m'a obligé de sortir des Carmelites; l'appartement que j'y occupois est au nord au rez-de chaussée et entouré de cloistres fort humides par lesquels j'etois obligée de passer pour en sortir; j'y attribue plusieurs accés de rhumatismes gouteux que j'y ay eus aussi longs que douloureux; je n'ecris pas moy même à V. M. parce que je l'ay actuellement à la main droite. Ce nouvel accés m'a determinée à changer de demeure, je suis à present au Luxembourg ou je conte qu'une belle exposition et un appartement bien sec m'apporteront du soulagement et me mettrons désormais à l'abry de pareilles attaques; j'espère que V. M. approuveront le changement et qu'elles sentiront combien sont legitimes les raisons qui m'y ont déterminée» (1).

La única respuesta que consiguió obtener Luisa Isabel de España fué que Castelar le comunicase haber los Monarcas quedado enterados de su carta, y en adelante vivió la Reina oscuramente, gracias á la renta de doscientas mil libras que le pasaba el Gobierno francés, y á algunas mesadas de pensión que muy irregularmente cobraba de España. Su existencia, según refiere el Duque de

(1) París 18 de Marzo de 1733. Carta de la Reina Luisa Isabel á los Reyes de España.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Leg. 2.628.

Luynes en sus Memorias, fué desde entonces por demás triste y miserable, no obstante la aureola que le prestaba su perdida corona. Espiada por sus criados, que daban cuenta de sus menores actos á los Reyes padres; sin recibir á nadie públicamente, pues, por enojosas cuestiones de etiqueta que minuciosamente discutió Saint-Simon, ninguna Princesa ni individuo de la familia Real la visitaba como tal, sino en privado; sin ver á los Embajadores de España, que tenían orden de no saludarla más que dos ó tres veces al año; entregada á sus perezosas costumbres y á sus hábitos de descuido, produce al fin lástima aquella desdichada joven, que principia haciendo reir con sus despropósitos de niña, consigue escandalizar después con sus inconveniencias de mujer y termina por impresionar melancólicamente el ánimo al ver olvidado y desatendido en lo mejor de su edad el nombre de una Princesa, cuya cuna parecieron mecer las hadas, perfumándola con cuantas felicidades y bienandanzas caben en lo humano.

XX

El matrimonio del Infante D. Felipe con la hija de Luis XV (1) (1739) pareció un momento indicado para acercar á Luisa Isabel y á sus suegros. Escribió la Reina felicitando á éstos, y Sus Majestades contestaron con cartas bastante frías, aunque corteses, dándole las gracias (2). Se resolvió que la nueva Infanta iría á visitar á Luisa Isabel, pero una cuestión de etiqueta impidió la realización del proyecto, *Madame* debía ir al Luxemburgo con una escolta de Guardias de Corps del Rey, los cuales tenían preferencia sobre los de la joven

(1) Luisa Isabel de Borbón, hija primogénita de Luis XV. Casó el 23 de Agosto de 1739 con el Infante D. Felipe, Gran prior de Castilla, Duque de Parma, Plasencia y Guastalla. Salió para Italia, acompañando á su esposo, el 22 de Febrero de 1742. Ya entonces tenía una hija, D.ª Isabel María Luisa, que casó con el Archiduque José, y en Italia nacieron el Príncipe don Fernando, después Duque de Parma, y la célebre D.ª María Luisa, que casó más tarde con Carlos IV y fué Reina de España.

(2) Legajo 2.470.

Reina viuda. Observó ésta que aquel privilegio no pertenecía á los guardias sino cuando acompañaban la persona del Rey, y esta objeción impidió la visita. El Caballerizo que seguía á la nueva Infanta en su viaje á España, fué encargado el 31 de Agosto de 1739 de visitar á la viuda de Luis I en nombre de su señora y de transmitirle sus saludos. Llegó á presencia de Luisa Isabel, pronunció su discurso, y recordando entonces S. M. uno de aquellos famosos desplantes de su juventud, repuso con la frescura habitual en ella: «*Je lui suis bien obligée*», y sin más palabras, volvió la espalda al Embajador, que se marchó confuso y desconcertado.

Aquel rasgo público de mal humor había de ser el último que recordara las extravagancias de la antigua Princesa de Asturias. El carácter de la Reina se había ennegrecido, no obstante contar sólo treinta años, y sus sentimientos, eran más razonables y discretos que en 1723. Como si hubiera tenido el presentimiento de que se acercaba su fin, entregóse Luisa Isabel desde entonces á la devoción más completa, empleando el día en visitar monasterios y cumplir prácticas piadosas. Su aislamiento comenzaba á pesarle; su soledad é insignificancia tal vez le hicieran deplorar el no haber sabido conquistar ningún pecho amigo; el ocaso de la vida se presentaba ante ella frío y desconsolador, desnudo en absoluto de todo lo que representa una ilusión ó una esperanza.

Cuando, en Agosto de 1740, le participó el Em-

bajador de España, Príncipe de Campoflorido (1), la muerte de la viuda de Carlos II, ocurrida en el castillo de Guadalajara, preguntóle Luisa Isabel si aquella visita era en nombre de los Reyes, y al escuchar la respuesta afirmativa del Embajador, rompió á llorar desconsoladamente, repitiendo entre sollozos que había perdido la gracia de Sus Majestades, sin saber el motivo ni el por qué; que se hallaba desamparada de todos y sin formalidad de vivir; que para hacer el luto á su familia había tenido que pedir á crédito los paños y que, por favor, intercediera en Madrid por que le volviesen el cariño y la protección que necesitaba.

Aún escribió á los Reyes dos cartas, suplicantes,

(1) D. Luis Reggio Branciforte Saladino y Colonna, Príncipe de Campoflorido, de Jacci, de San Antonio, de San Filipo y de la Cadena en Sicilia, Duque de Valverde, etc., Grande de España, Comendador de la Orden de Calatrava, Embajador en Venecia en 1740, fué á reemplazar en París al Marqués de la Mina. Antes había sido Virrey y Capitán General de Valencia, puesto en el que tuvo muchos disgustos y llegó hasta tener que sufrir que se le formase algún proceso.

Negociador del tratado de alianza entre Francia y España de 25 de Octubre de 1743, asistió en París á los esponsales del Delfín Luis con la Infanta María Teresa, hija de Felipe V.

Con tal motivo, se le confirió en 1746 el Cordón del Espíritu Santo.

Poco tiempo después regresó el Príncipe á España y el mismo año se retiró á Sicilia.

Apenas favorecido por Fernando VI, Campoflorido no parece haber desempeñado funciones públicas en lo restante de su vida, muriendo en 1758.

en términos nunca usados hasta entonces por la hija del Regente; pero á todos sus ruegos permanecieron sordos Felipe V é Isabel de Farnesio, y la viuda de Luis I tuvo que apartar de nuevo los ojos, esta vez para siempre, de la patria en que un día pareció que iba á representar el primer papel y que la recibiera con sus aplausos, como á una bienhechora.

El invierno de 1742 fué muy penoso para la triste Princesa, que casi estuvo á punto de morir de un ataque de hidropesía. Recrudecióse la enfermedad, y el 16 de Junio, estando en el Luxemburgo, entre las doce y una de la tarde, después de beber un poco de caldo, le trajeron un plato de fresas, que le habían permitido comer los doctores. Apenas tomó la primera, notaron los que la rodeaban que S. M. comenzaba á hacerse aire con la mano hacia los ojos y que su cuerpo se retorcía presa de ligeras convulsiones, mientras en la boca aparecía alguna espuma mezclada con sangre. Acudieron precipitadamente á socorrerla, pero todo fué inútil. Luisa Isabel había muerto de repente, á los treinta y dos años de su edad (1).

Inmediatamente se acudió á abrir el testamento de la Reina, hallándose que dejaba por heredero universal á su hermano el Duque de Orleans, con

---

(1) París 16 de Junio de 1742. El Príncipe de Campofiorido al Marqués de Villarias.—Archivo Histórico Nacional. Estado. Legajo 2.628.

encargo de pagar todas sus deudas y de continuar entregando de por vida la mitad de sus sueldos á todos los nuevos criados del Luxemburgo. Ni una palabra se hablaba en él de Felipe V ni de Isabel de Farnesio. En cuanto á su cadáver, disponía la Reina que fuese enterrado, sin pompa de ningún género, en la iglesia de San Sulpicio.

Como si el fallecimiento de la viuda de Luis I sirviera para recordar momentáneamente su nombre, acudieron á Palacio los españoles residentes en París; púsose de nuevo en movimiento el buen Príncipe de Robecq, para cumplir con sus funciones cerca de su señora muerta, ya que no lo había podido conseguir en vida, y el Príncipe de Campoflorido se trasladó á Versalles con toda pompa, para participar á Luis XV la desgracia.

Pero cual si el espíritu de lo grotesco y de lo incoherente persiguiese á Luisa Isabel hasta más allá de su tumba, ocurrió en aquella ocasión, según refiere el Duque de Luynes, que no pudiendo considerarse la muerte de la Reina como una gran desgracia para el Estado ni para la Real familia, el Embajador de Felipe V apenas si pudo conservar su seriedad al tiempo de cumplir su misión, y la Reina, el Delfín y *Madame* recibieron alegremente al Príncipe, sin disimular la risa, no obstante lo cual la Corte vistió de luto por tres semanas.

Tratóse en seguida del entierro, y después de no pocas discusiones entre los que, como Robecq, querían ejecutar la ceremonia con gran pompa, y los que preferían atenerse á lo mandado por la

Reina, como el Embajador de España, que no se mostraba muy inclinado á solemnidades extraordinarias, por los muchos conflictos de etiqueta que el pomposo entierro podía proporcionar, decidieron el Duque de Orleans y sus parientes trasladar modestamente y como de incógnito el cuerpo de Luisa Isabel á la iglesia de San Sulpicio, realizándolo por fin así el día 21, entre nueve y diez de la mañana, colocando el cadáver bajo una lápida en que el cura hizo grabar la siguiente inscripción: «*Ci-gît Élisabeth, Reine douairière d'Espagne*».

La última venganza de la Reina fué disponer en su testamento que no asistiesen á sus funerales ni el Príncipe de Robecq, á quien dolió extraordinariamente la omisión, ni ninguno de sus antiguos contrarios, ni siquiera los caballeros del Toisón de Oro que vivían en París. Sólo el Duque de Orleans, el de Chartres, el Gran Prior, cuatro Mariscales de Francia y la nueva casa de la Reina, fueron las personas de significación que estuvieron presentes para rendir los últimos honores al cadáver de la viuda de Luis I.

Quejóse el antiguo Mayordomo amargamente; se sintió en España aquella omisión; el Príncipe de Campofiorido prefirió cerrar los ojos, «para eximirnos de embarazos y ceremonias», según escribía á Madrid; decretáronse seis meses de luto por el fallecimiento de Luisa Isabel; llovieron las cartas de pésame en la Secretaría de Estado; la ciudad de Málaga, á quien cito por constituir ejemplo único, imprimió una oración fúnebre en

recuerdo de la fallecida Reina; ejecutóse cuanto es de rúbrica en semejantes casos, y antes, mucho antes de que se secara la tinta de las cartas de contestación á los Soberanos de Europa, ninguno de ellos se acordaba ya de la hija del Regente, al paso que se apreciaba en Madrid cierta tranquilidad, cierto contento, por haber desaparecido aquel estorbo que constituía un motivo perpetuo de desagrados y de preocupaciones, que no por ser ligeras resultaban menos enojosas.

Así vivió y murió Luisa Isabel de Orleans, tercera hija del Regente, Princesa de Asturias, Reina de España, que tuvo cuanto se puede tener en el mundo y no disfrutó de nada, que pasó junto á todos los amores y no acertó á gustar de ninguno, que pudo representar un gran papel político y sólo consiguió perpetuar su nombre unido á unas cuantas anécdotas picantes, que no hizo feliz á nadie y pasó una existencia desdichada, que dejó la vida entre las risas despreciativas de los unos y la secreta alegría de los otros, sin que una sola lágrima amiga viniera á humedecer la losa de su sepulcro.

No sé si al acabar de referir los sucesos de su existencia debo estar satisfecho ó pesaroso, si el personaje merecía la pena de tan largo estudio ó hubiera ganado dejándole en la oscuridad en que hasta ahora descansaba, si constituye obra meritoria el desenterrar desórdenes y extravagancias, ó, por el contrario, hubiera sido acción pía el echar mucha tierra encima para ocultar los actos

de una Princesa que, después de todo, representa poco en la cronología de nuestros Soberanos.

Pero una consideración me ha animado á publicar este trabajo, y es la de que si la historia encierra enseñanzas que debemos todos atender y estudiar, también ofrece ejemplos de que conviene huir.

La figura de Luisa Isabel, además, con todas sus faltas, acaba por interesar como un objeto curioso, que algunas veces irrita y otras impresiona melancólicamente. Es un producto extraño de aquel siglo XVIII, tan poco curioseado por nosotros, una naturaleza que acaso hubiera podido vivir feliz y tranquila en otras regiones sociales, y que por su desgracia nació en las gradas del trono. Cuando se recuerda el lodo que manchaba éstas, se quitan las ganas de criticar con severidad los actos de la hija del Regente.

En cuanto á nuestro malogrado Luis I, es difícil exponer opinión definitiva, porque su carácter, conservado adrede en la infancia, comenzaba á manifestarse cuando ocurrió su fallecimiento. No parece que sus facultades ni su actividad fuesen notables, pero sus cualidades personales agradaban á todos; el pueblo le quería, y no es aventurado asegurar que, de haber vivido, acaso la historia de España fuese muy otra, pues ni las aventuras de Ripperdá ni las guerras de Italia entraban por mucho en el espíritu dominante entre los consejeros del joven Monarca.

El matrimonio de ambos personajes constituye

un episodio interesante y hasta cierto punto novelesco dentro de la historia de nuestra corte en el siglo XVIII, y á recordarlo se consagra el presente estudio, que celebraré sea del agrado de mis lectores.

Acabose de imprimir este libro, titulado
LUISA ISABEL DE ORLEANS Y LUIS I,
en Madrid y en la casa de los
Hijos de M. G. Hernández,
á cinco dias del
mes de Abril de
1902 años.